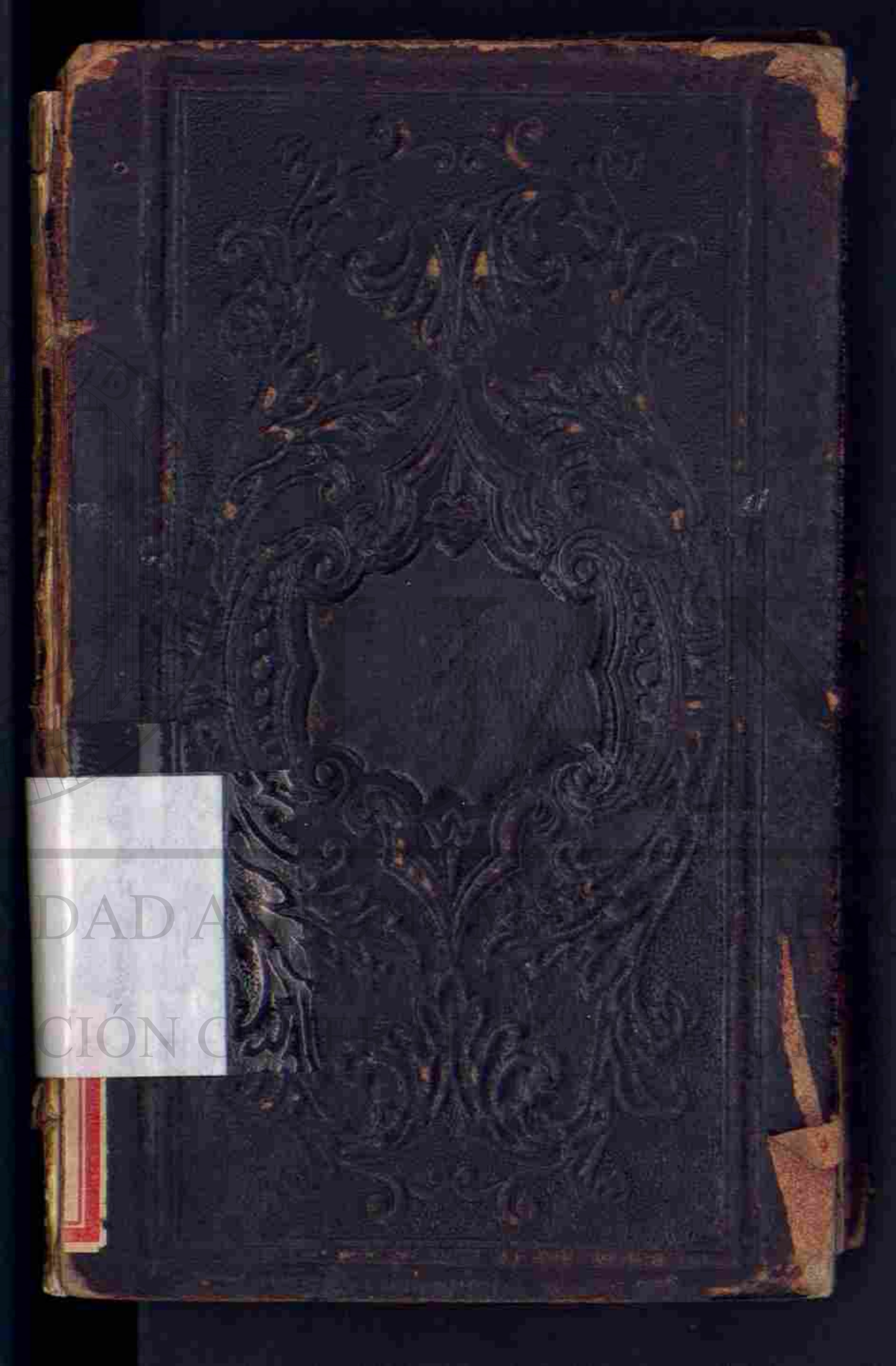
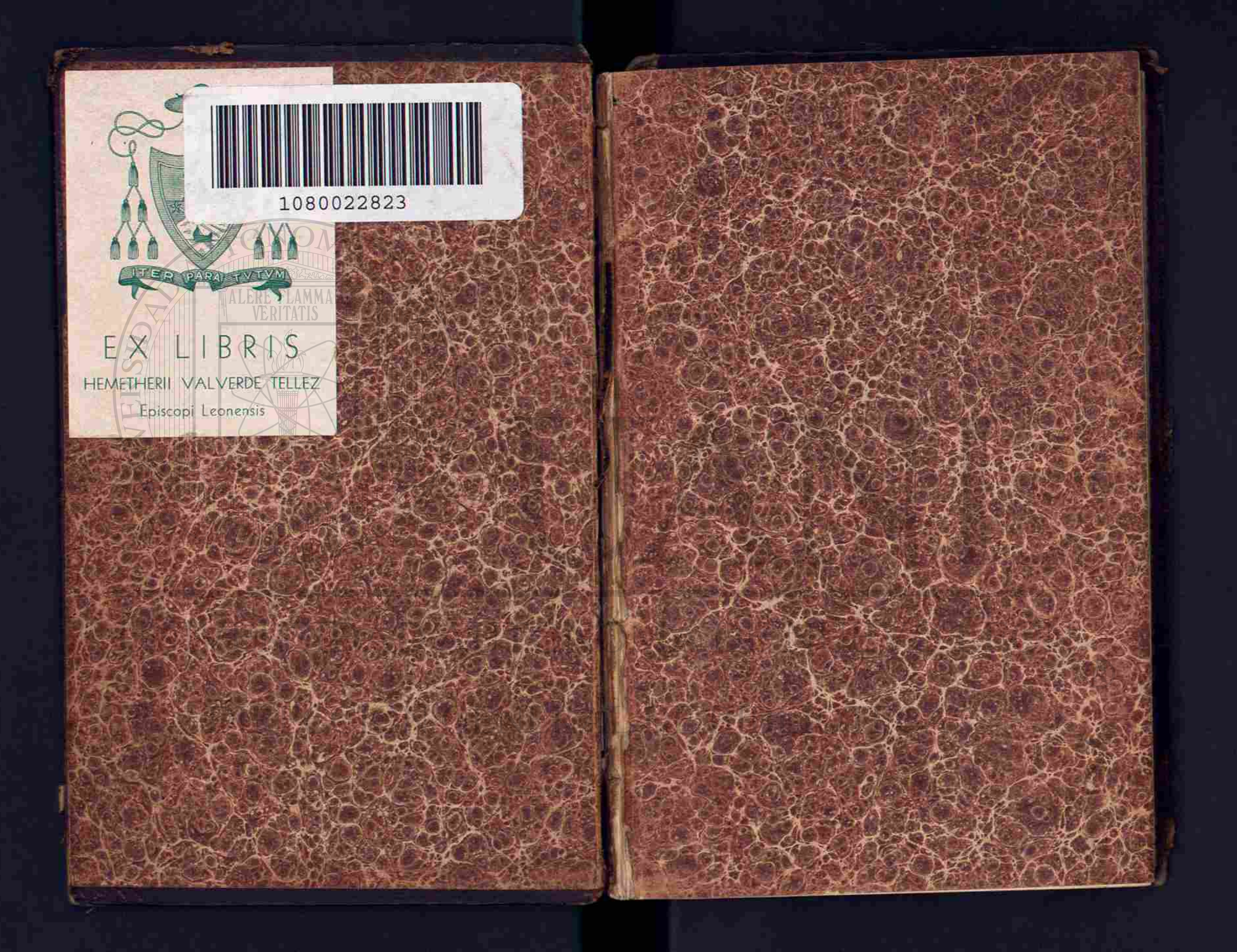
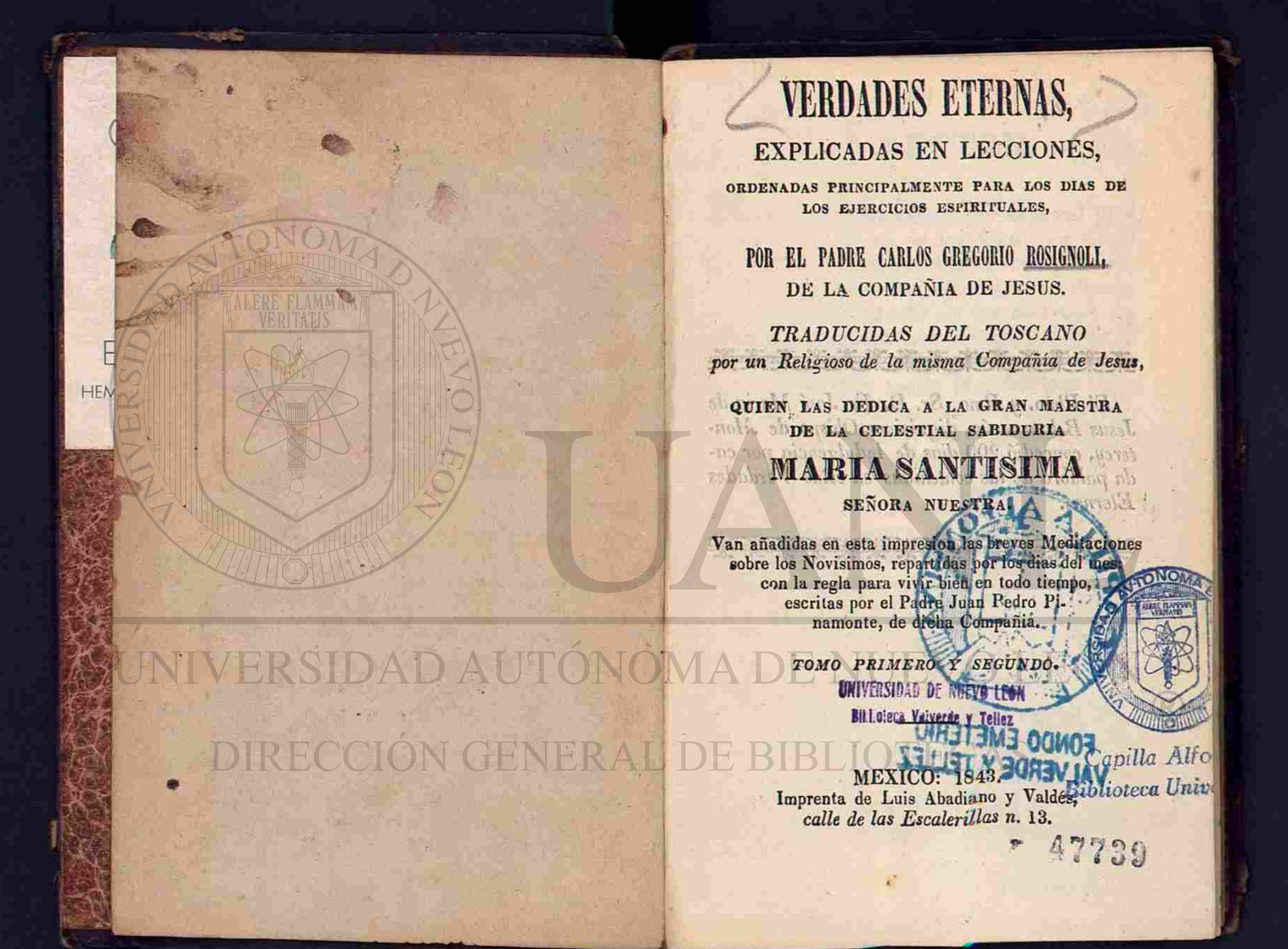






1080022823
ITER PARA TVTVM
ALERE FLAMMAM VERITATIS
EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



VERDADES ETERNAS,

EXPLICADAS EN LECCIONES,

ORDENADAS PRINCIPALMENTE PARA LOS DIAS DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES,

POR EL PADRE CARLOS GREGORIO ROSIGNOLI,
DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

TRADUCIDAS DEL TOSCANO
por un Religioso de la misma Compañia de Jesus,

QUIEN LAS DEDICA A LA GRAN MAESTRA
DE LA CELESTIAL SABIDURIA

MARIA SANTISIMA

SEÑORA NUESTRA.

Van añadidas en esta impresion las breves Meditaciones sobre los Novisimos, repartidas por los dias del mes: con la regla para vivir bien en todo tiempo, escritas por el Padre Juan Pedro Pinamonte, de dicha Compañia.

TOMO PRIMERO Y SEGUNDO.

MEXICO: 1843.
Imprenta de Luis Abadiano y Valdés,
calle de las Escalerillas n. 13.

El Illmo. y Rmo. Sr. D. Fr. José Maria de Jesus Belaunzarán, dignísimo Obispo de Monterey, concedió 200 dias de Indulgencia por cada palabra de las contenidas en estas Verdades Eternas.



AL LECTOR.

Habiendose estendido, por especial gracia de Dios, el uso de los Ejercicios Espirituales, no solo entre personas eclesiásticas, sino tambien entre las seglares, se ha encendido de ahí mas el zelo de los maestros de espiritu, á cooperar con sábias industrias á su mas provechosa práctica. Por esta causa han salido á luz varias Meditaciones, que proponen la misma materia, en diversa forma, para que agraden mas, ó mejor ayuden; al modo que un mismo manjar, guisado con varios sainetes, cuanto mas deleita el gusto, tanto mas suele sustentar. Solamente faltaban algunas lecciones, ajustadas enteramente á aquellas meditaciones, que sirviesen de imprimir mas vivamente en el ánimo aquellas máximas eternas de los Ejercicios Espirituales, pues son (segun S. Gregorio) la meditacion y la leccion, las dos alas de la paloma, que la levantan al cielo: con una ala sola, por fuerte y expedita que sea, no puede dar un vuelo. Hállanse, (es verdad) muchos entretenimientos y lecturas; pero, ó no conformes con el asunto de la meditacion, ó esparcidas por varias partes de los libros. De donde, cuando los directores de los Ejerci-

cios los deben dar á muchos ejercitantes, se ven obligados á traer consigo un fardo de libros, para repartirlos ya á uno, ya á otro; fuera de que estos libros, si contienen algunos periodos ajustados al punto propuesto de los Ejercicios, se divierten luego á otros argumentos y materias propias de su asunto particular: de suerte, que no se puede adquirir la buena mercaduria, sin traer mezcla de mucha, que no es al propósito. Por tanto, algunos padres espirituales, deseosos de una tal obra, me han persuadido á juntar y disponer con método, segun el órden que se acostumbra en las meditaciones, algunas lecciones propias, que minorasen la fatiga. Por obedecer á sus instancias, he tomado esta empresa, repasando con grande atencion varios libros espirituales, y entresacando lo mas apropósito para cada argumento; al modo que la aveja chupa de cada flor lo que necesita para labrar su miel.

Así he procurado (no sé si con felicidad) disponer diez y seis lecciones, dos para cada dia, una para la mañana, y otra para la tarde, que sirvan para los ocho dias de los Ejercicios. En cada una de las lecciones me he contenido en los límites del tema, que suele meditarse, sin divertirme á otros discursos, aunque provechosos, mas no en aquel tiempo en que san Ignacio sábiamente prescribe,

que cuando se contempla un Misterio, no se divierta la mente en pensar en otros; no porque no sean muy útiles á quien los leyere fuera del retiro de los Ejercicios. Demas de esto, he procurado dar á las lecciones alguna amenidad con algunos ejemplos, que deleiten el ánimo, sin minorar la eficacia, imitando á la naturaleza, que muchas veces nos brinda con remedios en las flores. He hablado en general; pero de tal suerte, que pueda aprovechar á todos estados de principiantes, proficientes y perfectos, y servir á religiosos y seglares, como el maná, que tenia todos los sabores para cualquier apetito: *Omnibus omnia:* todo para todos. He ingerido de cuando en cuando algunos afectos, sacados de los SS. PP. ajustados á la materia; porque si el corazon estuviere seco en la meditacion, se pueda secundar con ellos, como se hace en las tierras estériles, enriqueciendolas con frutas extrangeras.

Ves aquí el blanco de esta mi obra, recoger con estilo sencillo algunos pensamientos de los DD. sagrados, y sentimientos de padres espirituales, que andan esparcidos en varios libros. Así espero, que como muchas yerbas graciosas y saludables, si se pudiesen juntar en un jardin, ayudarian á la salud de muchos, siendo así, que esparcidas en diversos campos, se quedan desconocidas é inúti-

les; de la misma manera estas *Verdades*, recogidas en un ramillete, podrán ser de mas fácil y mas saludable provecho á las almas. Y para que lo hagan con mas espíritu, al fin de cada leccion notaré un capítulo á propósito de cada asunto de aquel admirable libro de la *Imitacion de Cristo*, tan alabado de los santos, y tan justamente estimado, cuanto ningun otro; (fuera de las sagradas Escrituras) en órden á la perfeccion cristiana, como lo han experimentado todos los que han aplicado los ojos á leerle, y las orejas del corazon á escucharle, hallando medicina á sus pasiones, y delicias á sus deseos.

INTRODUCCION.

Así como una de las mayores gracias, que Dios hace á las almas sus favorecidas, es llamarlas á los Ejercicios Espirituales, para infundirlas los mas puros rayos de su sabiduria, y enriquecerlas con los mas preciosos tesoros de su virtud; así, no hay medio mas eficaz y mas suave para hacer bien los mismos Ejercicios, que el uso de la leccion espiritual, bien ajustada á las mismas Meditaciones. Es tanta verdad esta, que llegó á decir san Atanasio: que á ninguno veremos unido y estrechado con Dios, si no tiene cuidado de la leccion: Sine legendi studio seminem ad Deum intentum videas. *Con la oracion el alma habla con Dios; por la leccion Dios habla al alma, como sabiamente notó san Ambrosio:* (LIB. 1. Officc.) Christum alloquimur, cum oramus, illum audimus, cum divina legimus oracula. *Para aprender bien las Verdades Eternas, no basta que nos levantemos á pensar en Dios:*

tambien es necesario que Dios se incline á hablarnos. Para ver las cosas cercanas de la tierra, podrá bastar á los ojos un vidrio; pero no para ver las cosas distantes de allá del cielo: es menester que tenga dos vidrios el anteojo. Las cosas de la otra vida están muy apartadas de nuestros sentidos; para registrarlas bien, no basta el cristal de la meditacion, es necesario tambien el de la leccion. Así puntualmente nos lo avisa san Agustin: Usa, dice, de la leccion, como de un espejo cristalino. Utaris lectione vice speculi. *Debe ser la leccion sagrada como un espejo, que nos ponga delante de los ojos las penas y los premios de una y otra eternidad que se espera. Mas viva semejanza trae el Apostol Santiago: Recibid, dice, la palabra ingerta, que puede salvar vuestras almas.* Suscipite insitum verbum, quod potest salvare animas vestras. (JACOB. 1.) *La palabra divina es un ingerto, que nos dispone á dar frutos de vida eterna. Pero como el ingerto no florece, ni fructifica, si los humores internos del arbol no se unen con los externos del ingerto; así los afectos proprios,*

nacidos en nosotros con la meditacion, no harán gran fruto, si no se fecundan con los sentimientos de otros, ingeridos en nosotros con la leccion.

Mas no es aquí ocasion de explicar en breve los admirables efectos de la leccion espiritual, á quien los santos DD. llaman maná del alma, arbol de la vida, espejo de las virtudes, luz del entendimiento, llama de la voluntad, rocío celestial, que hace al alma fértil y fecunda de todas las buenas obras. Baste decir, que es tanta su virtud, y tal la eficacia de las palabras, con que Dios habla en silencio al corazon de quien lee, que muchas veces con una sencilla leccion se han formado santos. Así S. Agustin, que no se habia rendido, ni á las lágrimas de su santa madre, ni á los ruegos de fieles amigos, ni á las disputas de san Ambrosio; finalmente, leyendo una Epístola de san Pablo, se dió por vencido, y se convirtió. Tambien san Ignacio, que ni por temor de la muerte cercana, ni por una aparicion visible de san Pedro, ni por la salud recobrada milagrosamente, no habia resuelto hacer mudanza de vida; por

una casual leccion de libros santos, concibió aquellos heroicos espíritus de santidad: Ex fortuita piorum librorum lectione ad Christi sectanda vestigia mirabiliter exarsit.

Verdad es, que para experimentar la dulce eficacia, no se debe leer de carrera, con prisa, pasando de una clausula á otra; quiere ser la lectura quieta, espaciosa y atenta; porque como un turbion de agua, que cae con ímpetu, no penetra, ni fecunda la tierra, pero sí la lluvia suave y apacible, que cae gota á gota; así, para que el riego de la divina palabra penetre y fecunde el corazon, debe recibirse de espacio, sosegadamente, y con sus ponderaciones: Beati, qui scrutantur testimonia ejus, (PSALM. 118.) *dice el Profeta: bienaventurados los que especulan y escudriñan con atenta consideracion las palabras de Dios: no las pasa sencillamente con los ojos, como un marinero de corso, que camina á velas desplegadas, sin atender, ni vadear lo que está en el fondo del agua; antes imita á un pescador de perlas, que á remo lento y espacioso, va el ojo siempre*

alerta á descubrir alguna preciosa concha. Por tanto, es menester tal vez hacer pausa y parar, rumiando aquellos puntos, que nos dan mayor luz, y nos encienden mas vivos afectos. Las avejas, que se sientan mas de espacio sobre las flores, son las mas escogidas, y labran mejor miel. Así quien lee, no por curiosidad de saber, sino por deseo de aprovecharse, para donde siente el soplo del Espíritu Santo, que poco á poco se insinua, y dulcemente dispone el alma á grandes mudanzas. Non in turbine, Dominus, sed in spiritu auræ lenis. *En suma, dice san Agustin, los libros sagrados se deben leer como cartas venidas de la amada patria del cielo:* Divina paginæ quasi litteræ de patria nostra sunt. (EP. 14) *¡Con qué ansia se leen! ¡Con qué gusto se vuelven á leer! ¡Qué afectos se mueven en nosotros al oir las deseadas nuevas de los amigos y de los padres! ¡Cuánto se enciende el deseo de ir presto á gozar la felicidad de la patria! ¡Cuanto mas de una patria eternamente feliz!*

Imaginaos, pues, estos dias de los Ejercicios: Sunt Feriæ Domine, quas vocabi-

tis sanctissimas, offeretisque in eis Domino sacrificia, et libamina juxta ritum cujuslibit diei: *Son las ferias del Señor, que se deben tener por santisimas, y ofrecer en ellas á Dios los sacrificios de vuestros afectos en las meditaciones, y las ofrendas de los otros, en las lecciones, segun el orden de cada dia. Mas yo quisiera que entrases á escuchar estas lecciones con el consentimiento del Real Profeta:* Audiam, quid loquatur in me Dominus Deus, quoniam loquetur pacem in plebem suam. *Atenderé á oir lo que me hablará al corazon el Señor Dios, porque serán todas palabras de Paz: Paz de mi alma con Dios: Paz de mi corazon, inquieto entre tantas pasiones: Paz, que trocará las tempestades de mi vida miserable en una serenidad dichosa del paraiso.*



VERDADES ETERNAS,

EXPLICADAS EN LECCIONES

ordenadas principalmente para los dias de los Ejercicios Espirituales.

LECCION PRIMERA.

DEL ULTIMO FIN DEL HOMBRE.

No solamente la fe divina, sino tambien la humana sabiduria, nos enseña, que en toda empresa el fin último, que se pretende, debe ser la primera regla de los medios que deben aplicarse para conseguirlo, como dice el príncipe de los Filosofos en sus Morales: *Finis regula cœterorum.* Todo hombre sábio, antes de poner la mano en cualquier obra, se idea y determina el fin de su obrar; porque este es la fuerza mas poderosa, la direccion mas segura, y la medida mas infalible de cualquier empresa. Esto es como el plomo ó nivél en mano del Artífice, con quien se debe medir lo derecho ó torcido de la fábrica: siendo las obras solamente buenas, en cuanto con-

tis sanctissimas, offeretisque in eis Domino sacrificia, et libamina juxta ritum cujuslibit diei: *Son las ferias del Señor, que se deben tener por santisimas, y ofrecer en ellas á Dios los sacrificios de vuestros afectos en las meditaciones, y las ofrendas de los otros, en las lecciones, segun el orden de cada dia. Mas yo quisiera que entrases á escuchar estas lecciones con el consentimiento del Real Profeta:* Audiam, quid loquatur in me Dominus Deus, quoniam loquetur pacem in plebem suam. *Atenderé á oir lo que me hablará al corazon el Señor Dios, porque serán todas palabras de Paz: Paz de mi alma con Dios: Paz de mi corazon, inquieto entre tantas pasiones: Paz, que trocará las tempestades de mi vida miserable en una serenidad dichosa del paraiso.*



VERDADES ETERNAS,

EXPLICADAS EN LECCIONES

ordenadas principalmente para los dias de los Ejercicios Espirituales.

LECCION PRIMERA.

DEL ULTIMO FIN DEL HOMBRE.

No solamente la fe divina, sino tambien la humana sabiduria, nos enseña, que en toda empresa el fin último, que se pretende, debe ser la primera regla de los medios que deben aplicarse para conseguirlo, como dice el príncipe de los Filosofos en sus Morales: *Finis regula cœterorum.* Todo hombre sábio, antes de poner la mano en cualquier obra, se idea y determina el fin de su obrar; porque este es la fuerza mas poderosa, la direccion mas segura, y la medida mas infalible de cualquier empresa. Esto es como el plomo ó nivél en mano del Artífice, con quien se debe medir lo derecho ó torcido de la fábrica: siendo las obras solamente buenas, en cuanto con-

ducen al fin; y solamente malas, en cuanto de él nos apartan. Por eso el Filosofo Moral dió por primer consejo de la verdadera sabiduria: *Respice finem:* Mira una, y otra vez el fin. El Real Profeta frecuentemente clamaba con instancia á Dios: *Notum fac mihi, Domine, finem meum.* (PSALM. 38.) Señor, dame á conocer mi fin. Estando ciertos, que si el conocimiento y atencion al fin fuese la regla del obrar, toda operacion tendria suceso feliz.

Veamos ahora cuál es el fin para que Dios crió al hombre; y por ventura confesaremos, que le debemos mas á Dios, por ser nuestro último fin, que por ser nuestro primer principio. Es verdad, que aquella infinita sabiduria, desde los primeros siglos, puso sobre nosotros los ojos de su bondad, y nos sacó graciosamente de la nada, dandonos un ser tan perfecto, que une en nosotros las perfecciones que están repartidas en las otras criaturas. Dotónos de un cuerpo con cinco sentidos, que á juicio de Séneca, son cinco milagros del mundo pequeño. Enriqueció el alma con tres admirables potencias, que segun S. Agustin, son como un reflejo ó dibujo de la augustisima Trinidad. ¡O qué gran beneficencia del Criador, poderosa para arrebatar del corazon todos los afectos del agradecimiento! Con todo eso, mas amable y benéfica es la intencion del fin, para el cual la Divina Sabiduria dió el ser, y la vida á tan bella obra. Porque ¿á qué fin miró Dios al dotar al hombre de tan altas prerrogativas? ¿Acaso para que fuésemos grandes señores, grandes letrados, grandes comerciantes en la tierra? ¿Acaso para que adquiriesemos muchas riquezas? ¿Para que cogiesemos las flores de los

placeres? ¿Para que ganasemos gran fama y estimacion en el mundo? Cierto es, que para nada de esto nos crió Dios. Así lo enseña la razon natural, y la fe divina. Cosa temporal no puede ser el fin de una alma eterna. La mezquindad de estos bienes no puede ser la última felicidad de una criatura, que trae esculpida en la frente la imagen del Criador. Si estos placeres ó estas honras fueran nuestro fin, debieramos vivir siempre en la tierra, ni debria haber otra vida, porque conseguido el ultimo fin, no puede sucederle, y entrar en su lugar otro bien mejor. Mas, si no nos lo dijese el Evangelio, si la misma razon natural no nos diese luz para entender para qué fuimos criados, nos lo enseña aun la misma estatura y formacion de nuestros cuerpos, tan diversa, hasta en la exterior apariencia, de los brutos; porque no está el hombre inclinado enteramente y del todo á la tierra; mas pisandola con los pies, tiene la cabeza derecha, elevada y sublime; de suerte, que adonde quiera que vuelve los ojos, se encuentra con la vista en el cielo: cuando los demás animales, vueltas las espaldas al cielo, totalmente miran solo á la tierra, para mostrarnos, hasta con la evidencia de los ojos, que los otros animales nacieron solamente para los bienes terrenos; pero el hombre fué criado únicamente para la bienaventuranza del cielo. Así lo dijo sabiamente S. Gregorio: *Erectus ad cœlum homo ostendit se non esse natum ad terrena.*

Veis aquí, pues, el único fin para que Dios nos ha criado, y para que Cristo nos ha redimido con tanto amor: *In finem dilexit eos.* Para que viviendo, le sirvamos en la tierra con una

vida ajustada á la virtvd; y muriendo, le gocemos en el cielo con una eterna felicidad. Así lo difinió el Doctor de las gentes, Pablo: *Servi facti Deo, habetis fructum vestrum in sanctificatione, finem veró vitam æternam.* (ROM. 6.) Luego únicamente fuimos formados de la Divina Sabiduria para alabar á Dios, para servirle y amarle. Veis ahí todo el empleo para que estamos en el mundo: adquirir la gloria del cielo con servir fielmente á Dios: vivir de tal manera, que de esta vida temporal y miserable, pasemos á aquella eterna y feliz. Aquella es el término, que se nos señala para conseguir; este es el camino, que á ella nos conduce. Mira, pues, ó hombre, la grandeza y nobleza de tu fin, y el amor y beneficencia de Dios en enseñartelo. Gran cosa, y favor inestimable se juzga el poder servir á un Monarca, y de ello se precian aun los grandes señores: ¿qué será estar destinado para servir al Rey del cielo, en cuya comparacion, el mayor Monarca no es mas, que un gusano de la tierra? Mira la alteza á que eres elevado, que no siendote debida por razon de tu naturaleza la bienaventuranza celestial, Dios, por su bondad, te crió para que la goces; y pudiendo criarte solo para una felicidad transitoria y natural, te elevó á una perpetua y sobrenatural. Ninguna criatura tiene fin mas alto: no hay ángel, ni arcangel, ni serafin, que en esto se te aventaje, porque todos estamos destinados igualmente á gozar, segun los méritos de cada uno, la suma felicidad. Antes Dios nos ha elevado á ser participes de su misma gloria, como nos asegura S. Juan: *Similes ei erimus, quoniam videbimus eum sicuti est.* (1. JOAN. 3.) Seremos semejantes á

Dios, pues lo veremos tal cual él es. Pues como Dios no tiene otra felicidad, ni otro fin, que á sí mismo; así no quiere que nosotros tengamos otro fin menor, que el mismo Dios; ni otra menor bienaventuranza, que la suya.

Y cuando te hubiese criado Dios para solo el fin de que le sirvieses y honrases, aun sin esperanza de otro premio; por ventura, ¿Dios no es merecedor de tus servicios y obsequios por su infinita excelencia, y por la inevitable deuda tuya, de ser criatura suya y obra de sus manos? ¿Podrias, sin ser ingrato é injusto, negarle lo que es suyo? ¿No deberias estimar mucho el servirle, y con todos los afectos de tu corazon anhelar al cumplimiento de su justisima voluutad? Pues, ¿cuál será ahora tu obligacion, cuando su bondad, por exceso de amor, ha querido que tu fin no sea solamente el servirle, sino tambien gozarle en una felicidad semejante á su gloria, é igual en su eternidad? Sin duda no debe haber en el hombre otra ansia, sino de conseguir un tan noble fin. Todos, y cada uno deberá decir, como decia san Francisco de Sales: si yo supiese, que un pensamiento de mi mente, ó un afecto de mi corazon, ó una obra de mis mauos, no mirase derechamente á Dios, desearia no tener manos, ni corazon, ni mente.

Mas, ¡ó perversidad del género humano! ¿Cuántos hacen que se queden en vano los altos designios de Dios? ¿Cuántos tuercen las rectisimas lineas de su sabiduria? ¿Cuántos, con gravisima injuria del Criador, ponen su último fin en los placeres, en las honras, en la vanidad, dando en sus obras el primer lugar y aprecio á las cosas temporales, y el último á las eternas? Co-

mo aquel rudo pintor, que solia empezar sus figuras por los pies, de donde muchas veces sucedia no quedar en el lienzo lugar para formar la cabeza, que debia ser la primera en el dibujo, como regla y medida de lo restante de la pintura. Luego podrá suceder, y sucederá, que de todas las otras criaturas insensibles consiga Dios el fin de su voluntad, y de sola la criatura racional no lo consiga. Crió el sol, para que con sus rayos ilumine la tierra: y jamás ha dejado el sol de esparcir sobre la tierra sus luces. Crió las estrellas, para que con sus regulares movimientos envien sus influencias; y las estrellas jamás han cesado de influir, sin torcer el curso derecho de sus orbes. Crió las plantas, para que á sus tiempos produzcan, ya flores, ya frutos; y las plantas ya brotan flores, ya se enriquecen de frutos. Rompió las fuentes de las aguas: ¿para qué? Pero ¿qué es menester cansarnos en ir repasando una á una las criaturas, cuando es tan claro, que todas las cosas sirven al Criador, y obedecen á una seña de su voluntad? *Omnia serviunt illi, et parent ad nutum ejus.* Solo el hombre se aparta del fin para que fué criado, dejándose llevar de sus apetitos á buscar placeres contrarios á los preceptos de su Criador. Solo el hombre pervierte el orden de la divina Providencia, descaminándose por sendas derechamente contrarias al término de su felicidad.

Pero, si no nos mueve el orden de la infinita Sabiduria, y la bienaventuranza venidera á procurar nuestro fin, estimúlenos á lo menos la luz de la razon, y el bien presente, porque en seguir nuestro fin consiste nuestro contento, quie-

tud y felicidad, y fuera de él, no hallaremos jamás paz, sino siempre inquietud, amarguras, temores y angustias. Nuestro corazon fué criado para gozar el Sumo Bien, nunca puede satisfacerse con otros bienes inferiores. Enseñanoslo claramente san Agustin: *Fecisti nos ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te.* (LIB. 1. CONFES. C. 2.) „Nos hiciste, Señor, pa„ra tí, y está inquieto nuestro corazon, hasta que „descanse en tí." ¿Un hueso fuera de su lugar, qué dolores no causa en el cuerpo? Por mas reparos y remedios que se le apliqüen, no hay modo de templarse y dar sosiego. Pero viene á propósito una bella comparacion del santo Job: *Avis nascitur ad volandum.* (JOB. 7.) El ave nace para volar. Préndase un pajarillo, éntrese en una jaula, hecha de rejas de plata, proveída de dulce pasto, puesta en un salon Real, lejos de todas las incomodidades de los tiempos: ¿estará contento? ¿Se divertirá con alegres canciones? No por cierto: lo vereis triste, ancioso y solícito á buscar por todas partes la salida y su libertad. Aquellas delicias no le sosiegan, aquellas comodidades no le satisfacen, ni le agradan. Mas ¿por qué? Porque está fuera de su fin: nació para volar, y gozar la libertad del cielo. *Avis nascitur ad volandum.*

Lo mismo sucede al corazon humano, nacido únicamente para servir á Dios, y gozarle: póngase enmedio de las delicias terrenas: posea muchas riquezas que pueda gastar á su voluntad: pase de uno en otro placer su gusto: tenga dignidades, amistades, poder, palacios, todas las comodidades y toda abundancia de bienes humanos, ¿vivirá por eso contento? ¿Será feliz? No

por cierto. Así lo enseña la razon, y lo muertra la experiencia, porque todas las cosas fuera de su fin, están fuera de su felicidad. Desengáñese, pues, el corazon humano, que jamás hallará paz, ni contento, si no es en el fin para que fué criado: toda otra cosa le traerá amarguras y congojas. Todas las fatigas que se emplearen en buscar otros bienes, serán perdidas, porque no van gobernadas por la fiel regla del último fin. Todos los pasos que no van dirigidos á este blanco, serán errores, porque nos apartan del verdadero término.

¡Infelices, pues, nosotros, que hemos gastado lo mejor de nuestra vida en vanidades, que nos desviaban de nuestro verdadero fin! *Ergo erravimus á via veritatis: lassati sumus in via perditionis.* (PSAL. 5.) ¿Adónde han ido tantos pensamientos, tantos afectos, tantos cuidados de la vida pasada? Todo en vano, todo sin fruto, porque buscando la felicidad, hemos vivido infelices, por no haber sabido buscarla donde únicamente está, que es Dios. ¡O, por cuánto debemos desear nuestro bien! Tomemos consejo, abramos los ojos, cuidemos á lo menos de lo venidero. Un caminante, que despues de haber andado todo el dia por camino áspero y trabajoso, conoce haber perdido el camino, ¡cuánto se entristece, cuánto sentimiento muestra, y con cuánto cuidado se restituye al camino verdadero! Ea, concibamos gran dolor de los yerros pasados, pongamos en orden nuestra vida con esta gran máxima de espíritu. Este es el único negocio, que nos encarga el Apostol: *Rogamus vos, Fratres, ut vestrum negotium agitis.* El conseguir el fin de la salvacion es lo que debe dar cuidado, como dijo el Cardenal Be-

larmino, que habiendo encomendado un negocio al Cardenal Ursino; y preguntado de este Príncipe, si era muy de su empeño, respondió sabiamente: yo ningun empeño tengo, sino el de mi salvacion. Este es aquel prudente círculo á que nos exhorta san Bernardo á rodear la mente y el corazon, volviendolo de Dios á Dios, de nuestro primer principio á nuestro último fin. *Redi ad cor tuum, discute te ipsum, considera, unde venis, quo tendis.* (DE INTERIORE DOMO. CAP. 14.) Examinate bien, mira de dónde vienes: adónde vas. Este pensamiento del último fin fué la gran máquina, que en los Ejercicios Espirituales á un san Carlos Borromeo, y á un san Francisco Xavier, los apartó de las vanas ideas y pretenciones de grandezas humanas, y los encaminó á la única conquista de la felicidad celestial. Tambien á nosotros, si un rayo de esta luz nos penetra vivamente el corazon, hará desaparezcan, á manera de palacios encantados, todas las vanidades de la tierra. Preguntese, pues, frecuentemente el cristiano á sí mismo, para qué vive en el mundo: qué intencion tuvo Dios, y qué pretendió con ponerlo en él; á qué ha sido embiado: cuál es el bien que espera, y el mal que debe temer: y si camina, adónde lo lleva esta senda que sigue: al felicísimo fin para que Dios lo crió: ó antes á un término de eterna miseria, adonde lo arrastra su malicia. Oiga lo que á estas preguntas le responde su corazon, que sin duda le sugerirá aquellos sentimientos de Lope de Vega, piísimo poeta Español, cuya admirable Octava, como digna de un Santo Padre, me ha parecido poner aquí.

¡Yo para qué nací? Para salvarme.
Que tengo de morir, es infalible:
Dejar de ver à Dios, y condenarme,
Dura cosa será, pero posible:
¡Posible, y tengo aliento de alegrarme?
¡Posible, y tengo amor á lo visible?
¿Qué hago? ¿En qué me empleo? ¿En qué me encanto?
O yo soy loco, ó debo ser un santo.

§. II.

FIN DE LAS OTRAS CRIATURAS.

Tan grande es el amor de Dios para con el hombre, que á beneficio del hombre crió un mundo de bienes. Mírese este grande universo, cielo, aire, mar, tierra, y cuanto en él se contiene, hermoso, delicioso, admirable. Tanta amenidad de flores, tanta dulzura de frutas, tanta variedad de animales, tanta muchedumbre de cuerpos simples, y compuestos con tan bello orden. No solo nos proveyó de lo necesario para el sustento, y lo preciso para la salud; sino aun de lo que sirve para recreacion á la vida, y deleite á los sentidos; y si el amor se muestra en los beneficios, cuán excesivo debemos decir: ¡ó Dios, infinitamente bueno! que haya sido vuestro amor para con el hombre, pues hizo llover tantas riquezas de vuestros tesoros para hacerle beneficio? Coronasteislo de gloria y honor, como rey de todas las otras criaturas, sujetandolas todas á su imperio. *Gloria, et honore coronasti eum et constituisti eum super opera manuum tuarum.*

(PSALM. 8. 6.) ¿Cuál, pues, debe ser la gratitud del hombre á tantos beneficios? ¿A cuánta correspondencia de afecto le obliga un tan inmenso amor? Con todo eso, los mas de los hombres son como otros tantos lerdos brutos, que apacentandose debajo de una encina, y gozando de las bellotas qne de ella caen, jamás levantan los ojos, ni conciben un agradecimiento en el corazon á mirar ó bendecir la planta de quien reciben el beneficio de los frutos.

Pero consideremos un poco á qué fin proveyó Dios al hombre de tantas criaturas. Cierto es, que no fué su intento que le sirviesen de último fin; porque siendo mas viles que el hombre, no lo pueden perficionar: y como mezcladas con amarguras, no le pueden apagar la sed de felicidad. Fuera de que no está en mano y voluntad de todos el proveerse á su arbitrio de semejantes cosas; siendo así, que debe estár en potestad de cualquiera el llegar á su fin: de otra suerte, no pocos habrian sido criados de Dios imperfectos é infelices, porque tendrian la inclinacion á su último bien, sin poder satisfacer al deseo de conseguirlo. Si, pues, la soberana Providencia no ha juzgado ser dignas las criaturas de ser nuestro último fin, ¿cómo podremos nosotros estimarlas tanto, que pongamos en ellas nuestra felicidad? ¿Cómo, por felices que seamos, al modo de pequeñas mariposas, andamos al rededor de tantos objetos y tantas vanidades, siempre hambrientos del bien, y siempre enemigos de la quietud, empleamos todas nuestras industrias en buscarlas y mantenerlas, y despues lloramos sin consuelo á cualquier pérdida de cosas temporales? Piérdase en buena hora para nosotros todas las

riquezas del mundo: piérdanse todos los placeres y todas las honras: ¿perderáse por eso algo del último fin? ¿Qué embarazo habrá para arribar al verdadero bien de la bienaventuranza? ¿Acaso estamos mas dispuestos á salvarnos sanos, que enfermos? ¿Ricos y honrados, que pobres y abatidos? ¿Nobles y famosos, que plebeyos y desconocidos? ¿Podémos pasar al cielo mas facilmente desde un palacio, que desde una choza? ¿Allanan acaso el camino, y le hacen mas acomodado las ciencias, que la ignorancia? ¿Las delicias, que los trabajos? ¡Oh, que para todos está abierta la puerta del palacio celestial igualmente! *Omnibus aquè patet Aula Cœlestis.*

No habiendo sido, pues, las criaturas criadas por Dios, ni concedidas al hombre por último fin, resta solo, que hayan sido criadas puramente por medios, que sirvan á conseguir su fin. Mas la naturaleza de los medios es tal, que en sí mismos no tienen otra cosa porque ser estimados, ni otra bondad porque ser amados, sino la utilidad, que ayuda y conduce á conseguir el fin á que se destinan y ordenan: de donde se infieren tres clarisimas verdades. La primera, que debemos un sumo agradecimiento á Dios ,no tanto por la benéfica liberalidad con que nos ha dado tantas y tan bellas criaturas, cuanto por la amorosa intencion con que nos las ha dado, para que nos sirvan de medios eficaces, en orden á conseguit un infinito bien. La segunda, que las cosas de esta vida presente, por mas que sirvan á la utilidad ó al gusto, no merecen ser amadas ni queridas, sino en cuanto conducen y ayudan á conseguir el último fin para que Dios nos puso en este mundo. La tercera, que cuando no

sirvieren á la salvacion, ni se deben buscar, ni apetecer: y si acaso la estorvaren, se deben aborrecer, y arrojar como venenos.

¡Mas ay, que la desordenada necedad de los hombres, con un intolerable desconcierto, pervierte el orden de la Divina Sabiduria! ¿Y qué mayor desorden del juicio puede haber en un cristiano, á quien ilustra, no solo la luz de la razon, sino el sol de la fe, que trocar la naturaleza de los bienes, haciendo de los medios fin? ¿O gozar mal en esta vida de aquellas criaturas que se deben usar bien, solo por atencion á la venidera? ¿Cómo tomar asiento, y acomodarse en la posada, (que es esta vida) de donde presto hemos de partir; y no cuidar de la patria, que es el cielo, donde hemos de vivir eternamente? ¿Obrar con tan gran ceguedad, que los bienes concedidos de Dios, para que nos ayuden á la salvacion, nos sirvan de carruage para la condenacion? ¿Hacernos infelices por nuestras manos, convirtiendo los bienes en males, y hacer miserable la vida con el mal uso de aquellas cosas, que la deberian hacer dichosa? Ni puede ser otra cosa; porque segun dice san Agustin, como no puede menos de estar inquieto, y con gran fatiga un cuerpo, trocada su natural postura con los pies ácia el cielo, y la cabeza ácia la tierra; así un alma jamás hallará sosiego, sino siempre afanes y congojas, si trueca el orden que le estableció Dios, y pone á los pies el cielo con su felicidad eterna, y la tierra con sus caducos placeres sobre la cabeza.

Mas aun sucede peor, que habiendonos dado Dios las criaturas, para que mejor le sirviesemos y amasemos, nosotros muchas veces usamso

de ellas para ofenderle é injuriarle. Aun solo el olvidarse de los beneficios, se tiene por abominable ingratitud: ¿qué será el servirse de ellos contra el bienhechor? ¡Qué bárbara perfidia seria la de un vasallo, sacar contra su príncipe la espada, cuando acababa de ceñírsela de su mano para armarlo caballero? Y el hombre usa muchas veces bárbaramente otra tal perfidia contra su Dios. De las riquezas que nos dió para obligarnos al reconocimiento y amor, ¿cuántas veces nos valemos para hacerle mayores ofensas? Las delicias con que nos regala los sentidos, las convertimos en instrumentos de culpas, que provoquen la Divina indignacion. Con razon se queja Dios del hombre, que hace que le sirva el beneficio, y aun el benefactor mismo á sus pecados: *Servire me fecisti in peccatis tuis.*

Apartese, pues, muy lejos de nosotros tan detestable perversidad, tan digno abuso de las criaturas, las cuales solamente nos deberian servir de espejos para conocer y amar al Criador. Valgamonos de ellas en adelante para argumentos é indicios, por donde conjeturar la felicidad del cielo: pues si Dios en este valle de miserias ha criado tan bella variedad de delicias, aun para sus enemigos, ¿qué habrá hecho en la patria de la felicidad para sus amigos? Ea, sirvanos de medios y ayudas para ejercitar las virtudes santas, que son el verdadero camino, que nos guia al último término de la bienaventuranza. Verdad es, que no todas las criaturas pueden ser útiles igualmente á todos para la salvacion. A uno servirá la salud, la riqueza, la honra: á otro la enfermedad, la pobreza, el desprecio. Por eso hemos de estar indiferentes para cual-

quiera fortuna, y dejar este cargo á disposicion de la Divina Sabiduria, que conoce bien lo que nos aprovechará mas para nuestro dichoso fin: fiarnos de la suma Bondad, que por su infinito amor no dejará jamás de darnos lo que mas nos conviene. En cuanto á nosotros toca, será prudente consejo escoger siempre lo que nos pareciere mas á propósito para alcanzar nuestro sumo bien. Hemos de obrar como un caminante que vá á su patria, que si se halla entre muchas sendas, se aplica solamente á aquella que le guia al término deseado: sin hacer reparo que sea á la diestra ó la siniestra, sea de montes ó de valles, ó de deliciosa campiña. Así debemos portarnos en las cosas temporales. Ningun bien hemos de amar, sino en cuanto conduce á nuestro fin: ningun mal hemos de tener, sino en cuanto nos aparta de el; pues es infalible la máxima de san Basilio: *Nullum bonum est, nisi quod ad summum bonum conducit: nullum malum, nisi quod á summo bono retrahit.* Si la pobreza nos lleva mejor á Dios, debe ser estimada sobre todos los tesoros. Si las riquezas nos apartan de Dios, debemos aborrecerlas como desgracias. Si los desprecios ó los infortunios ayudan mas á nuestra salvacion, debemos darles la bienvenida, y abrazarlos con alegria. Si las honras ó las delicias nos hacen olvidar de la eterna bienaventuranza, se deben despreciar como inútiles para nuestro bien. En suma, hemos de estar con grande indiferencia á cerca de las cosas temporales, estimandolas solamente en orden á nuestro fin. Cada uno de nosotros debe decir dos veces á Dios, con el Real Profeta: *Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum.* Está pronto mi corazon, Dios

mio, á recibir de vuestra mano felicidad, si fuere de vuestro agrado favorecerme con ella; pero tambien está igualmente dispuesto á recibir infortunios, si fuere gusto vuestro enviarmelos.

§. III.

EJEMPLO.

Que solo en Dios, como en último y dichoso fin, se halla la paz y contento del corazon, lo dió á ver claramente aquel celebre Rolando, lustre de la Universidad de Bolonia primero, y despues gloria del Orden de Predicadores. Este, nacido de noble linage, y criado entre delicias, se resolvió á pasar una vida alegre, sin que hubiese dulce de placeres que no quisiese gustar: los festines, las músicas, los convites, eran sus cotidianas diversiones: mas Dios, que lo queria destetar de los gustos del mundo, mezclandole siempre amarguras y hieles, le hacia probar la verdad de aquel dicho del Sabio: La riza se mezclará con dolor, y el llanto va pisando la ropa al gozo. *Risus dolore miscebitur, et extrema gaudii luctus occupat.* Porque al fin se hallaba su corazon lleno de sinsabores y fatigas, ocasionadas sin saber de donde: sino que tal es la naturaleza de los placeres mundanos. dice S. Agustin: *Prospera hujus mundi asperitatem habent veram, jucunditatem falsam, certum dolorem, incertam voluptatem.* (EPISTOL. 36.) Un dia se determinó á hartar sus apetitos de placeres, y gastarlo todo en delicias, cuantas podia desear. La mañana pasó en oír suavisimas músicas: al medio dia tuvo un convite como de boda, con esquisitos man-

jares, y variedad grande de sainetes: la tarde empleó en divertidos juegos y alegres festines. De es a suerte, cansado de placeres, pero no satisfecho, á la noche se volvió á su casa, y al quitarse las ricas galas, con que habia asistido á las fiestas, sintió, que interiormente le corria por las entrañas un pesado humor de melancolia, que parecia quererle ahogar el corazon. De aquí se levantó una profunda consideracion de la vanidad del mundo. He aquí, (se decia á si mismo) ¡en qué han venido á parar los placeres de tan alegre dia! Yo he gozado hoy cuanto delicioso y ameno sabe dar la tierra, y con todo eso, ¿cómo no me ha satisfecho el corazon? ¿Cómo me veo lleno de fatigas? *Non satiatur oculus visu, nec auris, auditu, sed universa vanitas, et afflictio spiritus.* (ECCLES. 1.) Con estos pensamientos se acostó; pero no pudo coger sueño, porque sin cerrar los ojos se andaba dando buelcos sobre las delicadas plumas de la cama, como si estuviera sobre agudas espinas. Aun mas, revolvia en su ánimo tristes fantasmas, repitiendo dentro de sí mismo: si tan lleno de melancolía me hallo despues de un dia de los mayores gustos, ¿cómo puedo esperar contento ni alegria en el mundo? ¡Ay, que este corazon no fué criado para los deleites de la tierra, sino para los gozos del cielo! ¡O mundo, que vanos son tus contentos! ¡Qué desabridos tus gustos! ¡Qué engañosas tus vanidades! Y si son tales cuales la experiencia de este dia gastado en tantas delicias muestra á los ojos: ¿qué locura es la tuya, ó Rolando, engolfarte en placeres, que enmedio de su mayor dulzura amargan tanto tu corazon? ¿Por qué, y cómo no te resuelves á volver los ojos, y el

ánimo á los bienes mas sincéros, puros y eternos? Dios te crió para una eterna felicidad; y tú corres perdido, siguiendo unos deleites caducos, que te engañan y hacen traicion, aun cuando los gozas.

Semejantes afectos le sugeria el espíritu á Rolando; pero el apetito le representaba vivamente los placeres de los sentidos, de que estaba enamorado: que no podria vivir mucho privandose de aquellos solaces á que su naturaleza era tan inclinada: que su delicadéz no era capaz de las austeridades de la vida espiritual: que en la flor de la juventud se debia dar algun desahogo, y permitir desfogar las pasiones juveniles, dejando para la vejez la penitencia. Estos pensamientos, como leña aplicada al fuego, volvian á encender el amor de los deleites sensitivos, hasta que una luz del cielo, infusa en el alma, le hizo claramente conocer la vanidad de las delicias mundanas, y la solidéz verdadera de los bienes celestiales.

Así, despues de haber peleado toda la noche consigo mismo, se resolvió á huir de las tempestades, y acogerse al puerto seguro: al amanecer, levantandose, y aun no bien acabado de vestir, se fué derechamente al convento de santo Domingo. Admitido al claustro, se entró apresuradamente en la sala de capitulo, donde estaba Fr. Reginaldo en consulta con los frailes; y sin otra salutacion, arrojandose á sus pies, le pidió con humildes instancias el sagrado hábito. Cuando Reginaldo vió á sus pies un tan célebre doctor, y oyó la fervorosa peticion, lleno todo de dulces lágrimas, acompañadas de la comun alegria de los demás, fué con interior impulso movido á recibirlo sin réplica. Antes, no teniendo paciencia para aguardar que el ropero le tragese un hábito, se quitó su propio escapulario, y entonando: *Veni Creator Spiritus*, vistió al fervoroso novicio. Sucedió en este caso una maravilla, que haciendo señal con una campanilla del capítulo, que apenas se podia oír en el convento, fué oída en toda Bolonia: de donde llevada de no sé que curiosidad, concurrió mucha gente al convento; y viendo aquel no menos devoto, que admirable espectáculo de un doctor de tanta fama, ayer entregado á los placeres del mundo, hoy convertido á los rigores de la religion, fué en todos tal la conmocion, que muchos siguieron su ejemplo, y renunciaron los gustos y delicias del mundo. Con tal espiritu empezó Rolando su conversion, y á tan alto principio correspondió siempre el tenor de su vida.

Pero lo que hace mas á mi propósito, es, que halló Rolando en Dios aquella alegria y contento de corazon, que en vano habia buscado en las criaturas, cuando estaba en el colmo de sus placeres, y en el auge de las honras. Porque llegó á gozar aquel gusto, que trae el corazon verdaderamente espiritual: aquella paz sosegada, de quien dice san Pablo, que vence, y se aventaja á todo sentido: *Pax Dei, quæ exuperat omnem sensum.* Probó, que ni las músicas, ni los festines, ni los convites, llenan ni satisfacen al corazon humano; sino solo los interiores contentos y consolaciones: solo aquellos amorosos tratamientos, con que Dios aun en la tierra, paga lo que se padece por su amor. Dormia mas quieto, y con mas sosegado sueño sobre un jergon de paja, que antes sobre colchones de delicadas plumas. Los ayunos le sabian major, que las mesas

expléndidas: las penitencias le eran mas dulces y mas amadas, que todas las delicias y regalos de la vida pasada: y así, algunas veces exclamaba: Mi Dios, si tan dulce es padecer por vos, ¿qué será el gozor de vos? Finalmente, de Rolando se puede decir con razon, que si su corazon se pusiera en una prensa para esprimirlo, no se sacaria de él otra quinta esencia, que paz y contento: y que si otra vez se esprimiera, ninguna otra cosa destilaria, sino gozo en el Espíritu Santo: *Gaudium in Spiritu Sancto.* A la verdad, él experimentó en todo el curso de su vida, cuan bueno es Dios para los que tienen el corazon derecho: *Quam bonus est Deus bit, qui recto sunt corde.* Cuan súave es aquel gran Señor á los que no tuercen sus afectos, y los dirigen únicamente á él, como á su último y felicísimo fin.

Lease en Tomás de Xempis el cap. 10. *del lib.* 3. *cuyo título es:* Que todas las cosas se deben referir á Dios, como á último fin.

LECCION II.

DE LOS CASTIGOS DE LOS PECADOS, Y PRIMERAMENTE EN LOS ANGELES.

Desea tanto Dios, que sus criaturas no se aparten de su último fin, que desde la creacion del mundo quiso con ejemplares penas, para poner terror á la posteridad, castigar á los prevaricadores. El ángel rebelde, y Adan inobediente, son formidables testigos de cuan riguroso zelador es Dios de sus justísimos preceptos, pues no perdonó, ni aun á las mas excelentes y hermosas obras que salieron de su Omnipotente mano. El ángel fué el primogénito de las criaturas, criado por la Divina Sabiduria, tan perfecto, y lleno de tan altas prerrogativas, que Dios, no solo se complació en él como en las otras, sino quiso él mismo ser el panegirista: *Hac dicit Dominus Deus: tu signaculum similitudinis, plenus sapientia, et perfectus decore, in deliciis Paradysi fuisti: omnis lapis pretiosus operimentum tuum.* (EZECH. 28.) Tú, sello de la semejanza, colmado de sabiduria, perfecto en la belleza, fuiste criado en las delicias del Paraiso, y adornado de todas las piedras preciosas como de rica gala. Gastó Dios, (por decirlo así) los tesoros de su Bondad, Poder y Sabiduria, para formar en el ángel la mas perfecta imágen de su infinita hermosura. ¿Qué excelentes dotes no le dió en el orden natural? Crióle puro espíritu en su esencia, inmortal por la eternidad: de un entendimiento y ciencia tan elevada, que con sola una vista penetra todos los

expléndidas: las penitencias le eran mas dulces y mas amadas, que todas las delicias y regalos de la vida pasada: y así, algunas veces exclamaba: Mi Dios, si tan dulce es padecer por vos, ¿qué será el gozar de vos? Finalmente, de Rolando se puede decir con razon, que si su corazon se pusiera en una prensa para esprimirlo, no se sacaria de él otra quinta esencia, que paz y contento: y que si otra vez se esprimiera, ninguna otra cosa destilaria, sino gozo en el Espíritu Santo: *Gaudium in Spiritu Sancto.* A la verdad, él experimentó en todo el curso de su vida, cuan bueno es Dios para los que tienen el corazon derecho: *Quam bonus est Deus bit, qui recto sunt corde.* Cuan súave es aquel gran Señor á los que no tuercen sus afectos, y los dirigen únicamente á él, como á su último y felicísimo fin.

Lease en Tomás de Xempis el cap. 10. *del lib.* 3. *cuyo título es:* Que todas las cosas se deben referir á Dios, como á último fin.

LECCION II.

DE LOS CASTIGOS DE LOS PECADOS, Y PRIMERAMENTE EN LOS ANGELES.

Desea tanto Dios, que sus criaturas no se aparten de su último fin, que desde la creacion del mundo quiso con ejemplares penas, para poner terror á la posteridad, castigar á los prevaricadores. El ángel rebelde, y Adan inobediente, son formidables testigos de cuan riguroso zelador es Dios de sus justísimos preceptos, pues no perdonó, ni aun á las mas excelentes y hermosas obras que salieron de su Omnipotente mano. El ángel fué el primogénito de las criaturas, criado por la Divina Sabiduria, tan perfecto, y lleno de tan altas prerrogativas, que Dios, no solo se complació en él como en las otras, sino quiso él mismo ser el panegirista: *Hac dicit Dominus Deus: tu signaculum similitudinis, plenus sapientia, et perfectus decore, in deliciis Paradysi fuisti: omnis lapis pretiosus operimentum tuum.* (EZECH. 28.) Tú, sello de la semejanza, colmado de sabiduria, perfecto en la belleza, fuiste criado en las delicias del Paraiso, y adornado de todas las piedras preciosas como de rica gala. Gastó Dios, (por decirlo así) los tesoros de su Bondad, Poder y Sabiduria, para formar en el ángel la mas perfecta imágen de su infinita hermosura. ¿Qué excelentes dotes no le dió en el orden natural? Crióle puro espíritu en su esencia, inmortal por la eternidad: de un entendimiento y ciencia tan elevada, que con sola una vista penetra todos los

secretos mas escondidos de la naturaleza: de un poder tan prodigioso, que solo un ángel mueve sin cesar toda la máquina de los cielos: fuera de esto, ¿qué dones no le concedió en el orden sobrenatural, dándole una gran plenitud de gracia, infundiéndole los hábitos de las mas superiores virtudes, elevándolo al derecho de la gloria?

¡Con qué ardor de voluntad habrán amado á su soberano Bienhechor, ya que con tanta luz del entendimiento conocian la grandeza de sus beneficios? ¿Habrán amado? Eso debia ser; pero ingratos y rebeldes se ensoberbecieron con tantos favores. Negaron el obsequio á quien tanto los habia obligado. Luzbel, el mas favorecido, fué el mas pérfido y traidor. Por eso se quejó Dios de él con especialidad: *Peccasti: elevatum est cor tuum in decore tuo: perdidisti sapientiam tuam.* ¡Ah ingratisima criatura! ¡Qué por la belleza que de mi mano recibiste, te haz revelado contra mí? ¿La sabiduria que yo te dí, te ha cegado el entendimiento? ¿Haz podido pecar? ¿Qué merece una tan gran maldad? *Ejeci te de monte Dei. Producam ignem de medio tui, qui comedat te.* Ya yo te he arrojado de la alteza del cielo, y encarcelado en los abismos de la tierra. Dentro de tí encenderé un fuego, que te abrasará vivo eternamente. Todas las naciones que te verán reducido á tan gran miseria, quedarán atónitas, y se asombrarán de tus castigos.

Y así fué, que apenas Luzbel con sus secuaces, hubo cometido el primer pecado con el primer desorden, cuando á manera de rayo fué visto precipitarse del cielo, y traerse consigo, envueltos en la misma ruina, la tercera parte de los ángeles, como estrellas, que cayesen del firmamento. *Videbam Satanam, sicut fulgor de Cœlo cadentem: et cauda ejus trahebat tertiam partem Stellarum.* ¡O suceso formidable! ¡O rigor inexorable de la Divina Justicia! ¿Así, ¡ó Criador de los ángeles! os indignais por un acto solo de soberbia contra las criaturas primogénitas de vuestra bondad! Alguna escusa tienen por ser este el primer pecado, cometido solamente con un afecto desordenado, de que presto harán perfecta penitencia. No, no tienen escusa, dice Dios: han pecado, y por tanto merecen que yo los aborrezca, los abomine, y los castigue por toda una eternidad. Ea, que merecen alguna compasion, por ser las mas bellas obras que han salido de vuestras manos, las imágenes mas vivas de vuestra perfeccion. Es verdad; pero han manchado su belleza con culpa, han envilecido su dignidad con pecado, y por eso serán siempre indignos de parecer en mi presencia. ¡O Señor, que recompensarán esta única ofensa con infinitos obsequios, os bendecirán eternamente, glorificarán siempre vuestra piedad, si con ellos la usais! Al contrario, si los condenais sin misericordia, prorrumpirán en continuas blasfemias y ultrages de vuestro santisimo Nombre. No importa: me han ofendido, no hago caudal de sus alabanzas, no hago caso de sus blasfemias. No me faltan alabanzas y bendiciones de los ángeles que me han sido fieles. Perezcan, pues, los rebeldes, sean al instante precipitados al infierno, ardan, giman, blasfemen y rabien eternamente, trocados de estrellas del cielo, en tizones negros del abismo. ¡O juicios incomprensibles de Dios! *Judicia tua abysus multa.* Bien conocia Dios la nobleza de tales criaturas, comprendia su número innumerable, sabia

que su culpa era unica de un solo pensamiento pecaminoso, y que arrepintiendose, la hubieran resarcido con mayores obsequios. Y con todo eso, la Divina Justicia con irrevocable sentencia, como con una tempestad impetuosa, en el mismo acto de pecar, amontonandolos todos juntos, sin darles lugar para arrepentirse, los precipitó al abismo.

Si Dios hubiese condenado á solo Luzbel, como cabeza de la rebelion, esta demostracion de justicia deberia bastar para poner gran miedo á todos los hombres. Si hubiese hecho lo que el Emperador Maximiano en su Ejército, que diezmó las legiones sediciosas, y de cada diez soldados condenó uno á la horca, para causar terror á los demás, debiera pasmarnos y apartarnos muy lejos de ser infieles á Dios. ¿Pues cómo no bastará un número casi infinito de ángeles, sentenciados todos, sin excepcion ni aun de uno solo culpado, á eternos tormentos? Haced reflexion un poco sobre la multitud de ángeles que exceden á las estrellas del cielo, y á las arenas del mar, y decid luego: la tercera parte de estas nobilisimas criaturas fue condenada por un solo pecado; ¿y yo me atrevo á pecar, como si estuviese segurisimo del perdon que se negó á tantos? De esta tragedia debeis aprender la enorme gravedad é intolerable peso del pecado, que hizo caer á plomo tan gran número de espíritus soberanos de lo mas alto del cielo, á lo mas profundo del abismo. De aquí se debe inferir la severidad de la Justicia Divina, y decir con el Apostol san Pedro: *Si Deus Angelis peccantibus non perpecit, sed rudentibus inferni detractos in tartarum tradidit cruciandos.* ¡Si Dios no perdonó á los ángeles que pecaron, sino que atados con maromas del infierno, los encerró en el abismo para ser atormentados; ¿cuánto mas seremos castigados nosotros, que somos gusanos y podredumbre? *Putredo, et vermis.* ¡Si los príncipes de la corte del cielo, por un pecado solo, son tan atrozmente condenados y castigados; qué deberán esperar ó temer los hombres, vilisimos esclavos de la tierra, por tantas y tan repetidas maldades? Mas no llega el hombre todavia á penetrar cuan vengadora de sus ofensas es la Divina Justicia. Por eso decia el Salvador: Padre Justo, el mundo no te ha conocido: *Pater Juste, mundus te non cognovit.* El mundo no os quiere conocer por Justo, sino por Misericordioso: no sabe temer vuestra justicia, sino solo espera en vuestra misericordia, para pecar mas libre y confiadamente.

Con el terror de este trueno, y con el estrago de este rayo, pretendió Dios aterrar toda la posteridad de las criaturas, para que las inferiores aprendiesen á huir el castigo, á costa y en cabeza de las superiores: *Deus Majestatis intonuit. Ut ruina majorum* (dice san Gregorio) *sit cautela minorum.* Sirva de escarmiento y cautela á los menores, la ruina de los mayores. Acordaos de aquel terrible hecho que ejecutó el rey Don Pedro de Aragon, para impedir las rebeliones de sus vasallos, movidas de los grandes del reino. Llamó á la corte para consejo á los mismos grandes, y les preguntó: ¿cómo se podria fabricar una campana que se oyese en todo Aragon, para poner terror á los rebeldes? Sorprendidos á esta pregunta los grandes, respondieron que el intento era imposible. Entonces el rey

con otro pretesto, llamandolos uno á uno á otra sala apartada, les hizo cortar cruelmente las cabezas, y ponerlas una sobre otra en forma de campana. Abiertas despues las puertas, las sacó á vista y á terror de sus súbditos. Y á la verdad, esparcida la voz de esta horribilisima campana, resonó por toda España, y retrajo los vasallos de toda conjuracion. Otro tanto, con el mismo designio, pero con mejor justicia, hizo Dios con los ángeles en su castigo: *Intonuit de Cœlo Dominus, et Altissimus dedit vocem suam.* (PSALM. 32.) Hizo el Altisimo que se oyese desde el cielo el trueno y la voz de sus amenazas: *Ut timeat Dominum omnis terra, et ab eo commoveantur omnes in habitantes Orbem.* (PSALM. 75.) Para que toda la tierra se llene de horror, y todos los habitadores del mundo queden espantados. Tiemble, pues, toda criatura á las amenazas del Dios grande, y aprenda á tenerle mucho respeto: *Terribilis apud omnes Reges terræ.* Tiemblen los pecadores, reos de tantas maldades, viendo el castigo de los ángeles por un solo pecado. Teman los justos, porque viven cercados de peligros, entre mil incentivos y ocasiones de caer en pecado.

Y verdaderamente, si pecaron los ángeles que tenian un entendimiento perspicacisimo para conocer las verdades eternas, y una perfecta voluntad inclinada al Sumo Bien, sin peso de cuerpo, sin apetito de sentidos que les trajese al mal: ¿cómo no temeremos nosotros las culpas, estando nuestro entendimiento ofuscado con tantos errores, nuestra voluntad pervertida de tantas pasiones, nuestro cuerpo concebido en pecado, lleno de concupiscencias? Somos como una especie

de heno, preñado de espíritus igneos, que por sí solo prende fuego, y se enciende y abrasa: *Omnis caro fœnum.* (ISAI. 4.) Si cayeron aquellos supremos ángeles que estaban en el cielo, lejos de los malos ejemplos que convidan al mal; de las persuaciones de los malos que apartan del bien; de las tentaciones de los enemigos que llaman á gozar los prohibidos placeres, ¿cómo no temeremos las caidas nosotros, que vivimos en la tierra, país de los enemigos, enmedio de objetos que continuamente nos engañan y lisonjean; entre hombres perversos que con tantos artificios pervierten; frente á frente de los espíritus malignos, que con frecuentes engaños y no menos violencias nos asaltan? Si cayeron los ángeles que tenian tan fresca la memoria de los beneficios recibidos, poco antes, de Dios, y la viva esperanza del premio que muy presto esperaban, ¿cómo no temeremos el precipicio nosotros, que nos olvidamos de los premios eternos, y no hacemos caudal de los eternos castigos? ¿No debemos estar en un continuo temor y en una cautela cuidadosa? Cayeron las mas firmes columnas del cielo: y nosotros, cañas debilisimas de la tierra, estarémos constantes? Con razon san Luis Beltrán temblaba todo de pies á cabeza, y derramaba amargas lágrimas al acordarse de este pensamiento: *Puedo pecar, puedo condenarme.* Y preguntaba frecuentemente á sus amigos: *¿Juzgais que me salvaré?*

§. II.

CASTIGOS DE ADAN Y SU POSTERIDAD.

Vengamos ya al primer hombre, en cuya formacion empleó Dios los mas amorosos afectos de su bondad. Las otras criaturas salieron á la luz del ser por un sencillo imperio de la Divina voz. Bastó para criarlas un *Fiat.* Mas Adan singularmente fué criado con el consejo, y como consulta de las Divinas Personas: *Faciamus hominem.* (GEN. 1.) Donde advierte discretamente S. Agustin (DE SPIR. ET ANIMA, CAP. 35) *Homo non solo jubentis Dei sermone factus est, sed concilio Sanctæ Trinitatis.* Para producir las otras criaturas se les dió comision á los elementos, como ministros del Divino Poder: á la tierra, para brotar yerbas, arboles y plantas: *Geminet terram herbam virentem.* (GENES. 1.) A las aguas, para formar aves y peces: *Producant aquae reptile animae viventis, et volatile.* Pero Adan fué formado por la misma mano de Dios: *Creavit Deus hominem;* no sufriendo su amor fiar la formacion del hombre de otras manos, para poder así mejor imprimirle la viva imagen y perfecta semejanza de sí mismo: *Ad imaginem, et similitudinem nostram:* no tanto en la armoniosa composicion de los miembros, en la viveza de los sentidos, en la magestad del semblante, que mira al cielo; cuanto en las perfecciones verdaderamente divinas del alma, dotada de tres potencias, entendimiento, memoria y voluntad; no ofuscada todavia de pasion alguna, sino clarisimo espejo del Sumo Bien, que eran como el rayo, la luz y el calor del Divino Sol,

Trino y Uno. ¡O exceso del amor de Dios! ¡O dignidad incomparable del hombre! Mas no pararon aquí los beneficios concedidos á Adan: púsolo en el Paraiso terrestre, país de todas las delicias, para que enmedio de honestos placeres gozase de una vida feliz. Dióle el imperio universal de todas las criaturas, para que se sirviese de ellas á su gusto: *Praesit piscibus maris, volatibus Cœli, et bestiis terræ;* sin que escapasen de su dominio, ni los peces, por escondidos en el mar: ni las aves, por remontadas en la suprema region del aire; ni los brutos, por esparcidos por la tierra. Fuera de esto, le enriqueció el cuerpo y el alma con excelentisimos dotes, dandole la inmortalidad; y así el cuerpo, sin apartarse jamás del alma, seria trasladado del Paraiso terrenal al cielo empíreo. Dotóle de la justicia original, con perfecto dominio sobre las pasiones, que jamás hubieran levantado aun un soplo, que inquietase la dulce calma del corazon. Mas: infundiole en el alma el tesoro de la gracia, y una gran riqueza de dones sobrenaturales, dandole una dignidad tan elevada, que no solo era un honradisimo vasallo, sino carisimo amigo, y gloriosisimo hijo del mismo Dios, que habiendolo escogido por suyo, lo habia elevado hasta hacerlo participante de los mismos atributos y prerrogativas; *Effecerat divinæ consortem naturae.*

Despues de haberlo así obligado con tan singulares beneficios, quiso Dios hacer prueba de su fidelidad y amor, con ponerle un solo precepto, que no comiese de sola una fruta; mas gozase de tantas otras, como le ofrecia un jardin y paraiso de deleites. Sin duda Adan, mo-

vido de taatos favores, atrahido de la promesa de una eterna felicidad, si obedecia, atemorizado de las amenazas de una horrible y duplicada muerte, si quebrantaba un precepto tan fácil de guardar, ni aun un pensamiento tendria, no digo ya deseo, del prohibido fruto. ¡Mas, ay infeliz! Dejóse tentar, tomó el fruto, comiólo, y cayó: quiso mas seguir un vanisimo y brevisimo placer, que obedecer al precepto de su liberalisimo Criador. ¿Y qué sucedió? Llora hoy, y llorará el género humano con amarguisimas lágrimas la infelicidad de Adan, y de toda su posteridad: *Ejecit eum Dominus de Paradyso voluptatis.* Al punto, indignado Dios, lo desterró del Paraiso de los placeres, y lo arrojó á una tierra maldita, y llena de espinas y abrojos. La obediencia mansa y docil de los animales, se convirtió en una rabiosa rebelion: tomaron en aquel punto veneno las sierpes, fiereza los tigres, sed de sangre humana los leones, y todas las criaturas se armaron contra el pecador, gritando contra él, y pretendiendo su extrago y destruccion. Fuéle al instante quitada la justicia original, despojáronle del tesoro de la gracia, de la filiacion de Dios, del derecho á la herencia de la gloria. Saltáronse derepente las pasiones y apetitos, que á guisa de furias rabiosas empezaron á despedazarle el corazon. Quedó sujeto á los afanes de una miserable vida, á los tormentos de una congojosa muerte, á los peligros de una condenacion eterna.

Solo con ver el castigo de Adan, deberian todos los hombres temer y huir con inmenso aborrecimiento el pecado. Para refrenar en el Africa los innumerables estragos que hacian los leo-

nes, se determinó coger uno, y ahorcarlo en un árbol, á cuya sola vista todos los leones se pusieron en fuga, y en adelante no mataron mas hombres. (PLIN. LIB. 8. CAP. 16.) ¿Cuánto mas deberia bastar para refrenar á los hombres la pena de Adan? Pero no terminó en eso solo el suplicio: á nosotros, sus infelicisimos descendientes, tocó tambien el remanente de las penas. Como el veneno puesto en la raiz de una vid inficiona todos los pámpanos con sus racimos; así el pecado del primer hombre se transfundió con sus miserias á todo el género humano. Fué aquella culpa un contagio, que corrompió con pestilencial dolencia toda la posteridad. Fué un torrente turbio é impetuoso, que arrebató al mundo todos los bienes, y le acarreó una inundacion de todos los males. Lloramos nosotros infelices las injurias de los tiempos, la inquietud de las pasiones, el rigor de tantas enfermedades, tan varias en sus accidentes, tan molestas por su atrocidad. El pecado de Adan fué la causa. Suspiramos en este valle de lágrimas por la desolacion de las guerras, los estragos de las pestes, las desdichas de las hambres. De aquel único pecado traen su origen. Poned con la imaginacion en un monte todos los huesos de los muertos: en un mar toda la sangre derramada de los cuerpos humanos: en una haz ó monton todas las calamidades que ha habido, hay y habrá en todo el mundo; y despues, levantando los ojos, atónitos á vista de tantas ruinas, decid: tan grandes miserias, todas son penas de aquel solo pecado. Aquel solo delito ha sido el destierro de la paz del mundo, la introduccion de tantos desastres, de tantas enfermedades, de tantas y tan horrorosas muertes en la tierra.

Pero este no es el fin de los males, porque al fin estas penas son temporales. ¿Cuántos niños inocentes y libres de culpas actuales, en pena de aquel primer pecado, quedan eternamente privados de la feliz vista de Dios? ¿Cuántos ¡ó cuántos! hombres, cayendo cada dia en pecado, se precipitan en los eternos abismos del infierno? Ni deben buscar otra causa ó impulso á sus caidas y precipicios, sino la inobediencia de Adan, que rebelandose contra Dios, hizo se rebelasen en nosotros y contra nosotros, desenfrenados los apetitos, y las pasiones desordenadas, que sujetando y avasallando la razon, espolean los sentidos á tantas ruinas. Somos á la verdad hijos de ira, rendidos á las concupiscencias, concebidos en pecado: *Filli irae, subjecti concupiscentiis, concepti in peccatis.* (EPHES. 2. 3.) De aquí es, que tantos, imitando al primer padre en la culpa y no en la penitencia, van á arder perpetuamente en un fuego, que les penetrará con intolerables tormentos el alma con sus potencias, y el cuerpo con sus sentidos. Ni tendrán jamás alivio en sus males, ni esperanza de bien alguno: porque Dios nunca tendrá oidos para escuchar sus lamentos, ni entrañas para compadecerse de ellos; siempre serán aquel pueblo infeliz, que llora Malaquias: *Populus, cui iratus est Dominus usque in aeternum.* Un pueblo, con quien estará enojado Dios por toda la eternidad.

Ahora, ¿quién no se horrorizará al ver tan formidables castigos del pecado? ¿A quién no pondrán espanto los rigores de la Divina Justicia? *¿Quis non timebit te, ó Rex Gentium?* (decia todo atónito á tal espectáculo Jeremias.) ¿Quién se atreverá jamás á pecar en confianza de la mi-

sericordia, viendo la severidad de la Justicia ejecutada en el primogénito del género humano? Cuando el rey Felipe II pronunció sentencia capital contra su primogénito Carlos, se llenó de horror toda España: *Nec quisquam reorum ausus est veniam sperare, quam Pater denegaverat Filio.* No huvo delincuente que se atreviese á esperar jamás perdon del rey, viendo que la justicia del padre se le habia negado á su mismo hijo. Que la Magestad de Dios, por altos consejos de su providencia, ha querido ejercitar primero con el hombre los actos de su Justicia en darle pena, que los de su misericordia en darle premio, dejándose ver primero Juez Justo, que benigno Remunerador: así lo dijo el Profeta: *Justitia ante eum ambulabit.* (PSALM. 84.) La Justicia irá delante de él, como su aposentador. Fuera de esto, el Salvador del mundo, por el infinito ódio que tiene al pecado y al pecador, protesta, que primero castigará á los reos en el dia del Juicio, que premiará á los justos, pues mandará recoger primero la cizaña, (en que se significan los pecadores) y echarla al fuego, y despues recogerá el trigo, símbolo de los justos, para conservarlo en el cielo: *In tempore Messis dicam Messoribus: Collígite primum zizania, et alligate ea in fasciculos ad comburendum, tristicum autem congregate in horreum meum.*

§. III.

EJEMPLO.

Terrible teatro se abrirá delante de nuestros ojos, si pudiesemos asomarnos al abismo infernal, y ver allí cuantos al primer pecado, sorprendidos improvisamente de una muerte repentina, gimen ahora sin remedio en las eternas penas. Yo registraré aquí solamente uno, bastante á llenar de horror á quien tuviere un punto de juicio en la cabeza, y un átomo de zelo de su salvacion. Célebre es en las historias de san Benito el nombre de Pelagio, cuya vida fué puntualmente como una tragedia, en que primero se ponen las jornadas y actos alegres, para que despues parezcan mas funestos y lamentables los fines. Este, nacido de muy buenos padres, fué criado á los pechos de la devocion, y con la leche del santo temor de Dios. Crecía en los años, y al paso mismo crecía en sus virtudes: era frecuente su asistencia en las iglesias, devoto en oir Misas, todo embebido en el cuidado de santas oraciones, hasta que muertos sus padres, se determinó á retirarse del mundo; y vendida su hacienda, para dar el precio á los pobres, se fué á una ermita á vivir en la tierra una vida del cielo. Allí, edificada una pequeña capilla, erigió un altar de gran devocion, delante del cual gastaba gran parte del dia en oracion y meditaciones divinas; de suerte, que esparcida por el contorno la fama y buen olor de tanta virtud, todos los paisanos le veneraban por santo. Embidioso el demonio de tan piadosos ejercicios, se

empeñó en perseguirlo, ya con violencias, ya con engaños é ilusiones, trayendole á la imaginacion torpes pensamientos; pero viendo que los rebatia con viva fe, con ayunos y oraciones Pelagio, reforzó la bateria con un escuadron de representaciones feas, poniendole delante de los ojos acciones inmodestas de mugeres hermosas, cuanto livianas y desahogadas. ¿Qué mas? Cansado el ermitaño de tanta resistencia á los continuos y molestos asaltos, poco á poco se rindió, y dió consentimiento en su corazon á un deseo impuro. Apenas hubo caido, cuando le sorprendió una profunda melancolia, que no le dejaba sosegar, y arrojandose en tierra dentro de su ermita, decia suspirando: ¡ó pobre Pelagio! ¿Dónde has caído? Del cielo en el infierno. Poco há eras hijo de Dios, y ahora esclavo del demonio. ¿Cómo con un consentimiento has perdido los mériros de toda tu vida? ¿Cómo podré yo jamás huir de la ira vengadora de Dios? Si confieso este inmundo deseo, puede ser que se sepa mi pecado, y de ahí perdida la estimacion y buen nombre adquirido.

Con esta turbacion de ánimo salió á la puerta de la ermita, desde donde vió pasar un peregrino, que le dijo: Pelagio, ¿por qué te dejas avasallar de esta tristeza? Quien sirve á un Dios tan bueno, nunca debe estar melancólico. Si le has ofendido, ¿no sabes que tienes remedio? Haz penitencia, y con eso te restituirás á tu antigua paz. Quedó Pelagio atónito á tan dulces palabras del peregrino, que al punto se desapareció; y conociendo que este era aviso de un ángel, se resolvió á hacer penitencia de su pecado. Y para mejor cumplir su intento, se fué á un con-

vento de san Benito, y postrado á los pies del Abad, le pidió con instancia el santo hábito, y lo consiguió luego, por el concepto de santidad que tenia en aquellos contornos. Allí en la escuela de las virtudes no se puede explicar con cuánta exaccion observaba la regla, con cuánta humildad servia en los ministerios mas abatidos, cuántos eran sus ayunos, con cuán rigorosas disciplinas ensangrentaba sus carnes, y con qué ásperos silicios vestia, y juntamente atormentaba su cuerpo. Pero todo en vano, porque no tuvo aliento para confesar su pecado. ¡O Dios de las misericordias! ¿Por qué no os mueve á compasion esta ovejuela descarriada? Si algun pecador puede conseguir perdon, ¿quién mejor le debe alcanzar que este hombre, que solo una vez cayó con solo un pensamiento, á la violencia de tantas tentaciones, despues de tantas victorias ganadas á vuestra gloria? ¡Oh, muevan vuestra piedad los obsequios de la vida pasada, las penitencias y oraciones de la presente! ¡Cómo concedeis vuestra gracia eficaz á tantos pecadores, reos de innumerables maldades, y la negais á un religioso, que solo es culpable de una fragilidad? Tanta verdad es, que son incomprensibles los juicios de Dios: *Incomprehensibilia sunt judicia ejus.* (ROM. 11.) Aprendamos una vez á temer los juicios de la Divina Justicia. Aprendamos, como un torpe afecto puede obstinarse en una alma sin remedio; y como una delicada y blanda exhalacion se endurece poco á poco, y se forma aquella durisima piedra, que arroja el rayo. Así un deseo impuro se levanta en el corazon, y allí se congela de modo, que llega á hacerle una dura é inmoble piedra: *Cor ejus quasi lapis indurabitur.*

Quedóse, pues, Pelagio en su obstinacion, hasta que habiendo enfermado gravemente, y reducido casi al punto de la muerte, se confesó de los otros pecados, callando aquel único, aunque se sentia impelido á confesarlo con vehementes inspiraciones de la divina gracia. Recibido despues el santísimo Viático, murió pecador en los ojos de Dios, por mas que en estimacion de santo en los ojos de los hombres. Pero, ¡ó horror! la noche siguiente, levantandose el sacristan y pasando por la iglesia á tocar á maitines, reconoció que el cuerpo de Pelagio estaba descubierto sobre la tierra del sepulcro. Atónito á tal vista, se imaginó, que por descuido ó yerro, no habia sido bien sepultado, y lo enterró de nuevo, sin hablar palabra del caso. Mas la noche siguiente le sucedió lo mismo, por donde conoció claramente, que la tierra arrojó de sí el cuerpo. Entonces, sorprendido de grande espanto, partió á dar cuenta al Abad, el cual, convocados los monjes en la iglesia, los mandó que se pusiesen en oracion, suplicando á Dios que se dignase significarles su voluntad, si por ventura era, que aquel su siervo fuese colocado en sepulcro mas honroso. A un rato, volviendose al cadaver, dijo en alta voz: ó Pelagio, ya que fuiste tan obediente en vida, yo te requiero y mando que me descubras, ¿si Dios quiere que tu cuerpo sea trasladado á mas decente lugar? Aquí el difunto con un espantosisimo suspiro, respondió: ¡ay, desventurado de mí, que me hallo condenado en el infierno á penar mientras Dios fuere Dios! Caí en un torpe deseo, de que nunca hice penitencia verdadera, y ahora he sido arrojado á las voraces llamas, sin esperanza de salir jamás de ellas. Y

si quereis certificaros de esta verdad, llagaos acá, acercaos, y registrad mi cuerpo. Acercandose el Aban, vió que todo el cuerpo estaba encendido como un hierro ardiendo, de que horrorizado, se retiraba muy aprisa, cuando oyó que le llamaba y le decia: No te ausentes de aquí, padre, hasta que me hayas quitado esto que tengo debajo de la lengua. Acercandose de nuevo el Abad, vió que tenia aún en la boca, la forma fresca y entera, que habia recibido por Viático. Tomóla con la mano temblando, y la hizo poner aparte en lugar decente, para memoria de tan lamentable suceso. Entonces, con voz mas funesta, añadió el difunto: la voluntad de Dios es, que mi execrable cuerpo no tenga sepulcro en lugar sagrado, sino en un muladar, como una bestia, hasta que venga á padecer juntamente con mi alma, eternamente en el infierno.

No es necesario que yo haga ponderaciones sobre este tan terrible juicio de la Divina Justicia. El por sí predica cuán de temer son los juicios de Dios: *Quam terribilia sunt judicia tua, Deus.* Si los fervorosos obradores de tantas cosas cayeron, ¡qué ruina no pueden temer los flojos y tibios? Teman los arbolitos flacos y débiles, al ver que caen los robustos cedros del líbano. *Ulula abies, quia cecidit Cedrus.* (ZACH. 11)

Lease á Tomás de Xempis. lib. 3. *cap.* 14. *cuyo titulo es:* Considerar los ocultos juicios de Dios, para que no nos dejemos llevar de la soberbia.

LECCION III.

PROCESO DE LOS PECADOS PROPIOS.

PARA tomar eficaz resolucion de valerse y servirse de las cosas del mundo, solamente en cuanto ayudan á conseguir el último fin para que fuimos criados, tiene increible fuerza el considerar, qué desórdenes se han originado de haber abusado de ellas. Por tanto, es utilísimo consejo ponerse tal vez delante de los ojos el proceso de su vida cada uno, y recorriendola desde el principio al fin, advertir y examinar la multitud de sus errores, y la gravedad de sus culpas. Empiézese desde la niñez. El angélico Dr. santo Tomás enseña, que el hombre luego que llega al uso de la razon, tiene obligacion grave de emplear su primer amor en Dios. Y bien: los primeros actos de mi niñez, fueron ofensas, fueron injurias del Criador. Creciendo la edad, fueron tambien creciendo los pecados; porque soltando el freno á los apetitos juveniles, no hubo prado de nocivas flores, por donde no corriese mi desahogo. Aquellos amigos eran mas de mi cariño, que me llevaban á los placeres. Aquellas diversiones eran mas repetidas, donde de ordinario padece naufragio la honestidad. ¿Qué año de mi vida? ¡Qué digo año? ¡Qué mes? Aun mas verdad diré: ¿qué dia he pasado, en que de algun modo no haya quebrantado las divinas Leyes? Un mal placer gozado no me hartó, antes encendió mas el apetito de otro peor. La soledad me sirvió para dar secreto desahogo á mis

si quereis certificaros de esta verdad, llagaos acá, acercaos, y registrad mi cuerpo. Acercandose el Aban, vió que todo el cuerpo estaba encendido como un hierro ardiendo, de que horrorizado, se retiraba muy aprisa, cuando oyó que le llamaba y le decia: No te ausentes de aquí, padre, hasta que me hayas quitado esto que tengo debajo de la lengua. Acercandose de nuevo el Abad, vió que tenia aún en la boca, la forma fresca y entera, que habia recibido por Viático. Tomóla con la mano temblando, y la hizo poner aparte en lugar decente, para memoria de tan lamentable suceso. Entonces, con voz mas funesta, añadió el difunto: la voluntad de Dios es, que mi execrable cuerpo no tenga sepulcro en lugar sagrado, sino en un muladar, como una bestia, hasta que venga á padecer juntamente con mi alma, eternamente en el infierno.

No es necesario que yo haga ponderaciones sobre este tan terrible juicio de la Divina Justicia. El por sí predica cuán de temer son los juicios de Dios: *Quam terribilia sunt judicia tua, Deus.* Si los fervorosos obradores de tantas cosas cayeron, ¿qué ruina no pueden temer los flojos y tibios? Teman los arbolitos flacos y débiles, al ver que caen los robustos cedros del libano. *Ulula abies, quia cecidit Cedrus.* (ZACH. 11)

Lease á Tomás de Xempis. lib. 3. *cap.* 14. *cuyo titulo es:* Considerar los ocultos juicios de Dios, para que no nos dejemos llevar de la soberbia.

LECCION III.

PROCESO DE LOS PECADOS PROPIOS.

PARA tomar eficaz resolucion de valerse y serv rse de las cosas del mundo, solamente en cuanto ayudan á conseguir el último fin para que fuimos criados, tiene increible fuerza el considerar, qué desórdenes se han originado de haber abusado de ellas. Por tanto, es utilisimo consejo ponerse tal vez delante de los ojos el proceso de su vida cada uno, y recorriendola desde el principio al fin, advertir y examinar la multitud de sus errores, y la gravedad de sus culpas. Empiézese desde la niñez. El angélico Dr. santo Tomás enseña, que el hombre luego que llega al uso de la razon, tiene obligacion grave de emplear su primer amor en Dios. Y bien: los primeros actos de mi niñez, fueron ofensas, fueron injurias del Criador. Creciendo la edad, fueron tambien creciendo los pecados; porque soltando el freno á los apetitos juveniles, no hubo prado de nocivas flores, por donde no corriese mi desahogo. Aquellos amigos eran mas de mi cariño, que me llevaban á los placeres. Aquellas diversiones eran mas repetidas, donde de ordinario padece naufragio la honestidad. ¿Qué año de mi vida? ¿Qué digo año? ¿Qué mes? Aun mas verdad diré: ¿qué dia he pasado, en que de algun modo no haya quebrantado las divinas Leyes? Un mal placer gozado no me hartó, antes encendió mas el apetito de otro peor. La soledad me sirvió para dar secreto desahogo á mis

pasiones. El comercio con otros, sirvió para dar público escándalo á la inocencia de los otros. Si tomo en la mano el Decálogo, apenas hallaré Mandamiento, en que no haya muchas veces ofendido y ultrajado el honor de Dios, y hecho daño al prójimo. Si leo el catálogo de los pecados capitales, ¿cuál de ellos no ha sido una semilla fecunda, que ha producido en mí copiosa cosecha de maldita cizaña? En suma: mis pecados han sido como los eslabones de una cadena, que el uno tira, y trae á sí el otro, porque el uno entra en el otro; así mis culpas han estado ligadas una con otra, formando esta horrible cadena, que llega hasta en el infierno á las manos de los demonios, que con ella á toda fuerza me tiran, y pretenden llevar á la eterna esclavitud.

Si la beneficencia de Dios me mantiene florida la salud, enteros y vivos los sentidos del cuerpo; de la salud me he valido para desfogar mas desenfrenadamente las pasiones sensuales: de los sentidos, para recoger mas especies que irriten la concupiscencia. Si Dios me dió un entendimiento agudo para aprender, fecundo para discurrir é inventar; no me ha servido de otra cosa, que de trazar artificios con que ejecutar mis maldades, y llevar al cabo mis impuros designios. Si me dió abundancia de riquezas; de las riquezas he abusado para gastar mas liberalmente, desperdiciar con mas disolucion, y seguir mis caprichos con mas destemplanza. *Sanitati utimur in libidinem* (dice san Gerónimo) *divitios vertimus in luxuriam.* En el mismo tiempo que Dios con suma liberalidad me hizo beneficios, yo le he ofendido; y como si esto fuese poco, le ofendí con

mayor desvergüenza, cuanto me favoreció con mayor liberalidad. ¡Oh, cómo merezco que me llame el Apostol hombre de pecado, hijo de la perdicion! *Homo peccati, filius perditionis.* (THESSALON. 2. 2.) ¡Oh, cómo puedo exclamar con el Real Profeta! *Circumdederunt me mala, quorum non est numerus: multiplicatae sunt iniquitatis meae super capillos capitis mei!* (PSALM. 39.) Las leyes civiles mandan, que los que reinciden en los delitos, sean castigados sin remision. Los Cánones Eclesiásticos declaran ser indignos de clemencia los relapsos en la heregia. ¿Cómo podré yo, pues, esperar jamás piedad de las divinas Leyes, despues de tantas y tan frecuentes recaidas en los mismos delitos? Especialmente despues de haber tantas veces, sin fruto ninguno de enmienda, engañado á la Divina Bondad, que con exceso de misericordia me ha ofrecido el perdon, y restituirme á su gracia.

Y si quiero comparar mis innumerables maldades con un solo pecado de Luzbel y de Adan, ¿qué horror no me correrá por las venas? Luzbel, con tantos millares de ángeles, condenado á un infierno de tormentos, por un solo afecto de soberbia, ¿qué debo esperar yo despues de tan dilatada série y multitud de pecados? Adan, por un solo acto de destemplanza, expuesto con toda su posteridad á un monton de tantas miserias é infortunios, ¿qué no debo temer yo, siendo reo de tantas maldades en todas las especies de culpa? Si comparo mi ingratitud, tanto mayores parecerán mis delitos, cuento han sido mayores los beneficios que me ha hecho Dios. Luzbel y Adan ofendieron solamente á un Dios Criador: yo he injuriado á un Dios tambien Reden-

tor, despues de haberlo visto sudar sangre, padecer cruelisimos tormentos, morir en una cruz, por borrar y cancelar el pecado, por redimir y librar al pecador. ¿Y esto no es haber yo sido tanto peor, que todos los demonios en el pecar, cuanto el beneficio de la redencion es mayor que el de la creacion? Fuera de esto, he pecado, sabiendo que con mis pecados nuevamente tomaba los martillos, aguzaba los clavos, y de nuevo, ¡ó cosa horrorosa! yo crucificaba á Jesucristo: *Rursus crucifigentes Filium Dei.* (HEBR. 6.) Ni esta debe parecer ponderacion en el Apostol; pues dice santo Tomás, que con toda verdad, nosotros con los pecados volvemos á poner en campaña, cuanto bastó para causar la crucificcion de Jesucristo, que fué la injuria de Dios: *Cum iterum peccas, quantum in te est, das occasionem, ut iterum Christus crucifigatur.* (IN VITA.) Así lo testificó el mismo Salvador á santa Brígida, cuando se le apareció lleno todo de nuevas heridas, y derramando mucha sangre fresca, le dijo: Estas nuevas heridas me abren con sus culpas los pecadores. Mas: yo me he rebelado tantas veces contra Dios, despues del singular beneficio de los Sacramentos divinos, especialmente el de su santisimo Cuerpo y preciosisima Sangre, instituido para sustento y honra de los cristianos. Y así, atónito el Profeta, ante el mismo Dios, de tan grande ingratitud se queja: oid cielos, escuchad tierra lo que Dios dice: Yo he sustentado y ensalzado á mis hijos, y ellos me despreciaron: *Audite Coeli, et auribus percipe terra, quoniam Dominus locutus est: Filios enutrivi, et exaltavi: Ipsi autem spreverunt me.* (ISAI. 1.) ¿No es esto haber sido peor que los tigres y leones, los cuales, (co-

mo leones en las historias) beneficiados de nosotros se amansan, obedecen á nuestro gusto, y no arman sus dientes para despedazarnos, cuando nosotros alargamos la mano para darles sustento: *Beneficia etiam ferae sentiunt.* Y así san Juan Crisóstomo juzgó por mas crueles que las fieras á los hermanos de José, los cuales entonces trataron de matarlo, cuando él con socorro de mantenimientos los buscaba para regalarlos. Mucho mas se descubrirá la enormidad de nuestros pecados, si comparamos nuestra vileza con la excelencia de los ángeles y de Dios.

¿Cómo una vilisima criatura se atrevió á rebelarse contra el Soberano Rey de la gloria? Un hombre compuesto de barro, gusano de la tierra, vapor, que en un instante se disipa, monton de miserias, vaso de inmundicias, postéma de pasiones corrompidas, ¿ha tenido osadia de tomarselas con un Todopoderoso Dios? Aun si solamente se hubiera atrevido á injuriar á un ángel, ultrajar á un serafin, hacer guerra á todas las gerarquias angélicas, se tendria por un exceso de arrojo y furor de locura: ¿qué será haber ofendido á un Dios inmenso é infinito, en cuya comparacion los ángeles y los hombres son como una gota de rocío, respecto de la inmensidad del océano? ¡Mover á indignacion una Magestad Divina, de cuya mano está pendiente todos los instantes la vida del hombre, y su salvacion ó condenacion? ¡Hacerse enemigo de un Monarca Omnipotente, que tiene siempre pronta la espada, y empuñados los rayos de la venganza contra sus enemigos? *Persequar inimicos meos: Evaginavo gladium meum, et sagittas meas complebo in eis.* Parece imposible aun el imaginarse, no digo eje-

cutarse por un hombre tal ofensa contra Dios.
Ciertamente, aquel bárbaro Tumanama, que fue
acusado ante Vasco Nuñez, conquistador de la
India, de haber cometido no sé que delito con-
tra él, arrojandose á los pies de aquel gran ca-
pitan, y poniendo con buen arte sobre el puño
de la espada la mano temblando, dió su discul-
pa con estas voces: „¿Podeis acaso vos sospe-
„char, que cayese en mi imaginacion el ofende-
„ros, sabiendo que traheis al lado una arma tan
„fuerte, que de solo un tajo parte por medio un
„hombre?" Y esto, que no parece posible que se
ejecute contra un poderoso de la tierra, se ve
frecuentemente usado contra el Monarca del uni-
verso. ¿Cuántas veces se hacen gravisimos des-
precios á Dios, á su vista, á sus ojos, contra su
gravisima prohibicion? Aunque sabemos que tie-
ne, no ya en la mano, sino (como dice san Ge-
rónimo) en la boca, porque solo con decirlo lo
ejecuta aquella terrible espada de dos filos, que
con un solo golpe hiere de muerte eterna el al-
ma, y el cuerpo.

Considerémos un poco, cuántas ofensas de Dios
contiene un pecado solo, y cuántas injurias se ha-
cen á sus infinitas perfecciones. Ofendese la Om-
nipotencia, porque debiendo concurrir con noso-
tros á todas nuestras obras, la obligamos mal de
su grado á concurrir á nuestras acciones pecami-
nosas, que tanto aborrece y detesta, usando de
su concurso para ultrajarla. Como quien coje la
mano del amigo para darle con ella una bofe-
tada. Despréciase la inmensidad; porque estando
Dios en todo lugar, en su presencia, á su vis-
ta, en sus mismos ojos hay atrevimiento de co-
meter maldades, que no pueden sufrir sus puri-

simos ojos. Por lo cual se queja agriamente: *Ad
iracundiam provocant me ante faciem meam.* (ISAI.
65.) Se desprecia la Justicia, no haciendo caso
de sus amenazas, no temiendo sus castigos, des-
pues de haber visto y oido tantos ejemplos de
la celestial venganza, y que por un solo pensa-
miento soberbio, se trocaron en negros y feisimos
carbones del infierno, los mas bellos serafines del
cielo. Deshónrase la misericordia, valiendose de mal
fundada esperanza del perdon para pecar con mas
desvergüenza, porque Dios es piadoso, somos no-
sotros impios: encruelecemonos contra Dios, por-
que Dios se precia de benigno y manso: y por-
que no nos arrojó rayos al punto que pecamos,
proseguimos con presuncion á pecar. Finalmente,
se ultraja la divina Bondad, puesto que estando
sumamente beneficiados de Dios, mantenidos con
su amorosa Providencia, despues de tantas fine-
zas de amor, volvemos los mismos beneficios de
la naturaleza, y los mismos dones de la gracia
contra el Señor, que nos los dió. ¡O monstruo-
sidad horribilisima del pecado! ¡O barbaridad de-
testable del pecador!

A estas consideraciones, extática santa Catali-
na de Génova, solia decir: que si de una par-
te estuviese un mar de fuego, y de la otra un
pecado mortal, no habria ninguno que conocien-
do la malicia del pecado, no se arrojase al pun-
to á nadar en aquellas llamas, sin cuidar de vol-
ver á la ribera, por no estar cerca de tan hor-
rendo monstruo. ¡O pecado, si fueras bien con-
siderado, cuánto serias aborrecido! La Zorra ma-
rina no traga jamás el alimento, sino lo vá mas-
cando poco á poco; mas en sintiendo el anzue-
lo escondido en el cebo, lo arroja: cuando los

otros peces, dejandose llevar inconsideradamente de su golosina, al tragar el cebo, que les agrada, quedan al punto presos. Así sucede á los pecadores, que sin consideracion se tragan la maldad: *Os impiorum devorat iniquitatem.* (PROVERB. 19.) Atrévense á pecar, porque no conocen el pecado.

§. II.

DAÑOS DE LOS PECADOS.

Mas si acaso hubiese un corazon tan vil, que no le moviesen las injurias que el pecado hace á Dios; muevase á lo menos por los gravisimos daños que el pecador se hace á sí. Reconozca sus llagas, y si no las reconoce, sin duda ha perdido la luz de la razon, no digo ya de la fé: *Excecavit eum malitia ejus.* (PROV. 19) Cególe su malicia: tema no sea una alma precita, porque entonces es peor el mal, cuando le quita al enfermo el conocimiento de su gravedad y peligros. Recorramos estos daños.

Primeramente: una culpa mortal despoja al pecador de todos los merecimientos de su buena vida; de suerte, que cuantas obras virtuosas, cristianas y pias habia hecho, todas son perdidas, aunque hubiese vivido cien años en continuos ayunos y asperezas, como un Pablo, primer ermitaño; aunque hubiese distribuido en limosnas inmensos tesoros, como una Melania Romana; aunque hubiese convertido un millon de infieles, como un san Francisco Xavier: *Omnes justitiae, quas fecerat, non recordabuntur.* (EZECH. 18.) Todas las obras buenas, tántas limosnas repartidas, tántos

rosarios rezados, tántas confesiones, tántos ayunos, tántas misas, tántas comuniones, todas quedan sepultadas en tan profundo olvido, que si al pecador le cogiere una muerte repentina, jamás por toda la eternidad gozará premio alguno del bien pasado; sino solo con la rabia de haberlo perdido, padecerá la pena del mal presente. ¡O ladronicio funestisimo del pecado! San Basilio llora sin cesar la pérdida de uno de los cuarenta mártires de Armenia, que despues de una vida pasada en grande observancia de las Leyes Divinas; despues de haber estado encerrado en una horrible carcel por la fé; despues de herido con bastones, lastimada cruelmente la cara con piedras; finalmente, arrojado en un estanque de agua helada; despues de tantos martirios, ya que el angel estaba con la corona pronta en la mano para ponersela en la cabeza, y con la palma que darle en la mano, él, al último tormento, prevaricó, y se rindió, y por señal de que negaba la fé, se salió del hielo: y queriendo entrar en un baño caliente para recobrarse, perdió infelizmente la vida temporal y la eterna. ¡O lamentable ruina, (exclama san Basilio) ver allá en el infierno arder las heridas y cicatrices padecidas por Cristo! ¿Ahora no os lastima y compadece un suceso tan infeliz? Pues empleemos la compasion en nosotros, que cometiendo un pecado, hacemos igualmente miserable pérdida; si bien estamos tan ciegos, que no advertimos lo mucho que perdemos. Somos como aquellos jugadores, que juegan los vales y polizas de cambio, que como no ven lo que pierden, juegan alegremente. Alguna vez lo veremos: y plegue á Dios, que al morir no digamos como el infeliz

Enrique VIII de Inglaterra: *Omnia perdimus:* todo lo hemos perdido. Lo peor de tan gran pérdida es, quedar el pecador privado de la gracia de Dios, tesoro inestimable, perla tan preciosa, que la Sabiduria encarnada dió por bien empleada su vida, bien derramada su sangre por comprarla. ¿Quereis ver (dice el Crisólogo) cuán gran bien es la gracia, y cuán terrible mal sea su pérdida? *Quod anima est corpori, hoc gratia est animae. Recedente anima mox corpori corruptio, putredo, vermis succedit. Recedente Dei gratia, venit in animam corruptio criminum, vitiorum putredo, conscientia vermis.* (SERM. 5.) Quitada el alma del cuerpo, otra cosa no queda en él, que corrupcion, podredumbre y gusanos. De la misma suerte, quitada á un alma la gracia, queda inficionada con vicios, llena de llagas y remordimientos en la conciencia, abominable por el mal olor de la culpa. Veis ahí qué gran tesoro, qué preciosa joya roba al alma el pecado: mira de qué disforme fealdad, de qué detestable postema la llena. Santa Catalina de Sena, viendo una vez la excelente hermosura de un alma en gracia, quedó arrebatada de tan grande admiracion, que si no la detuviera la fé, la hubiera adorado por Dios. Al contrario, mirando en otra ocasion un demonio privado de esa misma gracia, quedó tan horrorizada de su fealdad, que por no volverlo a ver, protestaba, que antes escogeria andar hasta el dia del juicio descalza por un camino sembrado de carbones encendidos. Y si una sola mancha de pecado puesta en un ángel trueca su inefable belleza en horrible fealdad, y convierte en un monstruo del infierno a un serafin del cielo; ¿qué harán en un hombre tantos y mas graves y

mas feos pecados, cualquiera de los cuales era bastante para hacer un demonio? Y así los mios, que son tantos y tales, bastarian á hacer un infierno de demonios.

Con perder la gracin, se pierde tambien la filiacion de Dios y la herencia del cielo. Antes de caer en pecado nos ama Dios, no solamente como amigos estrechos, sino como á hijos queridos, y con un amor verdaderamente de Padre, como lo testifica san Juan: *Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur, et simus.* Cuán inmenso é indecible afecto nos ha mostrado el Padre celestial en concedernos que nos llamemos sus hijos, y que en efecto lo seamos por el beneficio de su gracia. Mas de esta alta dignidad y elevado privilegio caimos por el pecado. Ni Dios, desde que pecamos gravemente, nos tiene por sus hijos, ni por sus amigos, ni nun por sus criados; antes claramente protesta aborrecernos como á enemigos, perseguirnos como á rebeldes, y condenarnos como á parricidas. Y si hemos perdido todo título y derecho á la herencia del cielo, quedamos incapaces de gozar la bienaventuranza, para que fuimos criados, y de poseer el reino que nos tenia preparado nuestro Eterno Padre. ¡Puedese imaginar ruina mas digna de lagrimas! El desgraciado Esaú, cuando se vió privado no mas que de la primogenitura, trasladada á Jacob con la bendicion paterna, quedó sorprehendido de tan gran sentimiento, que por toda la campaña empezó á bramar cual si fuese un leon atravesado con una saeta: *Auditis Esau sermonibus Patris irrugiit clamore magno consternatus.* (GEN. 27.) ¡Qué melancolias, qué sentimientos, qué gritos no debe-

ria dar el pecador, viendo que ha perdido la filiacion de Dios, la herencia de su reino dichoso y eterno! Y haberlo perdído por un mero capricho, por un placer momentaneo, por una nada! Lo cual aumenta incomparablemente la gravedad de la culpa; que aun si se hiciese el pecado por salvar la vida, por no perder la honra, por adquirir algun reino, todavia seria un grande exceso el perder á Dios y su infinita bienaventuranza. ¡Qué exceso, pues, será arrojar la gracia de Dios, perder la herencia del cielo por un gusto vilísimo, que muchas veces no valdria un sueldo: por un deleite brevisimo, que en un punto empieza y acaba? ¿Esto no es ser peor que Judas, que vendió á Cristo por treinta dineros? ¡Qué justamente se queja Dios por Ezequiel! *Violabant me propter pugillum hordei, et fragmen panis.* ¡Ofender á un Dios por un puñado de cebada, y un pedazo de pan! ¡Posponer la infinita Magestad de Dios á un vilísimo apetito de una miserable criatura! Caligula, pidiendole una accion injusta con la oferta de doscientos talentos, (que eran muchos millares de escudos de oro) enojado todo contra el mensagero, y mucho mas contra el Emperador, porque habia creido apartarlo de la justicia por tan poco precio, respondió con espíritu generoso: si el Emperador queria hacer prueba de mi resolucion, debia haberme ofrecido todo el imperio: *Si Caesar me tentare constituerat, toto ei eram emperiendus Imperio.* (SENEC. 7. DE BENEF. 13.)

Perdida la filiacion de Dios, ¿qué otra cosa le queda al pecador, sino ser esclavo de Satanás? Así lo declara la Eterna Verdad á los pecadores: *Vos ex Patre diabolo estis.* Habeis venido á

ser hijos del demonio por la culpa: os habeis vendido por esclavos, sujetandoos á la tirania del cruelísimo príncipe de los abismos. *Unusquisque peccando animam suam vendit diabolo, accepto pretio temporalis voluptatis.* (IN EPIST. AD ROM.) Así lo confirma san Agustin. Decidme, si supierais, que en pecando, se os habia de entrar el demonio en el cuerpo, ¿tendriais aliento jamás de consentir en el pecado? Pues ¿cómo os atreveis á cometerlo, creyendo infaliblemente, que al punto toma absoluta posesion de vuestra alma el demonio? Considerad un poco, qué desconciertos, qué locuras, qué violencias no obra en el cuerpo de un energúmeno el demonio; y tened por cierto, que mucho peores estragos, sin comparacion, hace en el alma de un pecador; la estrecha en durisima esclavitud, con tantas cadenas, cuantos son los pecados cometidos: *Funibus peccatorum suorum constringitur impius.* Y con todo eso, puede vivir seguro, dormir quieto, recrearse alegre, estando debajo del yugo y manos de un tirano, que de dia y de noche no maquína mas que violencias y asechanzas para oprimirlo, para arrojarlo al precipicio, para ejecutar en él el último y mas irremediable rigor?

¡Oh, abra una vez el pecador los ojos para reconocer su deplorable estado: registre y pese con justo peso el pecado, mírelo con ojos limpios: no sea como Nerón, que miraba las heridas y muertes de los Gladiatores por unos antojos de esmeralda preciosa, que le hacia ver como deleitables jardines, las mas horrorosas crueldades. (PLIN. LIB. 37. CAP. 5.) Así el pecador no mire ya sus culpas por el antojo del placer que recibe, donde las aprende como agradables,

como un juego: *Quasi per risum operatur scelus.* (PROVERB. 10) Mirelas como ruina de todo su bien, como causa muy vecina de su condenacion eterna. Haga reflexion, que luego al punto que se cometió el pecado, fulminó contra el pecador el Supremo Juez la sentencia de eterna muerte. Ya el infierno ha abierto la boca, y ensanchado sus fauces para tragarselo: *Dilatavit Infernus os suum.* Ya lo aguardan con impaciencia sus furias, y encendidas lo esperan sus llamas. Ya están atendiendo, que se le resbale aquel único pie que tiene al canto del precipicio. Fuera de esto, la cadena que lo ha de arrastrar al suplicio, está en manos del infernal verdugo. Ya está cargado sobre la espalda del alma pecadora un gravisimo peso, que la oprimirá tanto, que si la misericordia de Dios antes de la muerte no se lo quita, luego que espire, la precipitará *in locum tormentorum,* al lugar de los tormentos, como á centro proprio de su gravedad.

Despues de haber considerado cuán gran mal es el pecado, con qué horribles penas fué castigado en el ángel, con qué grave injuria ultraja á un Dios Todopoderoso, con qué nuevos tormentos crucifica al Redentor, qué gravisimos daños acarrea al hombre; volved un poco los ojos sobre vos mismo, y repasad cuantos y cuan enormes sen los que habeis cometido. Cierto es, que á esta vista quedareis justamente asombrado y encogido, pensando como todas las criaturas han sufrido tanto tiempo un tan detestable monstruo; cómo el cielo no os ha abrasado con sus rayos; cómo la tierra no se ha abierto en bocas horrorosas para tragaros, como en otro tiempo se tragó a Coré, y los demás rebelados contra Aaron;

cómo el fuego no os ha vuelto en cenizas con sus llamas; cómo el aire no os ha arrebatado con sus tempestades: cómo todas las criaturas, así sensitivas como insensibles, no han tomado á su cuenta la venganza de tantas injurias hechas á su Criador. Con razon podeis decir: *Misericordiae, Domini, quia non sumus consumpti.* (THREN. 3.) Ha sido privilegio especial de la Divina Misericordia, haber querido esperar que haga penitencia, habiendo usado del rigor de su Justicia con tantos otros que le habian irritado aun menos que yo.

Ha sido un prodigio de amor el que ha detenido el ímpetu de la justisima indignacion de Dios, pues con mucha mas razon lo llamaba á la venganza contra mis atrevimientos. ¡Qué agradecimiento, pues, no debo ¡ó clementisimo Dios! á vuestra infinita misericordia, que conmigo habeis usado? ¡Qué suspiros, qué lágrimas no debo derramar por las injurias que he hecho á tan buen Padre? ¡Ojalá le pudiese yo amar tanto en lo venidero, cuanto le he ofendido en lo pasado! Ciertamente yo procuraré conservar siempre en mi corazon un ódio, un horror implacable, una inmortal enemistad contra el pecado, hasta protestar con san Anselmo: „Que si por un lado viese abierto el infierno, y por otro me viniese á „encontrar un pecado, escojeria primero arrojar„me á arder en las llamas del abismo, que mancharme con el pecado: primero las penas eter„nas con inocencia y sin culpa, que la estancia „del cielo con pecado:" *Mallem inocens gehemnam intrare, quam peccator in Coelum ascendere.*

§. III.

EJEMPLO.

De la deformidad de la culpa venial se infiere la fealdad de la culpa mortal, al modo que (segun el adagio) de una uña se puede colegir la grandeza de un leon. Doña Sancha Carrillo, dama de honor de la emperatriz Doña Isabél, vivia en la flor de sus años entregada del todo á la vanidad, á diversiones y festines: cuando Dios, que la queria convertir á mejor camino, le inspiró que fuese á confesarse con el M. Juan de Avila, apostol de Andalucia, el cual, despues de haberla oido con gran caridad, viendola perfumada de fragrantes olores, y vestida de ricas galas, tuvo aliento para decirla: „Señora, estos „olores huelen á infierno: estas vanisimas galas „son cadenas, que os arrastran el alma." Quedó atónita á estas palabras Doña Sancha, y tocada interiormente de la gracia del Espíritu Santo, apenas volvió á su casa, cuando se encerró en un aposento retirado, donde al pie de un crucifijo, con abundantes y tiernas lágrimas, lavó los afeites del rostro, arrojó de sí toda gala, se cortó el cabello, cubrió la cabeza con una toca basta, y vestida de una saya negra, se puso delante de sus padres para pedirles licencia de retirarse á una casilla cercana á su palacio, y allí hacer penitencia de sus pecados. Conseguida, aunque de mala gala, empezó una nueva vida, toda empleada en oraciones y ayunos, cubierta siempre de un áspero silicio, y castigandose todos los dias con rigurosas disciplinas; y cuando queria

sosegar la hambre, recogia las cáscaras de naranjas, que sus criados arrojaban al corral. Padeció grandes tentaciones del demonio; pero recibió mayores consuelos de los ángeles, y de su Esposo Jesucristo, que muchas veces la favorecia con su presencia.

Pero lo que mas hace á nuestro propósito, despues de haber pasado algunos años esta rigurosisima y virtuosisima vida, rogó al Señor que se dignase de que viese su propria alma, para que reconociendo mejor la fealdad de sus culpas, se moviese siempre mas á detestarlas y llorarlas; cuando una tarde, estando en su sala, abierta la puerta, vió derrepente pasar á su vista un ermitaño todo vestido de blanco, y de modestisimo aspecto. Quedó asombrada al ver tal persona, en tal lugar, y trage tan fuera de tiempo; pero recobrandose y tomando aliento, le preguntó: padre, ¿que buscais á esta hora? Respondió: *levantad un poco este manto, y lo vereis.* Obedeció ella, y viendo debajo del manto del ermitaño una niña muy pequeña, muy fea, enfermisa y flaca, llena la cara de sucias moscas que le movian é inquietaban el estómago, preguntó otra vez, ¿qué significaba aquella representacion? Entonces añadió el ermitaño: *¿No te acuerdas cuando suplicaste al Señor instantemente, que te dejase ver un rato tu propia alma? Vesla ahí, mírate en ese retrato: así puntualmente está tu alma, como ves ésta feisima chicuela:* y dicho esto, desapareció la vision.

Cuan aturdida y congojada quedase á este espectáculo Doña Sancha, déjo á vuestra consideracion. Cierto es, que llegó á decir: que parecia habersele descoyuntado los huesos de dolor. Pasó toda aquella noche combatida de pensamien-

tos temerosos, como si hubiera estado á la boca del infierno. Eran otras tantas saetas á su corazon, la fealdad, las manchas, la flaqueza de la niña que habia visto; y considerandola como un retrato suyo, temia grandemente del estado de su alma y de su salvacion. Aquella cara llena de sucios y asquerosos animalejos redoblaban su amargura, pareciendole que estaba muerta, y que aquellas eran llagas antiguas: y así, gimiendo, arrojaba al cielo profundos suspiros, pidiendo á Dios misericordia. Apenas amaneció el dia, cuando fué a buscar á su confesor, á darle claramente cuenta de lo sucedido, y pedirle con amargas lágrimas, que le explicase mejor la vision, y le descubriese si aquellos inmundos animalillos, significaban pecados mortales. El confesor, que era hombre de excelente doctrina y santidad, pidió un poco de tiempo para encomendar á Dios la resolucion de esta duda, y despues le dió esta clara respuesta: „Señora, no teneis que afligiros de„masiado, sino dad muchas gracias á Dios, por„que la flaqueza y fealdad, que registrasteis en „el retrato de vuestra alma, son efectos de cul„pas veniales, que manchan, á la verdad, el al„ma, pero no la corrompen; debilitan y entibian „la caridad, pero no la apagan; son asquerosas „moscas, que inficionan, mas no venenosas sier„pes que matan; pues si fueran pecados morta„les, la niña se hubiera visto muerta, pálida y „podrida.

Con esta respuesta respiró algo Doña Sancha, pero no enjugó tan presto las lágrimas. Prosiguió en una vida llena de rigores: maceró siempre con ásperas penitencias su delicado cuerpo: las noches, ó velaba en oracion, ó tomaba un

sueño atormentado sobre una dura tabla: su camisa era un áspero silicio, que le cogia desde el cuello á los pies, con una cinta de escardadera, tan estrecha, que las puntas se le entraban por la carne; de suerte, que cuando despues de muerta la quisieron enterrar, le hallaron todo su cuerpo traspasado y lleno de llagas.

Ahora, ¿qué deben decir, y qué deben hacer los que se hallan reos de muchos y graves pecados mortales? Si los veniales ponen tan fea, tan flaca, tan llena de miserias el alma de las siervas de Dios, cuáles estarán las almas de los grandes pecadores, enemigos de Dios, llenos de tantas maldades? Si esta Señora lloró tan amarga y continuamente, y multiplicó contra sí misma tantas asperezas por defectos ligeros, ¿qué será razon que hagan los que han pasado una vida anegada en gravisimos pecados?

Lease á Tomás de Kempis, lib. 1. cap. 21. cuyo titulo es: De la compuncion del corazon.

LECCION IV.

DEL PUNTO INEVITABLE DE LA MUERTE.

Para arreglar bien la vida, y dirigir sabiamente todas las cosas al último fin, no hay por ventura mejor consejero que la muerte: aconsejarse con ella, es mirar, que quisieramos haber hecho á la hora de la muerte, y es máxima del Sabio: *O mors, bonum est judicium tuum!* (ECCL. 41.) Los juicios que la muerte nos pone en la cabeza, son rectisimos. Aun Platón decia: que la verdadera Filosofia es la meditacion de la muerte. Quien quisiere aborrecer seriamente al pecado, haga atenta reflexion sobre la muerte. Adan no conoció mas vivamente el pecado que habia cometido, que cuando delante de sus ojos vió muerto á su hijo Abél; entonces fue cuando en aquel rostro desangrado, en aquellas luces de los ojos apagadas, en aquellos helados miembros, leyó y entendió, como escrita con grandes y vivas letras, la sentencia, tanto antes fulminada contra él, por su culpa. *Morte morieris.* Quien quisiere guardar bien la Ley de Dios, aprenda de la muerte su observancia. ¿Cual es el mandamiento mas arduo? Sin duda el que manda perdonar á los enemigos, querer bien á quien nos quiere mal. Mas si pone el pensamiento en el polvo del sepulcro, él hará, que á quien nos dá una bofetada, volvamos la otra megilla, segun el aviso del Evangelio: *Praebe illi, et alteram.* Asi lo enseña agudamente Jeremias: *Ponet in pulvere* (ó como lee san Ambrosio, *in sepultura.*) *os suum, et*

dabit percutienti se maxillam. (THREN. 3. CAP. 6.) Pongamos, pues, delante de los ojos la muerte, cual la hemos visto con su horroroso semblante, ya en nuestro padre moribundo, ya en el hermano, ya en el amigo.

¿Qué cosa es muerte? *Mors* (dice Aristóteles) *omnium terribilium terribilissimum:* La cosa mas terrible entre todas cuantas terribles hay. Terrible al cuerpo por los atrocisimos dolores que le causa, por la respiracion apresurada, por la rebolacion de las entrañas. Los ojos turbados destilan las últimas lágrimas: los lábios torcidos, y encendidos en rabiosa sed: el pecho levantado, y ahogandose con molestisimo catarro; los miembros todos abrasados de ardientes calenturas, y al mismo tiempo temblando por la cercania de la última respiracion. Terrible al alma por la amargura de lo que deja, y el temor de lo que le aguarda, no sabiendo si ha de ir á parar al cielo, ó al infierno. ¿Si se echase el dado sobre si un hombre habia de ser llevado á la horca, ó elevado al trono real, con qué palpitacion y susto del corazon esperaria el punto de su suerte? Pues ¿cuál será el estado de un alma que agoniza, aguardando dentro de pocos momentos la sentencia que se fulminará de su salvacion ó de su condenacion, luchando entretanto con toda la eternidad que le ha de seguir? ¿Qué horror no causó la terrible muerte del rey Antioco en todo su ejército, cuando lo vieron en el pabellon real, tendido en una cama, de púrpura, pálido, deshecho, y todo mudado feamente el rostro, hundidos los ojos, la nariz afilada, con unas ansias de bomitar, intolerables, que le hacian arrojar las entrañas? Hecho, vivo aun, un manantial de gu-

sunos, que le comían y le roían las carnes, y antes de espirar, reducido á ser un hediondo cadaver, exhalando tan mal olor, que ninguno podia parar cerca de él. (2. MACHAB. 9.) En el alma, congojado por las maldades que habia cometido, y se repetía la memoria, horrorizado por la aprension de los castigos que merecia, con un gusano en la conciencia, que le descuartizaba el alma, mucho mas sensiblemente, que los otros le comian el cuerpo; obligado al fin, sin que ninguno le asistiese, con horrible desesperacion, á arrojar su infelicisimo espiritu. Pero ¿qué digo de un rey impío? Si un san Hilarion, llegado al punto de la muerte, temblaba, y lleno de horror se decia á sí mismo: sal ya, alma mia, sal del cuerpo: setenta años has servido á Cristo, ¿y ahora temes? ¡Qué horror! Pues ¿qué espanto será el de un pecador, que no podrá decir otro tanto; antes por ventura dirá: que ha ofendido á Dios otros tantos años, uno treinta, otro cincuenta, y aun setenta?

¿Que es muerte? *Finis universorum, et dies perditionis,* dice el Profeta Job. El fin de todas las cosas terrenas, el dia de la gran pérdida de todos los bienes de la vida, pues la muerte es una separacion de todas las cosas de este mundo, en que se dejan las riquezas, las dignidades, los placeres, los padres y parientes, los amigos, la casa, sin esperanza de volverlos á ver, y hasta el cuerpo mismo, fiel compañero del alma, se deja. ¡Oh, qué cosa tan amarga será para el moribunde haber de perder en un punto aquellas riquezas, que tantas fatigas y tantos sudores costaron para juntarse! El P. Barry, célebre escritor de la Compañia de Jesus, asistió á la muerte de

un Prelado Francés, que llegando al extremo de la vida tuvo tan gran pesar y tristeza de dejar sus alhajas, que eran riquisimas, que hizo traer al rededor de la cama, los vasos y bagilla de plata y oro, los vestidos preciosos, los escritorios dorados hermosisimos; y mirandolo todo con los ojos llenos de lágrimas, y tomandolo en las manos, que ya le temblaban, suspirando clamaba: ¡ó riquezas mias! ¡O joyas mias! ¿A qué manos pasareis? ¡O infeliz de mí, que tanto he trabajado por adquirirlas! *Et quae paravi, cujus erunt.* Y entre estas quejas lastimosas despidió su afligidisima alma. Veis ahí la miseria de las cosas temporales, y el dolor irreparable que traen á quien se deja poseer y dominar del afecto demasiado de tenerlas. ¡Qué mayor vanidad, que no poder aprovecharnos de ellas en la mayor necesidad? ¡Y qué mayor daño que ser perjudiciales al alma, cuando ya no pueden servir de nada al cuerpo? Mas, ¡ó qué dolor, haber de abandonar los parientes, que quizá por enriquecerlos, se habrán quebrantado las divinas y humanas leyes! ¡Haber de apartarse de los amigos, á quien por dar gusto, por ventura no se habrá separado en desagradar y ofender á Dios! *Siccine separat amara mors,* decia aquel padre de familias moribundo, teniendo al contorno de la cama una numerosa corona de hijos. ¡Ay, hijos mios queridos, que nos hemos de apartar, y ya no nos hemos de volver á ver! y este suspiro le aceleró la muerte. Entonces se verá, qué son los placeres, las honras y las dignidades, aunque sean de reyes; y se dirá con Felipe III. rey de España: *Nihil confert Regem esse, nisi quod in morte cruciat Regem fuisse.* De nada sirve el ser rey, sino pa-

ra atormentar en la muerte haberlo sido. ¡O muerte, maestra de desengaños, cuán claramente nos harás ver la vanidad de las cosas terrenas á la luz de aquella vela, que se pone en las manos de los que están agonizando! Entonces los hombres del mundo en el sueño de la muerte, abrirán los ojos para ver la vileza de los bienes terrenos, como los ciegos topos, sumergidos totalmente en la tierra, que solamente al morir abren los ojos: *Dives cum dormierit, aperiet oculos suos, et nihil inveniet*, dice el sapientisimo Job. (JOB. 27. 19.) ¿Y por qué aguarda á abrirlos entonces, y no los abre ahora, para ver la miseria de los bienes mundanos, y apartar de ellos el afecto con fruto, sin aguardar á que se los quiten de la mano por fuerza?

Volvamos á preguntar, ¿qué es muerte? *Colluctatio adversus Principes tenebrarum.* Por hablar con los términos de san Pablo: es una lucha y combate con los demonios, príncipes de las tinieblas; pues sabiendo el demonio, que esta es la última batalla campal, en que puede rendir el alma, y que de este punto depende la total conquista de tal presa, que con tanto empeño ha pretendido ganar toda su vida, emplea los últimos y mayores esfuerzos por robarla: *Descendit ad vos diabolus habens iram magnam*, como advirtió san Juan. (APOC. 12.) Mirad que Satanás viene contra vosotros, con un enojo terrible. ¿Y de qué nace furor tan extraño? Porque sabe, que le queda ya poco tiempo para pelear y vencer: *Sciens, quia modicum tempus habet.* Sabe, que si ahora os escapais de sus garras, no tendrá jamás tiempo de volver á rendiros; y que si ahora gana, nunca podrá tener miedo de perde-

ros. Ahora, si el demonio siempre, como rabioso leon, anda en continua caza del alma para tragarsela: *Tamquam leo rugiens circuit, quaerens quem devoret;* ¡cómo entonces, os acometerá malicioso! ¡Cómo convocará todas sus furias al rededor de vuestra cama á batalla, la mas atróz á que jamás le haya incitado su rabia! Es opinion famosa de san Agustin, que ninguno muere, sin ver á ojos abiertos el horrible semblante del monstruo infernal, que se acerca á espantarlo ó á tentarlo. Al santo conde Elceario, que habia conservado su virginidad, juntamente con su esposa Delfina, al punto de la muerte le dió en cara el demonio algunas culpas, y le movió tan fiera guerra, que lo redujo á gravisima congoja, turbandole horriblemente el rostro, y haciendole gritar: grande es el poder de los demonios: *Magna est dœmonum vis.* (SURIUS. 27. SEPT.) Si bien, despues se sosegó, y depuso todo el temor con la consideracion de la pasion de Jesucristo.

Mas: á la virgen santa Aldegunda, á lo último de la vida, apareció Satanás con terribilisimo semblante, amenazandola, que la haria faltar á la fé de su celestial Esposo, y condenarse. (BOLAND. 30. JAN.) Pues si á los santos de vida perfecta levanta el demonio tan cruda guerra, ¿qué deben esperar los pecadores, cuando podrá zaherirles y darles en rostro con tantas injusticias y torpezas? ¿Tendrá mucho trabajo en ponerles á la vista la série y catálogo de sus pecados, por traerlos á desesperacion, y hacerles creer, que ya están condenados sin remedio? ¿Le será muy dificil precipitarlos en algun nuevo consentimiento, cuando están ya tan acostumbrados á consentir á la primera entrada de la tentacion? ¿Habrá

menester grande astucia para ponerles en la cabeza alguna duda contra la fé, y hacerles dudar sobre la creencia de algun misterio, cuando ellos han vivido en la ley de Dios? Sí; pero como si en ellos estuviese muerta la fé divina. ¡Cómo, pues, podrá el pecador resistir á tantos asaltos? ¿Acaso esperará un socorro especialísimo de la gracia divina? Mas ¿cómo lo ha merecido, habiendo tantas veces abusado de la divina Misericordia? Vea si despues de una vida rebelde á Dios, será digno de una muerte favorecida con las mas singulares gracias de Dios: *O anima mea!* (decia temblando san Bernardo) *cum in morte, dimissis omnibus, teterrima illa monstra videbis, quis tibi in die tanta necessitatis succurret? Quis tuebitur à rugientibus praeparatis ad escam?* ¡O alma mia! Cuando dejadas todas las cosas en la muerte, veas á aquellos feisimos monstruos, ¿quién te socorrerá en tan grande aprieto? ¿Quién te defenderá de los leones, prevenidos para despedazarte y tragarte?

Digamos finalmente, qué es muerte: *Momentum, à quo pendet aeternitas*, dice san Agustin: un instante, de que depende la eternidad: un momento, último de la vida perecedera, y primero de la que ha de durar eternamente. ¡O momento decisivo, ó de una eterna gloria en el cielo, ó de una eterna pena en el infierno! ¡cuánto deberiais estar continuamente fijo en nuestra memoria! Este es el punto en que se corta el árbol de la vida, el cual de la vanda que cayere, ó sea del austro benigno, ó del aquilon riguroso, en ella estará interminablemente. Si cae al oriente de la gracia, estará siempre feliz: si al ocaso del pecado, será siempre miserable. Tres

cosas me llenan de horror las entrañas, (decia el santo Abad Elias, despues de haber vivido cerca de ochenta años en áspera penitencia:) *Tria timeo: Egressionem animae è corpore, severitatem examinis, sententiam Judicis.* Temo la separacion del alma y el cuerpo, la severidad del examen de mis obras, la sentencia difinitiva del Juez, que ha de decretar, ó una eterna vida, ó una eterna muerte; y estas tres cosas todas se han de ejecutar en aquel instante. En un instante he de morir, sin esperanza de corregir en segunda muerte los errores de la primera. En el mismo instante he de ser presentado al tribunal de un Juez inexorable, que no vendrá ya como Cordero manso á quitar los pecados, sino como fiero leon á castigarlos con todo rigor. En ese instante he de oír la sentencia irrevocable, ó de reino, ó de esclavitud; ó de paraiso, ó de infierno; y no por un siglo ó muchos, sino por una eternidad sin fin. Esta es una puente estrechisima, sobre un mar profundisimo: *super puteum abyssi:* y es preciso pasarla á obscuras, y sin arrimo. ¡Ay de aquel á quien se le anda la cabeza, ó se le resbala un pie, porque la caida es irremediable!

Mas ¡qué poco se piensa en este tan espantable momento, en cuya consideracion y prevencion se debian justamente emplear todos los momentos de la vida! Todo el tiempo se gasta en intereses mundanos, en placeres, en pecados, con aquella necia confianza de poder ajustar las cuentas del alma en el fin de la vida, cuando oprimidos de la última enfermedad, ahogado el corazon y entendimiento con la fuerza de los dolores, apenas tendrémos aliento para pensar en Dios. Tiemblen los pecadores al oir lo que es-

tando para morir dijo san Gerónimo, hombre, que demás de su gran doctrina, tuvo gran conocimiento y experiencia del mundo. Tenia este grande oráculo de la iglesia tanto aliento, que podia, aunque con alguna fatiga, hablar, cuando (como escribió despues á san Damaso su discípulo Eusebio) concluyó con esta gran protesta su doctrina: *Hoc timeo, hoc verum puto, hoc multiplici experientia dedici, quod ei non bonus est finis, cui mala semper vita fuit.* Esto temo, esto juzgo ser verdad, esto me ha enseñado una larga y repetida experiencia, que no tiene buena muerte, quien siempre tuvo mala vida.

§. II.

INCERTIDUMBRE DE LA MUERTE.

Cuan cierto es que hemos de morir, tan incierta es la hora y el modo, el cuando y el cómo hemos de morir. Ni yo á vos, ni vos á mí, sabremos decir si moriremos este año, ó el que viene; si de muerte natural, ó violenta: si en nuestra cama, ó en la calle; solo sabemos que hemos de morir presto, de improviso, cuando no lo pensemos: *Qua hora non putatis.* Por eso Dios, con alto consejo, ha dispuesto, que esta verdad de la vida breve, y de la muerte improvisa, se viese en los mayores monarcas del mundo. El P. Mendoza (IN LIB. I. CAP. 4.) en sus comentarios sobre los reyes, repara, que la mayor parte de los Sumos Pontífices han vivido brevísimo tiempo, y han muerto casi derrepente. Cuarenta y dos Papas han vivido menos de un año en el trono: veinte y tres, aun no han cumplido seis

meses: y trece, aun no han gozado un mes la suprema dignidad. ¿Y á qué fin dispensa Dios tan breve vida á su Vicario en la tierra? Oid la respuesta de san Pedro Damiano á Alejandro II: *Idcirco hoc judicii coelestis ordo disposuit, ut humano generi metum mortis incutiat, et cuam despicienda sit mortalis vitae gloria, in ipso gloriae Principatu ostendat.* (EPIST. 17.) Para acordar al mundo la cercania de la muerte, y la vanidad de las glorias mundanas; porque el Papa en la tierra, es como el sol en el cielo, que cuando se eclipsa, todos lo miran y saben, pues sus tinieblas dan luego la noticia á todo el mundo. Así Cristo, zelocisimo de nuestra salvacion, nós advierte, con innumerables avisos, que estemos alerta, que la muerte corre tras nosotros á cogernos descuidados. Por ventura, no hallareis artículo de fé tantas veces repetido en todos cuatro Evangelios. San Mateo clama: *Vigilate, quia nescitis diem, neque horam.* Estad en vela, porque no sabeis el dia, ni la hora de la muerte. San Marcos repite: *Vigilate nescitis enim, quando Dominus veniet, an serò, an medita nocte, an manè.* Velad, porque no sabeis cuando el Señor vendrá á llamaros, si por la tarde, ó de noche, ó á la mañana; si al amanecer de la juventud, ó al medio dia de la edad robusta, ó á la tarde de la vejéz. En san Lucas leemos: *Estoti parati, quia qua hora non putatis, filius hominis veniet.* Estad prontos y dispuestos, porque cuando menos lo espereis, sereis citados del juez. Finalmente, san Juan nos renueva el aviso en nombre del Señor: *Veniam ad te, tamquam fur, et nescis, qua hora veniam:* vendré á tu casa como ladrón, y no sabes en qué hora vendré. Y des-

pues de tantas repeticiones de una verdad tan clara, despues de un artículo de fé tan inculcado, aun no sabemos persuadirnos á creerlo bien. Nos prometemos que la muerte está lejos, que se acerca á pasos muy lentos, que vendrá cuando la hayamos visto y prevenido, no derrepente, ni con violencia, sino con mucha suavidad, enviando delante un alguacil y notario, que nos intíme: *Dispone domui tuae, quia morieris:* Dispon tus cosas y tu alma, que has de morir luego. En una palabra, nos creemos todo lo contrario de lo que enseña la eterna verdad. ¿Y no es esta una como heregía, y no creer un artículo confirmado en los cuatro Evangelios?

Pero dejando aparte la fé, convenzamos estos malos creyentes con la razon. ¿Qué vidrio hay mas fragil que nuestra vida, sujeta á tantos accidentes? ¿No basta una calentura que se encienda en las entrañas? ¿Una gota de sangre que caiga sobre el corazon? ¿Una vena que se rompa en el pecho? ¿Un catarro que ahogue quitando la respiracion? Y ves ahí tendido el hombre en la cama á punto de morir. ¿Son estos casos extraordinarios, ó accidentes cuotidianos? Cualquier criatura, por pequeña que sea, tiene bastante poder para quitarte la vida. No son menester rayos del cielo, ni precipicios de la tierra. Una sola espina de un pes, quitó la vida á Tarquino Romano. Un solo cabello, bebido en la leche, y atravesado en la garganta, ahogó al senador Fabio. Un granillo de una pasa, mató al poeta Anacreonte. De una ligerisima punzada de una aguja se vió á punto de muerte Lucia Latina. Por un mosquito que se bebió en el agua, se escribe, que perdió la vida el Pontífice Adria-

no IV. y otros mil semejantes, que refieren las historias. Abra, pues, cada uno los ojos, y no diga: yo no moriré de esa suerte, pues ninguno de esos pensaba morir de esta manera: lo que ha sucedido á unos, puede suceder á otros. Si bien, quien no sabe cuando ha de morir, no ha menester esperar de otra parte la causa; dentro de nosotros hay todo lo que basta para quitarnos la vida. Así nos lo advierte el Sabio: *Nescit homo finem suum: sed sicut piscis capiuntur homo, et sicut aves laqueo sic homines capiuntur tempore malo.* (ECCL. 9.) La muerte con el lazo que exteriormente nos prende, y con el anzuelo que interiormente se traga, hace presa de los míseros mortales; esto es, con exteriores accidentes, y con interiores enfermedades, como el hierro engendra su herrumbre, el leño su carcoma, el paño su polilla; así el hombre engendra dentro de sí su muerte. Sepamos, pues, que dentro de nuestras entrañas están continuamente peleando los humores á nuestro daño, que la misma destemplanza de nuestra complexion, nos fafrica continuamente máquinas y baterias mortales: que el mismo manjar que tomamos para alimentar la vida, nos va disponiendo con sus contrarias calidades á una repentina muerte. Y todavia nos dejamos engañar de la astuta voz de la antigua serpiente á Eva: *Nequaquam moriemini.* No morireis tan presto, queda largo espacio de vida, tiempo tendreis para ajustar muy á vuestro gusto y satisfaccion las cuentas del alma.

Pero si aun la razon no os persuade, convenzaos la experiencia cuotidiana, que cada hora teneis delante, hasta con la evidencia de los ojos. Aprended a costa y en cabeza agena á ser cau-

tos para vuestro provecho. ¿Cuántos amigos vuestros, mas sanos que vos, de complexion mas robusta han muerto, cuando el vigor y fuerza les prométia larga vida? ¿Cuántos compañeros vuestros, en la flor de su edad, se han desaparecido derrepente, cuando tenian en sus pensamientos grandes ideas de empresas en adelante? *In illa die peribunt omnes cogitationis eorum;* no siendo su menor tormento ver deshechas sus imaginaciones, y derribados sus pensamientos, fabricados sobre la falsisima seguridad de la vida. ¿Cuántas veces ha entrado en vuestra casa la cruz de la muerte? ¿Habeis cerrado los ojos al hermano, acompañado á la sepultura al amigo, os habeis vestido de luto por vuestro padre? Todos los dias vemos con nuestros ojos llevar en el atahud las mas floridas esperanzas al sepulcro. Cada dia oímos sonar las campanas del doble, y nos dicen, que aquel murió de un balazo en el corazon, éste de una pedrada en la cabeza; uno ahogado en el rio, donde buscaba su recreo y salud; otro de un tabardillo; otro de una furiosa apoplegia. Pero nosotros, con necios discursos, andamos buscando pretestos para escusar la muerte. ¡Oh, que aquel se buscó la muerte con sus pendencias, este otro era de complexion débil, aquel era destemplado en la comida! Como si la muerte procediese con circunspeccion y con reserva; como si su guadaña no tuviese habilidad y fuerza para cortar un hilo de vida, fuerte y durable, tan bien como uno delgado y fragil. ¡Ay, que la muerte anda siempre armada de espada y arco! *Gladium suum vibravit, arcum suum tetendit.* (PSALM. 7.) Con la espada da el golpe de cerca á los viejos y débiles, que no se pueden ya mantener;

con el arco asesta á los jóvenes y robustos, que se confian en la fuga. Un padre de la compañia de Jesus, que tuvo en una Congregacion doscientos estudiantes, pudo con gran facilidad saber cuantos de aquella florida juventud habian muerto en espacio de doce años. ¿Cuántos pensais que moririan? ¿Veinte? ¿Cincuenta? Poco menos de ciento faltaron en tan breve espacio. Y si tantos en la juventud, ¿cuántos en la utilidad? Ya la muerte no camina á pasos lentos y cortas jornadas como al principio del mundo, cuando los hombres vivian trescientos y quinientos, y mas años. Ahora pocos llegan á setenta, y aun á sesenta, porque la muerte anda á caballo, como la vió Juan en su destierro de Patmos: *Qui sedebat super equum, nomen illi mors.* (APOC. 6.) Ahora viene por la posta, como atestigua Job: *Dies mei velociores cursore.* (JOB. 9.) Mas quien al caballo de la muerte le aplica espuelas, le hace apresurar la carrera, y que llegue mas presto. Y ¿cuál es la espuela? El pecado, grita el Apostol: *Stimulus mortis peccatum est.* (1. CORINTH. 15.) El pecado tiene este poder terrible de acelerarla, y hacer que venga muchas veces antes de lo que debiera venir.

Mas siendo la muerte tan terrible, tan llena de asechanzas de los demonios, tan importante como el momento de que depende la eternidad: por otra parte, siendo incertisima su hora, una vez sola el pasar de esta vida, y por tanto irreparable el error de morir mal; ¡qué locura es la nuestra fiar una eternidad á una incertidumbre, sin haber hecho primero las debidas prevenciones? ¿Qué atrevimiento es prometernos larga serie de años, cuando la fé, la razon y la expe-

riencia nos persuaden, que está la muerte cercana, improvisa, no esperada? ¿Qué mayor temeridad, que saber que la muerte puede estar, no solo cercana en este mes, sino sobre nosotros en este punto: *Et incertis eventibus committere seipsum.* (CHRISOSTOM. HOM. 23.) y fiar á la incertidumbre del acaso nuestra alma, de quien no fiariais un pleito, un depósito, un mínimo interés? Cada uno de nosotros deberia hacer consigo mismo aquel discurso de san Juan Crisóstomo, cuyos sentimientos, esparcidos en varios lugares, recogeré aquí en breve suma. „Ya estoy en el mundo. Yo entré en tal año, y tal dia. Yo he de salir del „mundo, mas no sé cuándo, ni cómo." He de entrar en una interminable eternidad, ó de gloria, ó de tormento, y no sé cuál de las dos. De estos bienes que busco con tanto conato, ¿cuántos llevaré conmigo muriendo? Nada mas que lo que traje naciendo. Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré á la tierra, si la piedad agena no me da de limosna una mortaja: *Nudus egressus sum de utero matris meæ, et nudus revertar illuc.* Solo los méritos de las buenas obras, ó los deméritos de las malas, irán conmigo á hacer que se me dé sentencia de vida, ó de mi muerte eterna: *Opera illorum sequuntur illos.* De este cuerpo, ¿cuál será la suerte? Una hedionda tumba, donde se volverá en cenizas, podredumbre y gusanos, como un cadaver de bruto, que apesta, é inficiona toda la vecindad en contorno. Mas de tí, ó alma mia, ¿cuál será la fortuna, cuál el estado? ¿Irás al reino de los bienaventurados á gozar, ó al abismo de los tormentos á penar? No lo puedes saber, sabiendo solamente, que en cualquiera de estos dos tér-

minos tan contrarios, como cielo, é infierno, cayeres, allí habrás de estar eternamente. Y en fin, ¿cuándo llegará este último punto? Ni yo, ni otro alguno, sabe cuándo ha de ser llamado á comparecer ante el divino Tribunal, porque la muerte á unos viene tarde, y dejándose ver y prevenir antes, á otros derepente y temprano. Ahora, si á mí me sobreviniese la muerte hoy, ¿qué suerte me tocaria? Tengo las cuentas de mi cuenta tan mal ajustadas, que debiera temer mi condenacion; y en un interés tan reelevante, tengo corazon para vivir en el aire, en incertidumbre y sin pensar, como á quien no dá cuidado que le toque una, ú otra suerte, como si una eternidad de miseria ó de felicidad, inevitable la una, ó la otra, hiciese poco al caso, que sea la que fuere, y como si no fuese cosa digna de asegurar lo mas que se pudiere la buena suerte. Y sintiendo que la conciencia me remuerde y acuerda muchas culpas, duermo sueño quieto, paso mis dias alegres, como si estuviese en mi mano el no morir cuando yo no quisiere, ó como si no tuviese que esperar, ni que temer despues de la muerte.

§. III.

EJEMPLO.

Los cazadores, para coger las panteras, ponen por donde han de pasar el cebo envenenado; pero ellas, como astutas, y de un olfato agudisimo, no se atreven á tocarlo, si corriendo primero por el campo, no sienten el olor de la yerba dictamo, antídoto contra el veneno, para cu-

rarse al instante. Pero mas astutos que ellas los cazadores, cuelgan de un árbol un acecillo de la misma yerba, para que ellas, percibiendo el olor, se fien y coman el venenoso manjar; y despues hallando el remedio tan alto, que no lo pueden alcanzar, se vean forzadas infelizmente á morir. Así puntualmente hacen los demonios, astutisimos cazadores de las almas; ponenles delante los placeres envenenados, y los convidan con la esperanza de tener siempre á la mano el remedio de la confesion para curarse; pero ¿cuántas veces los infelices pecadores se hallan engañados y agravados del mal, y quizá mas del remedio, se ven obligados á perecer? ¡Oh, que así nos lo dijo advertido el Salvador! Buscareisme, y no me hallareis, y morireis en vuestro pecado: *Quaeritis me, et non invenietis, et in peccato vestro moriemini.*

Así muy á su costa lo experimentó un gentil hombre Inglés, (BARTOL. LIB. 3. INGLAT. CAP. 13.) de quien hablan las historias de la compañia, sobre el reino de la impia reina Isabela. Era de agudo ingenio, y docto en las ciencias, habiendo oido discurrir acerca de la religion católica al padre Guillermo Westón, se apartó de la heregia, y se resolvió á no concurrir en nada con los protestantes; pero por ser muy rico en bienes de fortuna, y temer, que si contra los edictos de la reina se declaraba católico, para no ser despojado de sus riquezas, tomó un astuto partido. Este fué, portarse en lo exterior como protestante, por conservar los bienes de la tierra; y en lo interior ser católico, por adquirir los del cielo: y porque todo el punto estaba en morir, desechando aquella muestra exterior de heregia,

que bien conocia ser pecado mortal; y corriendo la cortina para descubrir su ánimo, discurrió un remedio, que le pareció bastantemente seguro. Y sin duda se lo sugirió aquella que el Apostol llama sabiduria del mundo, loca maestra de la mayor parte de los hombres, que por ella se juzgan sabios y astutos, hasta poder engañar á Dios. Empezó, pues, á discurrir consigo de esta suerte: Para salvarte, no es menester una vida santa, sino una buena muerte: luego lo que yo debo asegurarme es morir bien, lo cual conseguiré facilmente, teniendo en mi casa un confesor, que me absuelva en mi última enfermedad de la culpa, sea cual fuere: y cuando en lo último de la vida no me sucediere así, ni pudiera hacer una perfecta consideracion de esta mi larga perseverancia en el pecado, ¿no bastará una señal de arrepentimiento, ó un golpe de pechos, para conseguir la absolucion en el punto de la muerte? Así se lo ideaba él. Y porque tenia dos casas, en que á diversos tiempos habitaba; una de corte en Londres; otra de campo en una villa, no lejos de la corte, en ambas tenia un sacerdote católico, con firme persuacion de que tenia en su mano la salvacion, pues si en cualquiera de las dos casas enfermase, no podria faltar la oportunidad para reconciliarse con la iglesia, y conseguir la gracia de Dios para morir bien. De esta suerte pensaba engañar á Dios, y robarle el cielo, como hizo el buen Ladron en la cruz, reservando para la última respiracion el *Domine, memento mei.* Como si pudiese decir con aquellos impios, que refiere Isaías: Hemos hecho pacto con la muerte, y nos hemos compuesto con el infierno. *Percussimus foedus cum morte, et cum*

inferno fecimus pactum. Que la muerte esperaria la venida del sacerdote, para que el infierno no se lo tragase.

No dejó el padre Westón de advertirle que era vana aquella confianza, representandole los peligros de una muerte repentina é improvisa. ¿No podrá (le decia) venir la muerte mientras estais durmiendo? ¿No podrá ahogaros una avenida de catarro? ¿Una apoplegia? ¿Una vena rota en el pecho? ¿No os podrá sobrevenir una calentura maligna, que os ocasione un súbito delirio? ¿Un violento letargo, que profundamente os oprima? ¿Un pasmo, que no os dé lugar de pensar las cosas de el alma? Pues ¿con qué prudencia remitís á la última enfermedad la esperanza de convertiros deveras, no sabiendo cual ha de ser vuestra enfermedad última? ¡Ay, que no es prudencia pensar poner leyes á Dios! *Non est consilium contra Dominum!* Esta confesion, en que fiais, es un extremo remedio. Y ¡quién no sabe, que los extremos remedios tienen muy incierto el suceso? Y así solo se deben ejecutar por necesidad, y á mas no poder; pero no se deben tomar por eleccion. ¿Cuántos he conocido en este mismo reino de Inglaterra, que persuadidos de esta infeliz astucia de poder vivir mal y morir bien, con la esperanza de tener un sacerdote católico en casa, han muerto despues peor que habian vivido?

Con todo eso, el caballero quiso mas probar á su costa, que creer esta verdad; porque con su necia confianza, caminando un dia de la una casa á la otra, bien robusto y sano, enmedio del camino fué asaltado de un tan fuerte accidente mortal, que lo arrojó agonizando en tierra. Corrieron á rienda suelta los criados á traherle el

mas cercano de los dos sacerdotes; pero Dios habia medido la fuerza del mal que le quitase la vida, de suerte, que aunque vino de carrera el confesor, ya el infeliz habia espirado en una pública hosteria, donde al primer combate del mal, no pudiendo ya tenerse, lo habian llevado.

¡O muerte repentina! ¡O muerte desventurada sin señal de arrepentimiento! De esta suerte, el que tenia dos confesores de propósito prevenidos para vivir mal, no tuvo uno para morir bien. Desagradan mucho á Dios estas ingeniosas presunciones, y solo sirven para provocar mayormente su indignacion, y acarrear á los pecadores presumidos mas grave la ruina: *Irritaverunt eum in ad inventionibus suis, et multiplicata est in eis ruina.* (PSALM. 105)

Lease á Tomás de Kempis, cap. 23. del lib. 1. De la consideracion de la muerte.

inferno fecimus pactum. Que la muerte esperaria la venida del sacerdote, para que el infierno no se lo tragase.

No dejó el padre Westón de advertirle que era vana aquella confianza, representandole los peligros de una muerte repentina é improvisa. ¿No podrá (le decia) venir la muerte mientras estais durmiendo? ¿No podrá ahogaros una avenida de catarro? ¿Una apoplegia? ¿Una vena rota en el pecho? ¿No os podrá sobrevenir una calentura maligna, que os ocasione un súbito delirio? ¿Un violento letargo, que profundamente os oprima? ¿Un pasmo, que no os dé lugar de pensar las cosas de el alma? Pues ¿con qué prudencia remitís á la última enfermedad la esperanza de convertiros deveras, no sabiendo cuál ha de ser vuestra enfermedad última? ¡Ay, que no es prudencia pensar poner leyes á Dios! *Non est consilium contra Dominum!* Esta confesion, en que fiais, es un extremo remedio. Y ¡quién no sabe, que los extremos remedios tienen muy incierto el suceso? Y así solo se deben ejecutar por necesidad, y á mas no poder; pero no se deben tomar por eleccion. ¿Cuántos he conocido en este mismo reino de Inglaterra, que persuadidos de esta infeliz astucia de poder vivir mal y morir bien, con la esperanza de tener un sacerdote católico en casa, han muerto despues peor que habian vivido?

Con todo eso, el caballero quiso mas probar á su costa, que creer esta verdad; porque con su necia confianza, caminando un dia de la una casa á la otra, bien robusto y sano, enmedio del camino fué asaltado de un tan fuerte accidente mortal, que lo arrojó agonizando en tierra. Corrieron á rienda suelta los criados á traherle el

mas cercano de los dos sacerdotes; pero Dios habia medido la fuerza del mal que le quitase la vida, de suerte, que aunque vino de carrera el confesor, ya el infeliz habia espirado en una pública hosteria, donde al primer combate del mal, no pudiendo ya tenerse, lo habian llevado.

¡O muerte repentina! ¡O muerte desventurada sin señal de arrepentimiento! De esta suerte, el que tenia dos confesores de propósito prevenidos para vivir mal, no tuvo uno para morir bien. Desagradan mucho á Dios estas ingeniosas presunciones, y solo sirven para provocar mayormente su indignacion, y acarrear á los pecadores presumidos mas grave la ruina: *Irritaverunt eum in ad inventionibus suis, et multiplicata est in eis ruina.* (PSALM. 105)

Lease á Tomás de Kempis, cap. 23. del lib. 1. De la consideracion de la muerte.

LECCION V.

DE EL JUICIO.

STATUTUM *est hominibus semel mori.* Terrible cosa es la muerte; pero es mas formidable aun lo que añade el Apostol: *Et post hoc Judicium.* (HEBR. 9.) Un juicio imperescrutable de toda la vida. Bien sabemos qué suerte le ha de tocar á el cuerpo, quedar allí pálido, feo, abominable, bastante á poner horror con el semblante, á inficionar el aire con su pestilencial hedor, de suerte, que todos huirán, habiendo apenas quien se atreva á cerrarle los ojos espantables. Los amigos mas queridos, serán los primeros á volverle las espaldas, no teniendo aliento para estar con él solo aun una noche. Los parientes mas cercanos procurarán cuanto antes echarlo de casa, no pudiendo sufrir mas aquel cadaver, que les llena de profunda melancolia. Se buscará el lienzo mas viejo y despreciable, para envolver al que solo permitia le tocasen delgadisimas olandas. De tantas riquezas y alhajas, adquiridas con tanto trabajo, nada llevará consigo á la otra vida, ni aun un hilo de vestido precioso, con que mostrar que fué rico y poderoso en el mundo. Y quiera Dios que no se vea despojar antes de morir, como al almirante Andrés de Villars, le cortaron un dedo, antes de haber espirado, por quitarle un anillo de oro. Pondránle en un féretro, con un pequeño crucifijo en las manos. ¿Pero de qué le servirá entonces, si en vida no lo tuvo jamás en el corazon? Quiera el cielo que no se le huya de las manos, como se huyó de las manos de

la deshonesta Tais. Vendrá el clero en funesta procesion á llevar el cadaver, y entonará con tristes voces el Psalmo: *De profundis clamavit ad te Domine;* pero entonces no es ya tiempo de alcanzar misericordia, sino de obtener justicia de sus obras. Y no pocas veces se ha visto desclavar el crucifijo las manos, y taparse los oídos por no atender al clamor: *Fiant aures tuae intendentes in vocem deprecationis meae,* que se cantaba en la muerte de los pecadores. Suena la campana á doble, y se esparce la voz: fulano ha pasado á la otra vida, fué grande hombre, ha dejado muchas riquezas. Y despues con el doble se acaba su memoria: *Periit memoria eorum cum sonitu.* Finalmente, llega á la iglesia, allí le cantan los sacerdotes las últimas preces y responsos, hasta concluir la última jornada de esta tragedia, con el *Requiescat in pace.* Si, *in pace erit locus ejus,* si ha muerto en paz con Dios, si ha obtenido antes de morir la reconciliacion é indulgencia plenaria de sus culpas. Que si no: *Non est pax impiis dicit Dominus:* (ISAI. 4.) y á su tiempo será arrojado con el alma, *in locum tormentorum, ubi nulla requies, sed sempiternus horror.* Entretanto le entierran en una obscura y horrorosa tumba, á ser podredumbre y corrupcion, hasta la resurreccion universal. Y aquel, que soberbio no cabia en grandes palacios y camas olorosas y perfumadas, se verá encerrado mísero cadaver en siete pies de tierra, y sus sábanas y colchas serán los gusanos y la polilla, como expresa Isaías: *Detracta est ad inferos superbia tua, concidit cadaver tuum: subter te sternetur tinea, et operimentum tuum erunt vermes.* (ISAI. 14.)

¡Miserable condicion del cuerpo! Pero ¿quién sabe si será peor la suerte del alma, que en aquel mismo punto en que será apartada del cuerpo, en aquel mismo lugar, y quizá en la misma estancia, en la misma cama, donde tantas veces habrá ofendido á Dios, verá levantarse el Tribunal de la Divina Justicia? Aquí sin Abogados, con el ángel de la guarda á un lado, como testigo; al otro lado el demonio, como acusador, llena de temblor y de congoja, será presentada ante el supremo Juez, y severo. ¿Donde estarán entonces aquellos parientes, que para dejarles rica herencia que gastar, se emplearon tantos cuidados y sudores, sin respeto á las divinas Leyes? ¿Dónde aquellos amigos con quien se tuvieron tantos juegos y festines, y por conservar su amistad no se hizo reparo en incurrir la enemistad con Dios! *Surgant, et opitulentur vobis, et in necessitate vos protegant.* (DEUT. 32.) Levantense presto, vengan volando á ayudaros, sean vuestros protectores en tan grande aprieto. Todos os han dejado solo en la mayor necesidad. A lo menos vendrán á socorreros los santos vuestros abogados, el ángel de la guarda, la Virgen, Madre de misericordia. ¡Oh, que ya no es tiempo de intercesiones! No oye mas el Juez las súplicas de los protectores. El ángel que antes servia de ayo y maestro para las buenas obras, entonces vendrá á ser fiscal de las malas. La Madre de Dios no será ya *Dulcis parens clementiae*, sino acusadora de las injurias cometidas contra su divino Hijo: *Lunam non dabit lumem suum.* Aquella hermosisima Luna de tantas gracias, entonces no dará ni una gota de propicia influencia.

Os saldrá al encuentro Jesucristo; pero quizá

no ya como Padre de Misericordias: *Pater Misericordiarum*, sino como Dios de los venganzas: *Deus ultionum.* ¿Con qué temblor, con qué congoja de corazon parecerá el pecador á los ojos del Juez enojado? *Ante faciem indignationis ejus quis stabit? Quis resistet in ira furoris ejus?* (NAH. 1.) ¡Con cuánto mas gusto se esconderia en un horno encendido! La cobujada tiene tan gran miedo del gavilán, ave de rapiña, que por huir de él, se ha visto muchas veces, no solo precipitarse á los profundos pozos, sino arrojarse furiosamente á los hornos encendidos. ¡O si el pecador pudiese escapar y esconderse del rostro airado de Cristo Juez, cómo se precipitaria aun en el fuego del infierno! Si el santo Job, aquel grande amigo de Dios, alabado de inculpable por el Espíritu Santo, que podia dar tan buena cuenta de sí, no teniendo cosa de que le remordiese la conciencia; con todo eso, espantado de la terrible vista del soberano Juez, deseaba tanto huir de este furor de Dios indignado, que decia: *Quis mihi tribuat, ut in inferno protegas me, donec pertranseat furor tuus?* ¿Quién me hiciera tanto favor, que me escondiera, Señor, en el infierno, hasta que pase tu furor? Si san Cipriano, aquel grande Obispo y martir, al bajar la cabeza y sujetarla á la espada, y golpe del verdugo por la fé de Cristo, llegó á decir suspirando: *Vae mihi, cum veniam ad Judicium!* ¡Ay de mí, cuando viniere á juicio! Si estos amigos de Dios temblaban á solo el pensamiento de haber de ser presentados delante del Juez, por cuyo amor derramaban la sangre y daban la vida; ¿qué debemos hacer nosotros, reos de tantos pecados, sabedores de tantas injurias cometidas contra el mis-

mo Juez? ¿Con qué horror debemos aguardar que venga sobre nosotros su indignacion y su venganza, detenida tanto tiempo por su misericordia? La divina Justicia, que el Profeta Daniel comparó á un rio de fuego, está como enfrenada y representada en los márgenes de la divina Clemencia por veinte, treinta, ó mas años de la vida de un hombre. ¿Qué inmenso abismo de ira habrá recogido, y con qué furioso ímpetu en el punto de la muerte prorrumpirá y saldrá contra el pecador ingrato? *Volens Deus ostendere iram suam sustinuit in multa patientia?* Solos los ojos del mismo Juez serán relámpagos, precursores de los rayos y furiosa tempestad que le amenaza. Una sola ojeada, que con indignacion echó el rey Felipe II. á dos cortesanos, poco reverentes en la iglesia, al uno quitó el juicio, y lo dejó insensato, al otro ocasionó muy en breve la muerte. Mas ¿para que busco ejemplos en otra parte? La imágen sola de Cristo crucificado, volviendo tal vez los ojos airados á ciertos malvados que estaban delante, bastó para aterrar trescientos; de suerte, que en muchisimas horas no pudieron volver sobre sí, ni tomar aliento. ¡Ay, qué inferireis, qué frenesí, qué temeridad es la nuestra; saber por fé inefable, que presto debemos parecer delante de tan riguroso y tan formidable Juez, y no obstante, provocarlo á indignacion, é injuriarlo con tantas culpas! ¿Quién, teniendo un pleito en mano de un cónsul, ó la causa de su vida ante un alcalde, se atreveria á perderle el respeto y ultrajarlo? ¡Acaso el pleito sobre los bienes del cielo, ó la causa de la vida eterna es de menos importancia? ¿Cómo pueden juntarse estas dos cosas tan contrarias, creer firmemente que

Cristo na de ser forzosamente nuestro Juez, y ofender á Cristo, quebrantando sus Leyes con tanto desahogo á sus mismos ojos? Qué bien decia Salviano: *Quomodò credere vos futurum Judicem dicitis, apud quos nullus est despectior, quà ipsem Judex?* (LIB. 3 AD ECCLES.) Y si será tan terrible aun solo el aspecto del soberano Juez, ¿cuán formidable cosa será el oir, que nos dá en cara con tantos beneficios que nos ha hecho, y de que hemos abusado? Entonces á la luz del rostro de Dios, se conocerá el gran favor de la fé, el haber nacido en el seno de la verdadera religion, instruidos en las verdades evangélicas, alimentados con los santos Sacramentos: donde mas claramente se descubrirá la grande ingratitud y perfidia de los cristianos, que han vivido mas ciegamente que los gentiles; mas desarregladamente que los bárbaros.

Fuera de esto, ¿qué confusion será haber resistido á tantas luces de gracias singulares, con que nos ha prevenido olvidadizos, nos ha llamado errantes, se ha compadecido de nosotros pecadores? *Confusio faciei meae cooperuit me à voce exprobrantis,* decia David, haciendo reflexion á la voz con que podia Dios zaherirle tántos beneficios como le habia hecho, y á que no habia correspondido como debiera; siendo así, que por lo general habia sido tan buena su correspondencia, que pudo decir: *Legem tuam in medio cordis mei.* ¡Cómo quedará confuso y avergonzado el que por una parte se verá rodeado y lleno de gracias y favores divinos; y por otra conoce cuán ingrato y desconocido ha sido á las mismas gracias? ¡Tantas ilustraciones con que continuamente le ilustró el entendimiento, y le en-

cendió la voluntad: tánta riqueza de santos pensamientos en la eleccion espiritual ó en los sermones, para atraherlo suavemente á la virtud: tánta frecuencia de buenos ejemplos para moverlo á la imitacion. En suma, desde el principio hasta el fin de la vida, una série innumerable de dones sobrenaturales, todos recibidos en vano, todos despreciados sin fruto. El rey Felipe II. de quien arriba hablamos, no solo con una mirada de indignacion aterró aquellos dos cortesanos, sino con una palabra, con que le zahirió, quitó la vida á D. Alvaro Bazán, grande almirante, que habiendo dilatado un poco el apresto de una armada Navál, segun le mandaba el rey, fué llamado á la corte, y oyó que le decia con ceño y aspereza: *Cierto que no habeis correspondido en esta ocasion al amor que yo os he tenido.* No le dijo mas, ni fué menester mas para oprimirle el corazon de suerte, que dentro de pocos dias murió. ¡Oh, si tanto puede una palabra enojada de un rey de la tierra, ¿cual será la confusion y sentimiento del corazon en mí infeliz, al oir las duras palabras con que me dará en cara el rey del cielo, y me argüirá de ingrato á sus beneficios? *In furore suo arguet me, et in ira sua corripiet me.* Me acusará, no ya de alguna tibieza escusable en su servicio, sino de enormes descuidos en corresponder á su amor y á sus beneficios. ¡Qué podré responder cuando me muestre sus sacratisimas Llagas, su Cuerpo herido por tantas partes, y me diga: Mira á qué extremo de amor he llegado por salvarte; mira á estas heridas que abrió en todos mis miembros, más el amor mio para contigo, que el ódio de los judios para conmigo: mi Sangre derramada de to-

das las venas, por lavarte de tus manchas, y darte un precio infinito para comprar la gloria eterna, ¿cuánto muestra el inmenso exceso de mi benevolencia? Dime ahora ¿qué mas podias haber pedido á un Dios crucificado por ti? Dime, si te parece, ¿cómo podia yo pasar adelante en amarte? Con tal mérito, esperaba haber hecho lo bastante para que respondieras con amor. Y bien, ¿qué caso has hecho de mí? ¿Cómo has agradecido tántos beneficios? ¡Has correspondido con algun buen afecto á tántas finezas? Pues ¿y qué merece tal ingratitud, tan bárbara impiedad?

§. II.

EXAMEN Y SENTENCIA DEL JUICIO.

Despues de la memoria de los beneficios, se vendrá distintamente al proceso de las culpas, y se examinarán por menor las palabras, las obras y los pensamientos. Como desde la niñez conociste antes el pecado, que la virtud: cuántas veces diste pesadumbre y disgusto á tus padres con tus inobediencias: abriste los ojos con tus malicias á los compañeros: fuiste disoluto en las escuelas: irreverente en las iglesias: escandaloso en las conversaciones: la juventud gastaste en juegos, y juntas de bellacos licenciosos: en estudiar versos lascivos: en seguir locos amores, con hacer burla muchas veces de las devociones: retirar á unos de la frecuencia de los Sacramentos, á otros de la leccion de buenos libros. ¡Oh, qué dirá el Juez soberano! *Haec fecisti, et tacui: arguam te, et statuam contra faciem tuam.* Has cometido estas y aquellas maldades, y yo

siempre callando y disimulando: ha sido muy larga mi paciencia, ahora brotará fuera con mayor ímpetu la indignacion, de que está muy preñada mi justicia: te disiparé como menudo polvo á recio viento: te arrojaré á los profundos abismos del infierno.

No será este examen como el que nosotros hacemos en esta vida á ojos cerrados, y en tinieblas, que no dejan distinguir, sino las cosas palpables, y de mucha gravedad. Nosotros, como ciegos, pensamos, que no hemos de dar cuenta sino de ciertas culpas mas graves, como de una torpeza, de un perjuicio, de un sacrilegio. ¡Oh, que tambien se hará cargo de una mentira lisonjera, de una palabra ociosa, de ciertas omisiones, de que no hacemos escrúpulo; de ciertos pensamientos, á que nos parece no haber dado consentimiento; antes entonces se descubrirá ser culpables algunas cosas, que primero las juzgabamos virtuosas, y nos hallaremos acusados de aquellas virtudes no bien ejecutadas, que creimos alegar por defensa de los vicios mal practicados: *Cum accepero tempus ego justitias judicabo.* (PSALM. 74.) Protesta Dios, que quiere hacer proceso y formar juicio, no solamente sobre lo malo de las culpas, sino sobre lo bueno de la Justicia y buenas obras, y buscar manchas aun en aquellas purezas, que parecian angélicas. Por donde si él halló malicia en sus ángeles, como afirma Job: *In Angelis suis reperit pravitatem;* cierto es, que no se le esconderán los defectos en los hombres. Si se ha de hacer exactisimo escrutinio con antorchas en la santa Jerusalén, ¿qué será en la impía Babilonia? Si con los justos y amigos suyos usará Dios tal rigor, ¿qué deben esperar los

pecadores y enemigos? Y así, atónitos á tan riguroso examen, los santos Gregorio y Bernardo, se resolvian en lágrimas, y decian: *Quid faciet Virga deserti, ubi concutitur Cedrus Paradysi? Aut quid erit in Babylone tutum, si in Hierusalem manet scrutinium?*

Concluido el proceso, aclarados los delitos, y convencidos los delincuentes, pasará á la sentencia el justisimo Juez: sentencia terrible para los pecadores, porque será de muerte eterna. De algunos reos cuentan las historias, que al intimarles la sentencia de muerte, unos desmayados cayeron en tierra; otros, aunque mozos, derrepente se llenaron de canas; otros sudaron sangre por la frente, y se trataba solo de muerte temporal; ¿qué será donde se trata de eterna muerte? El pensar solo en esta formidable sentencia, hacia que el V. P. Luis de la Puente, (IN LIB. 1. CAP. 15. VITÆ.) religioso de extremada virtud y perfeccion, se pusiese descolorido, pálido, temblando de pies á cabeza, espeluzado el cabello; y lo que es mas admirable, con repentino estremecimiento hacia temblar las paredes de su aposento, con terror y susto de los vecinos. Y para decir verdad, es menester que sea falto de juicio el que no temblare al dispararse aquel rayo: *Discedite à me, maledicti, in ignem aeternum:* apártate de mi presencia, alma detestable, indigna de estar á mi vista, y de gozar de mi gloria; véte, maldita de mi Justicia, cuyas Leyes quebrantaste, maldita de mi Misericordia, de cuyas gracias abusaste: maldita en todas tus potencias. Amaste la maldicion, y ha venido sobre ti: apártate de mí, que he sido tu Criador, tu Redentor y tu Dios: apártate de la gloria celes-

tial para que fuiste criado: de la compañía de los bienaventurados, y de toda suerte de bienes, para siempre. ¡Oh, qué horrorosa pena, ser desterrada de la patria del cielo! Anda precipitada al fuego eterno, que merecieron tus maldades: anda á acompañar en mala hora á los demonios, á quien tanto serviste, cuyas vanderas quisiste seguir, que ellos te darán en tormentos la merecida paga de haberlos servido. Al punto, luego, á las llamas infernales, al fuego eterno: allí serás enterrado entre brasas, que nunca se apagarán: aquella será tu perpetua cárcel por todos los siglos, con murallas de fuego, el suelo de fuego, el techo de fuego. *In ignem aeternum.* A este trueno espantoso, quedará el miserable pecador, desamparado del ángel de su guarda, asido del demonio, severísimo alguacil, que convidará á todos los demas diablos para hacer estrago en su alma, diciendo: *Deus dereliquit eum, persequimini, et comprehendite eum, quia non est qui eripiat.* (PSALM. 70.) Abrirá súbitamente su boca el infierno, para tragar á aquella alma desventurada. La cual, ¿qué dirá al entrar el pie en aquel calabozo de tormentos? ¿Al ver que al instante se cierran aquellas puertas de hierro, que para ella nunca jamás se han de abrir? ¿Al estrenar aquellas llamas abrasadoras, que nunca la han de consumir? ¿Aquellos ardores é incendios eternos, que nunca se han de apagar?

Al contrario, qué alegre será la sentencia á favor del alma justa: *Veni, benedicta Patris mei, possidem Regnum tibi paratum, à constitutione mundi.* O la otra: *Euge, serve bone, et fidelis, intra in gaudium Domini tui:* alégrate, siervo bueno y fiel: éntra en el gozo de tu Señor. Si el será-

fico padre san Francisco, al recibir del ángel la revelacion de que era predestinado, fué sorprehendido de tan gran júbilo, que no cabia en sí de gozo, y estuvo para morir ahogado de la abundancia de consuelo; ¿cuán grande será la alegria de un justo, al ver á su Dios, que con semblante amorosisimo fija en él los ojos llenos de benigdidad, y oir, que con palabras, que todas respiran amor, le convida á gozar la gloria? Ven, bendito, de las fatigas, al descanso; de la pobreza, á las riquezas; del llanto, á la risa; de las batallas, á la corona que has merecido venciendo. ¡O que alegre *Veni!* ¡O que feliz bendicion! Entonces el ángel custodio tomará de la mano al alma, y con festivos aplausos le dará los parabienes de las victorias, que el alma alcanzó del mundo; de aquellas tentaciones tan bien vencidas; de aquella injuria tan generosamente perdonada; de aquella inspiracion tan perfectamente ejecutada; de aquella tribulacion con tanto valor sufrida. De esta suerte, alegrándose con el alma, la acompañará al cielo, hasta introducirla al trono y vista clara de Dios, diciendo con Isaías: *Respice Sion. Civitatem solemnitatis nostrae.* A aquella primera ojeada no cabrá en sí, por exceso de júbilo, el alma afortunada, viendo delante un abismo de gozo, una eternidad de gloria.

Ahora, comparemos aquel *ite, maledicti, in ignem aeternum* dicho á los réprobos, con aquel *Venite, benedicti, possidete Regnum,* pronunciando á los justos, como lo hacia san Agustin: *Quid potest terribilius cogitari, quàm ite? Et quid delectabilius, quàm venite? Duae voces sunt quarum nil horribilius una, et nil jucundius altera.* (SERM. 38, DE SANCTIS.) Estas dos voces, que se han de

pronunciar en el supremo Tribunal, siempre resonaban y hacian terrible eco en los oídos de Agustino; no obstante que no era menor en él el fuego del divino amor en que ardia, que la luz de la Sabiduria celestial, con que ilustraba el mundo. Estas voces eran el sonido de la trompeta, que traía siempre desvelado á san Gerónimo, aunque encanecido en el yermo, deshecho al rigor de las penitencias, y tan benemérito de la iglesia. Que si bien aquella fatal trompeta se tocará solamente en el juicio universal: *In novissima tuba mortui resurgent*; (R. COR. 15.) con todo eso, este juicio particular será para cada uno conforme con el universal: por lo cual siempre nosotros debemos en toda ocasion, en toda empresa, en toda recreacion, en todo consejo, tener presentes en el pensamiento una y otra voz, como dice Tomás de Kempis: *In omnibus rebus respice. qualiter ante districtum judicem stabis.* O como nos exhorta el profeta Sofonias: tengamos siempre delante de los ojos aquel dia de extrema calamidad, y en nuestros oídos resuene aquella trompeta de horror: *Dies illa tribulationis, et angustiae, dies tubae, et clangoris.* (SOPH. 1.) Habia en España una familia noble, cuyo apellido era de *Ron*, que en el escudo de armas de su casa tenia una trompeta, con este mote: *Los de Ron siempre comemos con este són.* Querian oír á su mesa el són de la trompeta, para concebir generosidad de espíritus guerreros y marciales. Esta costumbre deberiamos imitar, imaginando que oímos todos los dias en nuestros negocios y entretenimientos, aquella trompeta terrible del juicio de Dios, como lo practicaba san Gerónimo: *Quoties diem illum considero, toto corpore*

contremisco: sive enim edo, sive bibo, sive aliquid illud facio, semper resonare videtur auribus meis tuba illa terribilis: Surgite mortui, et venite ad judicium. „Siempre que considero aquel dia, (dice „el máximo Doctor,) tiembla todo mi cuerpo, y „se estremece. Si como, si bebo, si hago cual„quiera otra cosa, continuamente me parece que „está sonando á mis oídos aquella trompeta del „ángel: *Levantaos, muertos, y venid á juicio.*

§. III.

EJEMPLO.

San Juan Climaco, Abad famosisimo del monte Sinaí, pinta admirablemente las prodigiosas penitencias de los monges. Algunos estaban toda la noche en pie al sereno, ó de rodillas orando, y pidiendo á Dios misericordia. Otros, no contentos cou vestir asperisimos silicios, se cargaban de pesadas cadenas. Otros, se exponian medio desnudos á las injurias y destemplanza de un cielo tempestuoso. Otros, se arrojaban á los hielos, ó se revolcaban sobre la nieve. Eran prodigiosos sus ayunos á pan y agua: su sueño brevisimo sobre la desnuda tierra: el cuidado de sus cuerpos ninguno. Era tanto el horror que tenian del dia último, y de haber de parecer delante del supremo Juez, que jamás se aseguraban en el punto de su salvacion. Antes, cuando alguno yacía moribundo sobre la ceniza, los otros le cercaban, y con voz temerosa le preguntaban: ¿Tienes acaso firme esperanza de tu salvacion, ó todavia temes perderla? ¿Qué te promete tu corazon y tu conciencia? ¿Sentencia de eterna vida,

ó de muerte eterna? Te parece que oirás una voz amable que te diga: Venid, benditos de mi Padre, á poseer la gloria; ú otra voz terrible que te amenace: Andad, malditos, al eterno fuego! *Quid ais, frater? Qui ais de te ipso?* ¿Qué decis, hermano? ¿Qué decis de vos mismo? Verdad es, que algunos, levantando los ojos serenos al cielo, y dando gracias á Dios, respondian: *Benedictus Deus, qui non dedit nos in manus inimici:* Bendito sea Dios, que no nos ha entregado en manos del enemigo comun. Pero otros, prorrumpiendo en profundos y temerosos gemidos, mostraban estar todavia pendientes de un quizá, y decian asombrados: *Vae animae illi, quae non servavit professionem suam! Hac enim hora discet, quid illi paratum sit.* ¡Ay de aquella alma, que no ha guardado su profesion! ¡Ay! en esta hora sabrá lo que le está aparejado.

Pero lo que nos debe llenar de un santo horror, es la que el mismo santo llama historia de eficacisimo llanto, y de dolor utilisimo: *Historiam efficacissimi luctus, et doloris ultimi.* (GRAD. 7.) Estevan, monge de conocida santidad, despues de haberse ejercitado muchos años en la vida monástica, alcanzó de Dios, con largos ayunos y continuas lágrimas, singulares privilegios de ilustre virtud. De ahí, deseando vida mas solitaria, se retiró á vivir sobre la cumbre de un monte, donde en los siglos pasados tuvo Elías aquella admirable vision. Pero aún no contento con esto, por padecer mayores asperezas, y tener toda su conversacion en el cielo, penetró á lo mas interior del desierto, á un sitio llamado *Fides*, habitado de solos anacoretas, y apartado de todo comercio humano. Aquí cuántas asechanzas del

demonio venció, cuántas incomodidades toleró, cuán duramente trató su cuerpo, cuántas consolaciones gozó, lo sabe solo aquel Señor, que cuenta los pasos de sus siervos, y tiene numerados hasta los cabellos de sus cabezas. Bien nos asegura la historia, que subió á tan alta perfeccion, y consiguió de el cielo tanta gracia, que venian mansos á sus pies los leopardos, á quien por su mano daba de comer, y recibia de ellos amorosas señas de agradecimiento.

Habiendo vivido muchos años en este desierto, y como olvidado de los méritos pasados, anhelando siempre á nuevas virtudes, resolvió volverse á la celda de su antiguo monasterio del monte Sinaí, para ayudar tambien á la salvacion de los prójimos. Allí, entre otros, se entregaron á su magisterio dos religiosos de Palestina, con los cuales habiendo pasado una vida toda llena de fervor de espíritu, en edad ya muy crecida, fué asaltado de la última y mortal enfermedad. Y veis aquí un formidable suceso. Reducido á la extrema lucha el dia antes de su muerte, repentinamente quedó atónito, y un gran rato fuera de sí, por una extraña aparicion de un juicio criminal: teniendo los ojos espantosamente abiertos, yá miraba á una parte, yá a otra de la cama; y como si estuviera citado á un Tribunal, donde hubiese acusadores que le hiciesen cargo, respondia con voz temerosa, de suerte que la oian todos los que estaban presentes, diciendo unas veces: *Es verdad, pero por ese pecado ayuné tantos dias.* Otra vez decia: *No es así, mentís, no he hecho tal cosa.* Poco despues confesaba: *Es cierto que lo cometí muchas veces; mas por eso derramé tantas lágrimas, usé con los prójimos tantas*

obras de caridad. Y muy presto respondia como temeroso: *Es asi, que en eso he pecado, y no tengo que responder á vuestra acusacion, sino acogerme á la divina Misericordia.* Añade la historia: *Erat profectò spectaculum horrendum, atque terrificum invisibili, et illud saevissimumque judicium.* Era, á la verdad, espectáculo terrible y horroroso, hallarse en aquel espantoso y rigurosisimo juicio.

¡Qué horror corrió por las venas de aquellos santos monges, al ver á Estevan, cuya vida habia grangeado tanta estimacion de santidad, protestar á la hora de la muerte que no sabia qué responder á algunas acusaciones del enemigo! ¡O infeliz de mí, (exclama aquí san Juan Climaco) qué será de mí, cuando aquel gran seguidor de la soledad no tenia que responder, habiendo por cualenta años profesado con tanto rigor la vida monástica; alcanzando don de lágrimas, y obtenido la gracia de amansar leopardos? ¡Ay de mí miserable! Si un tan grande hombre, con tantos argumentos de su virtud: *Cum adeo manifestè ratio exigeretur, carne solutus est, quis terminus, quae sententia; quis rationis ejus finis fuerit, incertum reliquens,* al serle pedida tan estrecha cuenta, y tan manifiesta razon de su vida, espiró, dejándonos en duda, cuál fué su juicio, cuál la sentencia, cuál el término y paradero de su causa. ¡Oh, si á este suceso decia san Juan Climaco, que sentia llenarsele de horror las entrañas, un santo, que desde los diez y seis hasta cien años, vivió una vida mas admirable, que imitable, mas de el cielo, que de la tierra; hombre, que era llamado varon maravilloso, igual á los ángeles, padre de los monges, y doctor de la fe y de

la virtud: ¿qué horror, qué espanto no debemos concebir nosotros pecadores de tan terrible juicio de la divina Justicia?

Lease á Tomás de Kempis, lib, 1. cap. 24. **De el juicio, y de las penas de los pecados.**

LECCION VI.

DE LAS PENAS DEL INFIERNO, Y PRIMERO DE LA PENA DE SENTIDO.

San Antonio de Padua, (FERIA 2. POST DOMIN. 5.) aquella trompeta animada del Espíritu Santo, en uno de sus admirables sermones, para poner vivamente delante de los ojos de sus oyentes las penas del infierno, no hizo otra cosa que pintarlas, y aplicarlas expresamente á los cinco sentidos del cuerpo. Recogió, pues, de los santos Profetas las pinturas mas vivas, con que sacaron como al teatro aquellos tormentos con objetos sensibles de espectáculos, bastantes á aterrar los ojos: hieles para amargar y atosigar el gusto: improperios y afrentas para herir las orejas: hedores gravísimos para inficionar el olfato, y de carnicerías cruelísimas para atormentar en todo el cuerpo y todas sus partes, el sentido comun del tacto. Con que sacaba de su auditorio dolorosos suspiros, abundantes lágrimas, y prodigiosas conversiones de grandes pecadores. Un modo semejante de representar las penas infernales, aunque en la verdad no representan otra cosa, que la superficie del infierno, hemos de imitar aquí. Acerquémonos con viva fe á las horrorosas puertas de aquella eterna carcel, para aplicar no mas que los cinco sentidos á aquellos formidables objetos.

Sea lo primero fijar bien en ella los ojos; „pues dice san Juan Crisóstomo: „Que ningu„no que tenga delante de los ojos el infierno,

„caerá en el infierno:" *Nemo eorum, qui gehennam ante oculos habet, incidet in gehennam.* Mira en aquel profundísimo lago tremendos prodigios, unidas unas tinieblas espesas de eterna noche, con unas carísimas apariencias de funestísimas tragedias. Vénse diluvios de llamas y nubes de humo, que por todos lados rodean á los condenados, y los traen en continuo movimiento arriba y abajo, como garbanzos en olla hirbiendo, cada uno atónito al suplicio del otro. *Plogent videntes fumum incendii ejus.* (APOC. 18) Todos se ven forzados á derramar lágrimas de sus ojos, heridos del humo de el incendio de los otros, de los torcimientos de miembros, de la cruelisma carnicería. Peor que los tormentos es la vista de los demonios atormentadores y verdugos desapiadados, que con visages horrendos y espantosos, con amenazas terribles, se ponen siempre á la vista en accion de ejecutar los mas rigurosos extragos. Santa Francisca Romana, al aparecersele un solo demonio, padeció tal desmayo, que protestaba: Si aquí estuviera encendido un horno de fuego, y de metal derretido, me arrojaria en él á abrasarme, por huir una sola vista de tan abominable y monstruosa criatura. ¿Qué será en el infierno tener siempre á los ojos legiones enteras, y al lado y al brazo, no para alargarlo blandamente y con amor, sino para atormentarlo sin piedad? Pues afirma el santo Profeta Job, que cada uno de los condenados verá venir sobre sí continuamente sus verdugos, succediendose unos á otros; *Vadent, et venient super eum terribiles.* (JOB. 15.)

Ni será menos espantosa la vista de los otros condenados. Ciertamente, si no sufren los ojos,

ni hay corazon para mirar, no digo ya poner en la horca un hombre, mas aun para descuartizar un cordero, ¡cómo podrán ver sin horror los padres á los hijos, los hijos á los padres los amigos á los amigos, arder anegados en cruelisimas llamas, y estar amontonados unos sobre otros, como un haz de espinas, que unas á otras se acrecientan el incendio? *Sicut spinae se invicem complectuntur*, por hablar con el Profeta. Será tambien gran tormento de los ojos, mirarse unos á otros los que fueron ocasion recíproca del pecado y del escándalo. Un caballero Piamontés, hallando un dia en su retrete á su muger con el adúltero, hizo que la desventurada, con sus propias manos, matase á su amante en el zaquizami de la casa. Despues, encerrándola dentro, con solo un vaso de agua, y un cestillo de negro bizcocho, hizo tabicar la puerta y la ventana, dejando solo un pequeño respiradero, para que pudiese ver el cadaver colgado de una viga. ¡Qué horror, tener siempre delante aquel monstruo! Ver correr por aquellos miembros los gusanos, caer á pedazos la carne podrida, exhalando un hedor pestilencial. Moria la desventurada cada hora, hasta que dejó de vivir, reducida antes á cadaver, que muerte. Tales, y mucho peores serán las perpetuas representaciones á los ojos de los miseros pecadores. ¡Ay ojos mios! ¿Cuánto mejor hubiera sido abstenerse de las vistas torpes é impuras, para no ser condenado á estar mirando tan terribles objetos? Derramar ahora lágrimas de penitencia, por no ser arrojados á las tinieblas exteriores, donde será eterno el llanto: *In tenebras exteriores, ubi erit fletus*. Llanto, que aunque iguale las inmensas ondas del océano, nunca tendrá fin.

Apliquemos ahora el oido á las puertas del infierno, para oir las quejas de aquellas almas inconsolables. Dionisio, con barbara invencion, hizo labrar una carcel al modo de oreja, para que por aquel pequeño ahugero, que salia por la parte superior, se pudiesen oir los lamentos, gritos y estruendo de los encarcelados. ¡Oh, si se hubiese fabricado á este modo la cárcel del infierno, qué fieros ruidos, qué lamentaciones funestas, qué horrorosos gemidos, qué maldiciones, qué blasfemias se oirian resonar de aquellos calabozos! *Ibii erit fletus, et stridor dentium. Ploratus, et ulutatus multus. Lamentationes, et vas sonitus terroris semper in auribus impii.* (Así hablan los santos Profetas.) Contínuas serán las quejas, maldecir al padre que lo engendró, á la madre que lo parió, el dia en que nació á ver la luz del mundo: *Pereat dies, in qua natus sum. Pereat nox, in qua conceptus fui.* Un enfermo, que de noche suspirando se queja de sus dolores, inquieta y fatiga todo un hospital: ¿qué harán tantas lamentables voces, tantos ayes llorosos, que resonarán por todos lados al rededor de aquella tenebrosa cueva? Con todo eso, estas parecerán músicas de consuelo en comparacion de los estruendos de terror, á los truenos de amenazas, al arrastrar de cadenas, á los golpes de heridas, que harán los enrabiados demonios, incitandose, y apostando á quien puede atormentar mas. Aquel gran triunfador del demonio, san Antonio Abad, se espeluzaba lleno de horror, cuando en la obscuridad de la noche oía al rededor de su cueva bramar los monstruos infernales, hiriendo el aire con bramidos de toros, ahullidos de lobos, rugidos de leones, silvos de serpientes. Mas lo que herirá mas

profundamente las orejas, serán las horrendas blasfemias, las execrables maldiciones con que desesperados, volviendose contra el cielo, maldecirán la divina Justicia, la divina Misericordia, y aun la misma Sangre del Redentor. Refiere Mendoza, que Dios dió á ver á un siervo suyo las penas infernales, en ocasion que los demonios llevaban á ellas un réprobo, á quien echaron un collar de hierro ardiente á la garganta, tendieron en una cama de fuego, y le dieron de beber un vaso de azufre hirviendo: despues lo convidaron á que cantase, ya que habia sido amigo de canciones lascivas. Escusabase él, diciendo: que tenia la garganta llena de fuego, y mas aproposito para gemidos y quejas. Gime, pues, (le decian) y quéjate como pudieres; y si nó, tómate este golpe. Empezaba el miserable: maldita sea la hora en que nací: malditos sean los padres que me engendraron: malditos los compañeros que me engañaron: los placeres que me entretuvieron. Bien vá la música, dijeron los demonios; pero prosigue. Proseguiá él: maldito sea el Eterno Padre, que me crió: maldito el divino Hijo, que me redimió: maldito el Espíritu Santo, que me quitó su gracia. A estas execrables voces hizo aplauso y éco todo el infierno. Estas serán las músicas de la eterna cárcel. ¡Ay orejas mias! ¿Tendreis por bien ahora oír cantos lascivos, discursos perjudiciales y murmuraciones? Qué sabiamente nos avisa el Eclesiástico: *Sepi aures tuas spinis, et linguam nequam noli audire*, (ECCL. 28.) Pon cerco de espinas á tus orejas, y no quieras oír lenguas malvadas, para no condenarte á oír eternamente estos gemidos y horribles blasfemias.

Y si atendemos al tormento del olfato, qué

hedor pestilente habrá en aquel albañal de la tierra? *Irrigabo terram foetore, et implebo eam sanie.* (EZECHIEL 32.) Esta pena amenaza Dios, como una de las mas horrendas. Tan intolerable será el olor del azufre, el vapor de las llamas, el hálito de las gangrenas, y de tantos cuerpos pestilentes en una pieza por todas partes cerrada, lejos de todo aire, por mas de tres mil millas, sin respiracion, ni ventana, que doblará la congoja y la eficacia de su mal olor. Un solo condenado, (como testifica Mendoza) apareciendose á un religioso, y pidiendole que diese alguna pequeña señal de sus tormentos, arrojó un aliento tan horriblemente empodrecido, que el religioso cayó allí repentinamente muerto; y esparcido aquel mal olor por los claustros, no solo causó la muerte dentro de pocos dias á todos los monges; sino dejó inhabitable para siempre el convento. Mas llegó á decir san Buenaventura, que si el cadaver de un condenado fuese sacado del infierno, y puesto sobre la superficie de la tierra, bastaria para inficionar con la exhalacion de su hediondéz toda la tierra. De aquí, en alguna manera se puede colegir, cual es la pena de aquellos miserables, estar siempre sumergidos en las heces de aquel muladar, pegados unos con otros, como ovejas en el matadero: *Sicut oves in Inferno positi sunt.* (PSALM. 48.) y oprimidos unos de otros, forzados á inficionarse reciprocamente con su hedor insufrible. Horroroso caso es el que se refiere en la vida de santa Valburga. (BOL. 15. EN.) Un homicida, despues de haber muerto á un peregrino, se lo echó al hombro para llevarlo á sitio escondido, y ocultar su pecado. Mas, ¡ó extraño prodigio! El cadaver se abrazó tan estre-

chamente con el matador, que jamás pudo desasirlo de sus espaldas, ni con tirantes de cuerdas, ni con tajos de espada, y así se vió obligado á traher siempre consigo el cuerpo de su delito, hasta que el rostro corrompido del cadaver, inficionó la cara del vivo, y los gusanos hambrientos pasaban del un cuerpo al otro, y el aliento pestilente de la podredumbre intolerable, con lenta y horrible muerte lo acabó. No les sucederá así á los infelices condenados, que aunque con sus hediondisimos cuerpos, estaran unidos con los otros igualmente fétidos inseparablemente, sin esperanza de apartarse jamás, ni aun con una muerte violenta: antes por toda la eternidad: *De cadaveribus eorum ascendet foetor, et nocte, et die non extinguetur,* (ISAI. 34.) saldrá siempre de aquellos podridos cuerpos un intolerable hedor, que no cesará de dia, ni de noche; pero no para causarles muerte, porque deben padecer siempre la agonía y congoja, mas nunca verán el fin. ¡Olfato mio, podrás ahora buscar perfumes, olores, alhagos de almizcles y ámbares, sabiendo por dicho de Isaís, que allí se han de pagar con pestilenciales hedores? *Erit pro suavi odore foetor?* ¡Cuánto mejor será imitar al religiosisimo padre Gaspar Sanchez, Jesuita, que por mortificarse nunca quiso oler flores!

Mas ¿qué dirémos del gusto, que se experimenta en la lengua y en el paladar? ¡Cuán atormentado se verá de una sed rabiosa, una hambre canina? Aun los poetas lo reconocieron por uno de los mas crueles tormentos del infierno en los Tantalos, siempre sedientos y hambientos siempre. Es tan gran mal la sed, que el rico glotón, como olvidado de las otras penas infernales, solo

pedia una gota de agua para refrescar la lengua ardiente. La hambre tambien es suplicio tan atroz, que muchas veces ha obligado á los hombres á comer ratones, culebras y sapos. Hasta las madres con inaudita bárbara inhumanidad, se han visto forzadas á descuartizar á sus hijos, asarlos, y comerselos parte por parte, y volver á introducir en sus impias entrañas aquellos miembros, que en ellas se habian formado, y apenas habian salido, como refiere Josefo en el asedio de Jerusalén. Aun mas. Los hombres, fatigados de la hambre, han convertido su furia contra sí mismos, mordiendose á pedazos sus carnes, y bebiendose á tragos su misma sangre, como se lee del emperador Zenón, sepultado en un abismo de miserias. Si tales violencias ejecutó la sed y la hambre en los miseros mortales, ¿qué hará en los infelices condenados aquella extremada miseria? *Exardescet contra eos sitis.* (JOB. 18) *Famem patientur, ut canes.* (PSALM. 58.) Tendrán siempre los lábios áridos y sequisimos por una ardiente sed, y las fauces atormentadas de hambre canina, sin una gota de refrigerio, sin un bocado de alimento. Aunque no, pues nos enseñan las sagradas letras, que tendrán algun sustento y manjar. Pero ¿cuál será él? Se apacentarán perpetuamente de hiel de dragones, y de veneno de áspides: *Fel draconum vinum eorum, et venenum aspidum insanabile.* (DEUT. 32) El mismo Dios protesta, que los quiere alimentar con quinta esencia de agenjos y hiel: *Ego cibabo ipsos absynthio, et potum dabo eis, aquam fellis,* (JEREM. 9) para llenarles de amargura las entrañas, no para apagarles la hambre. Emplearán sus dientes en sus propias carnes: *Unusquisque carnem brachii*

sui voravit, como dice Isaías. Llenaránles la boca de aquel azufre ardiente, ahogaráles la inmundicia de aquel albañal hediondisimo, embriagandose con aquel plomo derretido, que les abrasará las entrañas, penetrando por todas las venas. Santo Dios! Si aquí nos horrorizamos tanto al oír que los tiranos hacian que los mártires bebiesen resina ardiente y metales derretidos, déjo á vuestro pensamiento, que discurrais, si Dios ha permitido, que tales tormentos se ejecutasen en sus mas queridos amigos; ¿qué querrá le haga con sus mas aborrecidos enemigos en el dia eterno de su furor? ¡Oh estén muy lejos de nosotros las ostentosas y regaladas mesas, las embriagueces á destemplanzas de los glotones! Amemos mas la abstinencia y ayunos de Lázaro, para no caer en los suplicios de la infernal hambre y sed.

Finalmente, se ha de ponderar el tormento del tacto, el cual, como está mas estendido que todos los otros sentidos, por todas las partes y miembros del cuerpo; así será mas atormentado en cada parte de por sí con particular pena Pero yo, no teniendo aquí tiempo para registrar uno á uno los tormentos especiales, me estrecharé á solo ponderar el del fuego, que vale por todos; porque allí todos los instrumentos serán de fuego, tenazas de fuego, saetas de fuego, siérpes y navajas de fuego, todo lo que se puede imaginar en los abismos, sin exceptuar aun aquel podrido aliento y condenacion de los condenados, será fuego: *Spiritus vester, ut ignis, voravit vos.* (ISAI. 33.) Antes, si creemos á san Gerónimo: *In uno igne peccatores omnia supplicia sentiunt in Inferno,* el fuego solo será como un licor alambicado de to-

dos los dolores, sirviendo por todos, y haciendo que en él sientan los condenados el ardor de las brasas, y el frio extremado de los hielos, el desencajamiento de los huesos y nervios, los pasmos de las entrañas, las heridas de navajas, las mordeduras de serpientes, los golpes de los azotes y látigos, y cuanto jamás supo inventar la ingeniosa crueldad de los tiranos. El mismo Dios dice, que *dabis ignem in carne eorum, ut urantur, et sentiant usque in sempiternum.* (JUD. 16.) Pondrá fuego, no solo en las partes exteriores, sino en las mas interiores de las entrañas, no solo en los sentidos del cuerpo, sino aun en las potencias del alma; porque será de otra mayor eficacia, que el fuego comun nuestro, aquel fuego encendido por la ira de Dios enojado, para instrumento de la venganza divina, elevado con fuerza sobrenatural á producir efectos prodigiosos, aun en los espíritus, y castigar las injurias cometidas contra el Criador. Sabemos por las historias eclesiásticas, que un condenado que salió del infierno para atemorizar á los vivientes, con sola una centella de su fuego hizo se quebrantase, hasta reducir á polvo una gran piedra de molino. Otro, metiendo un dedo en un vaso de agua fria, la hizo hervir. Otro, con solo tocar ligeramente un gran candelero de laton, lo hizo derretirse, cual si fuese de cera. Pues en este fuego tan terrible han de tener su estancia eterna aquellos malaventurados. De estas llamas consumidoras han de ser perpetua leña y alimento los pecadores; mas como estopa encendida, sin consumirse: *Erit populus quasi esca ignis: et omnes facientes iniquitatem stipula.* (MALACH. 4.) De este fuego estarán cercados por afuera, y penetra-

dos por adentro: de suerte, que el condenado no se podrá distinguir del fuego, ni el fuego del condenado; así como el metal derretido en la hornilla, no se puede discernir de las llamas, que lo derritieron, antes parece una misma cosa con su incendio. ¿Cómo, pues, alma mia y cuerpo, no te cubres de horror, y no tiemblas de este abrasador fuego? *Quis poterit habitare cum igne devorante?* Este cuerpo tan blandamente criado, acostumbrado á tantas delicias, regalado con tantos placeres, ¿podrá vivir entre aquellas llamas? Si el dormir en una cama algo dura, si el estar media hora de rodillas en oracion te es tan molesto, y apenas lo puedes sufrir; ¿cómo podrás llevar estar por todos los siglos tendido sobre puntas agudas de hierro encendido? ¿Cómo sufrirás estar hirviendo eternamente en un mar de llamas? *Quis habitabit cum ardoribus sempiternis?* Si os mandan un ayuno, un silicio, una disciplina para domar las pasiones desenfrenadas, no se admite, y se dan mil escusas, y se tienen por muy rigurosa penitencia: sepamos, (dice Tomás de Kempis, lib. 1. cap. 24) que allí será mas molesta una hora de penas, que acá cien años de amarguísima y estrechísima penitencia: *Ibi erit una hora gravior in poena, quam hic centum anni in amarissima poenitentia.*

§. II.

PENAS DE LAS POTENCIAS DEL ALMA.

Las penas de los sentidos en el cuerpo quizá parecerán ligeras, si se afrontan, y contraponen con las penas de las potencias interiores del alma; porque la memoria será atrozmente atormentada con el pensamiento de ver una gloria eterna, perdida por un brevisimo placer y vilisimo. Esta pena es de tal horror, que dice san Juan Crisóstomo: *Decem mille quis ponat gehennas: Nihil tale dicet, quale à beata Gloria excidisse:* Ponme á la vista diez mil infiernos: nada tiene comparacion con haber perdido la gloria y felicidad eterna. Fuera de que un demonio confesó al beato Jordan, que padeceria con gusto todas las penas de todos los condenados hasta el dia del juicio universal, para poder gozar despues la vista de Dios. Y el eterno Juez al pronunciar la sentencia contra los réprobos, en primer lugar pone el ausentarlos de su presencia: *Discedite à me:* Apartos de mí: quitaos delante de mis ojos. Si Esaú vivió en perpetuo dolor por acordarse que habia vendido la primogenitura y mayorazgo por una taza de lentejas, ¿cuál será el sentimiento de los condenados al acordarse que han perdido el reino de los cielos, y están privados de la eterna bienaventuranza, por un placer que se desvaneció como humo? ¿Cómo es posible (se dirá á sí mismo) que yo, que era tan avisado para escusar todo mal suceso ó infortunio, tan advertido en gobernar todos mis negocios é intereses; no obstante, por no privarme

dos por adentro: de suerte, que el condenado no se podrá distinguir del fuego, ni el fuego del condenado; así como el metal derretido en la hornilla, no se puede discernir de las llamas, que lo derritieron, antes parece una misma cosa con su incendio. ¿Cómo, pues, alma mia y cuerpo, no te cubres de horror, y no tiemblas de este abrasador fuego? *Quis poterit habitare cum igne devorante?* Este cuerpo tan blandamente criado, acostumbrado á tantas delicias, regalado con tantos placeres, ¿podrá vivir entre aquellas llamas? Si el dormir en una cama algo dura, si el estar media hora de rodillas en oracion te es tan molesto, y apenas lo puedes sufrir; ¿cómo podrás llevar estar por todos los siglos tendido sobre puntas agudas de hierro encendido? ¿Cómo sufrirás estar hirviendo eternamente en un mar de llamas? *Quis habitabit cum ardoribus sempiternis?* Si os mandan un ayuno, un silicio, una disciplina para domar las pasiones desenfrenadas, no se admite, y se dan mil escusas, y se tienen por muy rigurosa penitencia: sepamos, (dice Tomás de Kempis, lib. 1. cap. 24) que allí será mas molesta una hora de penas, que acá cien años de amarguísima y estrechísima penitencia: *Ibi erit una hora gravior in poena, quam hic centum anni in amarissima poenitentia.*

§. II.

PENAS DE LAS POTENCIAS DEL ALMA.

Las penas de los sentidos en el cuerpo quizá parecerán ligeras, si se afrontan, y contraponen con las penas de las potencias interiores del alma; porque la memoria será atrozmente atormentada con el pensamiento de ver una gloria eterna, perdida por un brevisimo placer y vilísimo. Esta pena es de tal horror, que dice san Juan Crisóstomo: *Decem mille quis ponat gehennas: Nihil tale dicet, quale à beata Gloria excidisse:* Ponme á la vista diez mil infiernos: nada tiene comparacion con haber perdido la gloria y felicidad eterna. Fuera de que un demonio confesó al beato Jordan, que padeceria con gusto todas las penas de todos los condenados hasta el dia del juicio universal, para poder gozar despues la vista de Dios. Y el eterno Juez al pronunciar la sentencia contra los réprobos, en primer lugar pone el ausentarlos de su presencia: *Discedite à me:* Apartos de mí: quitaos delante de mis ojos. Si Esaú vivió en perpetuo dolor por acordarse que habia vendido la primogenitura y mayorazgo por una taza de lentejas, ¿cuál será el sentimiento de los condenados al acordarse que han perdido el reino de los cielos, y están privados de la eterna bienaventuranza, por un placer que se desvaneció como humo? ¿Cómo es posible (se dirá á sí mismo) que yo, que era tan avisado para escusar todo mal suceso ó infortunio, tan advertido en gobernar todos mis negocios é intereses; no obstante, por no privarme

de un vanisimo y ridículo deleite; por complacer á aquel fausto; por no hablar una buena palabra de reconciliacion á aquel enemigo, haya querido perder el paraiso, perderme á mí, y perder á Dios? Yo estaba destinado por justo precio del Redentor para el cielo: fuí lavado con las aguas saludables del santo Bautismo: alimentado con los divinos Sacramentos, y con todo eso nada me ha valido, porque usé mal de todas las cosas, y nunca quise dar crédito á las amenazas del cielo. ¡Mas ay, ay de mí, que llego á experimentar estas penas antes de creerlas! *Vae, vae, vae mihi! Cui haec prius experienda sunt, quam credenda.* (EMISSEN. HOM. 1.) Cierto es, que tendrán un inexplicable quebranto al hacer memoria de la comodidad, facilidad con que se pudieron salvar, haciendo una buena confesion, á que muchas veces se sintieron interiormente movidos: con los ejemplos de los compañeros, que tanto le incitaron á la virtud, levantaron el pensamiento al cielo; y reconociendo con qué poca costa llegaron otros á poseer aquella gloria, que ellos perdieron, qué sollozos, qué gemidos arrojarán del pecho! Ver cerca de Dios levantado á tan feliz suerte, no solo un hermano, sino aun quizá un enemigo, uno á quien en el mundo despreciaron por pobre, ó de quien hicieron burla como de loco. ¡Oh, que esto será lo que les obligará á salir de sí, como insensatos: *Nos insensati vitam illorum aestimabamus insaniam, et finem illorum sine honore. Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei.* Santa Aldegonda vió una vez al demonio que lloraba como desesperado, el cual siendo forzado á descubrir la causa de tan inconsolable lamento, respondió, que era ver que su-

bian los hijos de Adán á aquella patria, de donde él estaba perpetuamente desterrado: *Quod illud filiis Adae ascendere conspiceret, unde ipse cum suis semper exulare cogeretur.* Esta es la mayor pena que padece Lucifer, ver que suben los hombres á gozar de aquel pais, que él con los suyos nunca podrá conseguir. Y este será el mayor dolor de los condenados, la envidia rabiosa que tendrán á los que ganaron la gloria con tan poco trabajo, cuando ellos por menos precio lo perdieron. Mas aquel terribilisimo gusano de la conciencia, que nunca muere, y siempre roe las entrañas del alma, no es otra cosa (segun san Bernardo) sino la memoria de las culpas cometidas: *Hic est vermis, qui non moritur, memoria praeteritorum.* Gusano, que siempre le morderá con estos tres dientes: que la pérdida incurrida es de un inmenso bien: que lo que ha adquirido y ganado, es un inmenso mal: y finalmente, que tal pérdida y tal ganancia por su culpa, no tienen remedio. Aun Cicerón afirma, que aquellas furias, que tan terribles se representan en los teatros, ya con hachones de azufre ardiendo, ya con látigos y azotes de aspides amontonados; y juntamente aquellas fabulas de los Buitres, que despedazan el corazon á Sisifo: aquellas águilas, que rompen las entrañas á Prometeo, no significan otra cosa, que los remordimientos de la mala conciencia, y la memoria de las maldades pasadas. Mas para qué es traher fabulas, cuando tenemos el testimonio que refiere el B. Umberto de un condenado que apareciendose vestido de una triste ropa, todo afanado y lastímero, confesó, que el infierno de su infierno, era la memoria de las culpas cometidas; de haber perdi-

do un reino por un brevisimo deleite; haber gastado todo en vanisimos cuidados el tiempo, cuando con poca parte de él, haciendo una buena confesion, habia podido ganar el cielo: *Transiit messis, finita est aestas, et non salvati non sumus.* (JEREM. 8.)

El entendimiento tambian será combatido de mil tempestades de fatigas. Hagamos reflexion en una sola, que es el pensamiento de la eternidad, que estará siempre vivo en el entendimiento del condenado. Este formidable pensamiento del *siempre* y del *jamás*, siempre penar, y jamás morir, de que se compone la horrible eternidad, hará probar al condenado en todos los instantes, no solo las penas presentes, sino todas las que le vendrán succesivamente. Los sábios comparan la eternidad á una esfera ó circulo inmenso, que no tiene principio ni fin; pues así como un círculo ó bola de bronce, puesta sobre una mesa plana, la toca solamente con un punto indivisible, y no obstante, la agrava con todo su peso; así la eternidad, aunque no toque, ni oprima al condenado mas que con solo el instante presente; con todo eso, para atormentarlo, le carga el pasado, el presente y el venidero, haciendole aprehender vivamente en todos los momentos, que el mal que ha padecido y padece, lo ha de padecer, sin tener por toda la eternidad alivio alguno: *Etiam in praesenti sentient consequentium tormenta saeculorum.* Esta perpetuidad es la esencia propia de las penas infernales. Quitese la eternidad, y el infierno ya no será infierno: como una pena ligera, si no hay esperanza de tener jamás alivio, se hace intolerablemente grave: así la pena, por grave que sea, con poder decir: ella se

acabará, con esto solo se aligera muchisimo. Si Dios notificase al condenado, que despues de millones de años derramase solas dos lágrimas, porque cuando hubiese derramado tantas, que lleguen á formar un océano, entonces acabará su vida, y muriendo dejará de padecer, saltaria de gozo (dice san Buenaventura) entre aquellas penas, y se tendria por dichosa. Si resonase en el infierno una vez, que dijese á aquellas almas, que un pajarillo, viniendo cada año sola una vez á beber una gota de agua, cuando hubiere secado y gastado todo el mar: que un gusanillo, viniendo cada siglo á dar un bocado, cuando hubiere consumido todos los árboles y bosques, entonces vosotras moriréis con cruel muerte; cada una de ellas (dice san Antonio) recibiria con mayor gozo esta nueva, que un condenado á la horca, si le diesen noticia de que le habian hecho monarca del mundo. Mas en vano se fingen estas nuevas, porque jamás saldrán de aquel abismo, habiendo cerrado para siempre sus puertas aquel Dios, que solo tiene las llaves de la muerte y del infierno: *Habeo claves mortis, et inferni.* (APOC. 20.) Ni conseguirán jamás una respiracion de descanso y cesacion de sus tantas penas, ni una sombra de esperanza de alivio á tantas miserias. Por mucho que suspiren y lloren, no apagarán jamás una centella de su incendio; por mas que quieran despedazarse los miembros, nunca podrán quitarse la vida; *Cruciabuntur die, ac nocte in saecula.* (APOC. 20) Penarán, bramarán, se volverán locos á fuerza de dolores por todos los siglos sin número, buscando siempre la muerte, y nunca hallandola: *Mortui vitae, et morti, sine fine victuri.* (AUG. HOM. 16.)

¡Oh, cuánto se descubre la divina Justicia mas severa que la humana, porque la muerte, que es el mayor castigo de la humana justicia, seria tenida por gran premio de la Divina! ¡O trueno espantoso de la eternidad! ¿Cómo puede ser, que estas dos palabras *penar eternamente*, no lleguen á causar pasmo á la razon, y temblor al corazon? Eliogabalo se enojaba, cuando le trahian convidado á una comedia de cuatro horas, no pudiendo sufrir tan largo divertimiento. A Fulcón pareció larguisima é intolerable una noche, que le obligaban á estar acostado de un mismo lado, aunque la cama fuese de blandas plumas. ¿Qué seria si ese mismo descanso ó diversion hubiera de durar mil años? Y ¿qué, si entre deleites de tantos años se mezclase una calentura ardiente, un dolor de hijada ó de piedra? De aquí se puede inferir qué molesta será la eternidad, no ya en delicias apetecibles, no en una especie sola de mal, sino en la privacion de todo bien, y en abundancia y concurso de todos los males, y amontonadas sobre un miserable todas las penas. Con razon clamaba el Profeta: *Contriti sunt montes saeculi ab itineribus aeternitatis ejus* (Hab. 3.) Esto es, segun explican los Expositores. Los santos mas elevados y perfectos (que son montes de virtud en este mundo), han quedado atónitos, asombrados y como quebrantados de dolor y temblor, al considerar los caminos de la eternidad de Dios. Como tambien el santo David, que decia: *Anticipaverunt vigilias oculi mei, turbatus sum et non sum locutus.* He estado desvelado, sin poder tomar el descanso del sueño; turbado todo, sin poder formar una voz. Y ¿por qué tanta turbacion, tanto desvelo, tan

atónito silencio? Yá dá la razon. Porque me puse á pensar en los años eternos. *Annos aeternos in mente habui.* Aquellos años, que nunca han de acabar: aquellos años, que no esperan térmito, ni vueltas del sol, ni giros del cielo, ni tendrán jamás fin. Fijó el pensamiento en la eternidad, y temblando repetia: *Numquid in aeternum projiciet Deus?* Por ventura, ¿me arrojará Dios de su presencia eternamente? ¿Si me encerrará á padecer para siempre en los calabozos del infierno? Una santa Teresa empezó, prosiguió su santisima vida con el pensamiento de estas tres palabras: *eternidad, siempre, jamás.* Estas tres palabras deberian atravesar los corazones de los pecadores mas vivamente, que las tres lanzas de Joab atravesaron el pecho del inconsiderado Absalón.

Ni será menor el tormento de la voluntad, que estará siempre ansiosa de lo que nunca podrá conseguir, y aborrecerá siempre aquello mismo de que nunca podrá escapar: *Quid tam penale,* (dice san Gregorio) *quàm semper velle, quod numquam erit, et semper nolle, quod nunquam non erit?* ¿Qué mayor pena, que desear la muerte, que siempre parecerá que viene y jamás llegará? ¿Qué aborrecer la vida, y entre tantos fieros verdugos que atormentan, no hallar uno que se la quite? Tendrán siempre clavada en lo mas íntimo de la voluntad aquella espada de tres filos, de quien habla Ezechiel: *Triplicetur gladius, qui obstupescere eos facit, et corde tabescere, et multiplicat ruinas.* Y ¿qué espada es esta de tres agudisimas puntas? El ódio contra sí mismos, la ira contra Dios, la envidia contra los escogidos. Así lo interpreta san Alberto Magno: *Ad se invicem babent odium, iram contra Deum, et imvidiam con-*

tra electos Regni ejus. El ódio es una pasion turbulenta, que siempre tiene las furias en el corazon; por eso Nerón parecia que siempre estaba poseido de una furia de un demonio.

Aborrecerá, pues, el condenado á sus compañeros por el aumento de pena, que le proviene de tan malos vecinos, y no podrá menos de desconsolarse con sus males, porque los mirará como causa de padecer él mayores tormentos. Se enojará con ira implacable contra Dios, que no solo está inexorable para no compadecerse de él, ni socorrerlo; antes se complace de sus males, y de ellos recibe gloria, y hace burla de él: *Dominus irridevit eum.* (SAP. 4.) Tendrá finalmente una mortal envidia contra los bienaventurados, considerandolos seguros, viendo á Dios, gozando las delicias de aquella patria de la felicidad, y bendiciendo la divina Justicia, no solo por el premio, que á ellos les dá en el cielo, sino tambien por la pena, que se venga de los prescitos en el infierno: *Laetabitur justum, cum viderit vindictam.* (PSALM. 57.) Esta envidia es una gangrena, que le comerá, y roerá hasta los huesos: *Putredo ossium invida.* (PROV. 41.) En suma, la voluntad estará siempre atormentandose con un rabioso aborrecimiento de todas las cosas, un desorden de todos los afectos, una furiosa ansia de cosas imposibles, y desesperacion de experimentar jamás bien alguno. La esperanza, que suele dar algun alivio á los enfermos en sus calenturas, á los cautivos en sus cadenas, á los reos en sus suplicios, no tendrá jamás lugar en el infierno. En esta rabiosa desesperacion ha de venir á parar la loca y mal fundada esperanza de los pecadores. Lleno está el infierno de los que

esperaban nunca ir allá, y lleno de los que desesperarán salir jamás de él.

Veis ahi una breve muestra del infierno. Ahora, si la eternidad de estas atrocisimas penas no fuese (como verdaderamente es) verdad infalible y cierta, cual es la palabra de Dios, sino opinion probable de Platón, ó de Aristóteles, tal, que pudiese ponerse en duda; con todo eso, por ser tan gran mal estar privado de la vista de Dios eternamente, y arder en unas eternas llamas, á portarnos como hombres de razon, deberiamos poner todo esfuerzo por asegurar la salvacion, y librarnos de la condenacion. Mas porque ésta no es opinion, que se quede en los términos de probable, sino verdad Evangélica é infalible: ¿no es locura de bruto irracional vivir de modo, como si no pensara, ni le diese cuidado que le sobrevenga una eternidad de penas? ¡Ay! leed estos renglones, y tomad el consejo que dió el ángel á Lot, cuando le sacó del incendio de Sodoma: *Salva animan tuam.* (GEN. 19.) Y no hay otro mas sábio, ni mas seguro.

§. III.

VISION DE SANTA FRANCISCA ROMANA.

Por la semejanza del asunto ha parecido añadir aquí una vision, que tuvo santa Francisca Romana, y se refiere en la nueva vida, que salió en Roma el año de 1675, dispuesta por los MM. Oblatas, de la casa de Torrespecchio. Contienese en el cap. 24 del lib. 1. pág. 90, y traducida dice así.

tra electos Regni ejus. El ódio es una pasion turbulenta, que siempre tiene las furias en el corazon; por eso Nerón parecia que siempre estaba poseido de una furia de un demonio,

Aborrecerá, pues, el condenado á sus compañeros por el aumento de pena, que le proviene de tan malos vecinos, y no podrá menos de desconsolarse con sus males, porque los mirará como causa de padecer él mayores tormentos. Se enojará con ira implacable contra Dios, que no solo está inexorable para no compadecerse de él, ni socorrerlo; antes se complace de sus males, y de ellos recibe gloria, y hace burla de él: *Dominus irridevit eum.* (SAP. 4.) Tendrá finalmente una mortal envidia contra los bienaventurados, considerandolos seguros, viendo á Dios, gozando las delicias de aquella patria de la felicidad, y bendiciendo la divina Justicia, no solo por el premio, que á ellos les dá en el cielo, sino tambien por la pena, que se venga de los prescitos en el infierno: *Laetabitur justum, cum viderit vindictam.* (PSALM. 57.) Esta envidia es una gangrena, que le comerá, y roerá hasta los huesos: *Putredo ossium invida.* (PROV. 41.) En suma, la voluntad estará siempre atormentandose con un rabioso aborrecimiento de todas las cosas, un desorden de todos los afectos, una furiosa ansia de cosas imposibles, y desesperacion de experimentar jamás bien alguno. La esperanza, que suele dar algun alivio á los enfermos en sus calenturas, á los cautivos en sus cadenas, á los reos en sus suplicios, no tendrá jamás lugar en el infierno. En esta rabiosa desesperacion ha de venir á parar la loca y mal fundada esperanza de los pecadores. Lleno está el infierno de los que

esperaban nunca ir allá, y lleno de los que desesperarán salir jamás de él.

Veis ahi una breve muestra del infierno. Ahora, si la eternidad de estas atrocisimas penas no fuese (como verdaderamente es) verdad infalible y cierta, cual es la palabra de Dios, sino opinion probable de Platón, ó de Aristóteles, tal que pudiese ponerse en duda; con todo eso, por ser tan gran mal estar privado de la vista de Dios eternamente, y arder en unas eternas llamas, á portarnos como hombres de razon, deberiamos poner todo esfuerzo por asegurar la salvacion, y librarnos de la condenacion. Mas porque ésta no es opinion, que se quede en los términos de probable, sino verdad Evangélica é infalible: ¿no es locura de bruto irracional vivir de modo, como si no pensara, ni le diese cuidado que le sobrevenga una eternidad de penas? ¡Ay! leed estos renglones, y tomad el consejo que dió el ángel á Lot, cuando le sacó del incendio de Sodoma: *Salva animan tuam.* (GEN. 19.) Y no hay otro mas sábio, ni mas seguro.

§. III.

VISION DE SANTA FRANCISCA ROMANA.

Por la semejanza del asunto ha parecido añadir aquí una vision, que tuvo santa Francisca Romana, y se refiere en la nueva vida, que salió en Roma el año de 1675, dispuesta por los MM. Oblatas, de la casa de Torrespecchio. Contienese en el cap. 24 del lib. 1. pág. 90, y traducida dice así.

Estando gravemente enferma la sierva de Dios, un dia, como á la hora de vísperas, quiso tomar un poco de recreacion, pasando á lo alto de la casa, á un devoto oratorio, que allí habia hecho, con una parienta suya, luego que se casó, donde solia retirarse muchas veces. Así que llegó se puso en fervorosa oracion, y arrebatada súbitamente en éxtasis, fué llevada del ángel san Rafael á ver las penas del infierno. El ángel animó á la santa, diciendola, que debajo de símbolos y formas corporales, les serian mostrados los instrumentos con que son atormentadas las infelices almas de los condenados; no porque en la realidad haya allí aquellos instrumentos, sino para que por medio de ellos mejor comprehendiese lo que pasa en aquel lugar. Volviendo despues en sí, su padre espiritual la mandó, en virtud de santa obediencia, que le contase todo lo que habia visto, y asi lo hizo, no sin grandisima pena y mortificacion suya. Pondremos aquí en breve lo que vió la santa en aquel rato, juzgando, que puede aprovechar á los pecadores. Mas debese de notar, que la divina Benignidad quiso representar al entendimiento de la santa con varios símbolos y formas corporales, los instrumentos con que los condenados padecen, por significar mejor la diversa calidad de sus pecados.

Tenia pues, esta miserable y eterna cárcel en el frontispicio esta inscripcion: *Este es el lugar infernal, sin esperanza y sin descanso alguno.* Toda aquella grandisima concavidad estaba dividida en tres regiones, una baja, otra enmedio, otra en la ínfima parte, y de esta salia un fuego obscuro, lleno de humo espantoso, que parecia sustentarse de pez, azufre, y toda materia basta, el cual

se estendia con un hedor intolerable por todas aquellas mansiones.

Advirtió tambien la santa, que este fuego no tenia igual fuerza de atormentar en todas partes, porque causaba mayor y mas profundo dolor á los que estaban en lo mas bajo; y la fuerza era menor, cuanto mas alta se levantaba la llama. Un grande y horroroso dragón ocupaba de alto á bajo la gran concavidad del infierno: la grandeza de su cuerpo ocupaba la parte superior: de la boca arrojaba un rio de obscuro y hediondo fuego: el vastisimo vientre se estendia por enmedio, y su inmunda cola llegaba á lo mas inferior.

Satanás despues estaba sentado enmedio del infierno sobre una viga de fuego, de cuya cabeza salian muchos cuernos como de ciervo, que hacian á su cabeza una espantosa corona, que por todas partes arrojaba hediondas y obscuras llamas, y sus inmundos pies sentaban en lo mas sucio y profundo de aquel tormentoso lugar. Finalmente, así el dragon, como Satanás, estaban atados por el cuerpo con gruesas cadenas de hierro encendido, que ningun miembro les dejaban libre. Mientras con la vista de tan horribles figuras estaba el alma de la santa asombrada, he aquí que se oye un grande estrépito de horrendas voces, mezcladas con gemidos y suspiros, y á poco rato vió aparecerse una gran tropa de condenados, que venian arrastrados de los demonios, con insultos y golpes terribles, para ser atormentados en aquel calabozo, segun sus pecados. Fuera del pestilencial fuego, que por toda aquella caberna se estendia, vió, que por todas partes andaban volando áspides venenosos, horribles

sierpes, sapos y otros animales de horrorosas figuras y calidades malignas, que añadian espanto á aquel terrible lugar. Y éste (por decirlo así) fué el teatro miserable, y como tablado, donde debian presentarse los condenados, actores de tan lastimosa tragedia; mas la santa súbitamente pasó á ver con qué diversidad de tormentos castigaba la divina Justicia las varias especies de pecados.

Vió, pues, gran cantidad de aquellos, que con todas suertes de torpezas habian manchado sus cuerpos, yá contra la naturaleza, yá con incestos y sacrilegios, yá violando las leyes Divinas y humanas con otras deshonestidades. Todos estos eran continuamente mordidos de cierpecillas venenosisimas en aquellas partes donde habian tenido mayor deleite. Algunos, demás de esto, tenian todo su cuerpo atravesado con palos y espadas de fuego, con que se veian miserablemente abrasar y tostar: otros estaban revolcandose en un hediondisimo lago de pez, azufre y otras inmundicias: aquí los traspasaban y despedazaban con garfios de hierro. Mezclados con estos miserables, estaban los padres y madres, que habian expuesto á sus hijos ó hijas á vivir mal, sin atencion á su honra, ni al temor de Dios. A estos dejaban caer en una campana de bronce, hecha de fuego: despues los despedazaban cuatro perros, que les arrancaban las carnes, succesivamente uno trás de otro. Finalmente, los demonios les sacaban de las entrañas el corazon, y les arrojaban á la cara gran cantidad de cosas inmundisimas.

Mas aquellos, que no habian guardado el voto de castidad, como tambien las mugeres, que

habian hecho traicion á sus maridos, ó quedando viudas, se habian entregado á los deleites sensuales, todos estos estaban metidos en unas tinas de pez y azufre hirviendo: yá con garfios de hierro lor arrojaban en estanques helados: parte eran estendidos sobre camas de hierro ardiendo, llenas de agudos clavos, y aquí los demonios con horquillas agudisimas los traspasaban. Ni faltaron otros, que ahorcados en funestos árboles, eran apacentados de frutas amarguisimas, hediondas y llenas de gusanos: habia tambien otros, que eran aventados como paja, y despues los ponian recostados, juntamente con sapos, escuerzos, culebras y otros animales inmundos. Aquellas damas, que se habian servido de su hermosura y bien parecidos cabellos para malos fines, trahían las cabezas rodeadas de venenosas sierpes, que no cesaban de morderlas y despedazarlas; y las espaldas y hombros venian vestidas de unas ropas como de bronce hecho ascua.

No carecian de particular pena todos aquellos, que entregados á la gula y al sueño, habian vivido sepultados en el ócio y en la pereza; ni los que se habian ocupado en ejercicios vanos y dañosos, como en bailes y danzas deshonestas; porque, ó eran forzados á tragar pez derretida, mezclada con otras inmundicias y vino hediondo; ó con lenguas de fuego eran besados de los demonios, ó heridos en las gargantas con cuchillos agudos y garfios; y fuera de esto, eran entregados á una voráz serpiente, que de continuo los estaba mordiendo.

A aquellos, que vana y demasiadamente, confiados en la Misericordia divina, se habian asegurado para pecar, les abrian los costados, y ne-

las llagas les echaban eceite hirviendo, saliendoles de las llagas gran cantidad de gusanos. Pero los bailarines, que con gestos y saltos deshonestos habian sido ocasion de pecar á muchos, tal vez eran atados á un palo para ser asaeteados; tal vez les forzaban á faltar al són de los azotes y heridas, que les daban; tal vez los tendian en tierra, y saltando sobre ellos los demonios, les daban latigazos en la cabeza, y en todo su cuerpo. Aquellas vírgenes, que habian conservado la pureza del cuerpo, y perdido la del alma, eran azotadas de los demonios con cadenas ardientes, y tendidas sobre camas de hierro hecho ascua, padecian terribles dolores.

No eran pocos los avarientos, tocados de la codicia de tener, y enriquecidos con malas artes, usurarios, ladrones, falsarios y todos los que se emplearon en injustas ganancias. Estos se veian en una estrecha jaula de hierro encerrados, y luego anegados en un mar de oro y plata derretida y ardiente. Ni dejaban los demonios de forzar á aquellos mezquinos con unos grandes cucharones á beber aquel líquido metal. A los corazones de los miserables, estaban continuamente mordiendo unas desapiadadas sierpes, que despues se les enroscaban por todo el cuerpo, y con su inmunda cola los azotaban. Algunos, despues de los tormentos, eran entregados á tigres, que los despedazaban y pasaban de un lago de plomo derretido, á un estanque de agua helada.

Igualmente, los jueces corrompidos con sobornos, que habian administrado mal la justicia, y pronunciado sentencias injustas, despues de haber sido sumergidos en tinas de oro y plata derretida, los sacaban fuera con garfios de hierro, y arrojados á leones, que les despedazaban las ca-

bezas; y finalmente, les ponian en ellas unos birretes de bronce hechos ascua. Los médicos, que por malicia, ó por culpable ignorancia habian causado la muerte á los que debian dar la salud, se veian colgados de los pies, y despedazados con peines de hierro; á algunos, por ignorantes, les sacaban los ojos; á otros, en pena de su malicia, les sacaban el corazon, y lo echaban á perros, que lo comiesen.

Aquí tambien se veían los embidiosos, que con las cabezas bajas, y cruzadas las manos, se consumian en vivas llamas. A estos los demonios les apretaban fuertemente el cuello, para que no pudiese salir por la garganta un aspid, que les roia el corazon. Mostraronsele mas á la santa varios oficiales, que sin temor de la Justicia, habian hecho robos y fraudes en el despacho de sus mercancias: en particular dijo haber visto muchos mesoneros y carniceros: los primeros eran forzados á pasar continuamente por arroyos de hielo, de agua, de vino hirviendo, mezclado con muchas inmundicias y metales derretidos, teniendo por fin, para descansar, una cama de carbones encendidos: los segundos, atravesados por la garganta con garfios de hierro en unas balanzas, despues eran arrojodos en una profundidad, donde con entrañas de animales muertos, ya podridas, los azotaban y herian el rostro; y al fin los estendian en un gran banco, donde los cortaban á pedazos muy menudos sus miembros.

Los jugadores, por los muchos y varios pecados, que en ese ejercicio habian cometido, eran arrastrados sobre carbones encendidos, mezclados con huesos de muertos; despues con varas de hierro, que en las puntas tenian palas de fuego, los

azotaban fieramente, y despues les obligaban á manosear dados de hierro hechos ascua. Una gran cantidad de blasfemos, murmuradores, perjuros, hechiceros y renegados, pasaban muestra desapiadada. Su especial tormento era en la lengua, que con varios instrumentos les era despedazada, atravesada, y aun sacada de la garganta con garfios de hierro; y por último, les llenaban las bocas de brasas ardientes, sobre las cuales les echaban aceite hirviendo. Hecho esto, los demonios proseguian á herirles el cuerpo todo con lenguas de fuego: mas á los murmuradores una hidra de siete cabezas les malquistaba, y mordia en todos sus miembros y sentidos.

Despedazabanles las lenguas, y las cortaban en varios pedazos, echandolos al fin en un horno de fuego: despues los herian los ojos, las narices y las orejas con garfios, sepultandolos en una cama de hierro encendido.

Eran grandisimas las penas de los que arrastrados de pasiones brutas, en especial de la ira, habian pasado á hacer homicidios, ya con fuerza declarada, ya con ocultas asechanzas, y á traicion. En estos ejecutaba su venganza la divina Justicia, porque se veian sumergidos como en unas tinas de sangre humana, que estaba furiosamente hirviendo. De este encendido baño pasaban á otro sumamente helado: sus cuerpos continuamente eran despedazados con tenazas de hierro.

Algun s de estos miserab'es eran forzados á entrar por su pecho una serpiente de bronce encendido: y cuando salian de este tormento, con lanzas, espadas, y otros instrumentos militares, eran sin cesar heridos: á otros con garfios de hierro les pasaban el corazon y las entrañas, y luego

eran arrojados en tinas de pez hirviendo; y esta pena padecian tambien aquellas mugeres, que maliciosamente habian abortado, ó ahogado á sus hijos reciennacidos.

Intolerables eran los tormentos que padecian los soberbios, los ambiciosos, y los que por altivéz habian despreciado ó maltratado á sus padres, porque con muchas befas y escarnio los levantaban en alto, y luego los dejaban caer con ímpetu en la boca de un leon de bronce hecho un fuego, cuyos dientes estaban llenos de agudos clavos y navajas afiladas. De la boca del leon eran constreñidos á pasar á su estómago, lleno de sierpes, sapos, y otros inmundos y venenosos animales; y cuando salian de aquel sucio y ardiente seno, eran arrastrados por un pavimento lleno de puntas y cuchillos cortadores.

Pero sobre todo, quedó atónita la santa, al ver una gran multitud de personas, la mayor parte eclesiásticas, sacerdotes indignos, predicadores falsos, confesores malvados, muchos excomulgados y simoniacos, que habian profanado los santos Sacramentos, esparcido doctrinas falsas y erróneas, y con otros modos indignos habian envilecido y pisado un grado tan eminente. Todos los que tenian el sagrado caractar eran degradados por los ministros infernales, y cabeza á bajo eran arrojados en una fosa profunda, horrible por la obscuridad, por el olor pestilente, y todo género de inmundicias: algunos con tenazas y horquillas de hierro eran forzados á entrar en un tenebroso horno; á otros llenaban las bocas de hediondisimas bascosidades; á otros arrancaban las lenguas, las orejas y los corazones, y los ponian enmedio de pedernales hechos un fuego. Ni faltaban

algunos, que eran arrastrados por escaleras llenas de navajas; ya subiendolos, ya bajandolos por ellas, quedaban desencajados los huesos, y llenos de heridas por todas partes; mas los que habian cometido sus maldades por codicia de dinero, demas de estas penas, padecian los tormentos de los avaros y codiciosos.

Decia, finalmente, la santa, que por particular dispensacion divina tuvo gracia para leer en la frente de cada uno de los condenados sus pecados, y cuán gran pena padecian por el gusano de la conciencia, que no les dejaba de roer un punto. Cuánto asombro sacó de este horrendo é infeliz espectáculo la sierva de Dios, más se puede pensar, que decir; si bien su alma quedó intolerablemente traspasada, de oír las horrorosas blasfemias, que salian de aquellas apestadas y malditas bocas. Estas voces se confundian con el espantoso crugir de dientes, y con las injurias y escarnios, que los ministros de Satanás añadian á los tormentos, dando en cara á cada uno su mala vida, el haber perdido las ocasiones de hacer penitencia, y librarse de aquellas penas, la igratitud con que correspondieron tan mal á los beneficios de Dios, y como en aquel lugar de excesivos tormentos, sin mezcla alguna, ni esperanza de consuelo, han de estar encerradas para siempre por toda una eternidad. Esta es una parte de lo mucho que la santa registró en aquel baratro de confusion y horror, que ha querido Dios alcancemos á saber, para que en alguna manera se entienda, cuan horrible cosa es caer en las manos de Dios vivo, vengador de sus injurias, y de los delitos humanos: *Horrendum est incidere in manus Dei viventis.* (HEB. 10. 31.)

§. IV.

EJEMPLO.

No sé si haya habido santo, que viviese con tanta pureza de vida, y juntamente con tanta austeridad de penitencias, como el seráfico Dr. san Buenaventura. De su vida inmaculada llegó á decir el Pontífice Alejandro IV: *Hic verus Israelitas, in quo dolus non est.* De sus penitencias baste decir: que él vivió en el primer fervor de la seráfica observancia vestido de vrsto sayal, mas para cubrir la desnudéz, que para defender el cuerpo de las injurias del tiempo, los ayunos continuos, las disciplinas sangrientas, los silicios horrorosos. Pues este gran santo, entregado el pensamiento, y anegado en la atrocidad de las penas infernales, vino á decir: que si Dios revelase, que solo un hijo de Adan habia de ser condenado al infierno, no por eso dejaria él de proseguir en aquella suma aspereza de vida, por temor de no ser aquel único infeliz destinado á aquella horrenda carcel. Y ¿qué debemos hacer nosotros pecadores, sabiendo, por dicho de los Profetas, que la boca del infierno está abierta sin medida, para tragarse los prescitos? *Dilatavit infernus os suum sine termino.*

Oyendo á la sabiduria Divina, que nos enseña ser muchos los que van por el camino ancho de la perdicion: *Spatiosa via est, quae ducit ad perditionem, et multi intrat per eam.* Sabiendo, que como los copos de nieve caen del cielo, así las almas caen en el infierno: *Sicut nix ruit è coelo, ita animae ruunt in infernum.* Pero oigamos una historia memorable.

Un Conde, ó por mejor decir, un Tirano de Sulmona, con soberbios modos y graves socaliñas, trataba como perros á sus vasallos, al mismo tiempo que trataba mejor á sus perros, que á sus vasallos, porque siendo muy dado á la caza, sustentaba muy bien un gran número de ellos. Sucedió, que un vasallo suyo, seguido y molestado de un lebrel muy querido del Conde, le hirió gravemente, y le hizo dar rabiosos ladridos; de que indignado sobremanera el Conde, al instante mandó, que el pobre fuese encerrado en un horrible calabozo, cargado de cadenas.

Estando allí, abandonado de todo humano socorro, oprimido de gravisima melancolia, echóse al partido de los desesperados, invocando al demonio, que viniese á ayudarle. Cuando yendo el carcelero á darle una corta racion de mal pan, halló el calabozo vacio, habiendose salido, sin saber cómo, el preso. Atónito de tal fuga el carcelero, y mucho mas el Conde luego que le dió la noticia, hacian muchas quiméricas y fantásticas sospechas. No bien habian pasado tres dias, estando cerrado el calabozo, oye el carcelero que le llaman con una lamentable voz; y corriendo allá, vió al mismo prisionero maltratado y torcido el rostro, la carne ahumada, y tiznada de carbones, y los vestidos negros como de luto. Preguntandole cómo se habia huido, y vuelto á la prision, no respondia otra cosa, sino con voz ronca y espantosa, que tenia unas nuevas importantisimas que decir al Conde. Llevado, pues, á su presencia, arrojando primero un profundisimo suspiro, empezó á hablar así.

Yo vengo por embajador del infierno, adonde fuí arrebatado á ver aquellos horrorosisimos tor-

mentos, porque estando yo en la carcel, desesperado de remedio, y temeroso del último suplicio, llamé en mi ayuda al demonio, que apareciendoseme con terrible semblante, me abrasó estrechamente, y sacandome al punto del calabozo, me trasladó á los profundos abismos del infierno, en lo mas bajo de la tierra.

Allí ¡qué horribles é inexplicables espectáculos he visto, cabernas tenebrosas, albañales hediondos, hornos encendidos! Ví príncipes y señores coronados de fuego, con cadenas ardientes al cuello, á quien daban de coces, como á esclavos, los demonios, y ellos maldecian su gobierno. Vi muchos eclesiásticos y prelados vestidos de pluviales y mucetas de llamas, sentados sobre sillas encendidas, maldiciendo su dignidad. Vi mercaderes descarnados hasta las entrañas, roidos de buytres tragadores, echando maldiciones á sus riquezas. Vi mugeres lascivas, todas rodeadas de áspides, que a pedazos les arrancaban las carnes. ¡Oh, qué confusion de gemidos y quejas me atronaban los oidos! ¡Qué hedor podrido me ahogaba el corazon!

En esto me vino á ver el Sr. N. (y lo nombró) muy bien conocido de mí y de vosotros, que poco antes habia muerto, el cual, viendo que me acercaba, dando un profundisimo suspiro, se me mostró todo de podridas llagas, envuelto en llamas de azufre; y despues, con espantosa voz, me dijo: Mira allá en aquel obscuro calabozo aquella silla toda hecha un fuego, ella está prevenida para el Conde de Sulmona, si no muda de costumbres: anda, avísale, que en adelante trate de portarse mejor con sus vasallos, y no oprimirlos, porque no sea que venga él tambien a

esta region de los tormentos: *Ne, et ipse veniat in hunc locum tormentorum.* (LUC. 16.) Pero porque quizá no te creerán, darás al Conde estas señas: Que se acuerde del secreto consejo y pacto oculto, que hicimos los dos juntos en tal guerra, y sobre tal negocio: cosa de que solo él y yo somos sabedores. Dicho esto, calló, y estendiendo yo la mano para tocar la superficie de su vestidura, que á la vista parecia de grana, gritó: No te llegues, no me toques, que es toda de fuego; y si la tocas, desdichado de tí. Retiré al punto la mano; pero solo el aliento y ardor que salia de lejos, fué tan violento y voráz, que ya veis cómo me la ha puesto, quemada y denegrida: mirad de cuántas postillas y llagas me la ha llenado, y qué hedionda podre destila y corre á comerme la carne del brazo.

A la horrible vista de aquella mano, á la triste nueva de aquella silla, confirmada con la manifestacion del secreto, se espeluzó, se puso pálido, tembló, corriendo sangre fria por sus venas, el Conde. El preso, puesto en libertad, volvió á su casa, tan mudado y afeado, que ni aun sus parientes lo conocian. Vivió siempre sepultado en una profunda melancolia, y ninguno podia consolarlo con razones, antes él los entristecia á todos con su funestisima relacion, y les representaba aquel lugar de eternos tormentos, aquel horno de fuego instable, aquellas cadenas ardientes, que jamás se quitan á aquellos miserables esclavos; aquella sed intolerable, á quien jamás se concederá una gota de refrigerio; aquel arder en el hielo, y helarse en las llamas, aquel despedazarse á bocados las propias carnes; aquella horrenda vista de los demonios sus verdugos; aquellas

perpetuas agonias; aquellas rabias inconsolables; aquel vivir eternamente muriendo, y morir eternamente viviendo. Con esto les hacia mudar de voluntad, y aborrecer los placeres presentes, por no caer en los tormentos venideros; y no solo con palabras, tambien con obras, dió á ver en el breve resto de su vida, que no deseaba otra cosa, sino huir la experiencia de aquellas penas, de cuya vista solo habia quedado atormentado.

Corrió la fama del trágico suceso por toda aquella Provincia. Unos se rieron, como de fábula fingida por una fantástica melancolia, porque á su licenciosa vida, que no querian enmendar, les tenia cuenta no creer; lo que si creyesen, engendraria en su corazon un gusano roedor, que les inquietaria, con implacables remordimientos, su mala conciencia. Otros, con mejor consejo, y de mas juicio, la tuvieron por historia verdadera, conforme con los testimonios de los Profetas, y con la verdad del Evangelio; y entrando dentro de sí mismos, con lágrimas de penitencia, procuraron evitar aquel abismo de penas, cuya memoria no podian oir sin espeluzarse y temblar.

Lease á Tomás de Kempis, lib. 3. cap. 12.: Del aviso para aprender la paciencia de la batalla contra las pasiones.

esta region de los tormentos: *Ne, et ipse veniat in hunc locum tormentorum.* (LUC. 16.) Pero porque quizá no te creerán, darás al Conde estas señas: Que se acuerde del secreto consejo y pacto oculto, que hicimos los dos juntos en tal guerra, y sobre tal negocio: cosa de que solo él y yo somos sabedores. Dicho esto, calló, y estendiendo yo la mano para tocar la superficie de su vestidura, que á la vista parecia de grana, gritó: No te llegues, no me toques, que es toda de fuego; y si la tocas, desdichado de tí. Retiré al punto la mano; pero solo el aliento y ardor que salia de lejos, fué tan violento y voráz, que ya veis cómo me la ha puesto, quemada y denegrida: mirad de cuántas postillas y llagas me la ha llenado, y qué hedionda podre destila y corre á comerme la carne del brazo.

A la horrible vista de aquella mano, á la triste nueva de aquella silla, confirmada con la manifestacion del secreto, se espeluzó, se puso pálido, tembló, corriendo sangre fria por sus venas, el Conde. El preso, puesto en libertad, volvió á su casa, tan mudado y afeado, que ni aun sus parientes lo conocian. Vivió siempre sepultado en una profunda melancolia, y ninguno podia consolarlo con razones, antes él los entristecia á todos con su funestisima relacion, y les representaba aquel lugar de eternos tormentos, aquel horno de fuego instable, aquellas cadenas ardientes, que jamás se quitan á aquellos miserables esclavos; aquella sed intolerable, á quien jamás se concederá una gota de refrigerio; aquel arder en el hielo, y helarse en las llamas, aquel despedazarse á bocados las propias carnes; aquella horrenda vista de los demonios sus verdugos; aquellas

perpetuas agonias; aquellas rabias inconsolables; aquel vivir eternamente muriendo, y morir eternamente viviendo. Con esto les hacia mudar de voluntad, y aborrecer los placeres presentes, por no caer en los tormentos venideros; y no solo con palabras, tambien con obras, dió á ver en el breve resto de su vida, que no deseaba otra cosa, sino huir la experiencia de aquellas penas, de cuya vista solo habia quedado atormentado.

Corrió la fama del trágico suceso por toda aquella Provincia. Unos se rieron, como de fábula fingida por una fantástica melancolia, porque á su licenciosa vida, que no querian enmendar, les tenia cuenta no creer; lo que si creyesen, engendraria en su corazon un gusano roedor, que les inquietaria, con implacables remordimientos, su mala conciencia. Otros, con mejor consejo, y de mas juicio, la tuvieron por historia verdadera, conforme con los testimonios de los Profetas, y con la verdad del Evangelio; y entrando dentro de sí mismos, con lágrimas de penitencia, procuraron evitar aquel abismo de penas, cuya memoria no podian oir sin espeluzarse y temblar.

Lease á Tomás de Kempis, lib. 3. cap. 12.: Del aviso para aprender la paciencia de la batalla contra las pasiones.

LECCION VII.

DEL HIJO PRODIGO.

Si Dios, movido á piedad de un condenado, embiase del cielo al infierno un ángel á ofrecersele espacio de vida y gracia del perdon, con tal, que se resolviese á hacer penitencia, qué lágrimas de contricion, qué rigores y asperezas, qué ayunos, qué martirios no abrazaria de buena gana? Ahora nosotros éramos reos, merecedores y sentenciados al infierno desde que cometimos un pecado mortal: ya estaba fulminada la sentencia de condenacion; ya estabamos entregados en las manos de los verdugos: *Expectabat non reos gehenna, debitis armata suppliciis* (S. VALER. 3. 1.) Pero Dios, por singular privilegio de su misericordia para con nosotros, suspende la ejecucion, nos ofrece el perdon, nos convida á penitencia. ¿Y hemos hecho alguna reflección al recibir tan gran beneficio? ¿Es acaso menor gracia ésta, que á nosotros ofrece Dios, que aquella que ofreceria á un condenado!

Decidme, si un Príncipe, despues de haber pronunciado sentencia de Galeras perpetuas contra dos malhechores, mandara poner al uno en el remo por veinte años, á que experimentase los trabajos y molestias de la esclavitud, y despues le biciese gracia de libertad; y al otro, antes de echarle la cadena al pié, antes de amarrarlo al banco de la galera, lo favoreciese, concediendole gracioso perdon; ¿cuál de estos dos quedaria mas obligado al Príncipe? ¿Cuál le deberia estar mas agradecido? Sin duda el segundo, que fué prevenido de la gracia, antes de experimentar el castigo. Pues este es tu suceso, pecador, que puedes decir con el profeta: *Nisi quia Dominus adjuvet me, paulò minus habitasset in inferno anima mea.* (PSALM.) Ya habrias experimentado las penas del infierno, si Dios no te hubiera dado la mano para ayudarte y sostenerte, si no te hubiera ofrecido la gracia del perdon, si no te hubiera esperado y dado tiempo para hacer penitencia. ¿Qué afecto, pues, debes tener á tan gran Benefactor tuyo? ¿Qué lágrimas no debes derramar por las ofensas cometidas contra un Dios tan misericordioso? ¿Con qué corazon contrito debes recurrir al seno de su piedad, que está abierto para acogerte con las mayores finezas de amor? El Salvador del mundo nos propone para la imitacion á el hijo pródigo, cuando volvió á la casa de su padre, así como le hemos seguido en el huir, y ausentarnos de él.

Este infeliz jóven, criado en su casa entre las delicias, llegó á tomar tédio de las comodidades domésticas; y deseoso de libertad, pidió y consiguió, á disgusto de su padre, la parte de su legitima, para andarse paseando en holguras, festines, placeres y torpezas, hasta que gastando todo su patrimonio, se vió reducido á tal pobrezo y miseria, que fué forzado á alquilarse á servir á un rústico amo, que le envió á su village á apacentar inmundos animales. ¡Oh, qué desgracia tan digna de compasion! Un jóven de noble nacimiento, criado entre tantos regalos y comodidades, venir á tal extremo de miseria, que andrajoso, medio desnudo, cayendo de hambre, se estaba debajo de una encina, cuidando de una

piara, que se apacentaba de su fruto, sin atreverse él á aquietar su hambre aun con los brutos! Ves ahí el miserable estado de un pecador, que reengendrado á la gracia en las aguas del santo Bautismo, sustentado con los divinos Sacramentos, hijo adoptivo del Padre celestial, con el pecado renuncia la filiacion de Dios, y por un vilísimo placer se entrega por esclavo del demonio. ¿Qué paz, qué alegria puede jamás tener quien pierde á Dios y su amistad, y especial providencia con que le asistía en los peligros, como su guarda; lo consolaba en sus tribulaciones, como su Amigo; le procuraba toda felicidad, como su Padre? Mas ahora lo ha desheredado, como á hijo ingrato y rebelde; le ha vuelto las espaldas, como á traidor; le amenaza suplicios eternos, como á parricida. ¿Qué mayor pérdida? Acuerdase Jerusalén infeliz cuán gran castigo sea la ausencia de Dios, cuando enojado contra ella, dijo á sus angeles: *surgite, migremus hinc, derelinquamus eam;* porque al salir Dios por una puerta, entró por la otra todo el infierno á hacer horrible carniceria y extrago, hasta no dejar piedra sobre piedra. Mayor calamidad es darse por esclavo de Satanás, bárbaro pirata, que lo pone en miserable esclavitud; pero es de la condicion de aquellos tiranos, que hacian sacar los ojos á sus esclavos, para que no viesen la gran miseria que padecian. Así el demonio llega á quitar al infeliz pecador la luz de la fé y de la razon, para que no conozcan sus males, y se estén alegres y gozosos en sus mismos infortunios: *Exultant in rebus pessimis.* Un padre de la compañia de Jesus, viendo entre la soez canalla de una galera un jóven de noble aspecto, traza y natu-

ral, puesto al remo, durmiendo sobre el banco, lleno de animalejos sucios, y de dia sudando al bogar, sustentando de un duro y negro vizcocho, se movió á compasion; y acercandose á consolarle, oyó que le respondia: Poco á poco, Padre, que yo no soy ya forzado, sino buena voya. ¿Buena voya? (replicó atónito el Padre.) ¿Es posible que tantas incomodidades no os dén á conocer vuestra miseria? ¿O que conociendola, podais amarla y escogerla con gusto? Mas extraña parecerá la locura de aquellos mendigos, que siendo ciegos, cojos, mancos, estropeados, huían de encontrarse con los santos milagrosos, porque temian, que los sanasen de su ceguera ó estropeadura, que amaban mas que la luz de sus ojos, y la sanidad de sus miembros, porque les iba bien, y les tenia cuenta el vil empleo de mendigos y pordioseros: *Miseri esse cupiebant, quia misèria erat illis pro quaestu.* A este estado reduce el demonio á sus secuaces; quítales el conocimiento de su mal, infúndeles alegria y gozo en las mismas y detestables desgracias: *Letantur, cum malè fecerint.*

Pero volvamos al hijo pródigo, á quien la hambre, la desnudéz, la objecion y desprecio le abrieron los ojos, y le volvieron el juicio, y le hicieron discurrir como sábio: *In se reversus dixit: quanti mercenarii in domo Patris mei abundant panibus, ego autem hic fame pereo?* ¿Cuántos jornaleros en casa de mi padre están sobrados de pan, y yo aquí estoy pereciendo de hambre? ¡O suerte infeliz la mia, á qué estremo de miseria me ha traido mi caprichosa libertad! Tan mal me está haberme salido de la obediencia de mi buen padre: yo, que era servido de muchos criados,

ahora sirvo á puercos: yo, que comia á mesa espléndida y regalada, aun de bellotas no puedo verme satisfecho. ¿Qué debo, pues, hacer? ¿Proseguir en esta infeliz vida? Es morir en miseria. ¿Volveré á mi casa? Me arrojarán con improperios y baldones. Ahora, con razon, aliento: *Surgam, et ibo ad patrem meum.* Levantaréme, é iré á buscar á mi padre. Es verdad que me he rebelado contra él, que le tengo gravemente ofendido: es verdad que no he cumplido con las obligaciones de hijo; mas él no ha perdido las entrañas de padre: *Ego perdidi, quod erat filii, ille quod patris est, non amisit.*

Moveránlo á piedad las miserias de un hijo pálido, flaco, muerto de hambre, casi desnudo: diréle, compungido el corazon, y llenos de lágrimas los ojos: *Pater, peccavi in Coelum, et coram te.* Ves aquí, padre, á tus pies un hijo, que viene lleno de dolor á implorar de tu clemencia el perdon de sus yerros: confieso que he sido muy ingrato á tus beneficios, que contra toda razon he ofendido á tu bondad: *Jam non sum dignus vocari filius tuus.* No soy ya digno de llamarme hijo tuyo, por haber quebrantado todas las leyes de la obediencia, que debe un hijo á su padre. Solo pido por piedad ser admitido en el número de tus mas inferiores criados: *Fac me sicut unum de mercenariis tuis.* Este contare por sumo favor, poder vivir en tu servicio, no ser arrojado de tu vista, y recompensar con humildes obsequios las injurias, que hize á tu paternal amor. Con estos sentidos afectos en el corazon, dejó la playa y el monte, y con pasos ligeros, aunque temerosos, se puso en camino ácia la casa de su padre.

¡Oh, pluguiese á Dios, que semejantes sentimientos entrasen en el corazon, y saliesen de la boca del pecador! Y que haciendo refleccion sobre el lamentable estado de su alma: *Redite praevaricator ad cor,* (JEREM. 2.) volviese en sí, y en su juicio, y reconociese, *quia malum, et amarum est reliquisse Dominum Deum suum.* Estos sentimientos del hijo pródigo repasaba en su pensamiento Agustino al convertirse á Dios, como lo pinta admirablemente en los libros de sus confesiones, para enseñanza de pecadores arrepentidos. Anduvo él mucho tiempo trabajando para rendirse á Dios. Ni hay barquilla enmedio del mar tan acosada de contrarios vientos, cuanto lo estaba su corazon en la continua batalla, que en él traia el espíritu y la carne. Las miserias de su vida pecadora, las congojas de su alma, los remordimientos de su conciencia, lo tenian en una continua borrasca. Confesaba, que huyendo de su Dios, no tendria jamás sosiego; que siguiendo las sendas de sus sensuales placeres, no hallaria otra cosa, sino inquietud. En las recreaciones de los jardines, en los festines y en las conversaciones burlescas, en los convites, en los deleites, siempre traia atravesada una espina, que le atormentaba con el dolor de ver perdida la bienaventuranza, y con el temor del infierno, que le amenazaba. Con todo eso, no acababa de tomar resolucion de volverse á Dios, porque le parecia cosa muy dura y áspera, hacer perpetuo divorcio, y privarse de sus deleites, y abstenerse para siempre de aquellos solaces y gustos, á que le llevaba, con el peso de la inclinacion y la costumbre, su deleznable naturaleza; hasta que se le representó delante de los ojos la continencia: ale-

gre, pero no desahogada; hermosa, pero no honesta: acompañada de dos coros, uno de jóvenes purisimos, otro de doncellas, adornadas de virginal pureza; y estendiendo ácia él las manos castas, le convidó á seguirla, haciendo burla de su cobardia, y proponiendole el ejemplo de aquel ejército inocente: *Irridebat me irrisione exhortatoria, quasi diceret: Non poteris, quod isti, et istae in Domino Deo suo?* De aquí Agustino tomó confianza; y estribando en la Misericordia divina dijo con el pródigo: *Surgam, et ibo ad Patrem meum.* Y rompiendo los lazos, que le tenian aprisionado en los vicios, despreciando con generoso esfuerzo los vanos temores, que le hacian desconfiar, corrió á abrazar el crucifijo, diciendo: Tú, Señor, serás el Médico de mis llagas, lavatorio de mis inmundicias, norte en mis tribulaciones, y tranquilidad de mi combatido corazon.

Y ¿por qué yo, infeliz pecador, no sigo como Agustino, el ejemplo del hijo pródigo? Yo tambiem reconozco el exceso de mis culpas: siento la turbacion inquieta de mi alma, y los remordimientos de mi conciencia. ¿Por qué no me resuelvo desde luego á hacer penitencia? *Cùr non modo finis turpitudinis meae?* ¿Por qué temo el recurrir ahora á mi celestial Padre, que interiormente me está llamando? ¿Cuántos incentivos de esta resolucion siento al presente, que quizá no los tendré mas en esta ocasion en lo por venir? Mi corazon me lo pide. cansado yá, y fastidiado de tanta inquietud. Me apremia la conciencia, fatigada de sentir tantos remordimientos. Me lo persuade la voluntad, á quien faltan ya las fuerzas para resistir á tantas punzadas, y aun empellones del Espíritu Santo. Me fuerzan mis sen-

tidos, llenos de horror, á vista de mi peligro, y de las amenazas de la divina Justicia. La muerte repentina, el juicio severo, el infierno formidable, en que pocas veces he pensado con seriedad, me constriñen. ¿Y con tántos estímulos no me pondré en camino para ir á los brazos de mi celestial Padre? ¡Ay, que sí! Ya me rindo: *Surgam, et ibo ad Patrem meum.*

§. II.

ACOGIDA QUE LE HIZO EL PADRE.

Pero demos que sean poco eficaces los motivos propuestos. No nos mueva un cielo perdido, ni un infierno tantas veces merecido. Venga otro motivo el mas fuerte y suave, que puede ser para un alma noble, para un espíritu generoso. Esta es la bondad infinita de Dios, que está con los brazos abiertos para acoger y estrechar en su corazon al pecador arrepentido. Cuando el hijo pródigo volvió á su casa, parece que debería haberle dicho su padre: ¡O hijo desconocido! ¡Ahora vuelves á mí, cuando la hambre y la desnudéz te arrojan, y no te trae el amor y obsequio debido á tu padre! Bien merecia tu ingratitud, que yo te embiase á buscar que comer, á costa de aquellos con quien gastaste tu patrimonio; que yo te diera con las puertas en la cara, ya que con tanta porfia quisiste huirte de esta casa. Bien merecia la ingratitud del hijo ésta, ó mas severa acogida. Pero el padre, estando por buena suerte á la ventana, y viendo de lejos venir á tu hijo, temblando de ponerse en su presencia, *misericordia motus*, sintió, que se le

enternecian las entrañas de piedad: corrió á encontrarse con él arrepentido, echóle los brazos al cuello, lo estrechó consigo, le dió ósculo de paz, lo roció con amorosas lágrimas, diciendo: Bien venido seas, hijo mio. ¡O cuánto consuelo me has dado! Yo vivia en continuo sentimiento por tu ausencia. Restitúyeme la alegria al corazon con tu venida. Luego volviendose á los criados, les mandó trajesen aprisa ricos vestidos, previniesen explendido convite, y solicitasen festivas músicas: *Gaudere, et epulari opportet, quia filius meus mortuus erat, et revixit, perierat, et inventus est.* Y lo que es señal de mayor amor, hizo le pusiesen el anillo en el dedo: *Date annulum in manus ejus*, que en aquel tiempo entre los hijos, era la señal de ser el mas querido, pues á el se fiaba, y ponia en su mano el sello.

Veis aquí espresas en propios términos las finezas de la divina Bondad en acoger á los pecadores, que á ella se convierten. Reparó agudamente san Agustin, que el Salvador jamás dió en cara, ni zahirió, aun muy de lejos, á ningun pecador convertido las culpas pasadas, ni á Pedro sus negaciones, ni á Mateo sus usuras, ni á la Magdalena sus liviandades: *Sic Deus de toto indulget, ut nec confundat improperando.* Tan del todo perdona Dios al que deveras se convierte, que no solo le castiga, pero ni aun le saca los colores al rostro, ni hace otro movimiento, como si se hubiese totalmente olvidado, segun su divina palabra: *Peccatorum tuorum non recordabor.* Mas el olvidarse de los pecados seria poco, respecto de la infinita misericordia de Dios. Pasa mas adelante á favorecer á los pecadores convertidos á las parejas de los inocentes, como

nos asegura san Gregorio: *Sic poenitentes recipit, sicut justus.* Esta sí, que es fineza propia de la divina Bondad. Los padres de la tierra con mas caricias favorecen á aquellos hijos, que siempre les fueron obedientes, y respecto de los díscolos ó inobedientes usan menos gracias; mas severidad. No así el Padre celestial: *Pater misericordiorum*, Padre de las misericordias; aunque los pecadores en lo pasado le hayan sido mucho tiempo infieles é inobedientes, como se conviertan de veras, nada les escasea, les concede tan entero el perdon, que nada les niega, ni de afecto, ni de beneficencia; y así, si ellos amaren y sirvieren en adelante á Dios, como los inocentes, serán de Dios amados, é igualmente favorecidos, como él mismo lo protesta: *Impietas impii non nocebat ei, in quacumque die conversus fuerit ab impietate sua.* (EZEQ. 33.) de que nos sobran admirables ejemplares. Si el Salvador mostró gran complacencia, y se glorió de la leche de la inocentisima Virgen santa Inés, que en vez de sangre salió de sus heridas, cuando padeció martirio; tambien dió á ver, que conservaba con sumo gusto y estimacion en un vaso de oro las lágrimas que derramó a sus pies la pecadora Maria Magdalena en su penitencia. Si Dios embió á san Jacinto, espejo de pureza, á la reina del cielo su Madre, cortejada de un coro de ángeles, á alegrarle y consolarle los ojos con su vista, y el corazon con una música del paraiso: tambien á san Guillermo, duque de Aquitania, que primero fué adúltero y perseguidor de la iglesia, le envió á la Señora de los ángeles, acompañada de otro coro de vírgenes, á darle aliento, enjugarle las lágrimas y curarle las heridas con un

bálsamo celestial. Si el Redentor se apareció familiarmente á la purisima virgen santa Catalina de Sena, y abrazandola cariñosamente, le dió á beber la dulcisima Llaga de su Costado: de la misma manera á la pecadora Catalina Romana, que primero fué la escandalosa Taís de la santa ciudad, no se le hizo encontradizo domesticamente? ¿No se sentó con ella á la mesa? ¿No roció los manjares con su preciosa Sangre, para atraherla con suavidad de aquel delicadisimo nectar á penitencia?

Mas, así como el hermano mayor del pródigo, que siempre habia sido obediente á su padre: *Numquam mandatum tuum praeterive*, le pareció, que el hijo menor y díscolo habia sido mas favorecido, y recibido con mayores caricias de su padre; así parece, que la misericordia de Dios, por ensanchar el corazon á los penitentes, se muestra en cierto modo con ellos mas amorosa y benéfica, que con los inocentes, para que se vea claramente con cuánta verdad dijo san Pablo, que *ubi abundàvit delictum, superabundavit, et gratia.*

Entre tantos Profetas justos y santos, ¿quién fué mas medido al corazon de Dios, quién mas enriquecido con singulares favores, que David, que habia sido adúltero y homicida? ¿Entre los Apóstoles hallareis alguno sublimado á mas alta dignidad que Pedro, que negó tres veces al Salvador? ¿Mas regalado, mas acariciado que Pablo, blasfemo y perseguidor de la iglesia? ¿Entre los Doctores de la santa iglesia, quién estuvo mas colmado de celestial sabiduria que Augustino, que habia sido tan derramado en deleites torpes? ¿En el coro de las vírgenes hay alguna que haya sido mas amada, mas favorecida que Maria Mag-

dalena? *Quae fuerat in Civitate peccatrix?* ¡Oh, que el mismo Señor bien claramente confiesa que bajó del cielo, mas á buscar pecadores que justos. *Non veni vocare justus, sed peccatores.* A estos aguarda que hagan penitencia, á estos ofrece su gracia. Mayor gozo no se le puede dar, que en recurrir con corazon contrito al Seno de su misericordia: *Expectat Dominus, ut misereatur, vestri.* (Isai. 30.)

El Testo sagrado no acierta á explicar con cuántos suspiros Ana, madre de Tobias, esperaba la vuelta de su hijo, y con qué lágrimas de alegria le recibió en sus brazos, cuando llegó de su jornada. Mas inexplicable es el afecto con que Dios espera al pecador; mas indecible el consuelo con que le acoge, no solo con amor de padre, sino con ternura de madre, dice san Cipriano: *In amplitudine sinus sui mater charitas Prodigos suscipit revertentes.*

Pero en el inmenso mar de la divina Misericordia se deben huir dos escollos. El primero, es el de dilatar la penitencia, en fé de que Dios espera á los penitentes. El segundo, la confianza de pecar, porque Dios acoge y abraza á los pecadores. Es verdad, que Dios *expecta, ut misereatur;* mas tambien es verdad, que *pertransit benefaciendo,* que esparce sus beneficios y sus gracias eficaces á modo de relámpagos, y sus inspiraciones, como luces volantes y fugitivas. Quien no las recibe presto, nunca mas las recibe, nunca las logra. Por eso confiesa de sí san Agustin, que se llenaba de temor leyendo en muchos lugares del Evangelio que Cristo, Señor nuestro, al repartir sus favores iba de paso: *Transibat Fratres hoc, dico, et apertè dico, timeo Jesum tran-*

seuntem. (SERM. 18. DE V. D.) Tambien repara gravemente en el Evangelio de los convidados á las bodas y á la viña. Lease, es verdad, que el Señor llamó al convite de las bodas en todo lugar, y á todo género de personas; de la misma suerte á la labor de la viña, convidó hombres de todas edades, y á todas horas del dia, á prima, á sexta, á nona, y hasta aun la undécima.

Mas en tantas vocaciones tan diversas, registradas en el Evangelio, no se lee, que á ninguno le llamase segunda vez. Oida la descortecia del que no queria venir, ó la pertinacia de quien dilataba la venida, no embió mas los criados á hacer nuevo recado é instancia. Para mostrar, que hay ciertos llamamientos mas eficaces, ciertas inspiraciones mas poderosas para una saludable conversion, las cuales no ofrece Dios sino cuando le place para los altos designios de su providencia. Enlrique IV. rey de Francia, sabiendo un delito de lesa Magestad, cometido por el duque de Virón, lo hizo llamar á la corte, y le instó muchas veces que confesase su culpa, prometiendole el perdon. El duque estuvo siempre negativo, hasta que saliendo del gabinete real, fué preso. Entonces, viendose arriesgada la vida, embió á decir al rey, que estaba pronto á confesar y recibir el perdon. Mas respondió el rey: *Tempus veniae, et tempus vindictae.*

Ya pasó el tiempo del perdon: no quisiste aceptarlo; ahora es tiempo de la venganza y del castigo; quiero que se ejecute. Y de hecho le fué cortada la cabeza sobre un funesto cadalzo. ¡Oh, que de Dios se deben recibir las gracias! *In tempore opportuno,* en su tiempo y coyuntura: de otra suerte no habrá mas tiempo. Ponderad bien este

punto, y decid en voz alta á vos mismo de modo que lo oiga lo profundo del corazon: ¿Quién sabe si ésta de los Ejercicios espirituales es para mí la última vocacion del cielo?

El otro escollo, que se debe huir, es la confianza de pecar en fé de la divina Clemencia, siempre pronta á acoger a los arrepentidos; porque Dios con ninguno usa con mayor rigor de su Justicia, que con los que abusan de su misericordia. Muy indigno se hace de la Bondad divina, quien quiere ser malo, porque Dios es bueno.

La verdadera regla de valerse de los atributos divinos para nuestro provecho, es la que enseña san Gregorio; esto es, despues de haber pecado, esperar en la Misericordia divina; pero antes de pecar temer á la divina Justicia. Porque así como el vino es el antídoto contra el veneno de la cicuta, yerba mortifera, si se bebe despues de ella; pero si se bebe con ella es mas irremediable veneno; así la esperanza de la misericordia será remedio, despues de la culpa, para no perderse del todo; pero será medio para perderse totalmente, si se acompaña la culpa con la confianza de quedar el pecador sin castigo. Dignisima de atencion es á este propósito la refleccion que hacen los sagrados Intérpretes, sobre el perdon que alcanzó el rey Manasés, y el castigo dado al rey Amón, su hijo.

Manasés, despues de una vida impía y sacrilega, fué esperado de Dios á penitencia hasta la vejez. Amón, despues de las primeras culpas, fué castigado de Dios en la juventud. La causa fué, porque este mal considerado jóven, para pecar se fiaba con decir: Mi padre, despues de tantas disoluciones, y tan graves y repetidas culpas, al-

canzó al fin el perdon: luego bien puedo yo desfogar mis pasiones, y gozar de mis apetitos, que despues á su tiempo me convertiré á penitencia: *Sequar nunc errantem, postea sequar poenitentem.*

Al fin, grandes y grandisimas son las maravillas de la divina Clemencia en la acogida de los pecadores. Ella, con paternal amor, como olvidada de su Magestad, cuando vuelven á ella, sale á encontrarlos con la gracia preveniente, á hermosearlos con la santificante, hasta intruducirlos en lo mas íntimo de su corazon. Ella, con providencia de pastor, dejando en el monte paciendo su manada, vá corriendo con ansia en busca de la ovejuela perdida, y hallandola, no la hiere, no la amenaza con el cayado; antes la abraza, la pone sobre sus hombros, la trahe al rebaño, hace fiesta, y busca y recibe parabienes: *Congratulamini mihi, quia inveni ovem, quam perdideram.* Donde dice santo Tomás: *Congratulamini mihi, quasi tota salus Divina ab hominis inventione penderet, et quasi sine ipso beatus esse non posset.* (OPUSC. 63. CAP. 7.) Ella, como triunfante, luego que rinde un corazon obstinado, y conquista un pecador, quiere que los ángeles se vistan de alegria, y que el cielo haga mayores fiestas por la penitencia de uno solo, que por la inocencia de noventa y nueve justos: *Gaudium erit in Coelo super uno peccatore poenitentiam agente, quam super nonaginta novem Justus.* ¿Quién, pues, no se rinde á la dulce violencia de tanta misericordia? ¿Qué pecador se resistirá á la beneficencia de tantas gracias? ¿Quién querrá mas huir de tan amoroso Padre, que le viene á encontrar con los brazos abiertos, y aun mas abierto el corazon? ¿Puede el pecador con su penitencia dar

tanta alegria y consuelo al Padre Celestial, y no lo hará? ¿Con sus lágrimas de contricion puede llenar de júbilo todo el paraiso, y lo dilatará? No. Dios mio, no, que no puedo resistir mas á tanta bondad. Ya me rindo á vuestra clemencia.

Vengo á vuestros Pies vencido, no ya del temor del castigo, ni aun de la esperanza del premio, sino del exceso de vuestra benignidad. Lo que no ha podido conmigo, ni aun la muerte, ni el juicio, ni el infierno, lo ha conseguido finalmente vuestra misericordia, de quien únicamente es troféo este corazon contrito: *Misericordias Domini in aeternum cantabo.*

§. III.

EJEMPLO.

Tambien en la casa del celestial Padre no han faltado hijas pródigas, que primero quisieron *projicere margaritas ante porcos*, arrojar las perlas de sus almas á los sucios apetitos, y despues vinieron á ser preciosisimas joyas, dignas de colocarse en la corona del Rey de la gloria. (BOL. 22. FEB.) Una fué la beata Margarita de Cortona, que en la primera flor de su edad se huyó de la casa de su padre, y sin atender á su honor, se entregó á un deshonesto amante, y prosiguió nueve años cumpliendo sus desenfrenados gustos: cuando una mañana vió volver á casa el perro, que solia continuamente acompañar al torpe dueño de su voluntad; venia ahora solo, y con tristes ladridos lamentandose, la tiraba con los dientes de la ropa, como que la convidaba que le siguiese. Turbóse á aquel accidente no es-

perado la dama, y despues de haber arrojado de sí el can, viendo que porfiaba en tirarla con los dientes de la ropa, se resolvió de tenerlo encerrado, hasta que se descubriese el fin de aquella novedad. Embió al punto el can á un lugar apartado, donde habia un montón de hacecillos de leña. Llegado allí, empezó con los ojos, con los ladridos, con los movimientos del cuerpo y de los pies, á darla á entender que registrase y descubriese lo que estaba allí escondido. Va quitando los hacecillos, y al fin descubre el cadaver de su infeliz amante, que muerto á manos de sus enemigos, corrompido por las heridas, asqueroso por la sangre, parecia que le estaba reprendiendo sus vicios, y la decia: Por tí está aquí mi cuerpo, y por tí estará mi alma eternamente ardiendo en el infierno. Aprende á mi costa á componer bien tus cuentas con Dios.

Atónita Margarita á tan horrible espectáculo, descolorida, helada y medio muerta, empezó á llorar. Reconoció en las heridas de su infeliz amante sus culpas, y con cuerda resolucion tomó el partido del hijo pródigo, y resuelta á mudar de vida, se encaminó á la casa de su padre. Pero el padre, indignado é indiscreto, en vez de acogerla, si no con amor, á lo menos con paciencia, la salió al encuentro con el bastón, y la dió con las puertas en la cara. Desechada de su padre, acudió á los religiosos de san Francisco, para que la admitiesen entre las mugeres de la orden tercera, en hábito de penitente. Aquí tambien padeció el desden de ser despedida, temiendo los padres dar tan presto aquel habito á una muger tan del mundo.

¿Qué hará pues, esta triste é infeliz pecadora?

Vása á la iglesia á los pies de Cristo crucificado, que siendo aquel rico mercader del Evangelio, que hallando una preciosa margarita: *Inventa una preciosa Margarita*, la compró á costa de todo el caudal de su Sangre, la acogió con entrañas de caridad, y la enseñó al arte de volver á la casa del Padre celestial, ya que le faltaba el terreno. Apenas se recobró con corazon compungido, y ojos llenos de lágrimas en el seno de la Misericordia divina, cuando se sintió llena de una dulce esperanza; y no solo consiguio ser admitida entre las terceras de la orden seráfica de la penitencia, sino tambien mereció que el Salvador, con amorosisimas palabras, la dijese desde la cruz: ¿Qué temes, ó pobrecilla, de mi Bondad? ¿No reconoces la gracia de mi infinito amor? Y desde aquí empezaron los extraordinarios favores de la liberalidad divina, y una recíproca correspondencia de afectos de Margarita en servir á Dios, y de Dios en hacer beneficios á Margarita. Ella con lágrimas, con oraciones, con ayunos, con disciplinas de sangre, no cesaba de aplacar á la divina Justicia. Dios, con ilustraciones del entendimiento, con delicias del espíritu, y con visitas del cielo, le hacia continuamente experimentar los rasgos de su misericordia, llamandola *su pobrecilla*. De que no contenta Margarita, le suplicó una vez con grande animosidad, que se dignase llamarla hija. A que respondió el Salvador: „Cuando hubieres lavado „mejor tu corazon de toda mancha con una con. „fesion general de tus culpas, entonces serás fa. „vorecida con el nombre de hija." Cumpliólo ella con un exactisimo examen de su vida, y fervorosisimos afectos de contricion, y al acercarse,

con una soga al cuello á guisa de esclava, á la mesa de los ángeles para comulgar, oyó que le decia dulcemente Jesus: Hija mia, Margarita, yo te absuelvo de todos tus pecados: *Filia mea, Margarita, ego te absolvo ab omnibus offensis tuis.* A esta voz se llenó de tanta suavidad su corazon, que pensó rebentar de alegria, y todo aquel rato estuvo fuera de sí arrebatada de un profundo y dichoso éxtasis, hasta que volviendo en sí, pronunció estas voces: *O Verbum omni suavitate plenum, quod dixid mihi Jesus: Filia mea!* ¡O palabra llena de toda suavidad, con que Jesus me dijo hija mia!

Y no solo hija, sino tambien esposa la llamó otra vez, y como tal la favoreció con singularisimas señas de su beneficencia, enviando muchas veces á consolarla en sus afficciones á la reina del cielo, á enseñarla en sus dudas al ángel de su guarda, á acompañarla en sus oraciones los principales santos del paraiso.

El mismo Cristo parecia que gustaba de estar con ella, no menos familiarmente, que con la purísima virgen santa Gertrudis. Declaróla los misterios mas escondidos de la Encarnacion y Pasion, y la dió á ver la Llaga de su santisimo Costado. Dióla muchas veces la bendicion con su divina diestra, y le hizo que leyese su nombre, escrito con letras de oro, en el libro de la vida, y su cabeza coronada con una diadema de gloria. Protestó, que ninguna muger habia en la tierra á quien amase tanto en aquel tiempo, cuanto á esta pecadora, lavada con su Sangre, y enriquecida con los dones de su gracia: todo esto, en atencion á su fervorosisima contricion, á sus lágrimas, á su penitencia, que fué verdaderamen-

te grande é increible; porque no solamente en su retiro se dolia amargamente de sus culpas, mas en público, con improperios, se acusaba. Ni solo plañia con dolorosos suspiros su vida pasada, sino convidaba á otros que llorasen y suspirasen por ella. Mas cuanto ella mas se compungia en su corazon, y se abatía y envilecia á los ojos de todos, tanto mas Dios la llenaba de sus celestiales dones, y la hacia gloriosa á los ojos del mundo, haciéndola, por decirlo así, señora de sus divinos Atributos; de la Sabiburia, porque penetraba los secretos del corazon; de la Bondad, porque conseguia muchisimos favores; del Poder, porque hacia frecuentes y grandes milagros: por lo cual, lamentandose ella con Cristo, Señor nuestro, porque hacia al descubierto tan grandes maravillas y gracias á una pública pecadora, oyó que su Magestad la respondia: *Tu eres una red mia, con que quiero pescar los pecadores, que por el mar del mundo van perdidos. No pienses que serán pocos los que vendrán á arrepentirse y hacer penitencia, al oír los favores, no usados, que yo hago á tu contricion.* Ojalá que en nosotros tambien saliese verdadero el dicho del Redentor, y que esta hermosa red nos sacase á la orilla de una verdadera penitencia, y á participar de los celestiales favores, de que fué colmada esta felicisima penitente.

Lease á Tomás de Kempis, cap. 10. *del lib.* 3. *cuyo título es:* Como despreciado el mundo, es dulce cosa servir á Dios.

LECCION VIII.

DEL REINO DE CRISTO.

Que Jesucristo sea nuestro Rey y nosotros sus vasallos, no necesita de prueba, lo confesamos por la fe, y estamos prontos á confirmarlo con nuestra sangre: él mismo lo protestó aun desde su nacimiento: *Ego autem constitutus sum ab eo Rex super Sion*, y al punto hizo que lo publicasen al mundo los Magos: *Ubi est qui natus est Rex?* Y así como nació con el título de Rey en la frente, así murió con el nombre de Rey en la cruz: *Jesus Nazarenus, Rex Judaeorum;* Jesus Nazoreno, Rey de los Judios, que son (segun el espíritu) los fieles verdaderos, como explica S. Agustin. Somos, pues, sus súbditos, como nacidos en su reino, poseidos de su dominio, redimidos con su Sangre, libertados por él de la esclavitud del demonio, y destinados á reinar con él mismo eternamente en el cielo. Mirad por cuántos títulos le debemos sujecion y vasallage, y cuánta felicidad nuestra es vivir debajo del Señorio, y segun las leyes de un Rey infinitamente grande, sábio y bueno.

¡Qué corazon no se llenará de júbilo, sabiendo que puede gozar de sus virtudes verdaderamente reales? La Sabiduria, con que perfectamente conoce las necesidades de sus vasallos; el Poder, con que puede con un solo mirar de ojos remediarlos; la Misericordia, con que se enternece á compadecerse de ellos; la Justicia, incapaz de errar en el premiar los méritos y castigar los

delitos; la Providencia, en prevenir los peligros para librarnos de ellos, y prevenir las necesidades con el socorro de antemano. O qué bien decia David (PSALM. 71.) en el Psalmo Profético de este Rey, que debajo de su dominio reinaria en el mundo la felicidad, la alegria, la justicia y la abundancia de la paz. Pongamonos un poco á comparar el Rey del cielo con los reyes de la tierra. Estos imponen gabelas y tributos, él los quita, antes paga á su costa las deudas de los suyos. Estos empobrecen á los vasallos para enriquecerse á sí, el se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza. Estos en su gobierno muchas veces se apartan de la rectitud y justicia, ó por ignorancia, ó por pasion, ó por malicia; él nunca puede extraviarse de lo justo, porque es la misma Sabiduria, Justicia y Bondad. Estos hacen leyes pesadas, que de ordinario ellos mismos las quebrantan; él pone leyes suaves, en cuya observancia nos vá siempre delante con el ejemplo.

Ahora, este Rey de las virtudes, bajó del trono de su eterna gloria al campo de la vida mortal, para intimar la guerra al mundo rebelde, al demonio tirano, y á los vicios, destruidores del linage humano. El, amoroso de sus súbditos, tiranizados del bárbaro enemigo, lo movió á tan heroica empresa, como librarlos de la cruel esclavitud que padecian, no sufriendole el corazon verlos gemir y padecer en las cadenas. Unicamente lo solicitó el deseo de traer consigo compañeros á gozar la eterna felicidad de su reino, no pareciendole que reinaba perfectamente dichoso, si no comunicaba á sus fieles soldados su felicidad. De suerte, que el fruto de la victoria no

será del Rey, sino de los vasallos, á quien quiere dar el mérito de sus fatigas, y el premio de la batalla y del triunfo. Solamente nos convida á que tomemos con él las armas: *Sumite loricum justitiae, scutum Fidei, galeam salutis.* Nos exhorta á seguir su vandera, ofreciéndose él primero á los peligros é incomodidades, sin resguardar su vida, ni atender á su Magestad. A este fin nos alistó en su milicia, para que con él peleasemos, y enmedio de los enemigos, á prueba de trabajos y sudores, diesemos testimonio de nuestra lealtad. ¿Que corazon, pues, habrá tan vil, que se niegue al convite de su Rey, que se ofrece por cabo y general de tan generosa empresa, y nos promete segura la victoria, si no falta por nosotros?

¿Quién tendrá tan poco juicio y tan poco amor de su bien, que rehuse salir en campaña, donde se trata aun mas de su salud, que de la gloria de su Rey? Donde no se puede huir el combate, sino es quedando prisionero del enemigo, que nos viene á asaltar, por privarnos de un reino eterno, y hacernos perpetuamente sus esclavos. Braba cosa seria si un soldado, al tiempo que su capitan está con las armas en la mano, y sale á acometer á los escuadrones enemigos, él se estuviese desarmado, tendido en la cama, ó jugando á los dados. Aquel valeroso Urías, tan celebrado en la historia de los Reyes, decia, cuando David le convidaba al descanso: Mi general Joab está peleando en campaña, ó durmiendo sobre la dura tierra en defensa del Arca: ¿y yo he de tener corazon tan vil, que me esté en casa, regalandome á mi mesa, y durmiendo en mi blanda cama? *Per salutem animae tuae non faciam rem hanc.* Nunca lo haré.

Pero para avivar mas el espíritu, imaginaos que oís á S. Luis rey de Francia, cuando en el asamblea de los príncipes y señores de su reino, descubierta la cruz, que tenia pendiente al pecho, los convidó á la conquista de la tierra santa. „Mis fieles vasallos (dijo) esta cruz, que veis en „mi pecho, ya os descubre el deseo y el designio de mi corazon. La tierra santa, la ciudad de Dios, la herencia de Jesucristo, donde „obró los misterios de nuestra redencion, santificandola con milagros de su vida, y regandola con su divinisima Sangre, gime sujeta á la „tirania de bárbaros infieles: ellos han arrojado á „nuestro Dios de la corte y capital de su imperio, para afianzar su tiránico yugo sobre las ruinas del cristianismo. ¿Quién podrá explicar la „impiedad con que han arruinado los sagrados templos? ¿Quién las opresiones y durisimos tratamientos con que fatigan á aquellos pocos cristianos „que allí han quedado, á quien tratan peor que „á esclavos? Las lágrimas de aquellos miserables, „la desolacion de la santa ciudad, me mueven á „compasion, é invocan nuestras armas para que „los socorramos. Yo estoy resuelto de pasar allá „mis vanderas, y derramar, si fuere menester, mi „sangre. A vosotros tambien os ofrezco la cruz: „¿os negareis á aceptarla? Os convido que me „acompañeis en tan noble conquista: ¿os escusareis de seguirme? Yo, yo voy con vosotros á „participar de los trabajos del viage, á experimentar las incomodidades de la guerra, y vosotros sereis conmigo partícipes de los despojos de „los vencidos, y de los premios de la victoria. „Ninguno encontrará mas incomodidades, ni entrará en mas peligro, que su rey. Ea, pues, mis

„fieles campeones, vamos generosamente á la sa„grada empresa, en que triunfará sin duda la glo„ria de Dios, de la santa iglesia, y de vuestro „valor. Imaginad ahora, que os pone la cruz en „la mano el Salvador, que salió del sepulcro victo„rioso del mundo, de la muerte y del infierno. Con „esta cruz no hay duda, que alcanzaremos una glo„ria inmortal, yá volviendo ricos y cargados de los „despojos de los enemigos, ó quedando allí muer„tos con feliz martirio."

A este gran convite ¿qué corazon podia resistir? ¿No seria tenido por la mas vil alma del mundo el que se hubiese escusado de seguir á su rey en una empresa tan noble y tan sagrada? Todos, con un corazon, á una voz pidieron la insignia de la cruz, se ofrecieron prontisimos á seguir al rey, á morir antes en la sagrada guerra, que vivir en el sosiego de sus casas en paz. No solo los tres hermanos del rey y los príncipes de la sangre, mas aun la reina su muger, y las tres princesas sus esposas, con otras grandes señoras, pidieron al legado de Inocencio IV. que las admitiese á ser cruzadas, y tuvieron tanto valor y piedad, que se ofrecieron á seguir el estandarte real en la sagrada guerra.

¿Y si tanto pudo el convite y ejemplo de un rey terreno, respetado y amado de sus vasallos; cuánto mas fuerte y suave atractivo debe tener el encargo y oferta del Rey celestial, justisimo y amabilisimo, para arrebatarnos á que le sigamos? El, depuestas las insignias de su Magestad, y armado de solas las virtudes, viene á combatir con el comun enemigo, y echa entre los fieles un bando general de cruzada: *Qui vult venire post me, tollat Crucem suam, et secuatur me.* ¿Quién quiere seguirme á pelear y vencer al príncipe de las tinieblas, que tiene tiranizado al género humano? ¿Quién toma conmigo las armas, *ut destruatur corpus peccati*, para destruir los pecados, que son las crueles cadenas que tienen á los hombres en miserable esclavitud? ¿Quién quiere exponerse á breve guerra, por conseguir el reino eterno del cielo? Los trabajos de la milicia serán comunes; no será mejor la suerte del capitan, que la de los soldados, solo que yo seré el primero á entrar en la batalla á plantar el estandarte de mi cruz sobre el campo enemigo: *Quod me facere videritis, hoc facite: ingrediar partem castrorum. et quod fecero, sectamini.* ¡Oh, ¿cómo podemos dudar de aceptar tal convite, á que obligan tantos motivos? La dignidad del Rey que nos llama, á quien por tantos títulos estamos obligados; la justicia de la causa por sujetar y rendir á un tirano, que tantos estragos y ruinas nos ocasiona; la promesa segura del triunfo, que todo debe redundar en beneficio nuestro; el ejemplo del capitan, que queriendo y tomando para si la mayor parte de los trabajos, no quiere gozar mejor tratamiento que los soldados, y para ellos quiere todo el fruto de la victoria.

Añadese, que nuestro Rey, no solo quiere ir delante como guia para el dificil camino que nos propone en tan ardua empresa, sino tambien quiese dar aliento y vigor para que le sigamos con gusto, y venzamos con alegria y facilidad, como hizo yá san Uvenceslao. Este piadosisimo rey, ardiendo todo en amor divino, usaba visitar de noche las iglesias descalzo, aun en el invierno, en que solia estar la tierra cubierta de nieve. Llevaba detrás á Podivino, su fiel cortesano, el cual

una vez, por el gran frio ateridos los pies, fué forzado á detenerse, por no poder seguir al rey.

Cuando el piadoso rey lo reconoció, le mandó que entrase sus pies en las huellas que él dejaba señaladas. Hízolo el cortesano, y no solo sintió que se le calentaban los pies, sino todo el cuerpo; con tal ardor, que pudo seguir con alegria en el áspero camino á su Señor. Este mismo efecto hacen continuamente en sus seguidores las huellas del Salvador, que vá delante. No solo nos enseña el camino, mas nos dá brios para seguirle con ligeros pasos: *Christus viam sanctae conversationis, quam praecurrendo nobis monstravit, ineffabili suavitate respersit.* Sea, pues, áspera, sea dificil, esté llena de trabajos é incomodidades la senda por donde le hemos de seguir, el hallarla toda señalada de sus huellas; el haberla él corrido por nuestro amor, no solamente le ha allanado los pasos, sino la ha hecho deleitable, amena y florida con mil acciones, que nos dejó por ejemplos; ¿pues por qué no le seguimos? *Dominus noster* (dice san Cipriano) *quidquid docuit fecit, ut discipulus excusatus esse non possit, si servus pati nolit, quod prius passus est Dominus.* (EPIST. 56.)

§. II.

CONVITE A SEGUIR ESTE REY.

A la conquista, pues, del mundo, á la salud de las almas, á la ruina de los pecados aspira nuestro Rey. Para esta noble empresa busca por todas partes soldados, convida secuaces: *Non est,* (decia desconsolado Ezequiel) *non est, qui vadat ad praelium.* ¡O cuánto se cansa en hallar quien le siga, como generoso aventurero, en tan justa guerra! ¡O vileza intolerable de los que somos sus vasallos! ¡O agravio gravisimo, que se hace á tan buen Rey! *Dignus est planè morte, qui cum Christo recusat vivere.* (S. BERN.) Scipion Africano, queriendo partir de Roma á la dificultosisima empresa de Numancia, halló tantos que le siguiesen, por el grande amor que le tenian, ofreciendose á ir con él, aun sin sueldo y sin estipendio, que (como dice Plutarco) fué menester que el senado, con público pregon, pusiese término y raya al concurso desmedido de los pueblos, porque no quedase despoblada Italia: *Vetitus, ne vacua relinqueretur Italia.* Felipe II. llamó á la corte á algunos soldados, que mas valerosamente habian militado en Flandes, bajo del mando de Alejandro Farnesio, para conocerlos y premiarlos. Parecieron todos señalados con gloriosas heridas; y oyendo al rey que les decia con amoroso semblante, ¿qué premio deseaban por sus sudores y heridas? Respondieron: Ningun otro, sino que se nos permita otra vez militar en las vanderas de Alejandro: *Nihil aliud, nisi quod nobis iterum liceat sub Alexandro militare.* Tan grande era la estimacion, tan grande el amor que tenian á aquel valeroso capitan. ¿Qué hemos de decir, cristianos, si nuestro soberano Rey no puede alcanzar de nosotros con sus convites y llamamientos, lo que tantos otros, infinitamente menos dignos, alcanzaron de sus súbditos y soldados sin resistencia alguna? ¿Qué escusa se podrá jamás alegar, si no seguimos al Monarca divino con tanto aliento, como se suele seguir á un Señor terreno? ¿Por ventura se dirá, que los trabajos de la milicia, los horrores

de la batalla, que se sufren por el rey de la tierra, son gustosos, son agradables; mas los que se deben padecer por el Rey del cielo son desapacibles y amargos? ¿Y donde está la fe? ¿Dónde el amor y obsequio debido al Rey de los reyes? De suerte, que el afecto que se tiene á un príncipe terreno, el interés de un estipendio mundano, hace alegre y conforme á la inclinacion natural el seguirle en los precisos infortunios y trabajos de la guerra; ¿y el amor que profesamos al Rey celestial, y el premio de una gloria eterna, déja que parezca muy áspero, muy insufrible y repugnante á la naturaleza el militar con él debajo de sus vanderas?

Con razon decia el Salvador: *Viri Ninivitae surgent in judicio, et condemnabunt vos,* (LUC. 11.) dando á conocer cuán prontos fueron ellos á imitar á su bárbaro Rey, aun en una empresa muy dificultosa; que Sardanápalo, oyendo la ruina de la ciudad, amenazada por el Profeta Jonás, se levantó de su trono, se desnudó sus reales ropas, se vistió un saco, se sentó sobre la ceniza, ayunó: *Surrexit de Solio suo, et abjecit vestimentum suum, et indutus est sacco, et sedit in cineri.*

Despues, por público pregón, intimó á sus vasallos un riguroso ayuno, y una severa penitencia de sus pecados; pero, como reparó agudamente san Ambrosio, para que toda la ciudad ayunase, el rey primero puso de abstinencia estrecha su mesa real: *Ut tota Civitas jejunaret, famen sibi prius Rex indixit.* ¿Quién hizo á Sardanápalo, al rey mas celebrado, de glotón, de profano y delicioso, trocar la púrpura en un saco, la corona en ceniza sobre su cabeza, el fausto

en humillacion, la mesa espléndida en rígida abstinencia de un anacoreta? Mas ¿qué sucedió? Que todos los ciudadanos, nobles y plebeyos, viejos y mozos, desde el primero á el último, hasta los niños de pecho, y los mas acostumbrados á la glotoneria y embriaguez, renunciaron los placeres, ayunaron, echaron sobre sus cabezas ceniza, se vistieron de silicio, é hicieron áspera penitencia: *Vestiti sunt saccis à minore usque ad majorem, et plenam terroribus egerunt poenitentiam.* Un Sardanápalo, con su ejemplo pudo tanto con sus súbditos; y Jesucristo, con la idea de sus divinas virtudes, ¿no podrá otro tanto en los corazones de sus fieles? ¿Es esto todo lo que puede prometerse de nosotros un Dios, habiendo bajado de su gloria á nuestra vileza, por ser nuestro Capitan, por movernos y ayudarnos á la conquista de un reino, á nosotros tan útil como gloriosa para él? ¿Pues qué hará? ¿Renunciará las armas? ¿Se volverá á su cielo sin pelear? No se lo permite la gloria de su Eterno Padre, ni el amor de nuestra salud. Está dispuestísimo á ir solo á las experiencias, y nos dice: *Vos fugam capitis, et ego vadam immolari pro vobis.* Vosotros, como cobardes, me volveis las espaldas, y huis; mas yo iré solo á ofrecer por vosotros el pecho á las lanzas de vuestros enemigos. Quedaos, pues, vosotros, perezosos, á gozar del ocio, á dormir sobre plumas. Yo solo saldré al encuentro á las fatigas y peligros, hasta caer rendido del peso. Entregaos á los placeres, á la embriaguez y glotoneria; para mí serán las penas, á mí me tocará beber el caliz de la pasion; y mientras vosotros alargais la mano á las frutas prohibidas, yo estenderé las mias en el trono de la cruz.

Pero no penseis tener parte en mi reino, porque quien conmigo no pelea, tampoco reina en mi compañia. ¿Y con qué cara tendreis despues osadia de aspirar á mi bienaventuranza, cuando yo os mostraré las Llagas de mis Manos, Pies y Costado, abierto por vuestra salvacion, y vosotros no podreis recíprocamente mostrarme una gota de sudor, no digo de sangre derramada por mi gloria?

¿Tendrémos corazon para sufrir, que así nos zahiera? ¿Tendrémos ánimo para ver á nuestro Rey en el campo de la batalla? ¿Nos quedaremos desalentados, porque nos ofrece su cruz, y nos dice, que su reino no es de este mundo? *Regnum meum non est de hoc mundo?* Ea, fiemonos de su Bondad, que aun en esta vida, entre los trabajos de la milicia, que por él, y con él profesamos, no dejará de darnos á experimentar los efectos dulces de su beneficencia, y en la otra vida nos tiene prevenido un gran reino, por premio de la batalla; mas no por eso dejará de darnos en esta vida un copioso sueldo.

¿A los que pelean no se les promete un liberal donativo despues de la victoria? Con todo eso, vemos que entretanto se les dá un competente sueldo en el tiempo de la batalla. Los interiores gustos de ánimo, las consolaciones espirituales, el júbilo de la buena conciencia, son unos tratamientos amorosos, con que este benigno y benéfico Rey, aun en el tiempo de la guerra presente, premia y contrapesa lo que se obra y padece por su amor. Solo el pensar que hemos de pelear y padecer con tan gran Rey (decia santa Teresa) nos debe hacer, no solo animosos, sino alegres y alentados en los trabajos y tribula-

ciones. Los valerosos Macabeos, llegando á afrontarse con el ejército de los enemigos, se acobardaron y entristecieron, porque derepente un arroyo impetuoso les atajó el camino; cuando poniendose delante el valiente Simón, su Capitan, se arrojó el primero al agua con ánimo invencible. A esta vista todos cobraron aliento y brio, y ninguno, de veinte mil que eran, dejó de seguirle: *Transfretavit primus, et viderunt cum vire, et transierunt post eum.* (1. MAC. 16.)

Y despues resonaron las sagradas trompetas: *Exclamaverunt Sacris Tubis.* Al ver pasar su Capitan, esforzados vadearon el arroyo los soldados, no solo con generosidad, sino tambien con alegria, hasta ganar al son de las festivas trompetas la victoria. Oh, qué bien nos asegura el Eclesiástico: *Gloria magna sequi Dominum, et nihil dulcius quam respicere in mandatis ejus!* (ECLE. 23) No solamente es cosa gloriosa, sino dulce y alegrisima, seguir al Señor, y ejecutar sus mandatos.

¿Acaso te parece empresa dificil y ardua haber de retirarte del camino ancho de los vicios, y entrar por la senda estrecha de las virtudes? ¿Pero qué aliento no infundirá al corazon llevar á los ojos por guia al Rey del cielo? Amarga cosa nos parece apartar los labios del dulce licor de los placeres, por aplicarlos á la hiel de la mortificacion; ¿pero qué suave y sabrosa la hará la reflección, que Cristo primero la endulzó y azucaró con su divina Boca! Tememos, como vida dificil y melancólica, el vivir sin la conversacion licenciosa de ciertos amigos del pasatiempo. Mas la dulce conversacion del Rey celestial, y con eso el tenerlo por compañero en los tra-

bajos y tribulaciones, no prevalecerá y valdrá mas que la compañia de cualquier criatura?

Revolved las Escrituras sagradas, y hallareis, que en virtud de solo esta compañia se alentaban todos aquellos Padres á entrar en cualquier ardua y trabajosa empresa: *Ego ero tecum.* Yo estaré contigo, les decia Dios. Así lo dijo á Isac, cuando le quiso animar á no temer las asechanzas de los Palestinos: *Ego tecum.* Así lo prometió Dios á Jacob, cuando quiso alentarle á emprender la largo y áspera peregrinacion á vuelta de su patria: *Ego tecum.* Así lo ofreció á Moisés, cuando le quiso dar brios para el grande empeño de librar á los Israelitas del cautiverio de Faraón: *Ego ero tecum.* Así, finalmente á Josué, cuando le encargó la dificultosa empresa de conducir el pueblo á la tierra de promision. Y así tambien nos dice á nosotros el Salvador: *Nolite timere: Ego vobiscum sum, ut salvos faciam.* Ceda, pues, todo temor; Yo estoy con vosotros á daros todo conorte, y libraros.

Pues ¿qué nos detiene? ¿Cómo dilatamos el seguir á tan amoroso y benéfico Señor y Rey? Ea, ánimo, digamos generosamente con el devotisimo Bernardo: *Sequemur, Domine, Te, per Te, ad Te: quia Tu es Via, Veritas, et Vita. Via in exemplo; Veritas in promiso; Vita in praemio.* (SERM. 2. ASCENS.) Quiero, ¡ó soberano Rey mio! y con gran corazon y afecto quiero seguiros adonde me quisiereis llevar: aquí está mi voluntad y mis potencias, prontisimas á pelear debajo de vuestro mando. Bastaba solo vuestro convite para moverme á aceptar ligeramente vuestro servicio.

¡Qué debo hacer ahora con vuestro ejemplo? ¿Cuando vos, Rey de Soberana Magestad, quereis entrar á la parte de los trabajos, tomando para vos lo mas arduo, lo mas dificil, lo mas penoso, y dejando para mí lo menos molesto y lo menos amargo? Esta vuestra Bondad me arrebata todo el corazon, y me hace una amorosa violencia para seguiros: *Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum.* Una, y otra vez estoy dispuesto á seguiros, ya sea por un camino llano sin trabajos, ni espinas; ya sea cuesta arriba por sendas ásperas, llenas de malezas y dificultades. Ni me pone miedo, Señor, lo que prevenis: Que quien quisiere ir en pos de vos, se niegue á sí mismo: *Qui vult venire post me, abneget semetipsum:* ni me acobarda haber de tomar la cruz para seguiros: *Tollat Crucem suam, et sequatur me:* porque este es un dulce amargo, que mas me alhaga y regala, que me desmaya, ni desalienta, sabiendo, que debo padecer en vuestra compañia, y que vos vais delante con cruz mucho mas pesada: que yo he de llevar la mia, sustentada de vuestra poderosa mano, á quien ha hecho ligera y suave el haber estado sobre vuestros divinos Hombros. Aceptad, pues, con agradables ojos y afecto, ¡ó divinisimo Rey mio! esta mi ofrenda; dad valor á este mi buen deseo, asistidme con vuestra eficaz gracia, para que yo pelee valerosamente en vuestro servicio, para reinar despues con vos eternamente en vuestra gloria.

§. III.

EJEMPLO.

Siendo rey de Francia Theodoberto, tuvo en su corte un caballero principal llamado Floro, que por la excelencia del juicio y el valor de la espada, tenia el primer lugar en la gracia del rey, y en el gobierno del reino. Este, como quien estaba en el auge favorable de su fortuna, con todo eso, no hallaba paz en su corazon, ni alegria en su ánimo; por lo cual, siendo de espíritu virtuoso y pio, frecuentemente revolvia en su pensamiento estos desengaños: ¿Qué me puede dar en recompensa de tanto como le he servido? Y ¿qué pretendo yo con fatigarme tanto por él en la corte y en lo campaña? ¿Honras y riquezas? Y ¡cuán vanos y frágiles son todos los bienes de la tierra, pues no me sosiegan el corazon, y cada instante me pueden faltar! ¡Oh! ¡Si yo hubiera hecho y padecido otro tanto por el Rey del cielo, cuanto por un rey de la tierra, no seria un grande santo? ¡No hubiera adquirido y asegurado una gloria verdadera y eterna? Pues ¡por qué no me resuelvo, lo que me queda de vida, mudar de esclavitud, y hacer otro tanto por el reino del cielo? En estos pensamientos estaba Floro, cuando Alderado, su cuñado, le dió noticia de la llegada de san Mauro Abad, con algunos monges sus compañeros, para fundar un monasterio en Anjou; y movido del Espíritu Santo, determinó emplear sus ricas posesiones en el sagrado y magnífico edificio. Y sin detenerse, montando en un caballo, se fué en busca del santo Abad,

y viéndolo de lejos, se apeó, y tres veces antes de llegar, hincó las rodillas, en señal de humildísima reverencia. Abrazaronse con ternísimas lágrimas, y se retiraron solos aparte en dulces coloquios. Allí Floro ofreció sus riquezas para la fábrica del convento; demás de eso, le entregó un hijo suyo pequeño, llamado Bertulfo, para que le criase en el servicio del Rey del cielo, en vez de servir de page á un rey de la tierra. Fuera de esto, en secreta confianza añadió, que él mismo estaba con gran deseo de trocar la miserable esclavitud del mundo, en la felicísima de Cristo.

Acabado el sagrado edificio, él siempre bastiado y cansado de los negocios de la corte, procuró manifestar con el modo mas humilde y respetuoso, su determinacion al rey: Señor, le dijo, mucho tiempo há que Dios me está llamando á servirle. He gastado la flor de mis años en el servicio de vuestra Magestad. La razon pide, que lo poco que resta de mi vida, se emplee en la conquista del reino eterno. Si yo me despidiera para pasar á servir á otro rey de la tierra, seria el hombre mas ingrato del mundo; pero cuando solo trato de servir al rey del cielo, no me sabrá negar vuestra piedad su grata licencia. Dios me llama á vivir debajo de la direccion de Mauro Abad, que pocos dias há, llegó á vuestro reino. Iré á hacer penitencia de mis pecados, y oracion por la salud y vida de vuestra Magestad. El rey, que le escuchaba atónito, le atajó el discurso abrazandole; y llorando tiernamente, le respondió: No me podiais dar nueva mas desagradable. El amor que os he tenido puede ser prueba de mi dolor.

Me arrancais el corazon del pecho con daros esta licencia y despedida. Con todo eso, si Dios os llama, es preciso obedecerle, y que no os lo embarace. El servicio del soberano Monarca, debe prevalecer á todo mi afecto, y á todos los intereses de mi corona. Solamente deseo, que me aviseis el dia que quereis consagraros á Dios, porque quiero ser testigo de la ejecucion de tan heroica empresa.

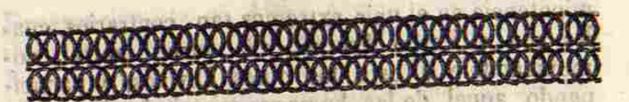
Apenas hubo conseguido Floro la licencia, cuando de carrera partió al Monasterio, y ajustado el dia que habia de tomar el sagrado hábito, dió aviso al rey, añadiendole, que en el Abad, habia hallado un ángel del cielo. Fué el rey acompañado de gran cortejo de Señores; y llegando á la puerta de la iglesia, se arrojó arrodillado á los pies del santo Abad, pidiendole con regia humildad la bendicion, y encomendando en sus oraciones su persona y su reino. Luego vuelto á abrazar uno á uno los monges, y viendo á Bertulfo, hijo de Floro, se le estrechó con singular afecto á su pecho. Pasando despues al altar mayor, despues de breve oracion se sentó el rey con su corte en un trono á la diestra del altar, y á la izquierda el Abad con sus monges. En esto apareció Floro con humilde, pero alegre semblante, y puesto de rodillas enmedio, se quitó el talabarte militar, y las otras insignias de caballero, y con devota humildad pidió á san Mauro el hábito de la religion, y la librea del rey del cielo. El santo le remitió al rey, suplicandole, que él mismo se dignase de ser el primero en cortarle de su mano parte de los cabellos, y consagrarle á Dios. Cortóle el rey una trensa, y despues hicieron lo mismo los otros príncipes, en el

cual acto no pudieron contener las lágrimas, y lloraron mucho el rey, y toda la corte, viendo á Floro, de gran Señor del mundo, hecho humilde siervo de Cristo. Pasmábanse, como un caballero noble, rico, poderoso, favorecido del rey, primer ministro de un gran reino, en lo mejor de su edad, en lo mas elevado de su floreciente fortuna, conocida la vanidad del mundo, ilustrado de luz celestial, diese de mano á las grandezas de la tierra, por abrazarse con la humildad cristiana, con la pobreza Evangélica y desprecio del mundo.

Acabada una accion tan solemne y gloriosa, el rey se dejó vencer de los ruegos, y entró en la hospederia del convento á tomar la refeccion de un agasajo. Al fin de ella llamó á Floro, ya enteramente vestido del hábito de monge, y hecho caballero de Cristo, y despues de haberlo tenido largo rato entre sus brazos, y dado muchos ósculos en la frente, derramando muchas lágrimas, le dijo por último recuerdo estas memorables palabras: Floro, ya que como caballero del mundo habeis tan fiel y honradamente servídome á mí, que soy vuestro Señor; de aquí adelante servid, como caballero de Cristo, servid con la misma lealtad y cuidado al Rey del cielo: *Tibi solicitè procurandum est, ut sicut in saeculari habitu strenuè semper, ac nobilitèr conversatus es, ita nunc quoque in Sacra Religione Deo semper placere satagas;* y así como en lo pasado, con la espada en la mano, habeis defendido mi reino, así en adelante le defendais con vuestras oraciones. Dicho esto, y tomada la bendicion del Abad, se puso á caballo para volver á su corte; pero no pudo traer consigo todos sus cortesanos, por-

que el ejemplo de Floro movió á algunos de aquellos Señores, unos á que renunciasen el mundo y su esclavitud, por seguir la milicia de Cristo, otros á entregar sus hijos á san Mauro, para que los criase en el servicio de Dios; y cada dia veía Theodoberto faltar de su corte, yá uno, yá otro de sus gentiles hombres y caballeros, que corrian al monasterio, donde habian dejado el corazon, á tomar el hábito de la religion. Vivió Floro otros doce años en perfecta observancia, ayunos, vigilias y humillaciones, acordandose siempre de las palabras del rey, que debia servir con tanto empeño y solicitud al rey del cielo, con cuanto habia servido y militado por un rey de la tierra.

Lease á Tomás de Kempis, lib. 3. cap. 1. De las hablas interiores de Cristo al alma fiel.



VERDADES ETERNAS,

EXPLICADAS EN LECCIONES

ordenadas principalmente para los dias de los Ejercicios Espirituales.

TOMO SEGUNDO.

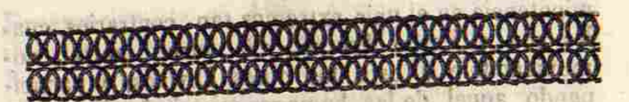
LECCION NOVENA.

DE LA ENCARNACION Y NACIMIENTO DE JESUCRISTO.

En el sacratisimo Misterio de la Encarnacion, hizo Dios una general demostracion de sus divinas perfecciones, por levantar todos los entendimientos á admirar su grandeza, y arrebatar todos los corazones á amar su Bondad; porque quien no admira la infinita bondad, con que Dios, no contento con haber dado al hombre tantas bellas criaturas, quiso tambien dársele á sí mismo, uniendo la naturaleza Divina con la humana, bajando Dios á ser hombre, y ensalzando al hombre á ser Dios. ¿Quién no amará la benéfica Om-

que el ejemplo de Floro movió á algunos de aquellos Señores, unos á que renunciasen el mundo y su esclavitud, por seguir la milicia de Cristo, otros á entregar sus hijos á san Mauro, para que los criase en el servicio de Dios; y cada dia veia Theodoberto faltar de su corte, yá uno, yá otro de sus gentiles hombres y caballeros, que corrian al monasterio, donde habian dejado el corazon, á tomar el hábito de la religion. Vivió Floro otros doce años en perfecta observancia, ayunos, vigilias y humillaciones, acordandose siempre de las palabras del rey, que debia servir con tanto empeño y solicitud al rey del cielo, con cuanto habia servido y militado por un rey de la tierra.

Lease á Tomás de Kempis, lib. 3. cap. 1. De las hablas interiores de Cristo al alma fiel.



VERDADES ETERNAS,

EXPLICADAS EN LECCIONES

ordenadas principalmente para los dias de los Ejercicios Espirituales.

TOMO SEGUNDO.

LECCION NOVENA.

DE LA ENCARNACION Y NACIMIENTO DE JESUCRISTO.

En el sacratisimo Misterio de la Encarnacion, hizo Dios una general demostracion de sus divinas perfecciones, por levantar todos los entendimientos á admirar su grandeza, y arrebatar todos los corazones á amar su Bondad; porque quien no admira la infinita bondad, con que Dios, no contento con haber dado al hombre tantas bellas criaturas, quiso tambien dársele á sí mismo, uniendo la naturaleza Divina con la humana, bajando Dios á ser hombre, y ensalzando al hombre á ser Dios. ¿Quién no amará la benéfica Om-

mipotencia en el unir extremos tan contrarios, cuales son el Verbo Eterno, y la carne mortal, comunicándole á esta los dotes Divinos, y participando aquel de las humanas miserias? ¿Quién no bendecirá la divina Sabiduria, que supo hallar recompensa tan oportuna para satisfacer á Dios ofendido, y remediar al pobre pecador que le ofendió? De otra suerte, el mal era irremediable; pues por una parte no era razon que Dios fuese ultrajado de los pecadores con tantas injurias, y no se le diese satisfaccion por ellas; por otra parte, ninguna criatura podia dar satisfaccion proporcionada á la gravedad de las ofensas de Dios.

Por tanto, la causa del género humano era siempre perdida; ni podia el hombre hacer otra cosa, que despues de una vida, pasada en todos los males de culpa, caer en una muerte perpetua de todos los males de pena; si Dios no ponía tal remedio á una perdicion tan inevitable, uniendo la naturaleza Divina con la humana, para que como hombre pudiese padecer; como Dios, pudiese dar valor infinito á sus obras, y así viniese á satisfacer por todos los pecados, y á librar al hombre de todos los suplicios. Así se ajustaron y concordaron en la Encarnacion, la Justicia y la Misericordia; porque la Justicia quedó pagada en todo rigor de cuanto podia pretender por las ofensas de la divina Magestad, recibiendo de un Hombre Dios aquella satisfaccion, que no le podia dar ninguna pura criatura. Tambien la Misericordia ejercitó sus amorosisimas finezas, compadeciendose de las miserias de sus enemigos, y librandole del último infortunio, en que yacia, sin esperanza de remedio.

Pero lo que mas campéa en el Misterio de la

Encarnacion, es el Amor Divino, como dice el discípulo amado: *Sic Deus dilexit Mundum, ut Filium suum Unigenitum daret.* Tanto, y con tanto extremo amó Dios al mundo, que le dió su Unigénito Hijo, para que le redimiese.

Considerese quién es Dios, y quién es el hombre. Aquella hermosura y bondad infinita, aquella Magestad inmensa, aquel Señor Todopoderoso, aquel Rey Universal de cielo y tierra, se abate por el hombre á hacerse como él. Y ¿qué cosa es ahora el hombre, en comparacion de Dios? Un gusanillo de la tierra, respecto de un Monarca de todo el mundo; un grano de arena, comparado con la vastisima circunferencia del cielo; una gota de rocio, á vista del inmenso mar. ¿Qué es el hombre respecto del ángel? ¿Qué son todos los ángeles comparados con Dios? Con todo eso, se humilla Dios tanto, que se une á una naturaleza tan vil, que toma, no solo la imágen, sino la substancia humana. Si nos dijeran, que un serafin habia tomado la forma de un gusanillo, quedariamos maravillados y suspensos del fin de tal accion; y si se dijera, que el fin de ejecutarla fué porque no perecieran otros gusanillos, sino que se trocasen en serafines, con razon quedariamos mas atónitos al ver, que una naturaleza tan sublime y elevada, se hubiese humillado tanto, por levantar á tan grande altura una cosa tan vil, y que tan poco le importaba. Ahora menos infinitamente es el hombre respecto de Dios; y menos infinitamente importaba el bien del hombre, á la felicidad de Dios.

Pues ¿cómo la Magestad y grandeza de Dios se ha dejado persuadir á estrechar consigo la bajeza del hombre para levantarle á la Divinidad,

y hacerle partícipe de su Naturaleza, y como otro Dios? El amor fué quien obró este prodigio: el amor ejecutó esta obra, digna de la divina Bondad, cuanto mas parece agena é indigna de la divina Grandeza. Por eso exclama san Bernardo: (SERM. 64. IN CANTIC.) *O suavisimam vim Amoris! Ita ne summus omnium unus factus est omnium? Qui hoc fecit! Amor, dignitatis nescius, dignatione dives, suasu efficax.*

¡O suavisima violencia del amor! ¿De esta suerte el Sumo y mas Soberano de todos, y sobre todos, se ha hecho uno de todos, y adocenado con todos? ¿Quién hizo tal exceso? ¿Quién obró tan extraña y tan admirable mudanza? El amor, olvidado de su dignidad, rico de dignacion y benignidad, eficaz en su persuasiva. Pues si el amor de Dios para con el hombre ha tenido tanta eficacia en persuadirle, que le obligó á ejecutar de hecho cuanto nosotros nunca pudiéramos haber imaginado, ni concebido en nuestro pensamiento; ¿cómo la correspondencia de nuestro amor no debe derretirse en afectos á un amante tan fino, y abrasarse en deseos de servir á un Dios tan bueno? ¿Cómo podrémos no amar á aquella eterna é infinita Bondad, que sin tener necesidad de nosotros, por sola su misericordia, por un medio tan costoso, solicitó nuestro remedio? ¿Qué bebedizos, ó qué encantamientos pueden hallarse tan eficaces para despertar nuestro amor, como vér, que somos amados, y tan tiernamente amados del Rey de la gloria, que bajó del cielo á la tierra, para que nosotros subamos de la tierra al cielo?

Las historias romanas ensalzan hasta las estrellas, como una pieza incomparable de amor, la accion generosa de un esclavo, el cual, sabien-

do que venian algunos enemigos con las espadas desnudas á matar á su señor Urbinio, se puso los vestidos de su amo; y fingiendose que era él, les salió al encuentro, para recibir en su pecho las heridas, que habian de dar á su Señor.

A vista de esta accion, quedó atónita Roma; y Urbinio, para perpetua memoria, y agradecimiento de tan cordial amor, erigió un sepulcro real y ostentoso á su esclavo, tan finamente amante: *Dedit Regium sepulchrum amantissimo mancipio.* (VALER. MAX.) Pues si aquel esclavo mereció tanta estimacion y tanto agradecimiento por haberse puesto los vestidos de su señor, á fin de morir por él; ¿qué afecto, qué agradecimiento no merecerá el Señor del cielo y de la tierra, que se viste la librea de esclavo para poder trabajar y morir por el esclavo? Allá el esclavo, con aquel prodigio de amor, se ensalzó y engrandeció á sí mismo, vistiendo la figura de señor, y dio su abatida y miserable vida por un personage tanto mayor que él, de quien habia recibido muchos beneficios. Acá el Señor, con este exceso de caridad, se abatió á sí mismo, tomando la naturaleza del esclavo, y dió su vida divina por un sujeto infinitamente menor que él, de quien solo habia recibido ingratitudes, ofensas é injurias.

Y aquí se abre un mayor campo para descubrir la inmensidad del Amor divino; hacerse Dios hombre, cuando la naturaleza humana estuviese entera y perfecta, no tocada aun de un lunar de culpa, sino dorada de todas las virtudes, seria un exceso de benevolencia, digno de causar embidia a los serafines. Si el criador hubiera bajado a tanta humildad, por remediar al hombre, que por-

tandose con Dios, á ley de fidelisimo siervo, hubiese caido en miserable estado por la honra de Dios; todavia seria excesiva recompensa á los servicios del hombre. Mas que estando la naturaleza humana depravada y corrompida, abominable y llena de manchas de pecados, se moviese Dios á tanta compasion de ella. ¡Que Dios tánto se humillase por hacer bien al hombre rebelde y traidor, al mismo tiempo en que el hombre proseguia á ultrajarle mas con injurias y ofensas! ¡Esto sí que traspasa todos los términos de amor! Esta es caridad propisima de Dios, que á tanta costa suya quiso hacer tanto bien, á quien contra él hacia tanto mal. Ahora, si Dios nos ha amado y favorecido tanto, siendo sus enemigos y malhechores; ¿cómo, y por qué no amaremos nosotros á Dios, tan amante y bienhechor nuestro? ¿Qué mayor impiedad, que tener osadia para alejarse de Dios por el pecado, cuando Dios tiene afecto y corazon para unirse con el hombre con tal estrechéz de cariño? Confundase una vez el hombre de verse tan favorecido y beneficiado de su Señor, y haber vivido hasta ahora tan desconocido: procure en adelante ser tanto de Dios, que ya no sea de criatura alguna, ni aun de sí mismo. Diga resueltamente con S. Agustin: Concédeme, Señor y Dios mio, que de tal manera yo me transforme en tí, que no me quede mas corazon, que para amarte; ni mas espíritu que para servirte. Muera en mí todo amor propio, todo afecto á las criaturas; de suerte, que no haya en mí mas amor, que corresponder amando á quien con tanta ternura me ha amado.

Pero si parece grande el Amor Divino en abatirse á la naturaleza humana, parecerá sin duda

mayor, si se mira el ensalzamiento y grandeza de subir al hombre y la Alteza Divina. Ya se lee, que el rey san Luis y san Eduardo, se humillaron y abatieron hasta servir y abrazar á los mendígos y leprosos; pero no se hallará rey ninguno, que haya colocado un leproso en su trono real, ni puesto en la cabeza á un mendígo su diadema. Este extremo de piadosisimo amor fué singular en Dios, que al hombre caido en tantas miserias, y lleno de la lepra de tantas culpas, le levantó al trono de su Magestad, y á la corona de su gloria, como dice el Profeta: *Suscitat de pulvere egenum, et de stercore erigit pauperem, ut sedeat cum Principibus, et solium gloriae teneat.* (1. REG. 2.) Ni solamente le elevó á la dignidad de los príncipes de su reino, igual á los querubines y serafines, sino hasta sobreponer la naturaleza humana á la angélica, deificandola con la union hipostática, y entrandola en la divina gloria sobre todas las gerarquias celestiales. De aquí, ¿quién podrá jamás concebir qué honra incomparable resulta al linage humano, y con cuanta razon puede decirse, que los hombres han emparentado con Dios en un modo singular, como hijos del Altisimo y hermanos de Jesucristo? Reconozcan, pues, los hombres la dignidad de su naturaleza, y la obligacion grande en que están de amar á Dios.

Cuando Atenaide, pobre y abandonada doncella, se vió elevada del emperador Teodosio al desposorio y corona imperial, se dijo á sí misma: *Concipe amorem debitum Imperatori, et mores dignos imperio.* Así debe aprander el cristiano á amar á su Dios, y respetarse á sí mismo. Avergüencese ya de cometer accion indigna de su espi-

ritual nacimiento, y de manchar el explendor de su sangre con vileza de culpa: *Agnosce ¡ó christiane! dignitatem tuam,* (amonesta gravemente S. Leon) (SERM. 1. DE NAT.) *et divinae consors factus naturae noli in veterem vilitatem degeneri conversatione redire.* Tales son los prodigios, éstas las finezas del Divino Amor en la Encarnacion: Misterio, que obliga tanto al hombre á correspondencia de afecto, que S. Agustin, apareciendose á santa Maria Magdalena de Pazis, para encenderla toda en ardentisimas llamas de amor á Dios, no quiso hacer otra cosa, ni valerse de otro medio, que escribirle con letras de oro sobre el corazon estas palabras: *Verbum caro factum est,* juzgando que esto solo bastaba para que se abrasase toda en amor divino.

§. II.

ADMIRABLE NACIMIENTO DE CRISTO.

No menos está lleno de prodigios de caridad el nacimiento del Salvador, en que su primera venida al mundo lo ostenta piísimo amante de los hombres. Bien podia él venir con comodidades y fausto ostentoso, en el medio dia solemnisimo, escoger un palacio magnífico, ser reclinado en una preciosisima cuna, recostar sus tiernos miembros sobre delicadisimos lienzos y sedas, y con esto habria dado clarisimos argumentos de su amor; porque todas las cosas, por grandes que parezcan, son muy inferiores á la Magestad de un Dios humanado. Mas no quedaba satisfecho el infinito amor de Jesus, si no llegaba á los últimos excesos. Sabia, que un grande amor suele darse á

ver humilde y sufrido; y ¿qué humildad escogió? Un establo por palacio, un pesebre por cuna, heno por cama, unos viles animales por cortesanos.

Quién no se siente enternecer al oír aquellas palabras del Evangelio: *In propria venit, et sui eum non receperunt?* Vino á su propia casa, y los suyos no le recibieron; y así se vió obligado á mendigar el alvergue de las bestias, cuando se le negaban descorteses los hombres. ¡O qué prodigio de abatimiento! Se admira como un exceso de humildad el que ejecutó san Alejo, jóven nobilisimo, que se vino desconocido á su propia casa á pedir á sus padres un rincon pobre donde recogerse, y en un aposentillo mal acomodado de su palacio recibió por tantos años un poco de pan que le daban de limosna sus criados. Si esta proeza, hecha de un hombre por amor de Dios, fué de tan grande asombro; ¿qué será una tánto mayor, ejecutada por Dios por amor del hombre? ¡O qué pasmo, que entre Dios en el mundo su casa, y no halle otro lugar, que un vilisimo establo, y le sea necesario recurrir á la piedad de unos brutos, que le templen con su aliento el rigor del frio, en lugar de los serafines, que le encienden con amorosas llamas el Trono!

Otra propiedad del amor es padecer con gusto. Por eso el amor de Jesus no quiso aguardar á hacer pruebas de su fineza allá á lo último de la vida, muriendo en una cruz, anegado en un mar de tormentos; quiso desde el principio dar muestra, naciendo entre mil asperezas en el pesebre. Así, para padecer mas desde su primera entrada, escogió el invierno, estacion la mas incómoda del año: y del año y del mes

ritual nacimiento, y de manchar el explendor de su sangre con vileza de culpa: *Agnosce ¡ó christiane! dignitatem tuam,* (amonesta gravemente S. Leon) (SERM. 1. DE NAT.) *et divinae consors factus naturae noli in veterem vilitatem degeneri conversatione redire.* Tales son los prodigios, éstas las finezas del Divino Amor en la Encarnacion: Misterio, que obliga tanto al hombre á correspondencia de afecto, que S. Agustin, apareciendose á santa Maria Magdalena de Pazis, para encenderla toda en ardentisimas llamas de amor á Dios, no quiso hacer otra cosa, ni valerse de otro medio, que escribirle con letras de oro sobre el corazon estas palabras: *Verbum caro factum est,* juzgando que esto solo bastaba para que se abrasase toda en amor divino.

§. II.

ADMIRABLE NACIMIENTO DE CRISTO.

No menos está lleno de prodigios de caridad el nacimiento del Salvador, en que su primera venida al mundo lo ostenta piísimo amante de los hombres. Bien podia él venir con comodidades y fausto ostentoso, en el medio dia solemnisimo, escoger un palacio magnífico, ser reclinado en una preciosisima cuna, recostar sus tiernos miembros sobre delicadisimos lienzos y sedas, y con esto habria dado clarisimos argumentos de su amor; porque todas las cosas, por grandes que parezcan, son muy inferiores á la Magestad de un Dios humanado. Mas no quedaba satisfecho el infinito amor de Jesus, si no llegaba á los últimos excesos. Sabia, que un grande amor suele darse á

ver humilde y sufrido; y ¿qué humildad escogió? Un establo por palacio, un pesebre por cuna, heno por cama, unos viles animales por cortesanos.

Quién no se siente enternecer al oír aquellas palabras del Evangelio: *In propria venit, et sui eum non receperunt?* Vino á su propia casa, y los suyos no le recibieron; y así se vió obligado á mendigar el alvergue de las bestias, cuando se le negaban descorteses los hombres. ¡O qué prodigio de abatimiento! Se admira como un exceso de humildad el que ejecutó san Alejo, jóven nobilisimo, que se vino desconocido á su propia casa á pedir á sus padres un rincon pobre donde recogerse, y en un aposentillo mal acomodado de su palacio recibió por tantos años un poco de pan que le daban de limosna sus criados. Si esta proeza, hecha de un hombre por amor de Dios, fué de tan grande asombro; ¿qué será una tánto mayor, ejecutada por Dios por amor del hombre? ¡O qué pasmo, que entre Dios en el mundo su casa, y no halle otro lugar, que un vilisimo establo, y le sea necesario recurrir á la piedad de unos brutos, que le templen con su aliento el rigor del frio, en lugar de los serafines, que le encienden con amorosas llamas el Trono!

Otra propiedad del amor es padecer con gusto. Por eso el amor de Jesus no quiso aguardar á hacer pruebas de su fineza allá á lo último de la vida, muriendo en una cruz, anegado en un mar de tormentos; quiso desde el principio dar muestra, naciendo entre mil asperezas en el pesebre. Así, para padecer mas desde su primera entrada, escogió el invierno, estacion la mas incómoda del año: y del [illegible]

no el mes mas riguroso; y del mes la hora mas helada de la media noche, cuando es mas sensible la aspereza del frio y del aire. Entonces el Niño Jesus salió del vientre purisimo de su Madre Maria, teniendo por primera cama la dura tierra, en un portalillo descubierto á las inclemencias del cielo. ¡Cómo temblarian sus tiernisimas carnes! ¡Cómo sentiria las punzadas del heno! ¡Con qué llanto pediria socorro á su purisima Madre, que no podia darle otro alivio, sino estrecharle á sus pechos, para calentarle con el ardor de su corazon, y alimentarle con pocas gotas de leche! ¡O Salvador mio! ¡Por qué quisiste tan presto exponerte á las incomodidades de niño, pobre y abatido? ¡Por qué, á lo menos, no templaste el rigor del hielo en una noche tan destemplada? ¡Acaso porque con la oposicion del frio contrario se encendiese mas el calor de tu caridad? Mas este calor no puede crecer, porque no me puedes amar mas, que con amor infinito. ¡Qué harás por mí, ¡ó Jesus mio y Señor de mi alma! cuando este cuerpecito crezca, y tengas mayores fuerzas para padecer, si ahora que eres Niño reciennacido, y naturalmente necesitas de cariño, de alivios, caricias y abrigo, le tratas con tal rigor?

Al portal de Belén nos convida san Bernardo, para aprender las maravillas y los ejemplos de las verdaderas virtudes: *Transeamus usque Bethlehém, ubi habemus, quod admiremur, quod imitemur. Habemus, quod amemus.* Porque Jesus Niño en el pesebre, es un motivo eficacisimo de amor, un imán, que con dulcisimo atractivo, arrebata los corazones: *Sic nasci voluit, qui voluit amari.* (dice san Pedro Crisólogo) (SERM. 158.) Quiso así nacer, porque quiso ganar nuestro amor,

Si huviese venido, á ley de Dios grande, con pompa y magestad, como en otro tiempo sobre el monte Sinai bajó á dar la Ley de temor, nos habria aterrado y espantado de nuevo; pero viene como pequeño Niño, humilde, manso, benigno, para desterrar de todos los corazones el temor, é introducirles la suavisima Ley de Amor; y así, la primera y dulce palabra, que en el santo nacimiento anunciaron los ángeles á los hombres, fué: *Nolite timere:* no querais temer, ya pasó el tiempo del temor: no viene Dios como Dios de las venganzas, como Rey de la Magestad, sentado como en Trono sobre nubes de fuego, armada de rayos la diestra: viene como Dios de las Misericordias, Principe de la paz, sin armas, en un pesebre, envuelto en pobres pañales, atadas las manos con fajas, humilde y piadoso, para atraer todos los afectos á amarlo. Séame lícito explicarlo con uu gracioso suceso.

Víspera de la fiesta de los santos reyes estaban jugando á los naipes cuatro grandes de España en la corte del rey Felipe II. Sucedió, que les tocaron á tres de los jugadores los tres reyes de la baraja; y así, jnzgando cada uno que tenia buen punto, envidaron el resto; mas el cuarto, á quien tocó el rey de oros, (que llaman rey de los corazones) ganó el juego, y se trajo á sí los tres reyes, con todo el dinero. Este caso pareció al predicador de la capilla real, disposicion de la divina Providencia, y se sirvió de él para el sermon de la Epifania, para probar que Jesus, verdadero Rey de los corazones y tesoros, (como lo llama el Profeta: *Deus cordis mei*) trajo á que le adorasen los tres reyes Magos, y debe arrabatar á sí todos los corazones y todas las

riquezas de los hombres. Porque ¿quién no ama-
rá á un Dios, que por su infinita bondad viene
á hacer pruebas de su amor, á costa de tanto
padecer? ¿Quien no despreciará el oro y las ri-
quezas por ofrecerse á aquel Dios, que dejan-
do los tesoros del cielo, viene mendigo á la tier-
ra, para enriquecernos y llenarnos de su gracia?
Si, si, Salvador mio, ríndome á vuestro amor. ven-
cido de la dulce violencia de vuestra amabilisi-
ma Bondad. El frio de vuestro delicadisimo Cuer-
po abrase siempre mas toda mi alma, y vuestra
ternura ablande la dulzura de mi corazon; esta
vuestra desnudéz arranque de mi pecho el deseo
de vanas riquezas, y tan extremada humildad aba-
ta mi soberbia. No permitais que vuestro gran-
de amor, que nunca supo estar ocioso, se que-
de en vos solo: mas haced que se estienda has-
ta mí, y emplée en mi alma sus fuerzas, para
que yo quede todo encendido, y vos mayormen-
te glorificado.

Mas: *Habemus, quod admiremur*, ¿qué objeto mas
digno de admiracion, que ver á un Dios Todo-
poderoso hecho Niño? El que es inmenso, y no
cabe en los términos de todo el mundo, estar es-
trechado en una pequeña cuna, atado con pobres
y angostas fajas! ¡El que viste el cielo de lucien-
tes estrellas, y tapeta la tierra de vistosas flores,
yacer desnudo en un pesebre! Aquel Señor, que
consuela los afligidos, llora; el que enciende á los
serafines, tiembla de frio; el que reparte abun-
dancia á todas las criaturas, está careciendo de
todo bien y socorro.

¿Qué cosa mas admirable (exclama aquí el V.
P. Fr. Luis de Granada) que mirar á aquel Se-
ñor, á quien alaban las estrellas de la mañana,

que está sentado sobre los querubines, que vue-
la sobre las plumas de los vientos, que de tres
dedos tiene pendiente la máquina del mundo, cu-
yo asiento es el cielo, cuyo escabél real para los
pies es la tierra, (como hablan los Profetas) ver-
le despues venir á tan extremada pobreza y aba-
timiento, que se vea obligado á nacer en una vi-
lisima choza! ¿Que persona miserable llegó jamás
á tal extremo de pobreza, que por falta de me-
jor acogida, se entrase en un establo y pusiese
entre brutos su hijo reciennacido? ¿Quién juntó
dos extremos tan distantes entre sí, como son Dios
y pesebre? ¿Yacer entre bestias y reinar sobre
los serafines? ¿Cómo no sale fuera de sí el co-
razon humano, considerando estos dos términos
tan contrarios, Dios tendido en poca paja, Dios
temblando de frio, Dios necesitando hasta del
aliento de unos brutos?

El deseo de comunicarnos su felicidad ha obra-
do tales prodigios, y conseguido que tome en sí
nuestras miserias. Finalmente, *Habemus, quod imi-
temur*. Tenemos mucho que imitar; porque (co-
mo dice san Leon) *Nativitas Christi mors est vi-
tiorum, vita virtutum;* el nacimiento de Cristo es
muerte de los vicios, vida de las virtudes. Este
divino Maestro y celestial Médico, conociendo bien,
que los males del hombre eran los apetitos des-
ordenados de las riquezas, de la honra y de los
deleites, vino á aplicar los remedios contrarios, pa-
ra dar salud al enfermo.

A la soberbia contrapuso el abatimiento; á la
avaricia, la pobreza de espiritu; á los deleites de
los sentidos, la aspereza de la vida. Y porque
sabia, que los ejemplos son mas eficaces que los
consejos, y las obras persuaden mejor que las pa-

labras, desde su primera entrada en el mundo, al instante empezó á obrar y enseñar: *Coepit Jesus facere, et docere.*

Bebió él primero la medicina para atrahernos á beberla á nosotros. El P. Fr. Luis de Granada, refiere una amorosa fineza que ejecutó el rey D. Juan II. de Portugal, con un criado suyo, enfermo. Y fué, que bajando este piisimo rey a su estancia, y viendo que rehusaba tomar no sé que medicina, tomando el vaso, bebió un poco, diciendo: ¡No hareis vos en gracia y por dar gusto á vuestro rey, lo que yo hago por amor de mi criado? Esta real accion movió al instante al enfermo á beberse la purga, endulzada ya con los lábios del rey. ¡Y no podrá el ejemplo del soberano Monarca, mover á sus siervos á abrazar sus virtudes? ¿Buscaremos nosotros honras, comodidades y placeres, viendo que nuestro Rey yace en humildad, en incomodidades, en trabajos, por alentarnos a que le sigamos? ¡Oh, cómo dice bien san Bernardo en el primer sermon de la Natividad! ¿Qué causa, ó qué necesidad habia, para que el Señor de la gloria se humillase y padeciese, sino á fin de que hagamos nosotros lo que él hizo? Ya grita con el ejemplo lo que despues predicará con la palabra: *Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde.* Y prácticamente nos enseña á conformarnos en el espíritu con un ejemplar tan perfecto. Porque, ¿que cosa puede haber mas irracional, mas odiosa y mas digna de castigo, que ver al Dios del cielo hecho Niño, y querer hacerse grande sobre la tierra? Intolerable desvergüenza es, que donde la Magestad se humilló, quiera hincharse y ensoberbecerse un gusano; que busque la criatura delicias, blan-

duras, alhagos, estando el Criador en un pesebre padeciendo durezas, molestias é incomodidades? Avergüencese una vez el hombre de querer estar mejor tratado que su Dios.

No pretendió tanto aun la soberbia de Lucifer; él se contentaba con ser igual ó semejante, y con todo eso, fué tan severamente castigado. Pero nosotros tenemos esta buena suerte, que la semejanza de nuestro Dios nos será facil y saludable; porque para conseguirla no es menester subir á lo alto, sino bajar á lo ínfimo. Luzbél, cuando afectó ser semejante á Dios, dijo: *In Coelum conscedam: Ascendam super altitudinem nubium: Similis ero Altissimo.* Subiré al cielo, levantareme sobre la altura de las nubes, y seré igual al Altisimo. Mas ya nosotros, para hacernos semejantes á Dios, no hemos menester elevarnos sobre las alturas de las nubes del cielo, sino abatirnos á la tierra, arrojarnos á los pies de todos; porque Dios, *exinanivit semetipsum formam servi accipiens,* pobre, paciente y humilde, se dejó ver, y se presentó á nuestros ojos; pobreza, mortificacion y humildad, se pide para imitarle y adquirir su semejanza.

Y ¿con qué remedio se pudo jamás curar la soberbia del hombre, si con la humildad del Hijo de Dios no sana y se abate? ¿Con qué se pudo curar la avaricia, si con la pobreza del pesebre no se modera? ¿Quién será tan atrevido, que no quiera poner freno á sus apetitos y concupiscencias, mirando á su Dios, que desde la cuna, y las fajas de Niño aflige con tantas asperezas sus delicadisimos miembros? Ya la pobreza ha venido á ser rica, amables las incomodidades y mortificaciones. Aquella pobrisima gruta

de Belen quedó tan preciosa por el nacimiento del Salvador, y tuvo tan eficaz atractivo, que las Paulas, las Eustoquias, princesas Romanas, (como afirma san Gerónimo) dejaron á Roma por Belén, y trocaron los dorados palacios por una casilla de tierra; pospusieron las púrpuras y los tronos á las fajas y cuna de Cristo, y besaron aquella tierra con lágrimas de consuelo, diciendo: Dios te salve, Belén, palacio del Rey del cielo: choza feliz, bañada con sus lágrimas: afortunadas peñas, que oíste sus primeros sollozos y llantos. ¿Cuántos despues, por imitar al divino Infante, despreciaron las grandezas del mundo, y de ricos se hicieron pobres; y de poderosos y estimados, quisieron ser humildes y abatidos? De suerte, que todos sus placeres y honras, eran humillarse y afligirse por su amor, y buscar en la objecion la gloria y el gusto en las mortificaciones é incomodidades. ¿He de ser, pues, yo un monstruo de ingratitud, que no me rinda á tantos beneficios? ¿Yo solo he de ser tan desamorado, que no me deje mover, ni enternecer de tanta bondad y tanto amor?

§. III.

EJEMPLO.

En la leccion antecedente vimos un caballero de la corte de Francia, reducido á militar debajo de las vanderas del Rey del cielo; ahora veremos otro en la corte de España, rendido á seguir deberas el ejemplo de Jesucristo. El padre Pedro Fabro, primogénito entre los hijos es-

pirituales de san Ignacio de Loyola, y hombre insigne en santidad y doctrina, daba en Valladolid, entonces corte del rey de España, los Ejercicios Espirituales á algunos grandes de España, con aquella mejora de vida y mudanza de costumbres, que suelen causar; cuando un caballero de los mas acomodados de aquella corte, muy rico, muy delicado y criado en delicias, fué á buscar al padre Fabro, y pedirle qne le diese instrucciones de espíritu, y ejercicios que meditar. Mas Fabro, mirando bien el buen color del sugeto, y reconociendo que esperaba algun nuevo secreto para darse del todo al espíritu, pero sin dejar el regalado tratamiento de su cuerpo; juzgó, que seria lo mismo dar entonces meditaciones á aquel hombre, que dar medicinas á un enfermo en el rigor del crecimiento de su calentura; y así, no quiso proponerle otra cosa que considerase, sino solamente estos pocos puntos, sacados de la contraposicion entre él y el Salvador: „Cristo pobre, y yo rico: Cristo ayunó, y „yo bien alimentado: Cristo desnudo, y yo ricamente vestido: Cristo en trabajos padeciendo, y „yo en delicias gozando." Dicho esto, y exhortandole á que con el pensamiento, ó con la lengua repitiese muchas veces estas palabras, calló. El caballero, prometiendo hacerlo, con un sencillo despedimento se fué, llevando poco concepto de Fabro, pareciendole que no le habia enseñado nada, y que á él, sin haber estudiado cosas de espíritu, le sugeria su pensamiento cosas semejantes ó mejores. Mas por cumplir su palabra, andaba tal vez repitiendo vocalmente aquellas palabras; pero aun mas como por burla, que por aprovecharse de ellas.

Hasta que un dia, hallándose en un esplendidísimo convite, con muchos camaradas; entre los platos y bebidas, cuantas podia apetecer el gusto, se le vino oportunamente á la memoria aquel punto: *Cristo ayunó, y yo regaladamente alimentado;* y en esta ocasion, á la verdad, lo repitió, no por burlarse de Fabro, sino por llorarse á sí mismo; porque penetró bien el sentido y la fuerza de aquellas palabras con un claro conocimiento y viva compasion de Cristo, cuya hambre é incomodidades no cesaba de comparar con su hartura y regalos. Allí, labrandole como á torno la divina gracia, compuso vivamente la disonancia y deformidad de aquellos dos extremos tan contrarios. Y mirando como que él era un término, y Cristo otro, decia dentro de sí: „Yo, gusano de „la tierra, harto; y Cristo, Rey del cielo, ham„briento? Yo, cargado de pecados, en delicias; y „Cristo, inmaculada inocencia, en incomodidades? „¿Qué indignidad es esta?"

Aquí fué sorprendido de tanta luz del cielo, y de tan grande conmocion de afectos, que empezó á suspirar, gemir y llorar copiosamente, de suerte que le precisó quitarse de los ojos de los convidados, y retirarse solo aparte para poder soltár la rienda al llanto; y por hartarse del pan de las lágrimas, y beber el vino de la compuncion, mucho mas dulce ya para su corazon, que los que habia gustado en el suntuoso convite, Allí de nuevo, puesto de rodillas, fijando mas y mas el pensamiento en aquella contraposicion de sí con Cristo comparaba la excelencia del Señor con su vileza, los méritos del Salvador con sus pecados, y sacaba de ahí argumentos de suma confusion para sí. ¿Qué deshonra é indignidad es la mia,

querer usar vestidos ricos y ostentosos, dormir en delicadas y blandas plumas, cuando mi Dios se vé cubierto de unas pobres y viles ropas, y no tiene donde reclinar la cabeza? ¿Qué ignominia, que el criado regale con sainetes y delicias su cuerpo, cuando su Señor maltrata el suyo con ayunos y asperezas? ¿Tendria atrevimiento para ostentarme altivo en la corte con fausto y desvanecimiento, cuando el Rey estuviese humillado en trage y vestido de penitencia? ¿Y podré llamarme cristiano, siendo mis malas costumbres tan contrarias á la vida de Cristo? Preciso es, ó renunciar la fé que profeso, ó mudar la vida que hago.

Con estos sentimientos en el corazon, y lágrimas en los ojos, volvió á buscar á Fabro, y todo lleno de humildad en su semblante y porte, le dijo: Padre, vuestras pocas palabras fueron otras tantas saetas, que me han atravesado el corazon. Bastantemente he conocido la disforme oposicion de mi vida á la vida del Salvador. Dios me ha hablado al corazon, y me dice, que mi salvacion consiste: *Non in comessationibus, et ebrietatibus, non in cubilibus, et impudicitiis; sed induimini Dominum Jesum-Christum.* No es buen camino el regalo, los convites, la embriaguéz: no los deleites impuros de los sentidos, sino solo el vestirse de la librea de Jesucristo. Veisme aquí resuelto á seguir en adelante las pisadas de Cristo.

A estas palabras, acompañadas de tiernas y fervientes lágrimas, lloró tambien, lleno de consolacion Fabro, y le abrazó con gran ternura de amor. Despues discretamente le avisó, que si deveras deseaba conformarse con las virtudes del Salvador, debia entablar una vida contraria á la pasada,

y huir de aquellos deleites, que antes tanto buscaba, y buscar aquellas mortificaciones y penitencias, de que tanto huia. Dióle juntamente aquel recuerdo, que dió san Remigio al rey Clodovéo, cuando se convirtió á la fé de Jesucristo: *Adora, quod incendisti: incende, quod adorasti.* (BARON. ANNO. 490.) Señor, si quereis gozar los frutos de una buena conversion, es preciso que adoreis lo que encendisteis y abrasasteis; esto es, la cruz: y que quemeis lo que adorasteis; esto es, los ídolos.

Finalmente, entrandole en los Ejercicios Espirituales, le encaminó por la via del espíritu, y le dió á meditar aquellas solidisimas verdades de la fe, que bien entendidas y rumiadas tienen admirable eficacia para purgar y limpiar el alma de los afectos viciosos, y disponerla á las virtudes perfectas. Así se vió en este felicisimo caballero, que se dió todo al estudio de la imitacion de la vida ejemplar de Jesucristo.

Lease el cap. 23. del lib. 3. de Tomás de Kempis, que es: De la abnegacion de sí mismo, y renunciacion de todo apetito.

LECCION X.

DE LA VIDA Y DOCTRINA DE JESUCRISTO.

Oh, cuantas obligaciones tenemos al Salvador del mundo, que diciendo: *Ego sum via:* Yo soy el camino, nos libró de todas dudas y fatigas de buscar la senda verdadera, para dirigirnos y llegar con toda felicidad y seguridad al término, que es gozar de Dios! *Filius Dei* (dice S. Agustin) (SERM. 55. DE V. D.) *assumendo hominem, factus est via. Ambula per hominem et pervenies ad Deum.* Si el Verbo divino hubiera bajado á la tierra solamente para descubrirnos con su celestial Boca los misterios de la fé, y revelarnos á viva voz, de un lado los caminos de las virtudes, que guian al cielo, de otro lado los precipicios del pecado, que llevan al infierno, hubiera bastantemente cumplido con el encargo de perfectisimo Maestro, pero quizá no con el oficio de amantisimo Salvador: porque la menor parte de la enseñanza, que Cristo nos dió, fué el predicar y decir, respecto de la otra, que fué el hacer y obrar.

Siempre que convidaba á cualquier dificil empresa, no decia á sus discípulos: oid, haced; pero sí, yo os he dado ejemplo, para que vosotros hagais lo que yo he hecho: *Exemplum dedit vobis, ut quemadmodum ego feci, ita, et vos faciatis.* Aprended de las obras de mi Mano, aun mas que de las palabras de mi Boca. Si les exhorta á beber un caliz algo amargo, *potestis bibere Calicem;* al punto añade, que él quiere ser el

y huir de aquellos deleites, que antes tanto buscaba, y buscar aquellas mortificaciones y penitencias, de que tanto huia. Dióle juntamente aquel recuerdo, que dió san Remigio al rey Clodovéo, cuando se convirtió á la fé de Jesucristo: *Adora, quod incendisti: incende, quod adorasti.* (BARON. ANNO. 490.) Señor, si quereis gozar los frutos de una buena conversion, es preciso que adoreis lo que encendisteis y abrasasteis; esto es, la cruz: y que quemeis lo que adorasteis; esto es, los ídolos.

Finalmente, entrandole en los Ejercicios Espirituales, le encaminó por la via del espíritu, y le dió á meditar aquellas solidisimas verdades de la fe, que bien entendidas y rumiadas tienen admirable eficacia para purgar y limpiar el alma de los afectos viciosos, y disponerla á las virtudes perfectas. Así se vió en este felicisimo caballero, que se dió todo al estudio de la imitacion de la vida ejemplar de Jesucristo.

Lease el cap. 23. del lib. 3. de Tomás de Kempis, que es: De la abnegacion de sí mismo, y renunciacion de todo apetito.

LECCION X.

DE LA VIDA Y DOCTRINA DE JESUCRISTO.

Oh, cuantas obligaciones tenemos al Salvador del mundo, que diciendo: *Ego sum via:* Yo soy el camino, nos libró de todas dudas y fatigas de buscar la senda verdadera, para dirigirnos y llegar con toda felicidad y seguridad al término, que es gozar de Dios! *Filius Dei* (dice S. Agustin) (SERM. 55. DE V. D.) *assumendo hominem, factus est via. Ambula per hominem et pervenies ad Deum.* Si el Verbo divino hubiera bajado á la tierra solamente para descubrirnos con su celestial Boca los misterios de la fé, y revelarnos á viva voz, de un lado los caminos de las virtudes, que guian al cielo, de otro lado los precipicios del pecado, que llevan al infierno, hubiera bastantemente cumplido con el encargo de perfectisimo Maestro, pero quizá no con el oficio de amantisimo Salvador: porque la menor parte de la enseñanza, que Cristo nos dió, fué el predicar y decir, respecto de la otra, que fué el hacer y obrar.

Siempre que convidaba á cualquier dificil empresa, no decia á sus discípulos: oid, haced; pero sí, yo os he dado ejemplo, para que vosotros hagais lo que yo he hecho: *Exemplum dedit vobis, ut quemadmodum ego feci, ita, et vos faciatis.* Aprended de las obras de mi Mano, aun mas que de las palabras de mi Boca. Si les exhorta á beber un caliz algo amargo, *potestis bibere Calicem;* al punto añade, que él quiere ser el

primero á ponerlo en sus Lábios: *Quem ego habiturus sum.* En suma, hacia puntualmente como el aguila, que queriendo amaestrar á sus tímidos polluelos á volar, descoge ella primero las alas, y dá uno y otro vuelo al rededor del nido: *Sicut Aquila provocans ad volandum pullos suos, et super eos volitans, expandit alas suas.* (DEUT. 32.) Ni solo somos convidados por Jesucristo á esta imitacion, sino tambien estamos obligados por el Eterno Padre, que ha decretado infaliblemente, que los escogidos sean conformes á su imágen: *Praedestinavit conformes fieri imaginis Filii sui*; y esto só pena de ser reprobados y excluidos del cielo.

Haciendo reflecion sobre este punto san Ignacio, procuró siempre con gran cuidado copiar en sí mismo la vida de Jesucristo, de suerte, que decia: Si me propusiesen dos caminos, que igualmente me llevasen al cielo, uno de delicias y honras, otro de ignominias y mortificaciones, antes escogeria yo este del padecer, por seguir mejor las pisadas del Salvador Jesus. Y cuando queria animar á alguno á obrar bien, no sabia traerle otro argumento mas fuerte, que decirle: Así obro Cristo, así padeció Cristo, así honramos é imitamos á Cristo. Y ciertamente salió tan felizmente parecida la copia al divino original, que era dicho comun, que ver á Ignacio, era lo mismo que leer el libro de Tomás de Kempis, *de imitationi Christi.*

Ahora, pues, veamos en la niñez de Jesus la observanciá de la divina Ley, y la obediencia á sus Padres. Apenas nacido, ante todas cosas quiso cumplir la dura Ley de la Circuncision, á que no estaba sujeto, por ser concebido de Madre

Virgen, y sin pecado original. Ni le detuvo el dolor de la herida, que debia sentir en su delicadisima carne, ni la mengua de su reputacion, viniendo á recibir la marca y el hierro de pecador, siendo el Candor de la eterna luz, y Fuente original de la santidad. Pero le apremiaba el ardor de la caridad, impaciente de esperar á redimirnos con su Sangre en la cruz, ancioso de anticiparnos á nosotros con sus heridas la salud, y á sí el glorioso nombre de Salvador. ¿Y qué dirémos de su obediencia, que puso espanto al cielo y á la tierra? Los sagrados Evangelistas no nos dicen otra cosa de la vida del Redentor, desde el año doce, hasta los treinta, sino estas tres misteriosas palabras, que han dado tanto que pensar y discurrir á las almas contemplativas, y á los sagrados Doctores: *Erat Subditus illis.* Estaba Jesus sujeto á la Virgen Maria su Madre, y á su Padre putativo José. ¿Qué entendimiento podrá jamás comprehender, quién es aquel que obedece, y quién son los que mandan y son obedecidos? ¿El Angel del gran consejo, la eterna Sabiduria, la Omnipotencia infinita, la Providencia soberana, está pendiente de la voz, de una seña, ó guiñada de una pobre doncella, y de los mandatos de un humilde carpintero? ¿Y en qué se muestra esa humilde sujecion? En ayudarle con el sudor de su rostro á ganar el pan, que ha de comer, en ejercitar viles ministerios en una oficina, ya recogiendo las hastillas, ya haciendo otros pequeños empleos, que le mandaba su padre, ya cortando, ya acepillando. ¿Y á qué fin habita tan de espacio en la pequeña casa de Nazareth, el que habia bajado del cielo para enseñar al mundo? Sin duda para abrir una nue-

va escuela, en que el divino Maestro leyese las primeras lecciones de la celestial Sabiduria, é instruyese en la ciencia de los santos á todos los que entrasen con el pensamiento á ver la obediencia, pobreza y abatimiento del Hijo de Dios.

Esta tan despreciada y tan larga parte de la vida del Salvador, que fueron los diez y ocho años que vivió oculto y desconocido en Nazareth, pareció á los santos Doctores estar llena de misterios, abundante de maravillas, y fecunda de toda perfeccion. Las otras obras que sabemos de Cristo, de los primeros dias, y de los últimos años de su vida, el Nacimiento en Belén, la huida á Egipto, el ayuno de cuarenta dias en el Desierto, la humildad del bautismo en el Jordan, sus divinas palabras, los estupendos milagros, los innumerables beneficios repartidos por toda la Palestina; y finalmente, la dolorosa é injuriosa pasion en Jerusalén, fueron, (como dice san Gerónimo) un continuo esparcir varias y preciosas perlas, ya de una, ya de otra hermosa y lucidisima virtud. Pero que la Luz del mundo (que así se llamó Cristo: *Ego sum Lux mundi*) estuviese diez y ocho años escondido en tanta obscuridad de casa pobre, en tanta obediencia á un oficial, en tanta abjecion de un vil empleo, sin dar muestra alguna de lo que era, lo que podia y lo que sabia; este es sin duda aquel tesoro escondido en el campo, de que habla el Evangelio: *Quem qui invenit homo, prae gaudio illius vadit, et vendit universa, quae habet et emit agrum illum.* Dichoso el que sabe con atenta consideracion hallar este tesoro, escondido en su humildad. Pero mucho mas dichoso el que con el desprecio de las riquezas terrenas sabe comprar-

lo, y enriquecerse con sus preciosisimas virtudes. ¿Y quién se atreverá ya á tener por viles las acciones humildes, por abatida la obediencia, y por despreciable la pobreza, viendolas tan ennoblecidas por la Sabiduria encarnada, y tenidas en tanta estimacion y amor? Cuando no tuviesen otro valor, ni otro premio, han llegado á ser gloriosas y divinas por solo este título de haberlas ejercitado el Señor de la gloria, de haber vivido en una pobre casilla el Monarca del mundo, de haberse humillado á la esfera de siervo de un pobre oficial, el Unigénito del Eterno Padre.

Este ejemplo del Rey del cielo ha persuadido á los Emperadores y reyes de la tierra, los Teodosios, los Lotarios, Los Carlo-Magnos, á trocar los palacios reales por unas estrechas celdillas, la púrpura imperial en una basta túnica; y cambiar el gobernar con el cetro, en tejer con sus manos esteras; y el gobierno de los pueblos en apacentar una manada de ovejas: *Et de contemptu gloriae gloriosius sublimari, et sublimius gloriari.* (como dice san Bernardo) (EPIST. 113.) Este ejemplo movió á las emperatrices y reinas, las Cunegundas, las Ineses y las Matildes, á dejar cuanto grande tenian en el mundo, por conseguir aquel poco ó nada, que miraban en Cristo; á tener por gloria el remendar sus andrajos; el hilar; á hallar mayor gusto en la voluntaria falta de todos los bienes terrenos, que en la abundancia que antes gozaban; y así respondian á quien las zaheria, como á almas viles: (como dice el mismo santo.) Mi reino no es de este mundo; mi glorio está escondida con Cristo: *Regnum meum non est de hoc mundo; gloria meae abscondita est cum Christo.*

Despues de la dilatada vivienda en tan escondido porte, salió Jesus á la campaña á combatir con el enemigo, y hacer prueba de sus divinas virtudes. Los primeros pasos fueron al Jordán, para recibir de su Precursor Juan el Bautismo, poniendose enmedio de los pecadores, y empezar sus gloriosisimas empresas por un acto heroico de humildad. Pero cuanto mas él se abaroico de humildad. Pero cuanto mas él se abate con mostrarse pecador, necesitado del Bautismo; tanto mas el Eterno Padre le ensalza desde el cielo con aquellas magnificas alabanzas: *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi benè complacui.* De aqui se retira al desierto, guiado del Espíritu Santo, donde con admirable providencia, por abatir y vencer al demonio, toma las armas contrarias á aquellas con que él habia vencido y derribado al primer hombre: *Ut diabolus, in quo vicerat vinceretur.* Con la destemplanza de la gula habia quedado herido y desbaratado Adán, por la infernal serpiente, en el paraiso terrestre; y con el ayuno el nuevo Adán recobra la batalla, y pone en desconcierto y fuga al demonio en el campo del desierto. Ni dejó el cruel enemigo de usar todas las artes, violencias y engaños.

La primera tentacion fué de gula, persuadiendole convertir las piedras en pan, porque no continuase el ayuno: *Si Filius Dei es, dic, ut lapides isti panes fiant.*

La segunda fué de vanagloria, porque llevandole sobre el pináculo del templo de Jerusalén, procuró inducirle, que se arrojase abajo: *Mitte te deorsum*, para que la gente, viendole volar por el aire, le aplaudiese, como obrador de milagros.

La tercera fué de avaricia, ofreciendole todos

los reinos del mundo, si de rodillas le adoraba: *Haec omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me.* Pero fueron vanos todos tres asaltos; porque el Salvador con solas tres palabras de la sagrada Escritura, como con armas fortisimas, le rebatió, venció y triunfó. Aquí los ángeles, que atendian con pasmo á la valiente pelea, al punto se acercaron á celebrar la victoria, cantarle la gloria, y ofrecer, como nobles criados, celestial refresco al ilustre Vencedor.

Ahora: bajo del estandarte de tan valeroso Capitan, ¿quien no concebirá espíritus generosos? ¿Quién perderá el ánimo en las tentaciones, viendo tentado á su Rey, que quitó las armas de la mano al príncipe de las tinieblas, y puso en cadenas al tirano del mundo? De suerte, que quedó tan aterrado y envilecido, que unas santas y delicadas doncellas tuvieron despues aliento para arrojarle con puntapies, escupirle en la cara, atarle como bruto con cabestros, y ponerle en el yugo, como buey de arado.

Santa Juliana virgen, de poca edad, ató con una cadena al demonio, (RIBADEN. 16. FEB.) que venia á tentarla; y así atado, le llevaba consigo por las calles públicas, para que hiciesen burla de él los pueblos, y con sola una mirada le hacia temblar, como si fuera un vil y cobarde conejo. Bramaba el infernal monstruo y decia: ¡O mi poder perdido! ¿Soy yo aquel principal ministro de Lucifer, que en otro tiempo, con engaños y violencias, vencí y abatí á los Nabucos, los Salomones y los Herodes; y ahora me veo hecho el desprecio y burla de los cristianos y de una rapaza?

Es verdad, que no por eso dejará de asaltar-

nos con todo género de tentaciones; pero sus asaltos serán nuestras victorias, con solo que nosotros tomemos valerosamente las armas para pelear, y miremos bien quién está á nuestro lado por padrino de la batalla, y quién vá por delante de nosotros por capitan de la victoria.

Basta que el cristiano haga reflecion, que Cristo, en el tiempo de las tentaciones, está con él, mirando su fidelidad y su valor, como avisa san Agustin: (IN PSALM. 32.) *Hortatur Christus, ut pugnes; adjuvat, ut vincas; et certantem inspectat, et deficientem sublevat, et vincentem coronat.* Imaginemos, pues, que entonces estamos hechos un espectaculo á Dios, á los ángeles y á toda la corte celestial, que nos mira y atiende. Sucédenos lo que al gran san Antonio Abad, que despues de haber peleado y vencido á los demonios, vió entrar en su cueva al Rey de los ángeles, y oyó que le decia: Antonio, contigo estaba yo en el combate, alegrandome de tus victorias, y preparandote preciosas palmas: haré gloriosisimo tu nombre en el cielo, y sobre la tierra.

Habiendo Jesus salido victorioso del desierto: *Exultavit, ut Gigas, ad currendam viam.* entró en la Palestina á dar principio á la conversion del mundo. De ciudad en ciudad, y de villa en villa corrió haciendo beneficios: *Pertransiit benefaciendo,* (ACT. 10.) esparciendo los rayos de sus virtudes, y las gracias de su beneficencia. Empleabase todo en beneficio de los hombres, ya enseñando á los ignorantes, ya consolando los afligidos, ya sustentando milagrosamente los hambrientos desprevenidos, ya curando los enfermos, ya libertando á los oprimidos del demonio: de suerte, que podia decir mejor que Job, que habia con-

tinuamente sido pies al cojo, manos al manco, ojos al ciego, guia al descaminado, alimentador al hambriento, padre á los huérfanos, vida á los muertos. Si se mira su paciencia, ¿cuántas injurias padeció de aquel ingrato pueblo? ¿Cuántas calumnias de los soberbios y viciosos Fariseos?

Fué notado como impío, porque atrahia los pueblos á Dios; maldecido como sedicioso, porque trataba y comia con los pecadores, para reducirlos á penitencia; oprimido de mil persecuciones, á causa de sus mismos beneficios y milagros, y así con su ejemplo podia dar alientos generosos á los suyos perseguidos; *Non est servus major Domino suo; si me persecuti sunt, et vos persequentur.* (JOAN. 15.) Si atendemos á su piedad, ¿cuántas veces entró en el sagrado templo para adorar á su Eterno Padre? ¿Cuántas noches gastaba en oraciones? *Erat pernoctans in oratione Dei.* Nunca entró en empresa alguna, sin enviar primero delante humildes ruegos al cielo. No perficionó obra, sin que diese las gracias y la gloria á Dios, no por necesidad propia que tuviese, sino por instruccion de sus discípulos: *Oravit Dominus, ut nos orare doceret. Non ut pro se obsecret, sed ut pro me impetret.* (dice san Ambrosio) (IN LUC. 6.) En suma, la vida de Jesucristo fué tan santa, cual debia ser la del Santo de los santos, y Fuente de toda santidad. Escogió un modo de vivir, por una parte tan sublime y lleno de todas las virtudes, que no se puede concebir otro de mayor perfeccion: por otra parte tan comun y familiar, sin rigor alguno extraño, y con amable mansedumbre, que no ahuyentase con la aspereza, sino atrajese con la apacibilidad y agrado; porque vino á ser idea y espejo de la perfeccion Evangólica, y

quiso en todo género de virtudes mostrarse á sí mismo por camino, y decir á sus fieles: *Haec est via, ambulate in ea, et non declinetis, neque ad dexteram, neque ad sinistram.*

§. II.

EXCELENCIAS DE LA DOCTRINA DE CRISTO.

Así como Jesucristo en su santisima vida se llamó camino: *Ego sum via:* así en su infalible doctrina se llama verdad, porque nos conduce en el ejemplo de la una, y el magisterio de la otra á la vida bienaventurada: *Veritas, et vita.*

Grandes obligaciones debemos á Dios, por habernos dado el ser en el tiempo de la Ley Evangélica, y poder beber de la Fuente de la sabiduria encarnada, cuando en la ley antigua se bebia en los arroyuelos de los santos Profetas. Ciertamente, si Filipo, rey de Macedonia, (GELLIO. LIB. 9. CAP. 3.) á par del reino, estimaba que hubiese nacido su hijo Alejandro en tiempo que podia darle por maestro á Aristóteles; ¿cuánto debe preciarse cada uno de nosotros de haber nacido á tiempo de gozar la doctrina de tan divino Maestro? Reconocieron bien tan gran beneficio los príncipes de los Apóstoles: san Pedro, que no sabia apartarse de Jesus, cautivo de sus palabras de vida: *Domine, ad quem ibimus? Verba vitae aeternae habes.* (JOAN. 6.) San Pablo, que tenia por nada todos los tesoros del mundo, en comparacion de la doctrina de Cristo: *Existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu-Christi.*

Ahora hagamos cuenta que oimos solamente la primera leccion de espíritu, que el celestial Maestro, haciendo cátedra de un monte, enseñó á sus discípulos en aquel admirable sermon, lleno de la flor de la divina Sabiduria. Aquí, dice el Evangelista: *Cum sedisset, aperiens os suum docebat,* se sentó, abrió sus lábios, y nos previno con ese aparato, para que supiesemos ser aquella la primera vez que el divino Verbo hablaba por su boca, habiendo en todos los siglos pasados hablado por boca de sus Profetas. Empezó llamando bienaventurados á los pobres de espíritu, y acabó dando el mismo elogio á los que padecen y son perseguidos por la justicia. ¡O doctrina nueva y admirable, cuanto contraría á los dictámenes de apetito y de los sentidos, tanto conforme á las leyes del espíritu!

¿Qué lengua puede explicar, qué entendimiento puede concebir (exclama san Agustin) el lujo y riqueza de celestial sabiduria, que se encierra en estas ocho lecciones de vida bienaventurada? Aquella tan rica pobreza voluntaria, que nos enseñó, para cortar de un solo golpe la raiz de todos los vicios, de todos los cuidados y de todos los trabajos, que es la codicia; aquella mansedumbre de corderos, que arranca del corazon todos los odios, los rencores, las iras y litigios de los hombres; aquellas piadosas lágrimas, con que quede regada el alma, y como bautizada, para que dé frutos de vida eterna; aquella hambre y sed de la justicia, que son las primicias de la gracia, y como las flores, que preceden á los frutos de las virtudes: aquella misericordia, que socorriendo las necesidades agenas, asegura tambien el socorro á las propias; aquella limpieza de co-

razon, en que resplandecen los rayos de la divina Luz, como en un tersisimo espejo; aquella paz y concordia con todos, que hace al hombre hijo de Dios; aquella paciencia y aun alegria en las tribulaciones y persecuciones, que eleva al hombre sobre las estrellas del cielo, y le pone en aquella region de paz, adonde no llegan los nublados de este siglo tempestuoso, y desde donde, como desde las alturas del olimpo, mira debajo de sus pies sus borrascas, y los trabajos del mundo.

Veis ahí en un compendio las primeras lecciones de la Sabiduria humanada. Veis aquí en qué definió que consiste la verdadera felicidad. Si somos, pues, tan deseosos de vivir contentos y dichosos, ¿por qué no buscamos el contento y dicha en las fuentes, que delante de los ojos nos ha abierto el Salvador? ¿Acaso nos parece cosa extraña, que la felicidad se halle en la pobreza, el contento en las lágrimas, la dicha en las persecuciones?

Esto seria ya caer en una locura cercana á la infidelidad, porque no es mas artículo de fé el haberse Dios hecho Hombre, que el estar en la pobreza, en las lágrimas, eu las persecuciones y trabajos padecidos por Dios, no solo el bien, sino la bienaventuranza. Esta es igualmente doctrina de Cristo. Persuadamouos de ella, y fijemos en nuestros corazones dictámenes contrarios á la estimacion y lenguage del mundo, que se atreve á contradecir á las verdades eternas del Hijo de Dios, que es el único Maestro de la verdadera Sabiduria: *Magister vester unus est Christus*, y por tal nos le ha concedido el Eterno Padre, cuando en el monte Tabor hizo aquella so-

lemne protesta: *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi benè complacui, ipsum audite.*

De donde, aunque toda la sagrada escritura debe ser oída y reverenciada de nosotros como palabra de Dios; con todo eso debemos mostrar singularisimo respeto y veneracion á lo que Jesucristo nos enseñó por su boca, y tener especial afecto á su doctrina, como le tuvo un san Antonio, que oyendo en la Misa aquellas palabras del Evangelio: *Si quieres ser perfecto, anda y vende lo que posees, y dalo á los pobres, y ven y sigueme, y ganarás un tesoro en el cielo:* al punto ejecutó el consejo de Cristo; como tambien san Francisco, oyendo aquel documento del Salvador á los Apóstoles: *No poseais oro, ni plata, ni dos túnicas, ni dinero, &c.* prontamente siguió aquella Evangélica pobreza. Igualmente san Serapión, leyendo aquella protesta de Cristo: *El que no renuncia todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo*, renunció sus riquezas, hasta despojarse del propio vestido, por darlo á un pobre. Y así, encontrandole un amigo suyo, y preguntandole ¿qué ladron le habia de aquel modo despojado? le respondió, mostrandole el libro de los Evangelios, que únicamente se babia reservado, y le dijo: Veis aquí el ladron que me ha robado hasta el vestido. Esto es oír dignamente la palabra de Cristo. De otra suerte, si los que contravinieron á las órdenes y mandatos, que el Espíritu Santo anunció por medio de los profetas, fueron con tanta severidad castigados, ¿qué pena no debemos justamente temer nosotros, si no hacemos caso de los documentos, que por su boca nos intima el Rey de los ángeles y Maestro de los Profetas?

Mas, ¡ó ignorancia é infidelidad humana! *De-*

ridentur justi simplicitas. (JOB. 12.) Riense como de locura de la Sabiduria del Salvador, á quien los Profetas dan el apellido de Justo por excelencia: *Justus, et Salvator.* Grita él en su Evangelio: ¡Ay de los ricos! *Vae divitibus.* Dichosos los pobres: *Beati pauperes:* pero el mundo se burla, y no puede persuadirse, que se deba llamar mas feliz el que carece de riquezas. que el que está sobrado y abundante de ellas. Enseña el Salvador, que perdonemos voluntariamente las injurias, y toleremos con paciencia y alegria las persecuciones. Esto empero el mundo lo juzga por vileza y cobardia, contraria á la reputacion y al honor de un espíritu noble.

Predica el Salvador, que la verdadera alegria del corazon consiste en refrenar los apetitos sensuales, y sujetar las pasiones de la carne; pero el mundo lo tiene por estupidéz y melancolia. porque no sabe hallar placer, ni gusto, sino en los encenegados charcos de los deleites de los sentidos. Así hay muchos cristianos, que son otros tantos buhos, que antes del alva están con los ojos abiertos á oir el canto del ruiseñor, sin abrir jamas la boca á imitar un acento; mas apenas viene el primer rayo del sol, y les hiere los ojos, cuando sin hacer caudal del canto, ni atenderle, huyen á esconderse á las tinieblas. Así muchos, es verdad, que oyen la palabra de Dios; pero nunca piensan en cumplir sus preceptos. Y cuando la luz celestial les llega á penetrar el entendimiento ó el corazon, quieren mas quedarse en sus tinieblas: *Venit lux in mundum, et dilexerunt homines magis tenebras, quam lucem.* (JOAN. 3.)

Y los nombres de mortificacion, humildad, y otras cruces, tan recomendados de Cristo, son mas

aborrecidos, que la muerte á aquellos, que en frase del Apostol, aman mas los deleites, que a Dios: *Magis amatores voluptatum, quam Dei.* ¿Y es esto recibir la doctrina del divino Maestro, que nos envió el Padre *ad dandam scientiam salutis,* á enseñarnos la ciencia de la salvacion? ¿No es esto cerrar con desprecio las orejas en su cara, y hacer como aquellos impios, que dijeron á Dios: Apartate de nosotros, que no queremos saber tus caminos? *Dixerunt Deo: Recede á nobis, scientiam viarum tuarum nolumus.* (JOB. 21.) Es decirle al Salvador: Volveos al cielo, que nosotros ni queremos aprender, ni seguir vuestros documentos: nosotros buscaremos otra senda menos áspera y mas acomodada para ir al paraiso. Otro tanto, á la verdad, dicen á Cristo, no con las palabras, sino con las obras, aquellos cristianos, que siguiendo lo que él manda huír, que son los placeres y honras vanas, huyendo lo que él persuadió seguir, que son las mortificaciones y la verdadera humildad: llevan otro camino totalmente contrario á su enseñanza. ¡Y no he sido yo una de estas ovejas errantes? ¡O cuanto me he apartado del verdadero camino de la salud, por seguir las máximas engañosas de la política humana! Pero ahora, ¡ó divinisimo Maestro! reconozco, que solo vos enseñais el camino de Dios en verdad: *Viam Dei in veritate doces;* que no hay otro rumbo para el cielo, sino el que vos nos mostrais: veisme aquí resuelto á entrar por el camino derecho: *Dirige gressus meos in viam pacis:* alumbrad con mas copiosa luz mi entendimiento; encended con mas ardor mi voluntad; haced que penetre yo bien esta gran verdad, enseñada á vuestro gran siervo Tomás de Kempis, cap. 1. que *Doctrina Chris-*

ti omnes doctrinas Sanctorum praecellit, et qui spiritum haberet, absconditum ibi mannà inveniret; la doctrina de Cristo se aventaja á todas las doctrinas de los Santos; y quien tuvi ese espíritu hallaria en ella un Maná escondido.

§. III.

EJEMPLO.

El devotisimo san Bernardo reparó agudamente, que el instruir de Cristo, y llamar al ejercicio de las virtudes, es una exhortacion, que persuade; un convite, que atrahe; un llamamiento, que obliga; pues no dice *anda,* sino *ven;* no dice *haz,* sino *hagamos.* Así á su celestial Esposa, que es el alma, la dice: *Surge, propera, amica mea, et veni;* levantate, date priesa, y ven conmigo. ¡O cuánta fuerza de atractivo se contiene en aquella voz *veni,* ven! Considerando, que el Salvador quiere ser compañero del alma en el hacer y en el padecer; que quiere siempre ir delante con su ejemplo, para allanarle el camino; que no solo la quiere guiar al monte de la perfeccion, sino darla aliento y espíritu para animarla y reforzarla en todos los pasos. Oigamos al santo Doctor: *Non parum confortat. quod audit, veni, et non vade; per hoc intelligens sponsa, se non tàm mitti, quàm duci, et secum pariter sponsum esse venturum. Quid enim difficili sibi. illo comite, reputet!* (SERM. 58. IN CANTIC.)

Esto se confirma con un maravilloso ejemplo de la V. virgen Reazonica, favorecida de Dios con gracias muy singulares. (IN VIT. CAP. 6.) Esta, por tolerar con generosidad de corazon y alegria de espíritu las mortificaciones y trabajos, habia hallado un gran remedio con que hacerlos suaves y amables. Este era pensar, que de esa suerte imitaba á su celestial Esposo, y que no daba paso en el camino real de la santa cruz, donde no hallase alguna huella de los pies de Jesus; el cual, habiendo experimentado todas las penas y tristezas en su santisima Humanidad, todas las habia dejado suavizadas y dulces. Con este pensamiento se imaginaba endulzar todas las amarguras de los manjares, echando en ellos una gota de la hiel de Cristo; ablandar la dureza de la cama con ponerle encima la cruz del Salvador; hacer felices y apreciables las persecuciones, con ingerir en ellas la bienaventuranza prometida á los perseguidos por la justicia.

Aprendió esta celestial doctrina de su divino Maestro en una bella leccion de espíritu. Estando un dia la bendita virgen en su meditacion, cargada ú oprimida (por decirlo así) de un haz de cruces, vió á Jesucristo lleno de dolores, en modo de caminar como pasagero, que con rostro amable y dulces palabras, le dijo: *Alma mia querida, ven conmigo, que quiero que seas mi compañera en este camino.* Respondió ella al punto: Veisme aquí pronta, Señor mio: vengo. Empezó á andar, y no hallaba en la senda lugar donde sentar el pie, que no estuviese sino sembrado de espinas y abrojos; mas con animosa violencia, siguiendo á su divino Esposo, no dejaba de pisar y herirse con sangrientas punzadas.

Entonces, volviendose á ella el Señor, añadió: *Mira bien, ó esposa querida, que sientes bien tu pie donde yo siento el mio, y no te apartes de mis pisadas.* Obedeció ella, y con atentisimos ojos

observó las huellas del divino Pie, y procuró siempre pisar justamente el sitio, que habia pisado el Salvador; y haciendo esto, ya no sentia las punzadas de las espinas; antes le parecia que andaba sobre blandas y delicadas rosas; y siguió hasta el fin á su celestial Esposo, no solamente sin herida, ni molestia en los pies, sino con gran júbilo de corazon. Y asi podia decir mejor que el Profeta Job: *Vestigia ejus secutus est pes meus: viam ejus custodivi;* (JOB. 23.) y añadir despues: *Deus mollivit cor meum;* mi pie ha seguido las pisadas de mi Señor: yo he observado y pisado las señas de sus pasos; pero él me ha ablandado y llenado de suavidad y alegria mi corazon.

De aquí aprendió esta gran virgen un bello secreto de celestial Sabiduria, que solia despues enseñar á las almas deseosas de la perfeccion; esto es, que los ejemplos que nos ha dejado el Redentor, no son solamente sendas para encaminarnos á la santidad, son tambien aliento para reforzarnos siempre mas en el camino; y así, quien en las calles, llenas de espinas, de las virtudes, quisiere no sentir las heridas y punzadas de los trabajos y afanes, debe frecuentemente acordarse y hacer reflecçion, que Jesus, su capitan, vá delante con su cruz: que padeciendo pobreza, objeciones y trabajos, no solo se observan los documentos del Maestro divino, sino se camina siguiendo la guia del Salvador, que nos conduce á la bienaventuranza.

En suma, debe pensar que Jesucristo, con su santisima vida, pasada toda en humillaciones y trabajos, ha hecho preciosa la pobreza, honrosas las deshonras, amable la penitencia, dulce la amargura, y ligeras las cruces; de suerte, que ya no tienen gran fuerza para poner terror y miedo, ni para atormentar á sus fieles imitadores, como dijo sabiamente Tertuliano, de las espinas embotadas y despuntadas en la Cabeza del Salvador: *Omnes spinarum aculei in Dominici capitis tolerantia obtusi sunt.* (DE CORONA, CAP. 14.)

Lease á Tomás de Kempis lib. 1. *cap.* 1. De la imitacion de Cristo, y desprecio de todas las vanidades del mundo.

LECCION XI.

DE LAS DOS VANDERAS DE CRISTO Y DE LUCIFER.

No contento san Ignacio con habernos propuesto una consideracion del reino de Cristo, formó otra mas eficaz, que llamó de las dos vanderas, para alentarnos mas el corazon, y dar brios para seguir al Salvador; porque viendo realmente, que él nos llama y convida á empresas dificultosas, quizá tendriamos menos ánimo para seguirle, si no se hallase reforzado con nueva eficacia de un llamamiento incontrastable: y esto obra fuerte y suavemente la consideracion de las dos vanderas, benemérita de tantas religiones, á quien ha dado sugetos de grandisima estimacion; porque en esta consideracion se suele hacer la eleccion, ó la reforma del estado de la vida: punto sobre todos los otros importantisimo, de que aquí no hablaré palabra, habiendo dicho todo lo que conviene en el libro de la *Sábia eleccion*, á que remito al lector.

Aquí se miran en campaña dos capitanes, de la una parte Cristo, Señor nuestro, y de la otra Lucifer: el uno, á contraposicion del otro, llama soldados y echa pregon, con qué sueldo, y á qué fin se ha de militar y pelear bajo de su vandera: cada uno ofrece sus bienes; el uno presentes, (es verdad) pero mezquinos y breves; el otro algo lejos, como venideros, pero ciertos, cuanto lo es el mismo Dios, pues son eternos. Ahora vos, antes de estender la mano á coger los unos o los otros, antes de entrar el pie en la cade-

na de Luzbel, ó el cuello en el yugo de Cristo, miradlos bien, y afrontad unos con otros. Cierto es, que al ver que la paga de Luzbel, (aun cuando él la diese) no es otra cosa, que un corto bien, y un gran mal eterno; al contrario, la de Cristo es un corto padecer, y un gozar sin fin, sin duda cobrareis grande ánimo para no dejaros llevar de las engañosas ofertas y vanas promesas del demonio, y seguir de veras al Salvador.

Ponganse, pues. delante de los ojos Lucifer, príncipe de las tinieblas y tirano del mundo, que enmedio de Babilonia está sentado sobre un trono lleno de fuego y humo, al rededor un cortejo terrible de demonios, conjurados á hacer daño al género humano, y á destruir el reino de Cristo. Mírese lo horrible de su semblante. la frente altiva y llena de soberbia, los ojos fieros y encendidos, á guisa de cometas, la boca sangrienta y arrabiada, que está respirando amenazas y estragos, como admirablemente lo pinta Job: *De ore ejus lampades procedunt, sicut taedae ignis accense: de naribus ejus procedit fumus, sicut ollae ferventis: halitus ejus prunas ardere facit.* Pues si bien él por sí mismo, (á ley de espíritu) no tiene forma alguna corporal; no obstante, cuando toma alguna para aparecerse, es espantosa, proporcionada á la monstruosa condicion de su espíritu: y si tal vez toma alguna forma juguetona ó lisongera, para atraernos con engaños, sus juegos acaban en terrores y espantos, y la vana apariencia en estragos y ruinas. Viene como serpiente de hermoso color y forma alhagüeña, que juega y abraza para escupir su veneno. *Arridet, ut saeviat* (dice san Cipriano) *blan-*

ditur, ut occidat: arridentis nequitiae facies quidem laeta; sed blandientium malorum virus est occultum.

Aquí levanta y tremóla su vandera, cuya insignia son pintadas en ella figuras feas, placeres abominables, odios, homicidios, tesoros, que se desvanecen y páran en humo. Convida con un tono de voz formidable, y juntamente lisonjera, á los míseros mortales, para que le sigan: *Venite, et fraumur bonis.* (SAP. 2.) venid conmigo á gozar de los bienes que os ofrezco, daos á los pasatiempos, mientras os lo permite la juventud: coronaos de rosas, antes que se marchiten; *Nullum pratum sit, quod non pertranseat luxuria nostra:* no hay flor de deleite, que no se coja: alargad las riendas al apetito, ya que sois de naturaleza deleznable.

Poneos en grande estimacion en el mundo, porque los honores y dignidades son los verdaderos bienes del hombre: poned todo vuestro estudio é industria en adquirir y amontonar riquezas, que son el único medio para haceros grandes en la tierra, y para comprar los placeres, que regalan los sentidos: yo no pongo otras leyes a mis soldados que los dictámenes de su concupiscencia, y vivir al gusto.

Estas, y peores máximas propone Lucifer, derechamente opuestas á los preceptos de Cristo, para arruinar el mundo. A tanto le estimula el odio implacable contra Dios, cuya justicia vengadora experimenta: y quisiera, á pesar suyo, privarle del servicio y obsequio de sus criaturas: despues la ambicion de su soberbisimo espíritu, á fin que los hombres antes le sirvan á él, cruelisimo tirano, que al Criador, su legítimo Rey. Finalmente, le punza la rabiosa envidia, porque el hombre no llegue á gozar la felicidad del cielo, de que él cayó con eterna ruina.

Pero no se contenta Lucifer con llamar y convidar quien le siga bajo de su vandera; envia por todas partes innumerables legiones de demonios á que atraigan gente á su partido. Id (les dice) fieles ministros mios, á alistar soldados bajo de mis estandartes: no veis, que el crucificado dilata cada dia mas su reino, y por medio de unos vilisimos pescadores nos roba el dominio, que reinamos sobre la tierra? ¿Hemos de sufrir que se enarbole la cruz, donde se veneraban nuestras insignias y armas? Y que hombres hechos de barro suban á ocupar en el cielo aquellas sillas, de donde nosotros, espíritus nobilisimos, fuimos arrojados? Id, pues, oponeos á sus designios, apartadlos de las empresas de la virtud: donde no valiere la fuerza, valga el engaño: encended el ansia de las riquezas, que son lazos muy poderosos para traher los menos advertidos á nuestro bando: acalorad el ardor del apetito, que es el estímulo mas eficaz para los deleites sensuales: ponedles honores, aplausos, dignidades, que son cebos muy agradables para pescar los corazones humanos: en una parte colgad baratijas, y bujerias licenciosas, en otra esparcid odios mortales: pregonad convites regalados á la gula: poned ocasiones de amores torpes: no haya honestidad segura de vuestros asaltos, ni virtud libre de vuestros engaños. En suma, aquel será mas valiente soldado mio, que volviere con mas copioso botin de almas rendidas.

A tal exhortacion de Luzbel, ¡qué malignos alientos no conciben los demonios? ¿Con qué ra-

bia se aprestan á sus malvadas empresas con aquellas tres armas, que apuntó san Juan' *Concupiscentia carnis, et concupiscentia oculorum, et superbia vitae!* Los apetitos de la carne, que son la gula y la lujuria; la concupiscencia de los ojos, que es la codicia de riquezas; la soberbia de la vida, que es la ambicion de las honras. A esto atienden, ya con instancias violentas, á fuer de leones, que bramando dan vueltas, y buscan á quien tragar; ya con ocultos engaños se insinúan como aspides lisonjeras, para envenenar á lo escondido. Cierto es, que san Antonio vió al mundo por todas partes, de alto á bajo, sembrado de lazos, lleno de demonios, engañosos cazadores de las almas. Y san Agustin, sobre aquel texto de la Sabiduria: (ECLE. 9) *Im medio laqueorum ambulas,* nos avisa. *ecce ante pedes tetendit laqueos infinitos. Ecquis effugiet? Laqueos posuit in divitiis, laqueos in conversationibus, &c.*

Mira que el demonio por todas partes ha puesto escondidos lazos á tus pies, lazos en las riquezas, lazos en los placeres, lazos en las conversaciones, lazos en los convites. ¿Quién podrá escapar sin enredarse y quedar preso en ellos? Mas el estudio principal pone el enemigo en ocultar todo el mal debajo de apariencias de bien; esconde el anzuelo traidor en el cebo de los placeres, y hace creer, que él será bien servido, y con eso paga los trabajos de quien militare á su sueldo.

¡O cuántas pobres almas, engañadas de sus falsas promesas, corren de tropél á alistarse en sus estandartes! ¡Cuántos, atrahidos y alhagados del canto de estas maliciosas, pero lisonjeras sirenas, van á dar y perderse en los escollos de la ini-

quidad y perdicion! ¡O quien tuviera un poco de zelo de la gloria de Dios y de las almas! ¡Cómo lloraria los errores y las ruinas de tantos jóvenes inocentes, de tantas doncellas puras, que en la flor de sus años, engañadas de tales promesas, han vuelto las espaldas al Salvador, por seguir á los traidores demonios! *Dederunt dilectam animam suam in manu inimicorum ejus.* ¡Ay infelices hijos de Adán, no os dejeis tan de priesa, á ojos cerrados, arrebatar de los alhagos de Lucifer, sin reconocer primero qué premios son los que os mueven á escoger su partido!

Son sin duda aquellas ostentaciones liberales de riqueza, de placeres, de honras, tras de los cuales andais ciegamente perdidos; pero advertid bien, que estas ofertas, estas lisonjas, tan conformes con vuestro genio depravado, y que tanto condescienden con todos vuestros irracionales deseos, son manifiestos e irrefragables indicios de que ellos os quieren hacer traicion y destruir: *Decipientium maximè ópus hoc est* (dice san Juan Crisóstomo) (HOM. 16. AD POP.) *prius suavia proponere, ut mox inferant tristia.* Todos los traidores tienen por costumbre introducirse con algun embite agradable á los sentidos. Caín mató alevosamente á Abél, convidandole á la recreacion alegre del campo, *egrediamur in agrum,* para quitarle allí mas á su salvo la vida. Tambien Dalila hizo mil caricias á Sanson; y habiendole rendido, le entregó despues á la furia rabiosa de sus enemigos. Judas se introdujo á Cristo con la salutacion, y con el ósculo de paz, para echarle un lazo al cuello, y prenderle.

¿Qué importa que Lucifer os prometa liberal, y aun os arroje al seno todos sus bienes, si to-

dos son bienes engañosos, bienes envenenados, bienes, que de tales no tienen mas, que el sobreestrito y apariencia: bienes, que Salomón, despues de haberlos gozado todos, hasta hartarse, al fin los definió, no solo vanos, sino la misma vanidad y afliccion congojosa del ánimo: *Vanitas vanitatum, afflicto spiritus?* Tengan, (demos que sea verdad) tengan los secuaces de Lucifer placeres, con que desfogar sin freno los bochornos de sus sentidos; mas con los placeres van muy de ordinario juntas gravisimas enfermedades, y mas intolerables remordimientos de conciencia. Tengan riquezas, con que grangear abundancia de comodidades, y adelanten sus desordenados intentos; pero con las riquezas van inseparables los cuidados y fatigas, los temores de que falten, los estímulos de las tentaciones, las raices de muchos vicios. Tengan en buenhora honras, con que hacerse grandes sobre la tierra, y ganar gran reputacion y estimacion entre los hombres; pero con las honras van á la gurupa las implacables rencillas, las inquietudes del ánimo, el incentivo de la soberbia, tan aborrecida y castigada de Dios y de los hombres.

Mas: sean bienes deleitables, sean útiles, sean gloriosos; y ¿cuánto durarán ellos? Son mas duraderos, ó mas estables que la vida? Y no es verdad, que los secuaces de Luzbel, *ducunt in bonis dies suos, et in puncto ad inferna descendunt* gozan por pocos dias esos bienes, y despues en un momento son precipitados al infierno á experimentar eternos males? Son estos bienes como las dulces aguas del Jordan, que despues de breve curso van á parar al mar muerto y hediondo. Son como las bebidas de Circe,

que se brindaban en vasos dorados, rociados de licores suaves; mas en bebiendolas se sentia mortalmente envenenado el corazon. (PLUT. IN LUCUL.) ¿Quién escogeria la diadema de la reina Monima, si despues de haberla tenido en la cabeza, la hubiese de servir, como á ella, de dogal, que la ahogase? Si, pues, á un breve gozar ha de seguir y succeder un eterno penar, *extrema gaudii luctus occupat,* ¿cómo seremos tan locos, tan enemigos de nosotros mismos, que nos queramos entrar á servir á tan barbaro y pérfido tirano, porque nos promete largamente tales bienes, sabiendo por tantas experiencias, que no sabe cumplir sus promesas? Nos dará Lucifer el premio, que Mahometo I. dió á un capitan renegado. Este, despues de haber entregado á Constantinopla, pasó de las tropas criatianas á las vanderas Turquescas, y arrojó la cruz por tomar el turbante.

Mahometo, despues que en premio de la traicion le habia prometido casarlo con una hija suya, le dijo: Que habiendo sido bañadas sus carnes con el agua del Bautismo, contra la ley de Mahoma, queria, que antes de las bodas fuese desollado vivo, para que depusiese la piel bautizada. Así lo dijo, y asi lo hizo, con increible pasmo y tormento del infelisisimo cristiano. Tales premios pueden esperar los que despues de haberse alistado en las vanderas del Salvador por el Bautismo, se atreven traidoramente á pasar á los reales de Lucifer. Mas quien deberas quisiere huir de tal paga, aprenda con tiempo á conocer los engaños y embelecos de Lucifer. Tomemos el consejo de la Sabiduria, que tan advertidamente nos exhorta á huir y aborrecer los

caminos que él nos muestra, y no emplear la vida en servir á un tirano, tan pérfido, como cruel: *Longè fac ab eo viám tuam, et ne des anuos tuos crudeli:* (PROV. 5.) de otra suerte, la mayor culpa, á la verdad, no será del que hace traicion, sino de quien á ojos abiertos se deja entregar al enemigo.

§. II.

VANDERA DE CRISTO.

Mirémos ahora de la otra parte á Cristo, Salvador del mundo, que en un sitio humilde junto al templo de Jerusalén, con un modo suavísimo llama y convida á que le sigan. Mirad cuán amable es su semblante sobre todas las bellezas del mundo: *Speciosus forma prae Filiis hominum.* En su frente tiene asiento la Magestad, pero humilde; en sus ojos reina la alegria, pero modesta; de sus labios destila dulzura, pero que no empalaga; de sus manos salen las gracias, pero sin interés: en suma, él es *totus desiderabilis.*

Corónanle al rededor sus queridos discipulos, pendientes de su boca á oír y recibir palabras de vida eterna: *Verba vitae aeternae.* Tiene enarbolado el estandarte de su cruz, *in quo est salus, vita, et resurrectio nostra.* Convida con dulcisimas palabras á seguirle y ponerse de su vanda. *Venite ad me omnes:* Venid á mí (dice) todos los que estais fatigados y agravados, que yo os daré aliento, descanso y refeccion. Tomad mi yugo sobre vuestros hombros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazon; porque mi yugo es suave, y mi peso es ligero. Es verdad,

que nos muestra la cruz, debajo de la cual debemos militar; pero juntamente nos avisa por medio de su siervo Tomás de Kempis: „En la cruz „está la salud y la vida; en la cruz está la de„fensa de nuestros enemigos, y la gracia de „las consolaciones celestiales; en la cruz se ha„lla la fortaleza del corazon, el gozo del espíri„tu, la perfeccion de las virtudes, y la esperan„za de la bienaventuranza eterna.

Es verdad, que Cristo impone á sus secuaces leyes á prima faz muy duras; *Abneget semetipsum, tollam Crucem suam, et sequatur me:* porque el negarse á sí mismo es una renunciacion de todos los placeres del sentido, un abandono de las riquezas superfluas, un desprecio de los vanos honores. Mas: el tomar la cruz es una preparacion del ánimo á tolerar las cosas contrarias al genio de la naturaleza, la penitencia y mortificacion del cuerpo, la pobreza de espíritu, la humildad de corazon; las cuales se oponen directamente á los tres genios de apetitos, que sugiere el demonio.

Pero tambien es verdad cierta, que si Cristo pide cosas dificultosas, nos concede juntamente gracias extraordinarias para facil y suavemente ejecutarlas; como divinamente advirtió san Leon: *Justè nobis instat praecepto, qui praecurrit auxilio.* (SERM. 16. DE PASS,) Dá á los que le siguen tal abundancia de ayudas y socorros divinos, que no solo hacen fáciles, sino alegres y deleitables los ejercicios de las virtudes. Convida el Salvador al desprecio de las riquezas, y amor á la pobreza; mas al mismo tiempo reparte tal gracia para tolerar la falta de los bienes humanos, que san Luis, de Primogenito del rey Carlos de

caminos que él nos muestra, y no emplear la vida en servir á un tirano, tan pérfido, como cruel: *Longè fac ab eo viám tuam, et ne des anuos tuos crudeli:* (PROV. 5.) de otra suerte, la mayor culpa, á la verdad, no será del que hace traicion, sino de quien á ojos abiertos se deja entregar al enemigo.

§. II.

VANDERA DE CRISTO.

Mirémos ahora de la otra parte á Cristo, Salvador del mundo, que en un sitio humilde junto al templo de Jerusalén, con un modo suavisimo llama y convida á que le sigan. Mirad cuán amable es su semblante sobre todas las bellezas del mundo: *Speciosus forma prae Filiis hominum.* En su frente tiene asiento la Magestad, pero humilde; en sus ojos reina la alegria, pero modesta; de sus labios destila dulzura, pero que no empalaga; de sus manos salen las gracias, pero sin interés: en suma, él es *totus desiderabilis.*

Corónanle al rededor sus queridos discipulos, pendientes de su boca á oír y recibir palabras de vida eterna: *Verba vitae aeternae.* Tiene enarbolado el estandarte de su cruz, *in quo est salus, vita, et resurrectio nostra.* Convida con dulcisimas palabras á seguirle y ponerse de su vanda. *Venite ad me omnes:* Venid á mí (dice) todos los que estais fatigados y agravados, que yo os daré aliento, descanso y refeccion. Tomad mi yugo sobre vuestros hombros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazon; porque mi yugo es suave, y mi peso es ligero. Es verdad,

que nos muestra la cruz, debajo de la cual debemos militar; pero juntamente nos avisa por medio de su siervo Tomás de Kempis: „En la cruz „está la salud y la vida; en la cruz está la de„fensa de nuestros enemigos, y la gracia de „las consolaciones celestiales; en la cruz se ha„lla la fortaleza del corazon, el gozo del espíri„tu, la perfeccion de las virtudes, y la esperan„za de la bienaventuranza eterna.

Es verdad, que Cristo impone á sus secuaces leyes á prima faz muy duras; *Abneget semetipsum, tollam Crucem suam, et sequatur me:* porque el negarse á sí mismo es una renunciacion de todos los placeres del sentido, un abandono de las riquezas superfluas, un desprecio de los vanos honores. Mas: el tomar la cruz es una preparacion del ánimo á tolerar las cosas contrarias al genio de la naturaleza, la penitencia y mortificacion del cuerpo, la pobreza de espíritu, la humildad de corazon; las cuales se oponen directamente á los tres genios de apetitos, que sugiere el demonio.

Pero tambien es verdad cierta, que si Cristo pide cosas dificultosas, nos concede juntamente gracias extraordinarias para facil y suavemente ejecutarlas; como divinamente advirtió san Leon: *Justè nobis instat praecepto, qui praecurrit auxilio.* (SERM. 16. DE PASS.) Dá á los que le siguen tal abundancia de ayudas y socorros divinos, que no solo hacen fáciles, sino alegres y deleitables los ejercicios de las virtudes. Convida el Salvador al desprecio de las riquezas, y amor á la pobreza; mas al mismo tiempo reparte tal gracia para tolerar la falta de los bienes humanos, que san Luis, de Primogenito del rey Carlos de

Nápoles, hecho pobre religioso Franciscano, decia: que le era mucho mas sabroso un pedazo de pan bazo, recogido de limosna, que las delicias de la mesa real. Exhorta á la continencia y castidad; pero con tan eficaces socorros conforta la flaqueza de la carne, que san Agustin, despues de haber experimentado tantos deleites sensuales, sentia mayor gusto en vivir careciendo de ellos, que cuando soltaba la rienda al apetito: *Voluptates, quas amittere metus fuerat, jam dimittere gaudium erat:* (LIB. 8. CONFESS.) Persuade el Salvador huir de las honras, y tener afecto á la humildad; pero con tanta eficacia alienta los corazones débiles, que santa Isabél, reina de Ungria, tenia por mayor gloria el ser ultrajada, que cuando antes era honrada y reverenciada en el trono.

Quiere, que con fatigas y sudores apostólicos nos industriemos en ganar almas á su servicio: *Omnes Christo lucrifacere.* Para estas industrias apostólicas, busca por todas partes compañeros. A ellas convida con empeño á sus secuaces. Mas despues les endulza el trabajo con tantos consuelos, que san Francisco Xavier en las arduas empresas de su trabajosisimo apostolado, se veia obligado á exclamar: *Basta, Señor, basta: Satis est, Domine, satis est.* No mas gustos, mi Dios, no mas, que mi corazon no es capaz de tantas delicias del cielo. ¡Oh, que las mortificaciones, las penurias, las deshonras, que tal vez se padecen por seguir la vandera de Cristo, son recompensadas con tantos regalos de espíritu, que siempre corren á las parejas los trabajos y los consuelos de sus soldados, que bien pueden decir con el real Profeta: *Secundum multitudinem dolorum*

in corde meo, consolatione tuae laetificaverunt animam meam. Mas: no se contenta el Apostol con decir, que corresponde puntual una consolacion igual á aquel poco de tristeza, que se padece por Dios, sino protesta ser cien veces mayor la avenida de gozo, que la gota de afliccion: *Superabundo gaudio in omni tribulatione mea.*

Con todo eso, supongamos que el Salvador no quiera favorecer con gracias extraordinarias ahora á los que le siguen, ni endulzar la amargura de su Ley con el maná de sus celestiales dulzuras. Finjamos, que el divino Capitan diga á sus soldados: *Non veni pacem mittere, sed gladium.* Guerra os intimo, que hagais guerra al mundo, guerra á vosotros mismos. En esta vida, por amor de mí, os habeis de privar de estos bienes tan buscados, tan agradables, tan apetecidos, por entrar en una milicia trabajosa, dificil, molesta, sin alivio, sin conorte alguno: *Plorabitis, et flebitis vos, mundus autem gaudebit.* Yo, soldados mios, os convido á lágrimas, á dolores, á padecer; cuando al contrario, el mundo os llama á sus festines y divertimientos.

Vosotros habeis de gemir debajo del peso de la cruz: el mundo os dará á gozar todo el campo de sus placeres; pero notad bien el trueque que debe al fin suceder, porque *tristitia vestra vertetur in gaudium,* vuestro breve padecer presto se cambiará en un eterno gozar: á la breve batalla seguirá un eterno triunfo: *Estote fortes in bello, et accipietis Regnum aeternum:* Pelead valerosamente, que os espera un reino eterno. Cuando al contrario: *Gaudium mundi vertetur in tristitiam,* todas aquellas transitorias alegrias del mundo, se reducirán á eternos llantos. Muy presto se-

rán castigados los gustos de una vida caduca con penas atrocisimas de una muerte sempiterna é inmortal. Si el Redentor así les dijese á sus secuaces, y los quisiese afligir de presente, para despues premiarles en lo venidero; con todo eso, ¿no deberian entrar gustosos en el partido, y alistarse debajo de sus vanderas? ¿La felicidad de un término bienaventurado sin fin, no debia ser poderosa para facilitar cualquier camino áspero? ¿Cómo podremos, sin pelear y sin padecer, pretender aquel cielo, que costó á las vírgenes tantas mortificaciones, á los confesores tantas penitencias, á los mártires tanta sangre? ¿No es verdad lo que dijo Pablo, que no equivalen, ni igualan todas las penas y aflicciones de esta vida á la grandeza de la gloria, que esperamos? *Non sunt condignae passionis hujus temporis ad futuram gloriam, quae revelabitur in nobis.*

Mas no obra así con sus soldados el Capitan del cielo. Es así, que les tiene preparado un gran premio en la otra vida despues de la victoria; pero no por eso en la presente, que es tiempo de batalla; no por eso, (digo) deja de repartirles un gran donativo de sus gracias, un sueldo copioso, y de anticiparles dulcisimos confortativos enmedio de sus trabajos, y convertir las pocas mortificaciones del cuerpo, en unos sumos gozos del espíritu. Usa el Salvador con sus secuaces lo que usó Dios con el pueblo de Israel. Habiale prometido una tierra tan feliz, que manase leche y miel, y abundase de todas las delicias. ¿Y con cuánta abundancia les asistió y proveyó, aun en el desierto, cuando caminaban á la tierra prometida? Bien pudiera justamente decirles: Por ahora, mientras dura el viage, tened un poco de pa-

ciencia; no tengais por muy pesado pasar lo mejor que pudiereis con yerbas silvestres y raices amargas, que encontrareis: Vendrá despues, y presto, el tiempo en que gozareis los deliciosos y regalados frutos, los sabrosos manjares de aquella afortunada tierra: pero ni lo dijo, ni lo hizo Dios así. Hízoles prevision, aun en el desierto, por aquellas sendas ásperas y molastas, de un pan del cielo, tan abundante como gustoso: *Pluit illis Menna ad manducandum: Panem Coeli dedit eis.* (PSALM. 77.)

Labró para ellos un maná, que encerraba en sí todas las suavidades y sabores, sirviendo, no solo á la necesidad del sustento, sino tambien á las delicias del paladar. No de otra suerte nuestro Redentor; si bien tiene preparado á sus siervos en el paraiso aquel torrente de nectar celestial; con todo eso, aun en este desierto, les reparte con grande abundancia sus dulzuras para sustentarlos briosos en sus trabajos.

Y con todo eso, no consigue el Salvador atraer muchos á sus vanderas. Aman mejor los cristianos militar al infeliz sueldo de Lucifer, por la miseria de algunos bienes suyos, amargos y caducos, que al sueldo de Cristo, por la abundancia de bienes purisimos, alegrisimos y eternos. Antes quieren ser esclavos de un fiero tirano, que por una vida llena de mil trabajos, los lleva á una muerte eterna, que siervos de su legítimo Señor, é hijos de su amorosisimo Padre, que con tantas gracias, y por medio de tantas consolaciones, los conduce á una vida bienaventurada.

No fueron solos los pérfidos gentiles los que gritaron: *Nolumus hunc regnare super nos.* No lo queremos por nuestro Rey. Ni solo los judios

antepusieron á Barrabás, homicida, á Jesus, Salvador; peor lo hacen algunos cristianos: si nó con las palabras, á lo menos con las obras, se niegan al reino de Cristo, huyen de ser sus vasallos, y escogen antes la esclavitud de un tirano, que la filiacion de Dios. ¡O rebelion afrentosa! ¡O ultrage gravísimo, que se hace al Rey del cielo! Y así, Lucifer, ufano y jactancioso, hace á Cristo aquellos improperios que pinta san Cipriano: *Ego pro istis, quos mecum vides, flàgella non accepi, &c.* Mira, ¡ó Cristo! cuantos siguen mi vandera. Yo no me hice hombre por ellos: no he padecido por ellos ni un trabajo; no he derramado por ellos una gota de sangre; y con todo eso, me siguen á tropas, con todo eso, á vandadas toda esa muchedumbre abraza gustosa el servirme.

Tú, por ellos, te vestiste de carne humana, has derramado tantos sudores y tanta sangre, y has llegado hasta morir en una afrentosa cruz por su amor. Mas ¡qué séquito tiene tu estandarte? ¡Qué pocos militan debajo de tus vanderas, y se aplican á servirte! *Ego nec Regnum illis Coeleste promitto.* Yo no les prometo el reino de los cielos; antes, por un camino sembrado de miserias, los guio á un infierno de penas. No obstante eso, tengo un número innumerable de secuaces, que viven á mi mala paga. Tú les ofreces un reino de felicidad, comprado á costa de tu Sangre; y alhagandoles con mil favores, les convidas á reinar contigo en la eterna gloria: mas ellos brutamente te vuelven las espaldas. Mas quieren ser conmigo infelices, que dichosos contigo. Esta es la lealtad de tus cristianos. De esta suerte corresponden á tus beneficios.

¡Oh! ¿y hemos de sufrir que el demonio zahiera así al Salvador? ¿No nos resolveremos una vez volvernos á su partido? Si no acaban de movernos tan indignas y afrentosas palabras de Lucifer, dénos el último empellon las justas quejas de Cristo, expresadas á santa Brígida en una triste y dolorosa aparicion: *Nunc ex toto neglectus sum, et tamquam Rex à proprio Regno expulsus, in cujus loco latro pessimus electus est:* Yo estoy abandonado de mis cristianos, y depuesto de mi reino, por colocar en él á un pésimo ladron. Decidme, ó profesores de mi fé, qué habeis descubierto en mí de mal, para abandonarme? *Quid mali feci?* Si no es que conteis por mal el haberos criado, el haberos mantenido la vida, el haberos enriquecido con tantos beneficios. Y mi enemigo Lucifer, ¿qué bien os ha hecho, para que con tanta ansia y afecto le sigais? ¿Os ha dado él alguna mejor vida? ¿Os ha rescatado á costa de su sangre? Haced que muestre las heridas que por vosotros ha recibido, las fatigas que por vuestra salud ha tolerado. ¡Ay! que *non ille, sed ego redimi vos.* Yo sí, que puedo mostraros mis pies, cansados de tantos viages por buscaros: mis manos llagadas por haceros beneficios: mi cabeza atravesada de espinas, por daros ósculo de paz: mi costado abierto, por acogeros y entraros en mi corazon: *Ego redimi vos sanguine meo. Ego emi vobis haereditatem aeternam passione mea.* ¿Qué motivo, pues, teneis para revelaros contra mí, que he padecido tanto mal, por haceros tanto bien? ¿Qué razon para seguir á mi enemigo, que lo es tambien vuestro, y no pretende otra cosa sino vuestra perdicion? *Quid causae est, quod inimico meo, vestroque libet magis*

servire, quam mihi? Menos mal seria no haberme hecho juramento de fidelidad en el bautismo, que revelarse despues contra mí, como si en mi servicio hubieseis hallado algunos malos tratamientos. Ahora, si no cuidais, ni teneis compasion de mis lágrimas, de mis fatigas y de mi sangre, á lo menos cuidad de vuestra salud, que perdeis, de vuestra eterna condenacion, adonde os lleva Lucifer. Mucho me aflige el ver que me dejais; pero mas me congoja vuestra ruina: *Perdere animas àdeò dilectas.*

¿Y tendrémos aliento para oir estas justisimas quejas del Redentor sin conmovernos? ¡Ay, no, mi Dios! Veisme aquí resuelto á librarme de esta dura esclavitud de Satanás: *Vade retrò Satana.* Muy engañado me han tenido sus falaces promesas de placeres, de riquezas y honra, fingiendo en ellas el bien que no tienen, y ocultando el mal que acarrean. Avergonzado sumamente estoy de mi deslealtad en huir el reclamo, que tantas veces, (Dios mio) me habeis hecho al corazon, en rebelarme de vuestro felicisimo estandarte. ¡Oh, cómo merecia yo, que vos me volvieseis las espaldas, y me despidieseis, y arrojaseis de vuestro servicio! Mas ya que vuestra Bondad quiere vencer mi ingratitud, y me renovais la gracia de vuestro llamamiento, veisme aquí prontisimo á seguir vuestra fidelisima guia para el cielo. Escojo antes padecer con vos, que gozar con el mundo. Vuestro tengo de ser á toda costa de pobreza y de humillaciones. Debajo de vuestra cruz quiero en adelante militar. Alistadme con vuestra Sangre entre vuestros mas elevados soldados. Armadme con vuestra poderosa gracia, para que pueda alcanzar victoria de los enemigos y de mí mismo.

§. III.

EJEMPLO.

Doña Catalina de Sandovál, una de las mas estimadas señoras de España, en la primera flor de sus años estuvo mucho tiempo dudosa, sobre qué estado de vida habia de seguir, y debajo de qué vandera debia militar. Por una parte el demonio la proponia las raras prendas, de que era dotada, de hermosura y donaire, las comodidades de sus riquezas, lo dulce de los placeres, y la gloria de las honras que podia gozar en el mundo. Por otra parte, Cristo la sugeria la belleza, pero ardua, de las virtudes, el amor de la pobreza, la mortificacion de los sentidos, el desprecio de la gloria vana. Dudosa entre estas dos escuadras de objetos contrarios, no acertaba á resolverse; pero entretanto, dejandose llevar del torrente del mundo, sin resolucion de seguir la vandera de Lucifer, con las obras huia de la de Cristo, hasta que poco á poco se dejó dominar del amor del mundo. La vanidad era el elemenso en que vivia, y el aire que respiraba. Vestir galas, inventar nuevas modas, y trazas de mostrarse hermosa, gustar de trages pomposos y de ostentacion, asistir á todas las fiestas públicas, y dejarse ver con gusto de los ojos de todos.

Las muchas prendas naturales, que tenia, movieron á muchos caballeros de grande esfera á pedirla por esposa: mas ella altiva, por sus mismas prerrogativas, ponia altisimo el punto, y respondia soberbiamente, que no habia de admitir á sus desposorios, sino una Testa coronada, ó de sangre real.

Uno, entre otros, que tenia mayor ansia de grangearla, prometió un gran regalo á una doncella, que la servia de camarera, si tenia ánimo y traza para persuadir á Doña Catalina, que le admitiese por marido. La doncella se valió de todos los artificios imaginables para introducir en la gracia de la dama aquel caballero; pero siempre en vano. No obstante, no perdió el ánimo; y una mañana, entrando en la cámara de su señora á darla los buenos dias, y haciendo que viese la luz, con abrir la ventana, la dijo: ¡O señora, qué bravo sueño he tenido esta noche! Me parecia que estaba viendo unas magnificas fiestas á las bodas de V. Señoria con Don (nombrandole al caballero) y proseguia á decirla alabanzas, y ponderar sus prendas. Aquí Doña Catalina, gravemente indignada, la arrojó de su presencia con ásperas palabras, amenazandola con mas que palabras, replicando: ¿No te tengo dicho, que ninguna persona del mundo podrá lograr mi amor, si no es rey, ó de real sangre? Dicho esto, se puso una ropa ligera, y levantandose de la cama, se puso á pasear por la sala, revolviendo soberbiamente en su ánimo, que para ello no bastaban muchas riquezas, que eran menester honores reales. Cuando en el mismo punto de ensoberbecerse, levantó por buena suerte los ojos á un crucifijo, que tenia en la sala; y al mirarle la cabeza coronada de espinas, y leer el título: *Jesus Nazarenus Rex Judaeorum*, se sintió interiormente llamada á tomar aquel soberano Rey por Esposo, y que la decian: Veis aquí al Rey que andas buscando, y te desea y ama mas que ningun otro. Paróse á mirar con ojos piadosos al crucifijo, y su corona de espinas, aquel Corazon

herido, aquellas Manos llagadas, y todos los miembros llenos de cardenales. Y repitiendo el mirarle, oyó una voz, que resonó en las orejas del cuerpo, mas hizo éco grande en el corazon, y la dijo. *Tu me conseguiras así.* Entonces, ó fuese reverencia, ó espanto, que atemorizó á Doña Catalina, ella quedó asombrada de aquellas palabras, que no sabia de donde salieron; cuando vió, que el Señor, acercandosele amorosamente, añadió: *Yo soy, no quieras temer. Ego sum, noli timere.* Por donde avivandose y cobrando aliento, se puso de rodillas: y volviendo al Salvador, le dijo: Señor mio, bien sabeis cuanto he huido de vos, y seguido las vanderas del mundo; ya desde este punto me rindo toda á vuestra cruz: os acepto por mi Esposo, así como lo quereis, coronado de espinas, y lleno de heridas y llagas por mi bien. Despídome de todo amor del mundo: y os entrego á vos únicamente mi corazon, rogandoos, que no le dejeis jamás salir de vuestra mano, de suerte. que de aqui adelante sea todo totalmente vuestro. Sea testigo de esta mi resolucion y perpetua donacion, la Reina del cielo, mi Señora, con toda la corte celestial. Entonces estendió Jesucristo el brazo derecho ácia Catalina, como para abrazarla y tomarla por su purisima esposa, diciendola: Este brazo, en que está mi sumo poder y fortaleza, te le doy, para que tú, confortada y fortificada con él, puedas con valor ejecutar mi voluntad, y vencer á tus enemigos, manteniendome la palabra que me has dado.

Así esta grande alma, volviendo las espaldas á Lucifer, se dió al punto á seguir á su Esposo coronado de espinas. Y porque no es decente, que coronada de espinas la cabeza, los miem-

bros sean delicados, como dice san Bernardo: *Non decet sub capite spinoso, membrum esse delicatum,* empezó á atormentar con asperisimas penitencias su delicadisimo cuerpo. Las riquezas, los honores, los placeres que antes le sugeria y ofrecia el demonio, fueron despues aborrecidos de su espíritu mas que la muerte. Al contrario, la pobreza, las mortificaciones, los desprecios, á que la llamaba Cristo, eran todas sus delicias endulzadas con extraordinarios consuelos del Espíritu Santo: hasta que viviendo vida religiosa algun tiempo en el siglo, pasó á vivir como santa en la religion, súbdita muy estimada de santa Teresa; y para continua memoria de haber escogido por Esposo á Jesucristo, se llamó Catalina de Jesus: *Ut quoties nomen suum audiret, recordaretur, quem amaret, et imitari deberet.*

Lease á Tomás de Kempis lib. 3. *cap.* 56. Que debemos negarnos á nosotros mismos, é imitar á Cristo por la cruz.

LECCION XII.

DE LA INSTITUCION DEL SANTISIMO SACRAMENTO.

Si bien todas las empresas de Jesucristo fueron finezas de amor para con los hombres; pero una se lleva la ventaja á todas las demás, que es la institucion del Divinisimo Sacramento, en que la divinidad, (como habla el santo Concilio Tridentino) derramó sobre nosotros las riquezas de su amor; *Divitias sui ergo nos amoris velut effudit*, cuando la noche antes de su dolorosisima pasion se dejó en perpetuo don á sí mismo. Porque ¿qué mayor ternura de amor; que habiendo de morir por nosotros, y volverse al Padre, no le sufre el corazon vivir apartado de nosotros, y dejarnos solos en este valle de lágrimas? Es verdad, que nos llevaba al cielo impresos en su Corazon, y en breve habia de volver á ver sus escogidos en su reino: con todo eso, sentia tanto apartarse de los hombres, aunque por poco tiempo, que inventó un amorosisimo medio para quedar siempre con nosotros presente en el Divino Sacramento; y no solamente para quedar en un lugar, como cuando vivia en el mundo, sino en tantos lugares, cuantas iglesias hay en todo el orbe, y bajar tantas veces del cielo á visitarnos, cuantas Hostias se consagrasen en innumerables partes de la tierra, multiplicando cada dia su presencia, para mostrar el deseo ardentisimo, y el inmenso gozo de estar con nosotros como en sus delicias: *Delitiae meae esse cum filiis hominum.*

bros sean delicados, como dice san Bernardo: *Non decet sub capite spinoso, membrum esse delicatum*, empezó á atormentar con asperisimas penitencias su delicadisimo cuerpo. Las riquezas, los honores, los placeres que antes le sugeria y ofrecia el demonio, fueron despues aborrecidos de su espíritu mas que la muerte. Al contrario, la pobreza, las mortificaciones, los desprecios, á que la llamaba Cristo, eran todas sus delicias endulzadas con extraordinarios consuelos del Espíritu Santo: hasta que viviendo vida religiosa algun tiempo en el siglo, pasó á vivir como santa en la religion, súbdita muy estimada de santa Teresa; y para continua memoria de haber escogido por Esposo á Jesucristo, se llamó Catalina de Jesus: *Ut quoties nomen suum audiret, recordaretur, quem amaret, et imitari deberet.*

Lease á Tomás de Kempis lib. 3. *cap.* 56. Que debemos negarnos á nosotros mismos, é imitar á Cristo por la cruz.

LECCION XII.

DE LA INSTITUCION DEL SANTISIMO SACRAMENTO.

Si bien todas las empresas de Jesucristo fueron finezas de amor para con los hombres; pero una se lleva la ventaja á todas las demás, que es la institucion del Divinisimo Sacramento, en que la divinidad, (como habla el santo Concilio Tridentino) derramó sobre nosotros las riquezas de su amor; *Divitias sui ergo nos amoris velut effudit*, cuando la noche antes de su dolorosisima pasion se dejó en perpetuo don á sí mismo. Porque ¿qué mayor ternura de amor; que habiendo de morir por nosotros, y volverse al Padre, no le sufre el corazon vivir apartado de nosotros, y dejarnos solos en este valle de lágrimas? Es verdad, que nos llevaba al cielo impresos en su Corazon, y en breve habia de volver á ver sus escogidos en su reino: con todo eso, sentia tanto apartarse de los hombres, aunque por poco tiempo, que inventó un amorosisimo medio para quedar siempre con nosotros presente en el Divino Sacramento; y no solamente para quedar en un lugar, como cuando vivia en el mundo, sino en tantos lugares, cuantas iglesias hay en todo el orbe, y bajar tantas veces del cielo á visitarnos, cuantas Hostias se consagrasen en innumerables partes de la tierra, multiplicando cada dia su presencia, para mostrar el deseo ardentisimo, y el inmenso gozo de estar con nosotros como en sus delicias: *Delitiae meae esse cum filiis hominum.*

Ni se contentó el amor de Jesucristo con esta cercania ó presencia; mas halló un nuevo modo de interiorizarse, y unirse hasta hacerse manjar del hombre para entrarse en sus entrañas, estrecharse corazon á corazon, y transfundir en él las preciosisimas calidades de su Divinidad. Por lo cual parece que esta fineza del Sacramento se aventaja de alguna manera á la Encarnacion; porque en ella, (es verdad) se humilló Dios tanto á sí mismo, que llegó hasta ser hombre: mas en el Sacramento pasa hasta ser alimento del hombre.

Allí llegó á esconder la Divinidad, tomando forma de criatura racional; aquí tomando semejanza de criatura insensible. Por la Encarnacion unióse con una naturaleza particular; pero pura de toda culpa, y llena de toda gracia; en el Sacramento se complace comunicarse á todos, y á cada uno, aun á los pecadores.

Entra en corazones, que le han sido rebeldes, y se entrega íntimamente aun á sus enemigos. Y así el Angélico Doctor santo Tomás, extático de tanto amor, no supo darle otro nombre, que llamarle: *Sacramento de la Caridad, Sacramento de la Beneficencia divina! Sacramentum Charitatis, Sacromentum Beneficentiae!*

Y con mucha razon *Sacramento de la Beneficencia*, porque en él solo nos hace Dios mas beneficio, que en todas las otras obras de su liberalisima Mano. ¿Qué tiene que ver el beneficio que hizo Dios á Adán, cuando le concedió el Arbol de la Vida, con que podia conservarse inmortal, y gozar aquellos perennes frutos, que le hacian feliz en el Paraiso terrenal? ¿Qué comparacion tiene el maná, dado á los hijos de Is-

rael como Pan del cielo, Manjar de los ángeles, porque del rocio celestial, por ministerio de ángeles se formaba? Es verdad, que aquellos frutos, y aquel maná tenian todos los sabores, eran medicina de todas las enfermedades, restauracion de toda flaqueza.

Mas este Pan dá fruto de vida divina, Pan que bajó del cielo de los cielos, obra del Rey de los ángeles, fuente de todas las dulzuras, antídoto contra la muerte: *Qui manducat hunc Panem, vivet in aeternum.* No pudo hallar mayor Don la infinita Sabiduria, ni ejecutar mayor obra la inmensa Bondad; porque no se puede dar cosa mayor, que un Dios. De donde el venerable padre Fr. Luis de Granada, anteponiendo este exceso de amorosisima beneficencia á todos los demás, prorrumpe en estas palabras: „Callen aquí todas „las maravillas de la naturaleza: callen todos los „prodigios de la gracia: porque esta única obra „es sobre todas las obras, y gracia sobre todas „las gracias. ¡O Sacramento maravilloso! ¿Qué „podré decir de tí? ¿Con qué afectos te alaba„ré? Tú eres vida de nuestras almas, medicina „de nuestras llagas, consuelo en nuestros afanes „y trabajos, Memorial de Jesus crucificado, Tes„timonio de su amor, Legado preciosisimo de su „Testamento, compañia de nuestra peregrinacion, „alegria en nuestro destierro, brasa para encen„der el amor del cielo, fuente de donde poder „derivar á nuestros corazones las gracias divinas, „prenda segura de la felicidad eterna. Por me„dio de este Manjar el alma se une con su di„vino Esposo, con él se ilumina el entendimien„to, se afervoriza la voluntad, se despiertan los „buenos deseos, se adormecen las pasiones, se abren

„las fuentes de las dulces lágrimas, y se cobra „un suave vigor y aliento para caminar al mon- „te santo de Sion."

A estas palabras de tan sábio Maestro correspondieron siempre los efectos en los devotos de tan alto Misterio. En san Conrado, Sacerdote, cuyos dedos, que tocaban la Hostia consagrada, quedaban tan resplandecientes, que en la obscuridad de la noche le servian de lucidas antorchas para leer la sagrada Escritura: En la santa virgen Ida, que de la sagrada Comunion concebia en el alma tanto fuego de ardor celestial, que rebosando, hasta en el cuerpo, le encendia los miembros, y esparcia vivas llamas: En la B. Catalina de Génova, que moribunda, al recibir el Santísimo Viático, sintió correr por las entrañas una abundancia y rio de consuelo, que al instante se levantó sana, vigorosa y alegre.

Pero volvamos con san Agustin á ver la admirable invencion del divino Amor en contraponer este Manjar de vida, al otro manjar de muerte. Porque como Adán, comiendo la vedada fruta, acarreó al género humano extremas ruinas, la pérdida de la Justicia original, la rebelion de las pasiones, el destierro de las virtudes en número innumerable de miserias y desgracias; así el Salvador, dando este Manjar celestial, restaura las pérdidas, nos restituye la abundancia de las gracias, sosiega los afectos rebeldes, infunde los dotes de las virtudes, y nos hace partícipes de la bienaventuranza. De aquella fruta dijo Dios: *In quoqumque die cómederis ex eo, morte morieris.* En comiendola, morirás. De este Pan, dice el mismo Dios: *Qui manducat hunc Panem, vivet in aeternum.* El que come este Pan, vivirá eterna-

mente. Mas: así como en la concepcion nuestra, luego que el alma se une con la carne corrompida y manchada, que viene de Adan, participa al punto de sus males y miserias, nace viciada en las potencias, privada de la amistad de Dios, y sujeta á la tirania del demonio; así, tocando la carne virginal de Cristo, renacemos inmaculados llenos de sus bienes. libres de la esclavitud de Satanás, amigos é hijos de Dios. ¡O amorosa invencion de la Suprema Sabiduria! ¡Sacar el antídoto de donde se habia sacado el veneno, y coger la vida en el mismo medio por donde vino la muerte! Mas esto seria poco al infinito amor de Dios, si el bien de Cristo solamente hubiera resarcido el mal de Adán. Con incomparables ventajas le venció. Porque este Sacramento levanta al hombre á una vida divina, y le une por modo inefable con Dios, hasta hacerle un espíritu partícipe de los Tesoros de la Divinidad, segun habla el Redentor: *Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo.* De suerte, que como el alimento natural se cambia y transmuta en la substancia del que le come; así el que se sustenta de este Pan Sacramental y sobrenatural, se convierte y transforma en la naturaleza del Salvador, como él mismo lo dijo á san Agustin: *Non me mutabis in te, sed tu mutaberis in me.* Al modo que el oro, mezclado en los medicamentos, no lo digiere el enfermo, sino queda inviolable en el cuerpo humano, y de allí transfunde sus calidades, y comunica su virtud al corazon; así puntualmente el Cuerpo de Cristo Sacramentado, no se convierte en la calidad del hombre; antes cambia sus afectos y costumbres,

en las costumbres y afectos de Cristo, y esparce por toda el alma y todo el cuerpo, un espiritu de vida divina, como dice san Leon: *Non aliud agit participatio Corporis Christi, quam ut in id, quod sumimus, transeamus.*

¡O excesiva magnificencia de Dios! ¡que despues de haber dado al servicio del hombre, no solo las criaturas de la tierra, mas tambien los ángeles del cielo, llegase el Criador á tal exceso de benevolencia, que se haya dado á sí mismo! ¿Cuándo jamás se ha oido, que una madre, por mas amante que fuese de su hijo, viendole morir de hambre, le diese á comer sus propias carnes por mantenerle la vida, y se sacase su propia sangre para dársela en bebida, y fuese cruel para consigo, por mostrarse piadosa para con él? Estos prodigios estaban reservados únicamente al amor de Dios, que ofreció su Cuerpo á las heridas, y derramó la Sangre, por darnos alimento de vida bienaventurada; aunque bien sabia, que este Sacramento habia de estar despreciado en las iglesias, consagrado de malos Sacerdotes, recibido de impios pecadores, abusado de malvados hechiceros; y finalmente, arrojado á los pies de los brutos. Pero *omnia substinuit propter electos.* El amor le hizo pasar tantos dolores y tantas injurias por disponer este Maná de eterna salud á las almas de sus fieles. La medicina suele ser amarga para el que la bebe, pero no para quien la manda. Mas aquí sucede totalmente al contrario: Jesucristo que la dispuso, tomó para sí todo lo amargo y áspero, y dejó á los hombres todo lo amable y suave. Como aquella madre, que por curar á su chicuelo enfermo, bebe ella la purga y remedio amargo, y no se le dá al hijo, sino mudado en suavisima leche.

Pensad ahora un poco, si la Sabiduria y Bondad del Hijo de Dios podia haber hallado regalo mayor para premiar los incomparables merecimientos de su santisima Madre. Si hubiera querido agradecerle aquellos nueve meses, que le trajo en su purisimo y virginal Vientre: aquella celestial leche, con que le sustentó: aquellos afectuosos obsequios, con que le sirvió toda la vida; y por fin, aquellos terribles dolores, con que le asistió hasta la muerte al pie de la cruz; podia hacerle donativo mas estimable, mas amoroso, mas divino? Cierto es, que Dios no tiene mas preciosa joya que poder dar, ni en el cielo, ni en la tierra, pues es la misma, que gozan los ángeles y los bienaventurados en el Paraiso; con sola esta diferencia, que ellos gozan de Dios á cara descubierta, y nosotros le gozamos con la fe, debajo de la cortina de los accidentes; pero con esta ventaja, embidiada (por decirlo así) de los mismos bienaventurados, que nosotros podemos gozarle como manjar, aplicar la boca á la Llaga de su Costado, estrecharnosle interiormente al corazon, y enriquecernos tambien con sus preciosisimos merecimientos.

en las costumbres y afectos de Cristo, y esparce por toda el alma y todo el cuerpo, un espiritu de vida divina, como dice san Leon: *Non aliud agit participatio Corporis Christi, quam ut in id, quod sumimus, transeamus.*

¡O excesiva magnificencia de Dios! ¡que despues de haber dado al servicio del hombre, no solo las criaturas de la tierra, mas tambien los ángeles del cielo, llegase el Criador á tal exceso de benevolencia, que se haya dado á sí mismo! ¿Cuándo jamás se ha oido, que una madre, por mas amante que fuese de su hijo, viendole morir de hambre, le diese á comer sus propias carnes por mantenerle la vida, y se sacase su propia sangre para dársela en bebida, y fuese cruel para consigo, por mostrarse piadosa para con él? Estos prodigios estaban reservados únicamente al amor de Dios, que ofreció su Cuerpo á las heridas, y derramó la Sangre, por darnos alimento de vida bienaventurada; aunque bien sabia, que este Sacramento habia de estar despreciado en las iglesias, consagrado de malos Sacerdotes, recibido de impios pecadores, abusado de malvados hechiceros; y finalmente, arrojado á los pies de los brutos. Pero *omnia substinuit propter electos.* El amor le hizo pasar tantos dolores y tantas injurias por disponer este Maná de eterna salud á las almas de sus fieles. La medicina suele ser amarga para el que la bebe, pero no para quien la manda. Mas aquí sucede totalmente al contrario: Jesucristo que la dispuso, tomó para sí todo lo amargo y áspero, y dejó á los hombres todo lo amable y suave. Como aquella madre, que por curar á su chicuelo enfermo, bebe ella la purga y remedio amargo, y no se le dá al hijo, sino mudado en suavisima leche.

Pensad ahora un poco, si la Sabiduria y Bondad del Hijo de Dios podia haber hallado regalo mayor para premiar los incomparables merecimientos de su santisima Madre. Si hubiera querido agradecerle aquellos nueve meses, que le trajo en su purisimo y virginal Vientre: aquella celestial leche, con que le sustentó: aquellos afectuosos obsequios, con que le sirvió toda la vida; y por fin, aquellos terribles dolores, con que le asistió hasta la muerte al pie de la cruz; podia hacerle donativo mas estimable, mas amoroso, mas divino? Cierto es, que Dios no tiene mas preciosa joya que poder dar, ni en el cielo, ni en la tierra, pues es la misma, que gozan los ángeles y los bienaventurados en el Paraiso; con sola esta diferencia, que ellos gozan de Dios á cara descubierta, y nosotros le gozamos con la fe, debajo de la cortina de los accidentes; pero con esta ventaja, embidiada (por decirlo así) de los mismos bienaventurados, que nosotros podemos gozarle como manjar, aplicar la boca á la Llaga de su Costado, estrecharnosle interiormente al corazon, y enriquecernos tambien con sus preciosisimos merecimientos.

§. II.

MOTIVOS DE CORRESPONDENCIA Á TAN GRAN BENEFICIO.

Tales finezas de caridad obró el Salvador para obligarnos á amarle en fuerza de su amor, manifestado en una obra de tanta benignidad; pues no hay imán mas atractivo, que un amor para otro amor. Santa Catalina de Sena, cuando habia de comulgar, veia muchas veces en las manos de los Sacerdotes como un horno encendido. Con que no solamente se figuraba aquel exceso de caridad, en que ardia el Corazon de Cristo; sino tambien se expresaba, que él con el Sacramento, venia á poner en nuestros corazones brasas encendidas de amor. Y por ventura, ¿ha conseguido su intento? ¡Qué buena correspondencia de afecto retorna el hombre á su Dios! ¡O ingratitud increible del género humano! Está siempre de dia y de noche presente en los sagrados templos el Dios de las consolaciones, el Padre de las misericordias, el Dador de todos los bienes, todo amor, todo ansia de hacernos beneficios; y nosotros ingratos, desconocidos, ni aun solicitamos recibir sus favores. ¿Quién jamás habria creido poderse ver juntos estos dos extremos, una infinita benignidad del Criador, y una ingratitud no menos infinita de la criatura? Habitar continuamente entre nosotros por nuestro amor el Unigénito del Eterno Padre: *Hospitabitur, et pascet, et potabit ingratos;* y nosotros no solamente no abrasarnos en recíprocas llamas de amor á él; pero ni aun tener un afectuoso pen-

samiento, y merecer aquel improperio, que pronunció contra los pérfidos Judios el Bautista: *Medius vestrum stat, quem vos nescitis.* ¿Donde está, no digo ya el amor, pero aun la fé?

En los primeros siglos de la iglesia concurrian los pueblos de todas las provincias cristianas, al monte Olivete, á reverenciar y besar las sagradas hueyas, que dejó estampadas en la piedra el Salvador, cuando subió al cielo: *Adorabimus in loco, ubi steterunt pedes ejus.* Por ver y adorar el sagrado Velo, en que el Redentor, cargado de la cruz, imprimió la sangrienta imágen de su santísimo Rostro, venia á Roma innumerable gente, y se tenia por dichoso el que podia llegar á darle un ósculo reverente, cuando se exponia á la veneracion pública. Nosotros, para reverenciar y adorar el propio, verdadero y real Cuerpo del Rey de la gloria, no tenemos un afecto que nos estimule, un pensamiento que nos mueva. ¡O, si no nos apremia el amor de Dios, apremienos á lo menos el amor de nosotros mismos, para recibir los favores y gracias, que en esta mesa, á corazon abierto, y manos llenas, está ofreciendo!

Aparecióse la Madre de Dios á la V. Francisca Farnese, y poniendole en las manos á su divino Hijo el Niño Jesus, la dijo: Tómale, que tuyo es, y sábete valer de él bien. Imaginemos, cuando llegamos al Altar, que tambien nos dice á nosotros: Tomad al Salvador del mundo, que es todo vuestro; aprended y sabed valeros de él para enriqueceros de sus tesoros, y lograr todas las gracias que deseais. Imaginad, que el mismo Salvador desde el Sagrario donde está encerrado, os llama y convida, diciendo: *Venite ad me omnes.* Venid á mí, y seré lo que habeis me-

nester para vuestro consuelo y salud, Pastor, Médico, Abogado, Confortador, Consejero, Amigo, Hermano, Padre, Dios, y todo vuestro bien. ¿Quién se me pondrá delante, á quien yo no salga al encuentro, diciendo: *Quid tibi vis faciam?* ¿No deseais cosa alguna? ¿No teneis cosa que pedir? ¿No tienes mal alguno, que temas incurrir, y de que necesites, que yo te libre? ¿Ni hay algun bien que desees, que yo te pueda dar? Estoy prontisimo á todas tus súplicas, y á todos tus deseos.

Mas si se duele el Salvador, de que no vanos á los templos á venerarle, y recibir sus gracias; mucho mas se queja de que no nos lleguemos á la divina Mesa, para alimentarnos con su sagrado Cuerpo: *Quae utilitas in Sanguine meo!* ¿De qué me sirve (dice) haber compuesto con mi Sangre y con mi Carne, este Manjar celestial, para alivio y sustento de mis fieles, si estando hambrientos, aun no quieren recibir el alimento? ¡O fatigas mias perdidas! ¡O mal empleadas industrias de mi amor en prepararles este medicamento de vida, si ellos enfermos y moribundos, tienen hastío del remedio, y escogen antes morir, que comer! Y á la verdad, gran dolor siente el Redentor al ver tanta descortesia y tanto desprecio: ¡que se llegue hasta no querer recibir sus gracias! Como siente gran pena una madre, que teniendo los pechos llenos de leche, no puede descargarlos en la boca del hijuelo, y en vano le vá diciendo: *Dilata os tuum, et implebo illud:* Abre esa boca, y te la llenaré. Y ¿qué enfermedad, qué encanto es este? Que si estamos hambrientos ó enfermos corporalmente, seamos tan cuidadosos y prontos á tomar el alimento ó la medicina, (muchas veces molesta ó amarga) y en

la hambre y achaques del alma, seamos tan descuidados y olvidados! ¡Oh, cómo puede decir el Profeta, que esta divina Mesa está despreciada! *Mensa despecta.* Despreciada por nosotros, y aborrecida, como si fuera la mesa de Nerón, en que los convidados siempre estaban temiendo en cada plato el veneno.

La causa de tanto mal, es, que las vanas é inmundas dulzuras de la tierra, nos han estragado el paladar, para que no le sepan bien los purisimos deleites del cielo. Los demasiados y superfluos cuidados de las cosas temporales, nos ofuscan y encantan para no cuidar de los bienes eternos. ¡Intolerable descuido de nuestra salud! ¡Ingratitud digna de los mayores castigos de Dios! Si Dios castigó severamente á los Israelitas, porque hastiados del maná, decian: *Nauseat anima nostra super cibo isto levissimo:* y deseaban los ajos y cebollas de Egipto. Si Cristo, (significado en aquel Señor del Evangelio) se indignó tanto contra los que convidados no quisieron venir al convite de las bodas por atender á sus ocupaciones y placeres, ¿cómo no usará contigo severisimos castigos, ó alma ingrata? ¿Cómo no convertirá su amor en indignacion, é ira justa contra tí? Y por ventura, será el mayor castigo privarte en vida de este divino Manjar, y en la muerte de este Viático saludable, como lo hizo con aquellos ingratos, que descortezmente se escusaron de venir al convite: *Nemo virorum illorum gustabit coenam meam.*

Acaso darás por escusa tu indignidad, que eres pecador, que no mereces comer el Pan de los ángeles, indigno de familiarizarte tanto con Dios. Escusa es ésta peor que la culpa. Huyes del mé-

dico, porque estás enfermo, como si el Salvador no hubiese dicho muchas veces: *Non egent, qui sani sunt, Medico, sed qui male habent.* Antes, porque estás sujeto á pecados, de naturaleza frágil y deleznable, tibio y enfermizo de espíritu, de corazon infiel en los buenos propósitos, debias recurrir mas frecuentemente al divino Sacramento, para purificarte, para convalecer y librarte de las pasiones, para confortarte y afianzarte en la vida cristiana. Este pretesto tuyo de reverencia, es una máscara de tu descuido, y es un lazo cubierto de yerbas y hojas, con que el demonio divierte las almas, y las aparta de su bien, como dice san Cirilo: *Loco laquei damnosam religionem diabolus praetendit.*

Este vano temor reprendió Cristo en san Pedro, todavia novicio en la fé, cuando al ver los prodigios que obraba, le dijo: *Exi à me, Domine, quia homo peccator sum.* Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador, y soy indigno de estar con vos. Mala consecuencia de un buen antecedente; porque se confiesa pecador, ¿huye de quien únicamente le puede hacer justo? Porque reconoce su enfermedad, ¿se escusa de tomar el remedio? Y si se confiesa la verdad, ésta no es humildad y conocimiento de vuestras miserias, sino el amor de vuestra tibieza, y el asimiento á vuestros acostumbrados placeres. El descuido de vuestro bien, y el no querer disponeros á recibir la Fuente de la gracia, es quien os tiene apartado de ella.

Anteponeis todo el cuidado de los bienes mundanos á la solicitud de los tesoros celestiales. Haceis al Rey del cielo aquella afrenta, que le hizo Theofilato, Patriarca de Constantinopla. Es-

te, pastor mas de bestias, que de almas, era muy apasionado por caballos. Sucedió que un jueves santo, estando diciendo Misa, le avisaron que una yegua suya habia parido; y el mal prelado, sin acabar de decir todas las oraciones, se fué á ver el potrillo reciennacido: (RINALD, ANN. 956.) accion la mas indigna del mundo. posponer el obsequio del Hijo de Dios, á la curiosidad de ver el parto de una bestia. ¿Pero acaso no hacen los cristianos semejantes acciones? ¿Cuántas veces por un mínimo interes de la tierra, se deja el convite del Rey del cielo? Por estarse ociosamente en la cama sobre colchones de pluma, no madrugan á coger este Maná del paraiso. La visita de un amigo, una ligera hacienda de casa, el estudio de componerse y aderezarse vanamente, bastan á divertir y apartar todos los ánimos de la Mesa de los ángeles.

No obran así las almas zelosas de su bien, que no pueden vivir ayunas mucho tiempo de este Pan de vida. Quien tiene una centellita de amor de Dios, siempre desea con ansia encenderse mas en este divino fuego: *Amor esuriens est: famelici Dei esse debemus:* (dice san Agustin) el que ama, apetece el objeto amado: tiene ancioso deseo de Dios, quien ama á Dios.

Hambre del Sacramento tenia santa Teresa, que solia decir: que si el dia de comunion fuera necesario pasar por entre las espadas de un ejército enemigo, ó entre los rayos de un cielo tempestuoso, ningun temor la detendria, ni la embarazaria el correr al sagrado Altar. Ardia en deseos de la Eucaristia el V. Francisco del Niño Jesus, que en el tiempo antes de la comunion se quejaba, que las horas iban muy de es-

pacio y tardías; y cuando oía dar el relox, se alegraba y decia. Cinco horas me quedan: ya no mas de tres: ya solo tardará una para recibir á mi Jesus Sacramentado. Se abrasaba en afecto santa Catalina de Sena, que apretaba al B. Raymundo, su confesor, que saliese presto, sin detenerse, á decir Misa, diciendole: ¡O padre, si supieras cuánta hambre padezco! *O, si scires, pater, quantam esuriem patior!* Y así, con prodigioso favor voló la Partícula consagrada á su boca, para hartar y sosegar el ardor de su corazon. Ni me digais, que aquellos deseos estaban bien colocados en aquellas almas inocentes é inmaculadas, pero no en la vuestra inmunda y pecadora, porque el Salvador con mas solícito afecto llama á su Mesa á los pecadores para convertirlos.

¿No encendió semejantes deseos en el corazon de Agustino, que antes habia estado sumergido en los deleites sensuales?

¿No le convidó á apacentarse del Pan de la Eucaristia; para mudarle de hombre de carne, en espíritu de Dios?

¿No apareció á la B. Angela de Fulgino, antes famosa pecadora, y por atraherla suavemente al convite celestial, se sentó con ella á la Mesa, y bebió él primero de un Caliz misterioso, para dársele luego á ella, á fin que bebiese y probase su dulzura? Y así, el respeto que deben tener al divino Sacramento, no debe jamás apartarlos: antes debe hacer que se dispongan á llegarse dignamente. Debese dar su lugar al temor para la reverencia; pero no se le ha de quitar el suyo al amor para la confianza.

Así discretamente nos lo avisa el Doctor de

las gentes: *Probet autem seipsum homo, et sic de Pane illo edat.* Es preciso hurtar un poco de tiempo á los muchos cuidados y haciendas, que distrahen el ánimo y el corazon, para purificar bien el alma, donde se debe alvergar y hospedar el Hijo de Dios. Así nos dió admirable ejemplo el Salvador, cuando antes de dar la Eucaristia á sus discípulos, se dignó lavarles con sus manos los pies; y aquel Rey de la gloria, que se dignó de nacer en un establo, y morir en un calvario, sitios inmundisimos, no quiso instituir el divino Sacramento sino en un cenáculo limpio, aseado y bien adornado: sin duda para darnos á entender, que este divinisimo Manjar requiere que los pecadores, antes de recibirle, tengan una gran limpieza de corazon: *Extreman exigit mundiciem* (dice san Dionisio) (DE ECCLES. HIER. CAP. 3.)

Así tambien, antes de caer el maná, precedia un rocio abundante sobre la tierra, como para lavar el sitio, y hacerle digno de recibir aquel pan del cielo: para significarnos, que antes de recibir la Eucaristia, debemos purificar bien el corazon con lágrimas de verdadera penitencia. Al fin, él es Pan de ángeles, y debe recibirse con pureza angélica, la cual nosotros, compuestos de carne y espíritu, no podemos alcanzar, si vos (ó Dios mio de las Misericordias, que con un carbon encendido purificasteis los lábios de Isaias) con los ardores de vuestra caridad no purificais esta nuestra lengua, que ha de ser la primera que os acoja y toque, si no limpiais este nuestro corazon, que debe ser hospicio de vuestra Divinidad.

Pero ya que no podemos disponernos con tanto candor de inocencia, sirvámonos á lo menos

de la humildad. Imitemos al Redentor, que antes de instituir este gran Misterio, hizo un exceso de humildad, tal, que jamás podria caer en pensamiento humano. El Unigénito Hijo de Dios, puesto de rodillas á los pies de unos pobres pescadores, con aquellas manos con que crió el cielo y la tierra, y en cuyo poder habia el Padre puesto el cetro del mundo, como olvidado de su Grandeza y Magestad, les lavó los vilisimos pies. ¡Cómo mirarán allá desde el cielo los coros de los ángeles (con éxtasi de asombro) á su Criador, doblados los pies, y las manos empleadas en tal lavatorio! Atónito san Pedro al verle arrodillado delante de sí, empezó á decir con pasmo: *Domine, tu mihi lavas pedes?* Vos, Señor, que sois el Hijo de Dios, resplandor de la gloria del Padre, Rey de los ángeles, Monarca del mundo, quereis lavarme los pies á mí, lleno de muchas miserias; y lo que es mas, hombre manchado con muchas culpas? La alteza de tu Magestad, y la bajeza de mi miseria, me fuerzan á no consentir jamás tal exceso. Así clamaba san Pedro, no sabiendo aún la gran gloria, que está encerrada en la humildad cristiana. Pero el Salvador, que deseaba dejarnos un maravilloso ejemplo de esta virtud, especialmente para disposicion del divino Sacramento, prosiguió la obra comenzada. Mas debeis reparar, que si bien el Redentor fué un espejo clarisimo de todas las virtudes; pero de ninguna se lee en el Evangelio, que haya protestado por su boca habernos dado ejemplo, sino de la humildad: *Exemplum dedi vobis.*

¡Quién, pues, no pondrá todo cuidado y estudio por adquirirte, ó preciosisima humildad, tan

escogida y practicada en toda la vida de Cristo, tan agradable y gloriosa por boca de su Madre? El que te despreciare, será despreciado de Dios, aunque estuviera en lo mas alto del cielo: el que te abrazare, será de Dios abrazado, aunque fuera el mayor pecador del mundo. Si tú faltas, las vírgenes son excluidas del reino del cielo: si tú las asistes, las públicas pecadoras son admitidas á los pies de Cristo. Por tí la Madre de Dios concibió en su vientre al Verbo Divino: *Quia respexit humilitatem Ancillae suae.* Tambien nosotros debemos valernos de tí, para disponernos á recibir el divino Sacramento, considerando primero la dignidad de aquel gran Señor, á quien debemos hospedar, y la bajeza de unas vilisimas criaturas, y abominables pecadores, cuales somos nosotros. Mas por eso debemos llegarnos con el sentimiento del Hijo Pródigo: *Pater, peccavi in Coelum, et coram te, jam non sunt dignus vocari filius tuus.* De suerte, que si nos dá temor de la Magestad de Dios, nos debe atraher mas el amor de Padre: *Si terret, quot Deus est, plus alliciat, quòd Pater est.* (AVACIN. P. 1. CAP. 3.)

§. III.

EJEMPLO.

Para encender en nuestros corazones llamas de amor de Dios y de la divina Eucaristía, no quiero ahora proponeros los ejemplos de un Felipe Neri, ni de una santa Clara, almas religiosisimas y devotisimas del Sacramento; sino de un gran príncipe seglar, Leopoldo, Archiduque de Austria,

el cual habiendo mamado con la leche la piedad Austriaca, y devocion á la sagrada Eucaristia, aun desde la niñéz empezó á adorarla con frecuentes obsequios. La primera vez que fué admitido á la celestial Mesa, concibió tan dulce hambre de este Pan, que no podia pasar mucho tiempo sin comerle: de donde tomó despues la santa costumbre de apacentarse del Manjar de los ángeles todos los domingos, las fiestas del Señor, las de la Virgen santisima, las de los Apóstoles, y de otros santos sus devotos; de suerte, que venia á comulgar casi dos veces en la semana.

Esta piadosisima costumbre mantuvo siempre inviolable, aun cuando en medio de las armas mandaba los ejercitos; y no gastaba poco tiempo en sus comuniones, porque se disponia muy de espacio, y aquella mañana no admitia conversaciones de cosas temporales.

Aun en algunas graves enfermedades, en que era atormentado de una ardiente sed, y era menester darle á menudo refrescos de agua, llegó á decir, que ni el precepto del Médico, ni el peligro de la vida, le harian abstenerse del agua; mas solo el deseo de recibir á su Dios Sacramentado le podia hacer constante en no beber desde la media noche hasta el dia.

Ni este su devotisimo afecto se quedó en solo Leopoldo: estendiólo á muchos otros: mandó, que tódos los de su corte, gentiles hombres, y pages, comulgasen á lomenos cada mes, só pena de caer en su desgracia. Si bien, para excitar á gran devocion con la Eucaristia, no eran menester preceptos, bastaba ver la piedad de Leopoldo, con que asistia al divino Sacrificio y co-

mulgaba, cuando para dar buen ejemplo al pueblo, en la pública iglesia, no en el trono, que le tenian prevenido, sino en el desnudo suelo, de rodillas, con singular modestia, tenia clavados los ojos en el Altar. Cuando por las calles se encontraba con algun Sacerdote que llevaba el Sacramento á los enfermos, al punto se desmontaba del caballo, ó saltaba de la carroza, y se arrodillaba en tierra á adorarle, aunque estuviese el suelo húmedo ó lleno de lodo; y despues tomando una vela, le acompañaba con suma reverencia.

Sucedió una vez, que siguiendo, descubierta la cabeza, al Sacerdote, empezó á llover, y prosiguió con grandes turbiones. Los cortesanos le avisaron, que en atencion á su salud, ó se cubriese la cabeza, ó se entrase debajo del palio de la Eucaristia; mas él respondio: No se debe temer la lluvia por aquel Señor, que por nosotros derramó su Sangre, y por quien nosotros debiamos derramar la nuestra. Con esta misma atencion respetaba grandemente á los Sacerdotes, ministros de la Eucaristia, y solia usar las palabras de san Agustin: *Si cum Sacerdote occurreret ángelus, prius Sacerdoti, quam angelo, honorem esse exhibendum.* Si á un tiempo me encontrase con un ángel y un Sacerdote, primero haria cortesia y reverencia al Sacerdote, que al ángel.

Cuando tenia el mando de las armas, antes de salir al campo con el ejército, ordenaba una solemne procesion, en que se llevaba al rededor del santisimo Sacramento, para alcanzar el socorro y proteccion del Dios de los ejércitos y de las victorias, y solia fortificarse y armarse á sí, y á sus soldados con este Manjar, {que en la Es-

critura se llama Pan de los valientes: *Panis fortium.* Fuera de esto, habia hecho componer y aderezar un riquisimo carro, donde, como en una capilla portatil, llevaba el divinisimo Sacramento, porque no queria que marchasen sus ejércitos, sin llevar consigo, como los Israelitas, por la mas segura defensa, el Arca Sacratisima de Dios, en cuya presencia, en los mayores peligros, ya él en persona, ya sus soldados, por turno, remudandose, hacian devotisimas oraciones. Y asi, la primera vez que salió á campaña, escribió con hermosas letras, y se colgó al pecho en un relicario, éstas palabras: *Non timebo mala, quoniam tu mecum es:* No temeré los males y peligros, porque tú estás conmigo.

Ni le salieron vanas sus esperanzas, porque con prodigiosos favores fué preservado de gravisimos peligros. En Salfeld, asistiendo á la sagrada Eucaristia en un sitio continuamente batido de la artilleria enemiga, y avisandole que se quitase del riesgo, respondió: Nadie puede hacerme daño, cuando asisto á mi Dios: *Apud Deum meum constituto nemo nocere potest.* Igualmente a otros, que le persuadian resguardase con corazas el pecho, dijo: El Dios de mi corazon es mi peto y loriga: *Deus cordis mei lorica est.* Tambien en la Basea se estuvo intrépido en un sitio, donde asestaban y herian las bombas del enemigo, de las cuales una bala llegó á tocarle la cimera del morrion; pero sin herirle ni un cabello de la cabeza, como que las balas no se atrevian á ofender aquella cabeza, que por reverencia del santisimo Sacramento se exponia descubierta á las lluvias del cielo, y á los rayos del sol. Y como esto hubiese sucedido muchas veces, corria voz entre

los soldados, que quien en la mayor tempestad de las balas estaba detrás del Archiduque, estaba mas seguro de los golpes, que si estuviese detràs de una cortina de bronce. Mas memorable fué lo que acaeció en el sitio de Naumburg, donde habiendose obstinado los enemigos á no rendirse jamás, estando ya para el asalto general, dijo antes Leopoldo á sus soldados: Oigamos Misa, y Dios acobardará á nuestros enemigos: *Missae Sacrificium audiamus, et Deus vaecordem faciet inimicum.* ¡Cosa maravillosa! Al tiempo de alzar la sagrada Hostia en el campo imperial, hicieron seña para rendirse los obstinados enemigos; por lo cual añadió el Archiduque: *Sic vincendi sunt hostes.*

Pero las mas nobles victorias, que con el santisimo Sacramento alcanzó Leopoldo, fueron contra sus pasiones y contra los vicios, hasta merecer el sobrenombre glorioso de *Principe angélico;* y á los suyos el apellido de *Corte santa. Quid ad haec Ministri Altaris?* A tanta piedad y devocion de un Príncipe seglar y guerrero, ¿qué podrán responder aquellos, que particularmente están consagrados á los altares, y destinados á los obsequios del divinisimo Sacramento? ¡O Ministros de tan celestial Mesa!

Lease á Tomás de Kempis lib. 4. cap. 4. cuyo título es: Cuan muchos bienes se comunica ná los que comulgan devotamente.

critura se llama Pan de los valientes: *Panis fortium.* Fuera de esto, habia hecho componer y aderezar un riquisimo carro, donde, como en una capilla portatil, llevaba el divinisimo Sacramento, porque no queria que marchasen sus ejércitos, sin llevar consigo, como los Israelitas, por la mas segura defensa, el Arca Sacratisima de Dios, en cuya presencia, en los mayores peligros, ya él en persona, ya sus soldados, por turno, remudandose, hacian devotisimas oraciones. Y asi, la primera vez que salió á campaña, escribió con hermosas letras, y se colgó al pecho en un relicario, éstas palabras: *Non timebo mala, quoniam tu mecum es:* No temeré los males y peligros, porque tú estás conmigo.

Ni le salieron vanas sus esperanzas, porque con prodigiosos favores fué preservado de gravisimos peligros. En Salfeld, asistiendo á la sagrada Eucaristia en un sitio continuamente batido de la artilleria enemiga, y avisandole que se quitase del riesgo, respondió: Nadie puede hacerme daño, cuando asisto á mi Dios: *Apud Deum meum constituto nemo nocere potest.* Igualmente a otros, que le persuadian resguardase con corazas el pecho, dijo: El Dios de mi corazon es mi peto y loriga: *Deus cordis mei lorica est.* Tambien en la Basea se estuvo intrépido en un sitio, donde asestaban y herian las bombas del enemigo, de las cuales una bala llegó á tocarle la cimera del morrion; pero sin herirle ni un cabello de la cabeza, como que las balas no se atrevian á ofender aquella cabeza, que por reverencia del santisimo Sacramento se exponia descubierta á las lluvias del cielo, y á los rayos del sol. Y como esto hubiese sucedido muchas veces, corria voz entre

los soldados, que quien en la mayor tempestad de las balas estaba detrás del Archiduque, estaba mas seguro de los golpes, que si estuviese detràs de una cortina de bronce. Mas memorable fué lo que acaeció en el sitio de Naumburg, donde habiendose obstinado los enemigos á no rendirse jamás, estando ya para el asalto general, dijo antes Leopoldo á sus soldados: Oigamos Misa, y Dios acobardará á nuestros enemigos: *Missae Sacrificium audiamus, et Deus vaecordem faciet inimicum.* ¡Cosa maravillosa! Al tiempo de alzar la sagrada Hostia en el campo imperial, hicieron seña para rendirse los obstinados enemigos; por lo cual añadió el Archiduque: *Sic vincendi sunt hostes.*

Pero las mas nobles victorias, que con el santisimo Sacramento alcanzó Leopoldo, fueron contra sus pasiones y contra los vicios, hasta merecer el sobrenombre glorioso de *Principe angélico;* y á los suyos el apellido de *Corte santa. Quid ad haec Ministri Altaris?* A tanta piedad y devocion de un Príncipe seglar y guerrero, ¿qué podrán responder aquellos, que particularmente están consagrados á los altares, y destinados á los obsequios del divinisimo Sacramento? ¡O Ministros de tan celestial Mesa!

Lease á Tomás de Kempis lib. 4. cap. 4. cuyo título es: Cuan muchos bienes se comunica ná los que comulgan devotamente.

LECCION XIII.

DE LA PASION DE JESUCRISTO.

Si no supiesemos otra cosa de la vida de Cristo, sino su pasion sola, bastaria para encender el mundo en amor divino, y reformarle con las luces de sus ejemplos; así como bastó para redimirle con el valor de sus méritos. Cuantas virtudes ejercitó, y cuanta doctrina enseñó en los treinta y tres años de su vida, todo lo encerró y compendió en las pocas horas que precedieron á su muerte.

En este espejo del Crucificado, (dice S. Lorenzo Justiniano, *de Agone*) se descubre el abismo de la misericordia, se ostenta la grandeza del infinito amor, y se manifiesta cuan grande es el valor de un alma, por cuyo rescate Dios empleó su vida: *Tam pretioso pretio hominis redemptio agitur, ut Homo Deum valere videatur.* Al pie de la cruz se conoce la gravedad del pecado, que fué causa de la muerte dolorosisima de un Dios, y debió lavarse, no con otra agua, que con la divina Sangre.

Aquí se aprende el rigor de la soberana Justicia, que para poner terror al esclavo pecador, no perdonó á su propio Hijo: *Proprio Filio suo non pepercit.* Aquí sobre todo muestra Dios su excesiva caridad: *Nimiam charitatem suam,* como la llama el Apostol, queriendo padecer tantas injurias y dolores por nuestra salud y remedio: porque si fué extremo del amor de Dios darnos todos sus bienes; mayor exceso, sin duda, es tomar para sí todos nuestros males.

Cuentan las historias, como una proeza heroica de amor incomparable, la de una reina de Inglaterra que viendo al rey Estevan, su marido, atravesado de una saeta, envenenada, sin esperanza de vida, quiso ella dársela á costa de su muerte; porque siendo el único remedio de la herida sacar fuera el veneno chupandole, no permitió el piadosisimo rey, que ni aun un esclavo le aplicase los lábios, porque no quiso vivir á costa de la muerte de otro; mas no pudo guardarse de las amorosas asechanzas de la reina, su esposa, que dormido el rey, entrando en la cámara, y descubriendo ligeramente la llaga, aplicó á ella mas de una vez la boca, hasta chuparle enteramente el veneno, y atraher á sí la muerte, que habia de padecer su marido. Entre los hombres parece que no se puede hallar mayor extremo de amor; pero le excedió, sin comparacion, el amor de Jesus.

Aquella reina, al fin, usó tanta fineza con su consorte, de quien era sumamente amada y favorecida; pero que el Criador la ejecute por una vil criatura; el Rey del cielo por un esclavo rebelde, tomando sobre sí las culpas, que él habia cometido, y la pena de muerte, que él debia padecer; éste es un prodigio de amor, que ni aun los ángeles le habrian juzgado posible.

Ahora vengamos á los misterios. Así como el pecado tuvo su origen en el jardin del paraiso terrestre, así la redencion empezó en el huerto de Gethsemani. Allí Adán estendió las manos al árbol vedado; aquí Cristo ofreció sus manos al leño de la cruz: *Ut unde mors oriebatur, inde vita resurgeret.*

Apenas entró en el huerto, cuando privó á su

benditisima Alma de todas las consolaciones sensibles, que suelen aligerar los dolores del cuerpo; y dejando aparte todo esfuerzo, que de la parte superior podia redundar á los sentidos, largó la rienda á la parte inferior, para que con la aprehension viva, y horror de los males, que le amenazaban, se anegase en un mar de inmensa tristeza y congojas.

Así el Redentor, que á sus mártires, obrando prodigios, infundió en sus almas una abundancia de tantas delicias espirituales, que enmedio de los mas crueles tormentos no sentian los dolores, antes se alegraban; en sí mismo hizo milagros, suspendiendo aquellas dulzuras de la bienaventuranza sensible, que naturalmente debian rebosar en su alma de la vista y fruicion de Dios, para que rendida á los gravisimos sentimientos, hiciese mas sensibles los dolores del cuerpo; y así fueron tan atroces y vehementes, que los sagrados Evangelistas no saben explicarlos, sino con diferentes nombres de temor, angustia, tédio, tristeza y agonia. Aun el mismo Salvador llegó á confesar, que la fatiga habia llegado á tal extremo, que le reducia á punto de muerte: *Tristis est anima mea usque ad mortem*. La causa de tan grandes aflicciones fué representarsele delante de los ojos de su entendimiento el dolorosisimo teatro de los innumerables tormentos y afanes, que le aguardaban en su pasion; la multitud y gravedad de los pecados, porque queria dar cabal satisfaccion á la divina Justicia, tal, que de la grandeza de sus penas se infiriese bien la gravedad de nuestras culpas; el poco fruto que habia de coger de tanto padecer suyo por la malicia de los hombres; no habiendo mayor pena para un grande amor

que penar y morir, sin provecho, ni agradecimiento de la persona amada por quien se pena y se muere; como una madre, que padeciendo mortales fatigas y dolores de parto, viene finalmente á parir un niño muerto: ¡ó cómo se entristece sin consuelo, por haber tolerado tantas congojas inutilmente!

No solo esto, mas veía el Salvador, que estas mismas penas suyas habian de servir de mayor condenacion para muchos; porque cuanto él mas padecia por el hombre, tanto mas gravemente seria castigado el hombre por la ingratitud y deslealtad al beneficio de la redencion.

Por esta razon fué tan grave esta pena, que los sagrados Doctores la juzgan por mayor, que los otros dolores de la pasion. Cierto es, que las aflicciones y congojas del alma son tanto mayores, que los tormentos del cuerpo, cuanto la una se aventaja á el otro: *Omnis plaga tristitia cordis est.* (ECCLES. 25.) Y bien sabemos que muchos, por acabar los trabajos del ánimo, voluntariamente dieron muerte á su cuerpo; mas el Salvador no pidió al padre que le librase de los tormentos exteriores, pero sí de los interiores. Dos nombres dió el Señor á su pasion, ya llamándola Caliz: *Calix quem dedit mihi Pater*, (CORN.) ya llamandola Bautismo: *Baptismo habeo baptizari.* (LUC. 12.)

El Caliz (segun los sagrados Intérpretes) significa la amargura interior del espíritu: el Bautismo, los dolores exteriores del cuerpo. De aquel pide al Padre que le libre: *Transeat à me Calix iste.* De este no desea eximirse; antes muestra grande ansia de que llegase: *Quomodo coarctor, usque dum perficiatur*. Sin duda por darnos

á entender, que mas le atormentaban las agonias interiores del alma, que los tormentos exteriores del cuerpo.

Mas para formar de esto algun concepto, veamos los efectos que causaron. Padeció el Salvador una mortal agonia, y sudó gotas de sangre en tanta abundancia, que corrian hasta la tierra. ¿Cuál, pues, debia ser en el Corazon de Jesus el combate y lucha de los afectos, cuando el uno, por conservar la vida, le apartaba de padecer una muerte tan dolorosa é infame; el otro, por rescatar al hombre, le movia y apremiaba á salir al encuentro, y admitir tantas penas y tantas injurias. En tal conflicto de pasiones, el temor de la muerte llamó al corazon toda la sangre, para socorrerle en su desmayo y caimiento; pero prevaleció y pudo mas el amor de nuestra salud, y con gran fuerza rechazó y arrojó la sangre de modo, que salió de todas sus venas.

Tan atróz fué el dolor del Corazon de Cristo, que el V. P. Fr. Luis de Granada le llamó milagro de dolor nunca oído: *Hoc maximè mirabile fuit nunquam enim talis sanguinis sudor visus est.* (SERM. 6. DE PASS.) De ninguno se lee, que por la grandeza del dolor sudase sangre en tanta copia. Ya hubo una santa Liduvina, que mirando con afecto de compasion al crucifijo, llegó á llorar lágrimas sangrientas. Huvo un san Francisco Xavier, que por horror del pecado, aun propuesto en sueños, rompió una vena del pecho, y arrojó por la boca abundancia de sangre; pero sudar la sangre en tanta copia, estaba reservado á las congojas del Redentor. Así como era único, sin comparacion, el amor con que nos queria bien; así debia ser singular, sin ejemplo, su dolor en padecer por nosotros.

Por este voluntario derramamiento de sangre se llama el Salvador *Sponsus Sanguinum*, y se compara en los sagrados Cantáres al árbol de la Myrra, el cual, por fuerza de su calor natural, arroja por sí, sin violencia agena, el primer licor, reservandose el esparcirlo despues en grande abundancia, cuando le punzan con el hierro, y le hieren la corteza, abriendo bocas en su tronco. Por eso tambien el Señor apareció á santa Brígida candido y rojo, y se comparó al Pelícano: *Ego sum verus Pelicanus, qui sanguinem proprium do filiis meis, et reficio.* (LIB. 6. CAP. 9.) A guisa de un amoroso Pelícano, me saco voluntariamente de mis venas la sangre, por darla á mis hijos, y sustentarlos con ella, y reforzarlos.

Pero estas comparaciones explican poco el amor y el dolor de Cristo, porque la myrra derrama pocas gotas de su licor, y el Pelícano de solo una vena saca la sangre; mas el Redentor suda la sangre en tanta abundancia, que corre hasta la tierra, y de todas las venas de su cuerpo la derrama con gravisimo dolor; porque con la viva aprehension todos sus miembros empezaron á sentir aquel dolor, que cada uno habia de padecer en llegando el caso. Pues allí se le representó vivisimamente, que la cabeza habia de ser coronada de espinas; las megillas heridas con bofetadas: el rostro afeado con salivas: la lengua ahelada con vinagre y hiel: los cabellos arrancados: las espaldas atormentadas con los azotes: las manos y pies traspasados con clavos: las coyunturas desconsertadas: el costado abierto con la lanza; y finalmente, todo el cuerpo herido, despedazado y clavado en una cruz.

La representacion vivisima de tantas penas, como si todas juntas allí se padeciesen, fué el verdugo que anticipadamente le otormentó, y los clavos, que allí le clavaron, y el peso gravisimo de la cruz, que le hizo sudar sangre; pero mas que todos los tormentos, la sacó de las venas del corazon el amor que nos tenia. ¡Y yo, á tanta fineza de caridad, no sabré corresponder ni aun con un tierno afecto de compasion! ¡Tendré un corazon tan duro, que no se enternezca á tanto fuego de amor! ¡No derramarán mis ojos una lágrima por quien por mí derrama tanta sangre!

En estos sus afanes, no solamente nos dió el remedio de nuestras culpas, sino tambien nos mostró el modo de confortarnos en nuestras penas, enseñandonos á quien debemos recurrir para aligerarnos nuestras tribulaciones. Volvióse á su Eterno Padre con afectuosisima oracion; y ya hincadas las rodillas, ya con el rostro y frente pegada á la tierra, le suplicó: *Pater, si possibile est transeat à me Calix iste.*

No siendo oido la primera vez, repitió mas ardientes los ruegos; y no alcanzando aún la gracia del Padre, *prolixius orabat,* duró mas horas en la oracion, sin que la revolucion del ánimo, el horror de la cercana muerte, el derramamiento de su sangre le divirtiesen. Y yo, ¿á quién recurro en mis trabajos? A los amigos, que muchas veces, en lugar de disminuir la pena, la aumentan con malos consejos. ¿Cuánto tiempo persevéro en la oracion en mis aflicciones? Una ligera inquietud me turba el afecto: ¿acaso he tenido algun dia tan oprimido el corazon, que me haga correr la sangre? Pues si Cristo, combatido de tantas congojas, no obstante persevera por mi amor

en la oracion; ¿por qué á mí cualquier pequeño trabajo me ha de quitar, ó entibiar la voluntud de orar para mi provecho y beneficio?

Pero digna de especial refleccion es la forma de orar del Redentor. Nunca salió de su boca el *transeat à me Calix iste:* pase de mí este Caliz, sin que fuese acompañado de aquel *non mea, sed tua voluntas fiat;* no se haga (ó Padre) mi voluntad, sino la tuya: no reservo cosa alguna á mi arbitrio, todo lo déjo á vuestro beneplácito: ¿quereis que yo padezca traiciones, calumnias, desprecios, bofetadas, sin defenderme ni aun con una palabra? *Fiat voluntas tua.* ¿Disponeis, que todos mis miembros sean despedazados con crueles azotes, mi cabeza traspasada con espinas agudas, mis hombros oprimidos con una pesadisima cruz? *Fiat voluntas tua.* ¿Mandais, que yo me deje clavar en una infame horca, y así con acervisimo dolor esté pendiente, desnudo, entre mil ultrajes é injurias, hasta derramar la última gota de mi sangre, y espirar agonizando el alma? *Fiat voluntas tua:* Hágase en todo tu voluntad.

Ni éstas fueron solamente palabras, vinieron presto á ser obras, porque apenas oyó el estruendo de la escuadra armada, que venia á prenderle, cuando interrumpiendo la oracion, y dejando á un lado el consuelo del ángel, que vino á confortarle, salió á encontrar á los soldados, y entregarse en sus manos, para que á su gusto le atormentasen. ¡O cuántas enseñanzas saludables nos dió Cristo en esta su generosisima resignacion! *Haec vox capitis* (dice san Leon) *salus est corporis. Haec vox, fiat voluntas tua, fideles instruxit, Confessores accendit, Martyres coronavit.* (SERM. 7. DE PASS.)

Aquí aprendieron los fieles Confesores de Cristo á tolerar con resignacion las enfermedades, los sucesos adversos, los desprecios, los trabajos y penas: aquí bebieron su valor y constancia los Mártires, para irse á encontrar con los tormentos y las muertes cruelísimas; con tal generosidad de corazon, y tal alegría de semblante, que parecia estaban viendo abierto el Paraiso. Santa Gertrudis escogió para oracion jaculatoria en sus trabajos *Fiat voluntas tua*, hasta repetirlo mas de cien veces al dia. Felipe II. aquel no menos piadoso, que sábio, rey de España, en su ultima, larga y penosa enfermedad, decia con heroica resignacion innumerables veces: *Pater, fiat voluntas tua:* y confirmó las palabras con las obras; porque habiendole de abrir una apostema, con terribles dolores, hizo que le leyesen el Evangelio de la pasion; y llegando el lector á las dichas palabras *Fiat voluntas tua*, le mandó que parase, repitiendolas muchas veces; pero mas con el corazon, que con los lábios.

§. II.

AZOTES Y CORONACION.

Comparó Cristo su pasion á un mar inmenso: *Veni in altitudinem maris, et tempestas demersit me.* No lo podemos navegar ahora todo, sino solo algunos Misterios, entre los cuales es sin duda muy principal el de los azotes. Este fué uno de los mas dolorosos y extraños espectáculos, que jamás vió el mundo; ver llover sobre las espaldas de Dios golpes, que eran castigo solamente de esclavos y de ladrones. No sabré yo me-

jor pintarlo, que con las palabras con que á santa Brigida lo reveló la Madre de Dios, testigo de vista de tan desapiadada carniceria. Dice así: (LIB. 1. CAP. 10.) Llevado mi Jesus á la columna, empezó de su voluntad á desnudarse de sus vestidos, y estender sus manos ácia la misma columna, á la cual bárbaramente le ataron aquellos verdugos con duras cuerdas. Así atadas las manos estaba desnudo, con insufrible vergüenza, al ver que sus virginales carnes pareciesen descubiertas á los ojos del insolente pueblo, cuando se acercaron aquellos sayones, y ahuyentando á cuantos estaban allí cerca, empezaron á descargar crueles azotes sobre aquellas delicadisimas y purisimas carnes. Al primer golpe, yo, que no estaba muy lejos, quedé desmayada de dolor, hasta que recobrando aliento, miré el cuerpo de mi Jesus ya tan despedazado y roto, que se le veían hasta las costillas: y lo que era mayor crueldad, al recoger los látigos y cordeles, abrian y formaban como sulcos en sus purisimas carnes. Hecho ya mi divino Hijo todo sangre, y todo llagas, de suerte, que no se hallaba miembro sano, en que cayese el azote; y con todo eso, prosiguiendo aquellos homicidas en herir las heridas, uno de ellos, movido á compasion, ó no sé de que espíritu, exclamó: ¿Cómo se quita de esta suerte la vida á quien hasta ahora no está sentenciado á muerte? Y diciendo esto cortó de un tajo las cuerdas con que estaba atado á la columna. Entonces moviendose mi Jesus un tanto, para ponerse en las espaldas su vestido, ví el lugar donde habian estado sus pies todo lleno de sangre, y por donde quiera que se movia, dejaba impresas con sangre las huellas; de las cua-

Aquí aprendieron los fieles Confesores de Cristo á tolerar con resignacion las enfermedades, los sucesos adversos, los desprecios, los trabajos y penas: aquí bebieron su valor y constancia los Mártires, para irse á encontrar con los tormentos y las muertes cruelísimas; con tal generosidad de corazon, y tal alegría de semblante, que parecia estaban viendo abierto el Paraiso. Santa Gertrudis escogió para oracion jaculatoria en sus trabajos *Fiat voluntas tua*, hasta repetirlo mas de cien veces al dia. Felipe II. aquel no menos piadoso, que sábio, rey de España, en su ultima, larga y penosa enfermedad, decia con heroica resignacion innumerables veces: *Pater, fiat voluntas tua:* y confirmó las palabras con las obras; porque habiendole de abrir una apostema, con terribles dolores, hizo que le leyesen el Evangelio de la pasion; y llegando el lector á las dichas palabras *Fiat voluntas tua*, le mandó que parase, repitiendolas muchas veces; pero mas con el corazon, que con los lábios.

§. II.

AZOTES Y CORONACION.

Comparó Cristo su pasion á un mar inmenso: *Veni in altitudinem maris, et tempestas demersit me.* No lo podemos navegar ahora todo, sino solo algunos Misterios, entre los cuales es sin duda muy principal el de los azotes. Este fué uno de los mas dolorosos y extraños espectáculos, que jamás vió el mundo; ver llover sobre las espaldas de Dios golpes, que eran castigo solamente de esclavos y de ladrones. No sabré yo me-

jor pintarlo, que con las palabras con que á santa Brigida lo reveló la Madre de Dios, testigo de vista de tan desapiadada carniceria. Dice así: (LIB. 1. CAP. 10.) Llevado mi Jesus á la columna, empezó de su voluntad á desnudarse de sus vestidos, y estender sus manos ácia la misma columna, á la cual bárbaramente le ataron aquellos verdugos con duras cuerdas. Así atadas las manos estaba desnudo, con insufrible vergüenza, al ver que sus virginales carnes pareciesen descubiertas á los ojos del insolente pueblo, cuando se acercaron aquellos sayones, y ahuyentando á cuantos estaban allí cerca, empezaron á descargar crueles azotes sobre aquellas delicadísimas y purísimas carnes. Al primer golpe, yo, que no estaba muy lejos, quedé desmayada de dolor, hasta que recobrando aliento, miré el cuerpo de mi Jesus ya tan despedazado y roto, que se le veían hasta las costillas: y lo que era mayor crueldad, al recoger los látigos y cordeles, abrian y formaban como sulcos en sus purísimas carnes. Hecho ya mi divino Hijo todo sangre, y todo llagas, de suerte, que no se hallaba miembro sano, en que cayese el azote; y con todo eso, prosiguiendo aquellos homicidas en herir las heridas, uno de ellos, movido á compasion, ó no sé de que espíritu, exclamó: ¿Cómo se quita de esta suerte la vida á quien hasta ahora no está sentenciado á muerte? Y diciendo esto cortó de un tajo las cuerdas con que estaba atado á la columna. Entonces moviendose mi Jesus un tanto, para ponerse en las espaldas su vestido, ví el lugar donde habian estado sus pies todo lleno de sangre, y por donde quiera que se movia, dejaba impresas con sangre las huellas; de las cua-

les, como se alegrasen aquellos crueles, le apremiaban con punzadas á que se diese priesa y alargase los lánguidos pasos y señalase la tierra con su sangre. Hasta aquí la santisima Virgen.

Ponderemos ahora un poco la atrocidad de este tormento: él fué acervisimo, respecto del cuerpo de Cristo; el cual, por ser mas bien dispuesto y delicado, que cualquiera otro, era tambien el mas sensitivo de los dolores: *Quanto delicatior caro illa fuerat, tanto acerbior imprimebatur dolor:* (dice san Buenaventura.) Fué cruelisimo, por la rabia de los ministros, que envenenados por sí mismos contra Cristo, se encendian mas con los gritos del pueblo, y sugestiones del demonio á hacer porfia y competencia sobre quién mejor y mas valientemente le azotaba, y entraban sucesivamente unos despues de otros en gran número; pero entre todos, dice san Gerónimo, (LIBRO, LIB. 3. CAP. 4.) que eran seis los que ejecutaban la carniceria: *Sex carnifices accedunt, duo eorum virgis spineis, duo loris nodosis, et duo catenis ferreis.* Y así tambien fué atrocisimo este tormento por la calidad de los instrumentos, los cuales fueron primero varas llenas de espinas, que le rompieron todas las venas; despues cordeles sembrados de agudas puntas de acero, que le penetraron las costillas; y finalmente, cadenas llenas de garfios de hierro, que le rompian y sacaban á pedazos la carne, y llagaron mas profundamente las primeras heridas: *Super dolorem vulnerum meorum addiderunt.* (S. BRIGID. LIB. 1. CAP. 10.) Ultimamente, fué el tormento dolorosisimo é ignominiosisimo por el número de los azotes; porque si bien la ley mandaba, que los

azotes dados á un reo no pasasen de cuarenta: *Quadragenarium numerum non excedant,* y de otra suerte el azotadó quedaba infame; con todo eso, los golpes que le dieron á Cristo llegaron á cinco mil y mas, como dice san Bernardo; y así quedó infamadisimo.

En este terrible tormento estaba el dulcisimo Jesus con un Corazon tan manso, con un semblante tan amable y apacible, que seria bastante para ablandar la dureza cruel de los verdugos, si hubieran atendido bien á la mansedumbre de su rostro. Cada golpe que recibia, le ofrecia con ardentisimo amor á su Eterno Padre por nuestra salud, suplicandole, que quisiese perdonarnos nuestros pecados, como afirma Tomás de Kempis: *Quoties Christus unum ictum verberantis accepit, mox illum Patri pro nobis obtulit ex amore, petens, ut delictis nostris ignosceret.*

En este funestisimo espectáculo exhorta san Agustin al cristiano, que vuelva los ojos á contemplar, quién es aquel que está desnudo, atado á la columna, expuesto á los azotes, y á la inundacion de sangre. ¿El Señor de los cielos, el Criador del mundo, la gloria de los ángeles, la Sabiduria, el Poder y resplandor de Dios, ser castigado con azotes por sus perversos esclavos? ¡Qué asombro, qué horror habrán tenido los coros de los angeles al ver tan afrentado á su rey, digno de infinita honra! ¡Lleno de heridas aquel Señor, que es la bienaventuranza del Paraiso! Y tú, ó corazon humano, ¿no te enterneces? ¿No te conmueves? ¿Tendrás compasion de ver un corderillo, que lo descuartizan para el matadero, y pasarás con ojos enjutos la sangrienta carniceria de tu Dios? ¿Qué corazon de tigre es el mio,

que no se parte de dolor? ¿Qué ojos de basilisco son los mios, si no derraman lágrimas á vista de esta sangre? Tanto mas, cuanto yo soy la causa de tantas penas, como dice san Agustin: (MEDIT. CAP. 7.) *Ego sum tui plaga doloris: ego tuae culpa occisionis. Peccat impius, et punitur Justus. Quod perpetrat servus, exolvi Dominus. Quod committit homo sustinet Deus.* Yo, yo soy la causa de vuestros dolores; yo soy la culpa de vuestra muerte. Peca el inicuo, y es castigado el justo. Castigan al amor por el delito del esclavo. Dios padece por el pecado del hombre. ¡O poderoso motivo de justisimas y perpetuas lágrimas!

Pero no debe pasar esta consideracion con solas dos lágrimas de compasion. Debemos seriamente reparar la causa de tantos azotes. Los azotes fueron especialmente tolerados por Cristo (si creemos á san Agustin y san Gregorio) en pena de los deleites de la carne y de los placeres sensuales, que nosotros buscamos con tanta ansia. Nuestras desnudeces, sin vergüenza, son las que expusieron desnudo el cuerpo virginal de Jesus, con tanta confusion suya. La libertad de nuestros sentidos en las disolutas conversaciones, es la que ató como á esclavo al Hijo de Dios á la columna. Nuestros inmodestos tocamientos pusieron en las manos los cordeles á los verdugos para despedazarlo. Los placeres sensuales, los deleites del cuerpo son las varas espinosas, y las duras cadenas que hirieron y despedazaron aquellas purisimas carnes: *Vulneratus est propter iniquitatis nostras, attritus est propter scelera nostra.* ¿Qué resolucion, pues, tomaremos nosotros contra los deleites sensuales? ¿Cómo aprenderemos una vez á compadecernos con obras generosas

del Salvador? Compadeciase de Jesus santa Teresa, que despues de haber meditado este Misterio, se azotaba de pies á cabeza con cordeles y cadenas, y despues salia de su celda gritando: No mas pecados, no mas, que le cuesta mucha sangre al Redentor.

Mas nosotros no nos compadecemos, que no solamente huimos de toda mortificacion del cuerpo, sino andamos buscando cómo darle todo placer sensible. Compadeciase de Jesus santo Tomás de Villanueva, que por los pecados agenos heria y ensangrentaba sus espaldas con disciplinas, armadas de puntas de hierro, hasta rociar con su sangre la cara de los pecadores para ablandarlos. Nosotros no nos compadecemos, que siendo reos de graves culpas nuestras, rehusamos lavar las manchas de nuestros pecados propios; no digo ya con gotas de sangre, mas ni con una lágrima de verdadera contricion.

Vamos adelante. Si bien los azotes de Cristo excedieron en el número de los golpes y heridas, y en la calidad de los instrumentos; pero en su especie era tormento que se usaba dar á los esclavos malhechores. Otro inventó la bárbara crueldad de los judios, nunca usado en el mundo: una horrible y afrentosa invencion, que sirviese para atormentar, y juntamente hacer burla del rey de la gloria. Apenas se habia vestido, cuando furiosamente de nuevo le desnudaron, y echaron á las espaldas un despreciable retazo de púrpura, y le pusieron en la mano una fragil caña, y le clavaron una corona de agudisimas espinas en la cabeza, como á rey de burlas y de dolores. Quizá aquella venerable cabeza habia quedado libre de la gran tempestad de

los azotes, y por eso revolvieron contra ella únicamente el furor. Y por su capricho, sin licencia, ni orden del presidente, tegieron una corona de juncos marinos, no á modo de guirnalda, sino á semejanza de capacete ó celada, que cubriese y lastimase toda la cabeza, como lo entendió san Vicente Ferrer, (SERM. DE PASS) *Spinea Domini corona erat instar pilei, ita ut undique caput tegeret.*

Esta horrorosa diadema pusieron en la cabeza al Rey del cielo, y se la encajaron con tal violencia, que al punto corrieron arroyos de sangre por el divino Rostro. ¡Cuán acerbo tormento seria este en una parte tan delicada como la cabeza, origen de todos los nervios y venas, donde está vivisimo el sentido del tacto para sentir toda herida, aunque sea ligera? Cuanto mas estas tan agudas y tan violentas, que no solo hirieron lo exterior de las sienes, sino (penetrando el casco) llegaron á atormentar el cerebro: *Spinarum punctiones cerebrum perforarunt,* dice san Lorenzo Justiniano: y añade, que era preciso morir muy en breve, si por divina virtud no se conservara aquella vida, para padecer mayores penas. Si una sola herida del cerebro se tiene por mortal, poco menos que en el corazon, ¿cuál seria el dolor de Jesus al experimentar tantas punzadas, que segun la revelacion del dicho san Vicente, hicieron mas de setenta penetrantes heridas en la sagrada cabeza? Si nos dá horror el oir que los verdugos clavaban agujas y cañas á los mártires por entre las uñas y la carne; si una espina que se entre en un pie, causa gran dolor á todo el cuerpo: ¡oh, qué habrán hecho, no una, sino tantas espinas clavadas en la frente con

tanta violencia! *Quis satis cogitari potest* (concluye el santo) *quantas dolor reverendum illud caput tot aculeis affecerit, cum nos vel ad unios spinae punctionem fere intollerabili dolore vexemur?*

Mas: ¡por ventura fué menos el dolor, que la ignominia? Porque aquellos pérfidos, viendole como rey de burlas, puesto en el Rollo con fisga, hacian desprecio de aquel vestido viejo y sucio de púrpura, de aquel cetro de caña, de aquella corona de espinas. Ya se le acercaban todos, y le cercaban, uno á escupirle en el rostro, otro á abofetearle las megillas, otro á arrancarle los cabellos y mesarle la barba. Ya se le arrodillaban, diciendo: *Ave, Rex Judaeorum,* y luego descargaban guantadas sobre su rostro. Ya le quitaban de la mano la caña, para herirle con ella la cabeza, y entrarle mas adentro las espinas. ¿Qué paciencia y qué caridad hubiera podido resistir á tantos ultrajes y tantas injurias, sino la de un Dios? ¡O alma fiel! Mira primero á este gran Dios en su Magestad: aquella cabeza coronada de gloria y honra, en que, como en espejo, se miran los ángeles: aquellas manos que fabricaron el sol y las estrellas: aquella soberana Divinidad, ante quien tiemblan de reverencia las dominaciones y principados del cielo; y despues mira á este mismo Dios en tanta bajeza, la cabeza ceñida de ignominia, el rostro afeado de salivas, las manos despreciadas, con una caña por cetro, la Magestad divina ultrajada, y escarnecida por vilisimos bufones, lacayos y sayones. A este término ha reducido nuestra soberbia á Dios; por nuestra altivéz se ha abatido el rey de la gloria á tanto desprecio y vileza; nuestro fausto y nuestra jactancia han puesto en opro-

nio, y á ser blanco de las burlas y risadas de la hez de la república al Monarca del mundo. ¿Y quién tendrá ya atrevimiento para buscar vanos honores, viendo que le cuestan al Salvador tales humillaciones y desprecios? ¿Con qué remedio se podrá curar la soberbia del hombre, si no sana con esta humildad del Hijo de Dios?

Habia quedado el Redentor tan desfigurado y deshecho, que Pilatos creyó podia mitigar la rabia de los judios, y moverlos á compasion, si se les mostrase, sacándole á público á los ojos del pueblo en aquel dolorosisimo trage y aspecto; y así, trayendole á fuera á un balcon alto y descubierto, donde todos le pudiesen ver, con aquellas funestas insignias de dolor y de ignominia, dijo: *Ecce Homo.* Veis aquí el Hombre que tanto aborreceis, que ya no tiene forma de Hombre. Temiais que se hiciese Rey: veisle ahí reducido á estado peor que un esclavo; ¿este Rostro macilento, esta Sangre copiosa, que corre de todas sus venas, no os mueve á compasion? ¿Qué os queda que hacer con este Hombre de dolores?

Pero interrumpieron el razonamiento de Pilatos los gritos del pueblo, que en altas voces exclamó: *Tolle, tolle, crucifige eum. Sanguis ejus super nos.* ¡O barbaridad inaudita! ¡O fieras inhumanas, que no se entercecen á tan lastimoso espectáculo! ¿Y nosotros, ¡ó cristianos! tenemos acaso el corazon mas tierno, mas piadoso? Imaginemos que nos dice, no un juez injusto, sino el Padre Eterno: *Ecce Homo.* Mira, y vuelve á mirar, ¡ó cristiano! á este Hombre, á quien tu reconoces y adoras por tu Dios. Mira bien á qué término le ha reducido el amor de tu salud. Mira cuanto padece por satisfacer á la divina Justicia por tus pecados. Por curar tu soberbia está tan vilipendiado y afrentado: por la vanidad y fausto de tu cabeza, tiene la suya atravesada con una corona de espinas: por los superfluos adornos de tu rostro, trae el suyo afeado con viles salivas: *Ecce Homo.* Mírale como está, que *non est species ei: neque decor.* Haz refleccion, que tus pecados han destruido y deformado la hermosisima forma, que él habia tomado por tu amor. ¿A esta vista no se conmueve tu corazon? ¿Podrás proseguir pecando y diciendo con los judios: *Tolle, crucifige eum?*

§. III.

EJEMPLO.

Si bien el V. P. Fr. Luis de Granada en todos sus admirables libros respira piedad y devocion, en ninguno, empero, resplandece mejor su amor á Dios, que en las meditaciones de la pasion de Cristo. A estos misterios tenia un corazon tan tierno, que no podia hablar de ellos sin lágrimas y suspiros; y así, un viernes santo, habiendo subido al púlpito para predicar de la pasion, apenas con el rostro pálido y voz lúgubre, hubo puesto el tema: *Passio Domini nostri Jesu-Christi secumdum Joannem,* cuando empezó á llorar tan copiosamente, que cerradas las fauces con los sollozos, no podia proseguir el razonamiento. Repitió el tema: *Passio Domini nostri;* y prosiguiendo á querer decir, quién era aquel gran Dios, que padecia por los pecadores, sus enemigos, le interrumpió otra mayor vehemencia é impetuosa

corriente de lágrimas, que le obligó á dejar el sermon; pero aquellas pocas palabras, acompañadas de sus muchas lágrimas, fueron tan eficaces, que movieron á gran contricion á todo el numeroso auditorio, y se levantaron profundos gemidos y copiosos llantos. Ni hay que maravillarse que sus palabras fuesen tan poderosas, porque eran mas poderosas sus obras y ejemplos.

En honra de los azotes de Cristo, se disciplinaba ordinariamente hasta derramar sangre. La cuaresma, en obsequio de la corona de espinas, se ceñia con un cerco de estaño, con puntas relevadas en él. Y por la cadena con que el Salvador fué llevado al calvario, tenia un cinto de hierro tan estrechamente apretado á la cintura, que despues de su muerte se halló metido y reconcentrado con la carne. Demás de otras admirables invenciones, con que su amor lo hacia cruel verdugo de sí mismo, y piadoso para con Cristo, imitando su pasion.

Mas es digno de especial memoria lo que le sucedió en un convento suyo de Portugal. Usaba el siervo de Dios todas las noches, antes de acostarse, azotarse con una horrible disciplina, cuyos recios golpes resonaban con gran ruido en la calle pública, confinante con su celda. Sucedió, que yendo á aquella hora dos caballeros mozos á la casa de una muger liviana á ejecutar sus placeres, pasaron cerca de la celda de Fr. Luis; y oyendo aquel grande ruido de los azotes, se pararon y pusieron grande atencion á examinar de dónde salia. Presto conocieron lo que era, y compungidos, empezaron á discurrir entre sí: ¡O miserables de nosotros! Este siervo de Dios castiga y lastima tan fieramente su cuerpo, ¿y nosotros, pecadores, vamos á dar placer á nuestra carne? ¡Oh, qué malvados somos! ¿Y qué será de nuestra salvacion, si mientras los santos padecen, nosotros nos holgamos y regalamos? El ruido de estos golpes nos avisa, que vamos caminando á la perdicion. Y al punto tocados de la divina gracia, y movidos á verdadera penitencia, se volvieron á sus casas; pero primero observaron diligentemente la ventana de la celda, de donde salia aquel saludable ruido. A la mañana temprano se vinieron al convento, y preguntaron al portero, ¿quién vivia en la celda correspondiente á aquella ventana, que salía á la calle? Y sabiendo que era el Padre Fray Luis de Granada, le hicieron llamar; y llevandole á parte, el uno despues del otro, se le arrojaron á sus pies, hiriendose los pechos, y derramando lágrimas y diciendo: Padre, los azotes con que la noche pasada heriste tu cuerpo, han herido á nosotros el corazon, y nos han apartado de los deleites sensuales; y refiriendole distintamente el caso, se confesaron con el V. padre, con grandes muestras de contricion. Y enternecidos mucho mas con las suavisimas palabras del confesor, y animados á hacer seriamente penitencia, se redujeron á una vida ejemplar, sonandoles siempre en los oidos, y mucho mas en el corazon, aquel ruido, que los habia librado del peligro de su condenacion.

Ahora, si tanto pudo el sonido de aquellos azotes en el corazon de estos jóvenes disolutos y deshonestos, ¿qué compuncion no deberá causar en nosotros la consideracion de los cruelisimos azotes del Redentor? ¿Y habrá corazon que quiera proseguir en buscar y tomar deleites sensua-

les, viendo que el Hijo de Dios padece, por causa de ellos, una tan rigurosa carniceria en todo su cuerpo? ¡Habrá ojos de cristiano, que al mirar la sangre del Redentor, derramada por tantas heridas y con tantos golpes, no llore amargamente los placeres de los sentidos? ¡Ay! A los pies del mismo Señor atado á la columna, digamos con todo afecto aquella devota oracion del mismo V. P. Fr. Luis de Granada.

Señor mio Jesucristo, todas las veces que os contemplo asi desnudo y todo llagado, me lleno de confusion y empiezo todo á temblar. ¡Ay miserable! ¡Qué será de mí! No hay tantos rayos en el cielo, cuantos yo conozco que merezco, por haber sido causa con mis maldades de tantos dolores vuestros. ¡Oh, cuanto me desagrada á mí mismo, y me enfada y molesta el vivir! Pero vuestra piadosisima voz me consuela todo, y me dá confianza; llamais á Vos los pecadores, para curar con vuestras Llagas las suyas; oigo que decis: Venid á mí, que mi muerte será vuestra vida; vengo, pues, á Vos, ó Salvador de mi alma, á rogaros, que mostreis vuestra Cabeza coronada de espinas, y lleno vuestro Rostro de Sangre al Eterno Padre, diciendole: *Ecce Homo.* Y pues tuvisteis corazon para ofrecer vuestros mienbros á los verdugos, para que los atormentasen; tened tambien bondad para presentarles por mí al Eterno Padre, para que por vuestro amor me perdone.

Lease á Tomás de Kempis lib. 2. *cap.* 11. *cuyo título es:* Cuán poços son los que aman la cruz de Jesucristo.

LECCION XIV.

DE LA CRUCIFICCION DE JESUCRISTO.

Los leones, en viendo al hombre abatido y humillado, deponen su fiereza. Los áspides, en habiendo chupado parte de sangre humana por necesidad, no prosiguen en herir por rabia; mas no así se mitigaron, ni se enternecieron los judios, al ver tan abatido y ensangrentado al Salvador; antes mas crueles y rabiosos, alzaron el grito, clamando: A la cruz, á la cruz; ponle en un palo: *Crucifige, crucifige.* Y así Pilatos, aunque de mala gana, se vió forzado á sentarse en su tribunal, y dar la sentencia definitiva de muerte. Entonces aquellos bàrbaros, contra el estilo de los mas crueles verdugos, que esconden y ocultan á los reos los instrumentos del suplicio, al instante le pusieron á la vista la cruz. Abrazola el Redentor con grande afecto, y bajó sus hombros para recibir aquel pesadisimo leño, sobre el cual estaban puestos todos los pecados del linage humano: *Posuit Dominus in eo iniquitatem omnium nostrum.*

Sale fuera, llevando la gravisima carga; no ya como Isac la leña del sacrificio, de noche, por caminos solitarios, sin que nadie lo viese, sino al medio dia, por las calles públicas de Jerusalén, á són de trompetas, que llamaban al pueblo á aquel ignominioso espectáculo. No pudiendo con el gran peso gobernar los miembros, faltos de fuerzas y de sangre, se movia á pasos lentos, y á breves ratos arrodillaba y caía á tier-

les, viendo que el Hijo de Dios padece, por causa de ellos, una tan rigurosa carniceria en todo su cuerpo? ¡Habrá ojos de cristiano, que al mirar la sangre del Redentor, derramada por tantas heridas y con tantos golpes, no llore amargamente los placeres de los sentidos? ¡Ay! A los pies del mismo Señor atado á la columna, digamos con todo afecto aquella devota oracion del mismo V. P. Fr. Luis de Granada.

Señor mio Jesucristo, todas las veces que os contemplo asi desnudo y todo llagado, me lleno de confusion y empiezo todo á temblar. ¡Ay miserable! ¡Qué será de mí! No hay tantos rayos en el cielo, cuantos yo conozco que merezco, por haber sido causa con mis maldades de tantos dolores vuestros. ¡Oh, cuanto me desagrada á mí mismo, y me enfada y molesta el vivir! Pero vuestra piadosisima voz me consuela todo, y me dá confianza; llamais á Vos los pecadores, para curar con vuestras Llagas las suyas; oigo que decis: Venid á mí, que mi muerte será vuestra vida; vengo, pues, á Vos, ó Salvador de mi alma, á rogaros, que mostreis vuestra Cabeza coronada de espinas, y lleno vuestro Rostro de Sangre al Eterno Padre, diciendole: *Ecce Homo.* Y pues tuvisteis corazon para ofrecer vuestros mienbros á los verdugos, para que los atormentasen; tened tambien bondad para presentarles por mí al Eterno Padre, para que por vuestro amor me perdone.

Lease á Tomás de Kempis lib. 2. *cap.* 11. *cuyo título es:* Cuán pocos son los que aman la cruz de Jesucristo.

LECCION XIV.

DE LA CRUCIFICCION DE JESUCRISTO.

Los leones, en viendo al hombre abatido y humillado, deponen su fiereza. Los áspides, en habiendo chupado parte de sangre humana por necesidad, no prosiguen en herir por rabia; mas no así se mitigaron, ni se enternecieron los judios, al ver tan abatido y ensangrentado al Salvador; antes mas crueles y rabiosos, alzaron el grito, clamando: A la cruz, á la cruz; ponle en un palo: *Crucifige, crucifige.* Y así Pilatos, aunque de mala gana, se vió forzado á sentarse en su tribunal, y dar la sentencia definitiva de muerte. Entonces aquellos bàrbaros, contra el estilo de los mas crueles verdugos, que esconden y ocultan á los reos los instrumentos del suplicio, al instante le pusieron á la vista la cruz. Abrazola el Redentor con grande afecto, y bajó sus hombros para recibir aquel pesadisimo leño, sobre el cual estaban puestos todos los pecados del linage humano: *Posuit Dominus in eo iniquitatem omnium nostrum.*

Sale fuera, llevando la gravisima carga; no ya como Isac la leña del sacrificio, de noche, por caminos solitarios, sin que nadie lo viese, sino al medio dia, por las calles públicas de Jerusalén, á són de trompetas, que llamaban al pueblo á aquel ignominioso espectáculo. No pudiendo con el gran peso gobernar los miembros, faltos de fuerzas y de sangre, se movia á pasos lentos, y á breves ratos arrodillaba y caia á tier-

ra; por lo cual aquellos insolentes sayones, ya tirando violentamente de los cordeles, ya punzandole con las lanzas, ya con golpes sobre la corona de espinas, le obligaban á levantarse y proseguir el camino. Aquí verdaderamente vino á ser el Rey de la gloria oprobio de los hombres y desprecio abatidisimo del pueblo: *Opprobium hominum, et abjectio plebis;* porque aquel mismo pueblo, que poco antes le habia recibido con bendiciones, aplausos, hojas de palma, y con arrojar sus capas al suelo y á sus pies, como á Rey; ahora trocado el amor en odio, concurre de todas partes á maldecirle y burlarle con mofa, como á ladron.

Apenas se hallan algunas buenas mugeres, que movidas á piedad, al ver tanta desgracia y afliccion, le salen al encuentro con gemidos y lágrimas, á las cuales volviendose el Salvador, como olvidado de sus dolores, y compadecido de los trabajos que habian de padecer, las dijo con ternisimo afecto: *Filiae Hierusalem, nolite flere super me, sed super vos ipsas flere.* ¡O dulcisimo Jesus! ¡Cómo prohibis este llanto, con que desfoga un poco el afecto compasivo de vuestra pasion! ¿Por qué antes no impedis las blasfemias injuriosas de los perseguidores, que las piadosas expresiones de compasion de las mugeres? Dejad que á lo menos estos corazones se compadezcan, y estos ojos lloren, y paguen un corto tributo de lágrimas á vuestra Sangre. Pero ¿qué digo? La fineza de vuestro amor os persuade otra cosa. Como vuestro Corazon se compadece mas de nuestros males, que de vuestras penas; así quereis que toda la compasion de los otros se convierta ácia nosotros, y las lágrimas se derramen por nuestras miserias: *Super vos ipsas flere.*

Pero merece ser con especial atencion ponderaba la razon que alega: *Quia si in viridi ligno haec faciunt, in arido quid fiet!* Si en mí (dice el Redentor) que soy leño verde, sin infeccion de culpa, y con frutos de todas las virtudes, se ejecutan con tanta crueldad tantas heridas; ¿qué será de los pecadores, que son leños secos, estériles de todo bien, y podridos con tantos pecados? A la ponderacion de esta gran clausula convida san Buenaventura á los pecadores. Si el Hijo de Dios y Criador del mundo, por haber tomado carne humana: *In similitudinem carnis peccati*, padece tantas penas y tantos tormentos, ¿qué habrá de padecer el hombre, vilisima criatura, engendrado de carne pecadora? ¡Si el inocente, Azucena de pureza, y Espejo sin mancha, hubo de tolerar en su purisima Carne sudor de sangre, tormentos de agonia, y muerte de cruz por los pecados agenos; ¿qué castigos, qué muerte no deberá tener el pecador, reo de tantas maldades propias, arguyendole la conciencia de tantas culpas como ha cometido? Si la justicia del Eterno Padre es tan inexorable contra su propio Hijo, que quiso verle agonizar y morir en una cruz, ¿qué severidad, qué rigores no deberá aguardar el esclavo rebelde? Cuando Torcuato, cónsul Romano, con severisima justicia, hizo cortar la cabeza á su hijo Manlio, porque contra su orden habia peleado y vencido á los enemigos, quedó pasmado todo el ejército, y ningun soldado tuvo aliento para pedir perdon de su inobediencia, viendo que el padre no habia perdonado aun á su hijo: *Expalluit totus Exercitus; nec quis quam militum ausus est sibe veniam petere, videns vindictam patris in filium,* (VALER.

MAXIM.) ¿quién, pues, tendrá atrevimiento para pecar, con esperanza de que Dios le perdonará despues, si *proprio Filio non pepercit*, si no perdonó á su Hijo, solamente porque entró á ser fiador por los pecados agenos? ¿Quién, siendo reo de muchas culpas, vivirá seguro del perdon por haber derramado una lágrima de penitencia, ó herido una vez su pecho con el *Domine miserere*, si reparara que el Redentor no se contenta con haber derramado por los pecados unas pocas gotas de sangre, sino deja vacias las venas en una tempestad de azotes, en una corona de espinas, en una infame horca?

Acaso direis, que el haber padecido tanto el Redentor por nuestros pecados, mas nos anima á esperar, que mueve á temer. Si la divina Justicia ha cobrado ya la pena de nuestros pecados del Salvador, ya no tendrá que pedirnos esta deuda, ni nosotros tendrémos que pagar, ni penar. Eternas gracias al divino Hijo, que á tanta costa de su Sangre nos ha redimido, tomando para sí solo los rigores de la Justicia, y dejando para nosotros las finezas y suavidades de la misericordia. ¿Qué decis, que el Salvador tomó para sí solo los rigores de la Justicia? ¡O qué grande error! Estais muy engañados; antes Dios nos propone á su Hijo crucificado por nuestras culpas, para que nosotros no escusemos tomar la cruz, y tolerar nuestras penas: *Proprio filio non pepercit, ut ostenderetur, quae supplicia manerent servum nequám, dum tanta patitur innocens Filius.* Así lo entendió el Doctor de las gentes, Pablo, cuando al padecer aquel gran catálogo de sus cruces y trabajos, decia: *Adimpleo ea quae desunt, Passionum Christi in carne mea.* ¿Qué decis, san-

to Apostol? ¿En vuestro cuerpo cumplis lo que le falta á la pasion de Cristo? Por ventura, ¿no fué copiosa y sobreabundante su redencion? *Copiosa apud eum redemptio?* Ay, que si, responde Pablo: fué copiosa y copiosisima; pero *apud eum*, respecto del Redentor, y en sí misma, mas no respecto de los hombres, y para su eficaz beneficio, si ellos con su padecer no se aplican los frutos de su pasion: no serán herederos de la gloria, si no fueren partícipes de las penas: *Si compatimur, et conglorificabimur.*

Vengan, pues, las cruces, los trabajos, las persecuciones y tormentos, que serán siempre muy bien recibidos: pagaré sangre con sangre, y vida con vida. Así divinamente lo explica san Gregorio el grande: *Per crucem quidem suam omnes redimit, sed remansit, ut qui redimi, et regnare cum eo nitur, crucifigatur. Hoc propecto residuum viderat, qui dicebat: si compatimur, et conregnabimus.*

Pero volvamos al Salvador, que proseguia su trabajoso camino, bañando la tierra con la sangre que corria de las llagas, oprimidas y exprimidas con el tórculo ó viga de la pesada cruz. ¡O Sangre de Dios vivo, Sangre de infinito valor! ¡Cómo estais mezclada con el lodo de las calles, y pisadas de vilisimos pies! ¡O ángeles del cielo! ¿Como no bajais á la tierra á recoger esta preciosisima Sangre? ¿Cómo no ayudais á llevar la pesada cruz, intolerable á las desmayadas fuerzas de vuestro desalentado Rey? ¿Cómo no oponeis vuestras santas bendiciones y alabanzas, á las blasfemias con que le maldicen los judios, como á capitan de ladrones? ¿Cómo sufris que el Señor, que está en el cielo enmedio de las

dos divinas Personas, rodeado de las celestiales gerarquias, esté en la tierra entre dos ladrones, acompañado de infames malhechores, y enmedio de ellos coronado de espinas, como Rey de los mas facinerosos? Este (si creemos á san Anselmo) fué el mayor tormento que padeció el Salvador, verse tratado de ladron. Esto le heria el Alma mas vivamente, que al Cuerpo la cruz.

Si bien mayor, sin duda, fué el sentimiento al encontrarse con su divina Madre. ¡O dolorosisimo encuentro! La Madre santísima, luego que tuvo la funesta noticia, corrió á ver á su Hijo, dandole el amor las fuerzas y aliento, que le quitaba el dolor. Veia por el camino las gotas de la sangre, que le sirvieron de guia para conducirse al calvario, donde se encontró con su Hijo, y se miraron los dos cara á cara. ¡O Dios, con qué pasmo y dolor de ambos! Callaban las lenguas, mas hablaban los corazones; y con la lastimosa vista de los ojos se traspasaban recíprocamente las almas atormentadas. Decia con los afectos del corazon el Hijo: ¿Para qué venis aquí, Madre mia, á aumentar mi dolor y el vuestro? Bien conozco que mi pasion es la vuestra: pero tambien vuestro dolor es mio. Yo con esta cabeza coronada de espinas traspaso vuestro corazon: Vos, con vuestro corazon, anegado en tantos afanes, me doblais las penas. Volved, ó Madre mia, á vuestro retiro, que no conviene á vuestra pureza esta compañía de ladrones y verdugos. Volved, o purísima Paloma, al arca de vuestro alvergue, hasta que cesen las aguas de este diluvio, porque aquí no hallareis donde descanse vuestro pié. Mas á esto respondia el corazon de la Madre: ¡O mi queridisimo Hijo! ¿Por qué

me mandais que yo me retire de vos? ¿Dónde puedo hallar conorte, sino en vuestra presencia? Vuestra vida es mi vida: sean, pues, mias vuestras penas: permitid que mis lágrimas acompañen á vuestra Sangre; quiero ser crucificada con vos, y morir con vuestra muerte. Vivir sin vos, me será mas duro y amargo que el morir; y el morir con vos, me será premio de haberos dado la vida.

Estos sentimientos se andaban repitiendo allá en sus corazones la Madre y el Hijo, y con tan dolorosos afectos proseguian el camino, hasta llegar al lugar del sacrificio.

§. II.

MUERTE DE CRISTO.

Apenas llegaron al monte calvario á la vista de Jerusalen, cuando aquellos sayones, sin darle un instante de descanso, le desnudaron con gran furia, hasta de la túnica interior, que estando pegada á las llagas por la sangre congelada, le renovó acerbisimos dolores. Despues le mandaron, con bárbara impiedad, que se tendiese sobre la cruz. El Salvador, con prontisima obediencia, estendió las manos, y alzando los ojos al cielo, ofreció al Eterno Padre su vida en sacrificio por el remedio del género humano. Y como Isac, atado sobre elház de la leña estaba esperando la herida de su padre; así Cristo sobre la cruz aguardaba los golpes de los verdugos. Allá Dios, satisfecho con la buena voluntad de Abrahán, hizo que el ángel le detuviese la espada, para que no descargase el golpe; acá, queriendo la per-

dos divinas Personas, rodeado de las celestiales gerarquias, esté en la tierra entre dos ladrones, acompañado de infames malhechores, y enmedio de ellos coronado de espinas, como Rey de los mas facinerosos? Este (si creemos á san Anselmo) fué el mayor tormento que padeció el Salvador, verse tratado de ladron. Esto le heria el Alma mas vivamente, que al Cuerpo la cruz.

Si bien mayor, sin duda, fué el sentimiento al encontrarse con su divina Madre. ¡O dolorosisimo encuentro! La Madre santísima, luego que tuvo la funesta noticia, corrió á ver á su Hijo, dandole el amor las fuerzas y aliento, que le quitaba el dolor. Veía por el camino las gotas de la sangre, que le sirvieron de guia para conducirse al calvario, conde se encontró con su Hijo, y se miraron los dos cara á cara. ¡O Dios, con qué pasmo y dolor de ambos! Callaban las lenguas, mas hablaban los corazones; y con la lastimosa vista de los ojos se traspasaban recíprocamente las almas atormentadas. Decia con los afectos del corazon el Hijo: ¿Para qué venis aqui, Madre mia, á aumentar mi dolor y el vuestro? Bien conozco que mi pasion es la vuestra: pero tambien vuestro dolor es mio. Yo con esta cabeza coronada de espinas traspaso vuestro corazon: Vos, con vuestro corazon, anegado en tantos afanes, me doblais las penas. Volved, ó Madre mia, á vuestro retiro, que no conviene á vuestra pureza esta compañía de ladrones y verdugos. Volved, o purisima Paloma, al arca de vuestro alvergue, hasta que cesen las aguas de este diluvio, porque aquí no hallareis donde descanse vuestro pié. Mas á esto respondia el corazon de la Madre: ¡O mi queridisimo Hijo! ¿Por qué

me mandais que yo me retire de vos? ¿Dónde puedo hallar conorte, sino en vuestra presencia? Vuestra vida es mi vida: sean, pues, mias vuestras penas: permitid que mis lágrimas acompañen á vuestra Sangre; quiero ser crucificada con vos, y morir con vuestra muerte. Vivir sin vos, me será mas duro y amargo que el morir; y el morir con vos, me será premio de haberos dado la vida.

Estos sentimientos se andaban repitiendo allá en sus corazones la Madre y el Hijo, y con tan dolorosos afectos proseguian el camino, hasta llegar al lugar del sacrificio.

§. II.

MUERTE DE CRISTO.

Apenas llegaron al monte calvario á la vista de Jerusalen, cuando aquellos sayones, sin darle un instante de descanso, le desnudaron con gran furia, hasta de la túnica interior, que estando pegada á las llagas por la sangre congelada, le renovó acerbisimos dolores. Despues le mandaron, con bárbara impiedad, que se tendiese sobre la cruz. El Salvador, con prontisima obediencia, estendió las manos, y alzando los ojos al cielo, ofreció al Eterno Padre su vida en sacrificio por el remedio del género humano. Y como Isac, atado sobre elház de la leña estaba esperando la herida de su padre; así Cristo sobre la cruz aguardaba los golpes de los verdugos. Allá Dios, satisfecho con la buena voluntad de Abrahán, hizo que el ángel le detuviese la espada, para que no descargase el golpe; acá, queriendo la per-

fecta y cumplida ejecucion, permitió que los sayones desfogasen toda su rabia contra su Hijo: y así, con duros y gruesos clavos empezaron á dar martilladas, como si las diesen sobre un yunque, para atravesar una mano, que por la vehemencia del dolor, habiendo encogido los nervios, obligó á aquellos cruelisimos verdugos que estirasen con mayor fuerza la otra mano, hasta que llegase al agujero señalado. Aquí se descoyuntaron los huesos con horrible tormento, como lo habia profetizado el Salvador: *Foderunt manus meas, et pedes meos, dinumeraverunt omnia ossa mea,* (PSAL. 21.) Me clavaron y atravesaron las manos y los pies; y tanto me estiraron en la cruz, que me podian contar todos los huesos de mi cuerpo. Aun mas que las manos, padecieron en este tormento los sagrados pies, por la junta de los nervios y grosedad de los huesos, y por el estiramiento de todos los miembros; y así dijo el Redentor á santa Brigida, que este fué el mayor dolor que habia padecido: *Omnium atrocissimus.*

Clavado de esta suerte el Señor, levantaron con furia la cruz, y con impetu la dejaron caer en el hoyo cavado en el monte, para que el cuerpo pendiente se descoyuntase y quebrantase todo, y se abriesen mas las heridas de las manos y de los pies. Apareció entonces el Rey de la gloria desnudo, solo cubierto con su Sangre, á los ojos del pueblo insolente, que en lugar de moverse á piedad, alzó el grito á mofarle y escarnecerle: *Si Filius Dei es, descende de Cruce.* ¡O qué doloroso espectáculo, ver al Hijo de Dios pendiente de una cruz, señalado desde la cabeza á los pies con atrocisimas llagas! Carga el pe-

so del Cuerpo sobre los pies, y los clavos abren mas las heridas, y descoyuntan los huesos. Si se quiere sostener en los brazos, crecen las bocas de las manos, y se estiran mas los huesos y nervios. Si se mueve la sagrada cabeza en la cruz, se clavan mas en el casco las espinas. Si inclina la cabeza ácia el pecho, repara, que aquella escuadra de sayones y vil turba, con visages y gestos feisimos le está mofando; la boca llena de amargura con la hiel: los ojos cubiertos de sangre; las mexillas acardenaladas por las bofetadas; todos los miembros están padeciendo, y cada uno su especial tormento, sin que pueda socorrer el uno al otro sin recíproco dolor: sobre todo, corren de las manos y pies cuatro arroyos de sangre, que son como los cuatro rios del Paraiso terrenal, que salian á regar toda la haz de la tierra.

Mas ya que el cuerpo está sumergido en tanto mar de penas, á lo menos el alma gozará algunos consuelos. Ay, que antes confiesa el mismo Redentor, que su alma está llena de congojas: *Repleta es malis anima mea.* Y segun este texto, llegó á decir el doctor angélico santo Tomás, que tambien en la cruz los dolores y fatigas del alma, fueron mayores, que los tormentos del cuerpo. Y ¿qué mayor confusion, que estar desnudo sobre un infame leño, á la vista de un innumerable pueblo, entre dos famosos ladrones? *Cooperuit confussio faciem meam;* la confusion y vergüenza cubrió mi rostro. Así se dolió Cristo mas, que de los otros tormentos. ¡Qué ignominia de un alma noble, verse burlada de la vilisima hez del pueblo, mofada con dichos y gestos de los sayones, con palabras y acciones ri-

díeulas é injuriosas de los fariseos! *Blasphemabant eum, moventes capita sua.* ¡Qué soledad, hallarse abandonado de sus queridos discípulos, vendido de uno con traicion, negado de otro con perjurio! ¡Qué dolor de corazon de un Hijo, mirar delante de sí á su queridísima Madre traspasada de la espada del dolor, desmayada y sin aliento!

¿A lo menos estaria asistido de celestial conorte de su Eterno Padre? ¡Ay, que no! él mismo se queja con lastimeras voces de que está abandonado y desamparado hasta de su Eterno Padre: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado? O como dice en otro lugar: *Clamo ad te, et non exaudis me. Mutatus es mihi in crudelem;* clamo, imploro vuestra ayuda, y no me oís: parece que para mí os habeis trocado en cruel, pues no mostrais piedad á tantas penas mias, y sufriendoos el corazon ver agonizar á vuestro Hijo sobre una cruz. De esta suerte el Criador del mundo, el Rey del cielo, el Unigénito del Eterno Padre, ahogado en un mar de afanes, en un diluvio de su propia sangre, despues de una larga agonia, sin ningun refrigerio, ni alivio, entre las burlas é injurias de sus enemigos, inclinando la cabeza, espiró: *Inclinato capite tradidit spiritum.* Murió el Hijo de Dios; y yo tan favorecido, tan lleno de sus beneficios, he sido la causa de su muerte, le he muerto con mis culpas; yo, que si no queria amarle como Padre, á lo menos le debia temer como Juez: yo le he muerto con la mas cruel manera de muerte de cuantas la humana fiereza supo inventar.

A esta muerte se dió por sentida toda la naturaleza: el sol se cubrió de tinieblas: se sacudió

con temblores la tierra: las piedras se quebraron unas con otras: los sepulcros se abrieron: el sacro velo del templo se rasgó: todas las criaturas insensibles, por quien no moria Cristo, tuvieron sentimiento de compasion á la muerte de su Criador. Y tú, corazon mio, ¿no te condolerás? ¿Y vosotros ojos, mios, no derramareis una lágrima de compuncion? ¿Y yó, por amor de quien murió el Salvador, no me moveré á piedad, á correspondencia de afecto, á arrepentimiento de mis pecados? Mas, en la muerte de Jesucristo los soldados, verdugos y ministros, ejecutores del suplicio, se llenaron de horror; y arrepentidos confesaron, que era Hijo de Dios: *Verè Filius Dei erat isti.* El ladron crucificado juntamente con él, se movió á penitencia, y le confesó por Rey del cielo. Los judios, que antes habian gritado: *Crucifige eum,* se volvian hiriendo los pechos de contricion: *Revertebantur percutientes pectora sua.* El mismo Longinos, que con la lanza atravesó el Costado del Redentor, quedó tan ilustrado y enternecido con la sangre que salió de aquella herida, que vino á ser santo penitente, y glorioso mártir. ¿Y yo, al ver morir un Dios sobre la cruz por mis gravísimos pecados, he de quedarme insensible? ¿He de resistir á tantos motivos de penitencia? ¿No resolveré mudar de vida? Peor soy que los bárbaros judios; mas impio, que los verdugos de Cristo; mas perverso, que Longinos, que traspasó el Corazon de Jesus. ¿Y qué cosa podrá jamás convertirme, si no me convierte la muerte de un Dios, que pudo mover y enternecer aun á sus mismos matadores? ¿Si con la sangre de este Cordero inmaculado no se ablanda el diamante de mi durísimo corazon, con qué

se podrá jamás ablandar? ¿Qué esperanza puedo tener de mi salvacion, si no tengo mejoria con tal medicamento, y tan eficaz del Salvador? Una sola vista de Jesus crucificado sacó de las tinieblas de la infidelidad á Umberto, duque de Aquitania, enemigo de los cristianos; y del lodo de la torpeza á Catalina Romana, muger deshonesta y del mundo, los cuales confesaron haberse rendido á convertirse, no por temor de la muerte cercana, no por el peligro del infierno, que les amenazaba, sino solo de haber mirado al Salvador crucificado, cuya vista les movió á penitencia; ¿y yo, habiendo visto tantas veces al Hijo de Dios pendiente de la cruz, despues de tantos toques á mi corazon, he de ser rebelde á la luz? *Rebellis lumini?* ¿Pertináz á las inspiraciones? ¿Y he de hacer tan grande agravio á la Sangre divina?

Aquí al pie de la cruz aprendió la penitente Magdalena la gravedad de sus pecados, y de la grandeza del remedio infirió la atrocidad de sus llagas. Aquí debe el pecador concebir asombro de sus delitos, y en la balanza de la cruz pesar la gravedad de sus culpas. Gran teatro de la divina Justicia es el infierno, para conocer cuan detestable sea el pecado; pero mayor teatro de terror es el calvario, donde la ira vengadora de Dios no se enoja, ni encruelece contra los malvados pecadores, sus enemigos, sino ejercita su severidad contra su mismo Hijo, por sola la sombra y capa, qne tomó de pecador: *Non sic expavesco,* (decia temblando santo Tomás de Villanueva) *et contremisco ad poenas inferni, sicut videre Deum pro peccato morientem.*

La enorme malicia del pecado se descubre cier-

tamente en el castigo de los ángeles, donde Dios, por solo un acto de soberbia, desterró del cielo, á eternas penas, tantas celestiales gerarquias; pero mas se manifiesta su enormidad en la redencion de los hombres, por cuyos pecados hubo de morir con atrocisimos tormentos el Criador de los ángeles y de los hombres. Mira, ó pecador, lo que haces, cuando te dejas llevar de cualquier placer pecaminoso: haces un mal, que no se quita, ni se borra, si Dios no derrama su Sangre: *Sine sanguinis effusione non fit remissio.* Mira cuan grave deuda de penas has contraido por una sola de tus culpas; deuda tal, que para satisfacer por ella, nada servirán, ni las oraciones de tantos santos confesores, ni las lágrimas de tantos penitentes, ni la sangre de tantos mártires, ni los preciosisimos é incomparables méritos de la divina Madre: *Oportebat Christum pati;* fué menester que muriese Dios.

Mas sobre todo, mira, hombre, en el Corazon traspasado de Jesus, el exceso de la divina caridad con los pecadores; y desde el pie de la cruz, levantando los ojos al Salvador, preguntale con el Profeta: *Quid sunt plagae istae in medio manuum tuarum*? ¿Qué llagas son estas, ó Salvador del mundo, que veo en vuestras manos y en vuestros pies, que arrojan tanta copia de sangre? ¿Quién ha despedazado con tan bárbara carniceria todos vuestros miembros? ¿Quién os ha abierto con tan terrible herida vuestro pecho? No responde el Salvador, porque ya ha espirado; pero responde por él el amado discipulo Juan, registrador fiel del Corazon de Jesus, que estuvo presente á su dolorosisima muerte: *Dilexit nos, et labit nos à peccatis nostris in sanguine suo.*

El amor fué el mayor verdugo, que le dió la muerte; el amor le sacó la sangre de las venas, para lavar las manchas de nuestros pecados; el amor de Dios llegó á tal punto, que dió su vida, no por sus amigos, no por sus fieles vasallos, sino por sus enemigos y rebeldes.

Por este mismo fin de manifestar su caridad infinita con los pecadores, quiso morir de aquella suerte pendiente en una cruz, si creemos á san Agustin: *Inspice vulnera pendentis. Caput habet inclinatum ad osculandum: cor apertum ad diligendum: brachia extensa ad amplexandum: totum corpus expositum ad redimendum.* Mirad, ó pecadores, la posicion del crucificado, que está pendiente enfrente de vosotros, y sobre vosotros derrama su Sangre. ¿Sabeis por qué tiene inclinada la cabeza? Por daros ósculo de paz, prenda de amor. ¿Por qué está abierto su costado? Por acogeros y meteros en su Corazon. ¿Por què están estendidos aquellos brazos? Por abrazaros como hijos pródigos, si os volveis á vuestro buen Padre. ¿Por qué tiene expuesto todo su cuerpo ácia vosotros? Por mostrar que se os dá todo. Con tantas maravillas de amor esperó Jesus crucificado atraher á sí todos los corazones, que ninguno tendria ya osadia para ofenderle, que los arrebataria á todos á su amor. Por eso decia: *Cum exaltatus fuero à terra, omniam traham ad me ipsum, sum.* Cuando me vieren levantado en la cruz por amor del linage humano, se verán obligados una vez los hombres á corresponderme con amor. Sean, pues, bárbaros, sean como de fieras los pechos de los pecadores; ¿podrán resistir mas á tanta caridad? *Jam non sibi vivent, sed ei, qui pro omnibus mortuus est.* (2. COR. 5.)

Mas, ¡ó cuanto quedaron burladas las esperanzas de un Dios amante! ¡Cuán sin fruto empleó él su Sangre y su vida! ¡Todavia pecan los hombres habiendo visto morir un Dios por el pecado! ¡Aun se hallan hombres tan desapiadados y tan inhumanos, que sabiendo por la fé, que su culpa llegó á quitar la vida á un Dios, con todo eso, se atreven á cometer nuevas culpas! Este es un prodigio tan brutal, que si no se viese tan frecuentemente, se tendria por imposible. Y yo tambien soy uno de estos malvados: *Dominus meus pendet in patibulo, et ego voluptati operam dabo?* Lloraba atónito san Bernardo. Mi Señor, por mi amor y remedio, está pendiente en una cruz; ¿y yo, á desprecio suyo, me he de entregar á placeres? El estiende sus manos á las heridas por mi salud; ¿y yo estenderé las mias á deleites, á disgusto suyo? El desde la cruz clama, pidiendo perdon: *Pater, ignosce illis,* para los soldados que le han herido, para los judios que han pedido su muerte, para los jueces que le han condenado, para los verdugos que le han crucificado; ¿y yo no querré perdonar aun una ligera injuria á quien incautamente me agravió? El se deja abrir el Costado para darme el Corazon; ¿y yo le he de tener siempre cerrado á sus llamamientos, siempre abierto á desordenados amores? No, no, que no quiero ya ser ingrato á tanto amor, ni volver mal por bien á quien me ha hecho tantos beneficios á costa de tantas penas: *Clamat Crux, clamat clavi, lancea, convitia, et verbera; ut ipse toto corde diligatur, qui pro dilectione talia, et tanta perferre dignatus est,* dice san Lorenzo Justiniano: „Clama la cruz, claman los „clavos, la lanza, las burlas, las espinas, los azo-

„tes, que amemos de todo nuestro corazon á aquel „Señor, que por grangear nuestro amor se dig„nó padecer tantos y tales tormentos.”

Veisme aquí, pues, ó Redentor mio, al pie de vuestra cruz á pediros una gota de vuestra Sangre, para lavar mis pecados pasados; yo confieso, que soy indignisimo, por haberos clavado con mis culpas en ese leño infame. Mas oyendo, que vos pedis al Padre perdon para los que os han crucificado, me atrevo á pediros misericordia. ¡O amador verdadero de las almas! Añadid esta á todas las otras finezas vuestras, dadme mayor compuncion, afianzad en mi pecho un firmisimo propósito, y solidisima resolucion de no ofenderos mas. Yo, pasmado y obligado de tan gran bondad, deseo amaros sobre todo bien, y aborrecer sobre todo mal el pecado, como causa de vuestra muerte; ayudadme por vuestras llagas, abiertas por mi salud, alcanceme esta gracia, de primero morir, que ofenderos mas; antes morir, que pecar.

§. III.

EJEMPLO.

Santa Lugarda, (SURIO A 16 DE JUNIO) nacida de padres nobilisimos, y dotada de las mas bellas prendas, que pueden hacer amable á una doncella, en la flor de sus años andaba desvanecida de sus gallardas prerrogativas, y gustaba un poco de vanos amores, aunque siempre dentro de los terminos de la honestidad. Estaba una tarde discurriendo con un caballero mozo, que deseando lograrla por esposa, la galanteaba, y con la suave miel de afectuosas palabras pretendia atra-

herla á que correspondiese á su afecto. Ya el dulce veneno del amor se iba poco á poco entrando en el pecho, pareciendole, que aquel partido de bodas era con personage igual á su nobleza; cuando al despedirse, volviendo los ojos, vió, que se le ponia delante otro Esposo; pero de Sangre, Jesus crucificado, en aquel trage y semblante puntualmente, como vivió en la tierra: *Speci sus forma prae filiis hominum;* el cual, con muy diferentes muestras de amor, descubriendo el pecho, la dió á ver la sacratisima Llaga del Costado, que destilaba Sangre fresca, y la dijo: *Blanditias inepti amoris postea vide, ne requiras. Hic fugitèr contemplare, quid diligas, et quamobrem diligas: hic ego totius puritatis delicias polliceor obtinendas.* De aquí adelante mira bien, no busques delicias del profano amor. Aquí has de contemplar continuamente en este Corazon herido, lo que debes amar, y por qué causa le debes amar. Ves aquí el único blanco de tus afectos. Aquí yo te prometo que hallarás las mas dulces y puras delicias que puedes desear. Aquí tu espíritu será anegado en un rio caudaloso de celestiales consuelos.

Con esta vision quedó Lugarda tan avergonzada de sí misma, y tan cautiva del amor de Jesucristo crucificado, que parecia que una mano invisible le habia sacado y exprimido del corazon todo otro afecto. Cerró al punto los ojos y las orejas á las lisonjas de todo amante terreno, como á ojos, y mordeduras de una venenosa sierpe. Y cuando otra vez volvió el caballero á galantearla, respondió pronta con las palabras de santa Inés al jóven Romano: *Discede à me, pabulum mortis, quia jam ab alio amatore praeven-*

ta sum. Apártate de mí, alimento de muerte, que ya otro mejor y mas noble Esposo me ha escogido para mas festivas bodas.

Entró, despues, tan profundamente en el corazon de esta santa doncella el amor de Jesus crucificado, que ni sabia pensar, ni hablar de otra cosa, que de padecer amando, y amar padeciendo la cruz de muchas mortificaciones por su celestial Esposo; el cual, para premiarla tanto afecto, se le apareció de nuevo en forma de crucificado, bañado en Sangre; y sacando un brazo de la cruz, le estendió sobre ella, como abrazandola, y haciendola que aplicase la boca á la Llaga del Costado, la cual ella besó con purisima reverencia, y chupó un nectar suavisimo, y tan divino, que la saliva de sus lábios quedó mas dulce que la miel, respirando una suavisima fragancia, y sanando muchas enfermedades en los que la tocaban. Y la santa, para remedio de cualquier trabajo ó fatiga, no necesitaba de otra cosa, que de mirar la imágen del Crucifijo; tanto era el vigor, y la dulzura de espíritu que de allí sacaba. Una vez, vió al Hijo de Dios, que estaba delante de su Eterno Padre, y mostrandole las sagradas Llagas, rociadas de fresca Sangre, le pedia perdon para los pecadores; y despues se volvió á ella, diciendola: Mira, ó esposa mia, como yo me ofrezco todo á mi Padre, por la salud de los pecadores; así tú debes ofrecerte á mí toda, y totalmente, por tu salvacion.

Ni fué solo Cristo crucificado; tambien se le aparació Maria santisima dolorida, con un semblante lleno de tristeza, y los ojos bañados en lágrimas, cual habia estado en el calvario al pie de la cruz. Movida á gran compasion Lugarda,

la preguntó ¿cuál era la causa de tanta tristeza en ella, que era la alegria y gozo del paraiso? Respondió la Señora: Las culpas de los pecadores azotan de nuevo y crucifican á mi querido Hijo; con blasfemias y torpezas le renuevan á él los dolores, y á mí los afanes y congojas, tanto mas crueles, cuanto que son cometidas por cristianos, y no hay quien ponga remedio y me dé consuelo; á tí te toca, ó querida hija, con gemidos, oraciones y ayunos, consolarnos, y mitigar la indignacion de Dios, enojado contra los hombres; lo cual Lugarda ejecutó con siete años de rigurosos ayunos, y otras penitencias. Tuvo un vehemente deseo de derramar su sangre por el martirio, no pareciendola digna esposa de un Esposo crucificado, la que no muriese crucificada; y asi, una mañana, despues de su oracion, hecha delante de la cruz, la vino un ardentisimo deseo de imitar en la muerte á la gloriosa mártir santa Inés, así como procuró siempre imitarla en vida. Pasó tan adelante este deseo, que estuvo para morir, habiendosela roto una vena en el pecho, junto al corazon, de que salió gran copia de sangre. Entonces se la apareció su Esposo Jesus, y la dijo: que en el cielo tendria el mismo premio que santa Inés; porque si bien no derramaba, como la santa, su sangre por mano de verdugo, á lo menos con igual afecto habia deseado derramarla, y con gran dolor compasivo de su pasion. Al fin, estaba tan arrebatada del amor de su Redentor, y con tan afectuosos ojos miraba y remiraba al crucificado dueño de su corazon, que muchas veces padecia desmayos y deliquios de espíritu; y cuando meditaba sus atrocisimos dolores, tal vez derramaba lágrimas de

sangre, que cubrian su rostro, que en una ocasion las enjugó con su propia mano el Salvador. ¡O dignacion amorosisima! Mirad cuánto pudo en los ojos humanos y corazones de carne una vista, un pensamiento de Jesus crucificado. ¡O confusion nuestra! que tantas veces le miramos y pensamos en él, sin una lágrima de ternura en los ojos, y sin un afecto de compasion en el alma: *Si non compatimur, nec conregnabimus.*

Lease á Tomás de Kempis lib. 2. cap. 12. Del camino real de la santa cruz.

LECCION XV.

DE LA RESURRECCION DE CRISTO, Y GLORIA DEL CIELO.

Ya se acabaron las penas, ya se puso término á los afanes; ves aquí al Salvador resucitado, glorioso y triunfante. Mira como aquella corona de espinas la ha cambiado en una diadema de gloria; las manchas de la sangre, en rubíes de luz; los cardenales de las llagas, en galas de victoria: las burlas é improperios de los judios, en aplausos de los ángeles; y la dolorosa muerte, en una vida bienaventurada: *Resurrectionis gloria sepelivit morientis injuriam*, dice S. Pedro Crisólogo. Mira en el Cuerpo glorificado aquellas cinco Llagas, que resplandecen como soles, y arrojan rayos de vivisima luz, bellos iris, hermosos arcos de paz entre Dios y los hombres; trofeos gloriosos de haber vencido la muerte y el infierno; cifra de amor, y letras de beneficencia, con que están escritos en el libro de la vida los escogidos; en suma, el Cuerpo de Cristo, tan despreciado, injuriado y despedazado, está ahora tan hermoso, tan lleno de gloria, que si en el cielo no hubiese otra cosa sensible que ver, sino la sacrosanta Humanidad, al verla solamente bastaria á hacer un paraiso. Tanta gloria le ha grangeado la pasion, que si bien atrocisima, fué breve, cuando la felicidad no solo es inmensa por la grandeza de los bienes, sino tambien eterna por la perpetua continuacion de los gozos.

¡Mas qué júbilos de aclamacion hicieron los co-

sangre, que cubrian su rostro, que en una ocasion las enjugó con su propia mano el Salvador. ¡O dignacion amorosisima! Mirad cuánto pudo en los ojos humanos y corazones de carne una vista, un pensamiento de Jesus crucificado. ¡O confusion nuestra! que tantas veces le miramos y pensamos en él, sin una lágrima de ternura en los ojos, y sin un afecto de compasion en el alma: *Si non compatimur, nec conregnabimus.*

Lease á Tomás de Kempis lib. 2. cap. 12. Del camino real de la santa cruz.

LECCION XV.

DE LA RESURRECCION DE CRISTO, Y GLORIA DEL CIELO.

Ya se acabaron las penas, ya se puso término á los afanes; ves aquí al Salvador resucitado, glorioso y triunfante. Mira como aquella corona de espinas la ha cambiado en una diadema de gloria; las manchas de la sangre, en rubíes de luz; los cardenales de las llagas, en galas de victoria: las burlas é improperios de los judios, en aplausos de los ángeles; y la dolorosa muerte, en una vida bienaventurada: *Resurrectionis gloria sepelivit morientis injuriam*, dice S. Pedro Crisólogo. Mira en el Cuerpo glorificado aquellas cinco Llagas, que resplandecen como soles, y arrojan rayos de vivisima luz, bellos iris, hermosos arcos de paz entre Dios y los hombres; trofeos gloriosos de haber vencido la muerte y el infierno; cifra de amor, y letras de beneficencia, con que están escritos en el libro de la vida los escogidos: en suma, el Cuerpo de Cristo, tan despreciado, injuriado y despedazado, está ahora tan hermoso, tan lleno de gloria, que si en el cielo no hubiese otra cosa sensible que ver, sino la sacrosanta Humanidad, al verla solamente bastaria á hacer un paraiso. Tanta gloria le ha grangeado la pasion, que si bien atrocisima, fué breve, cuando la felicidad no solo es inmensa por la grandeza de los bienes, sino tambien eterna por la perpetua continuacion de los gozos.

¡Mas qué júbilos de aclamacion hicieron los co-

ros de los ángeles, cercando á su Rey triunfante? Si cuando nació en el portal de Belén, viniendo á padecer trabajos é incomodidades hasta morir, bajaron del cielo á escuadrones á cantarle el *Gloria in excelsis Deo;* ¿con qué fiesta vendrian á celebrar el triunfo, ahora que resucitaba para subir á la eterna bienaventuranza?

Partió luego el amantisimo Hijo á consolar con su gloriosa presencia el Corazon de su Madre, atravesado con la espada del dolor, y enjugar las lágrimas de aquellos ojos, que tanto habian llorado en la pasion; porque si es ley de la divina Providencia, (como enseña el Apóstol) que quien es compañero de las penas de Cristo, es tambien partícipe de sus consuelos y glorias: *Si socii Passionis estis, sic eritis. et consolationis;* ¿cómo podia ser, que no gozase luego al punto de la alegria de la Resurreccion la afligidisima Madre, que fué siempre tan fiel compañera de su divino Hijo, desde el pesebre, hasta el calvario? Mas ¿qué lengua podrá explicar, ó qué entendimiento concebirá el gozo incomparable de la Virgen, cuando se le puso delante de los ojos su querido Hijo, hermoso y resplandeciente, con un Rostro lleno de gracia y de gloria? Cuando miró las señales de las Llagas, que antes le habian sido causa de increible dolor, ¿ahora fuentes de un amor beatífico? Cuando le vió, no penando entre ladrones, sino gozando entre coros de ángeles; no encomendandola desde la cruz al discípulo Juan, sino ofreciendose á si mismo á darle el ósculo de paz; no ya tendido en sus brazos, lleno de heridas y llagas, muerto, sino estendiendo sus manos gloriosas á darle purisimos y estrechisimos abrazos. Allá, atónita de dolor,

no sabia qué decir; aquí muda de pura alegria, no pudo hablar. Mas hablóla el Hijo, diciendola: *Surge, Amica mea, jam hyems transiit, imber abiit, et recessit: Flores apparuerunt in terra nostra.* Levántate, ó Madre, y sal de tus fatigas, endulza tu Corazon, serena tus ojos. Ya ha pasado el horroroso invierno de la pasion; ya se ha acabado la tempestad de azotes y de sangre: ves aquí han aparecido las flores de mi Humanidad: mira estas floridas Llagas, que brotan rosas y azucenas de los collados eternos, que respiran y exhalan fragancias de vida bienaventurada.

A estas amorosisimas palabras es indecible el gozo que llenó el Alma de la Madre; pero en parte se puede colegir de la alegria que experimentó el Patriarca Jacob, cuando despues de haber llorado con tantas lágrimas por muerto á su querido hijo José, oyó que vivia y reinaba en Egipto.

Afirma el sagrado Testo, que el buen padre quedó como oprimido y anegado de la repentina abundancia de gozo; y que despues. *Revixit spiritus ejus, et ait: Sufficit mihi, si adhùc filius meus vivit,* resucitó como de muerte á vida, y dijo: A mí me basta que viva mi hijo: no deseo otro consuelo, que verle una vez, antes que la muerte me cierre los ojos. ¿Pues si tanto fué el gozo del santo Patriarca á la noticia de estar vivo aquel hijo que creía muerto; ¿cuánto mayor seria el júbilo de la santisima Madre, á la vista de su Unigénito resucitado inmortal á la gloria, despues de haberle visto morir en una cruz? ¿Con qué alegria besaba aquellas sagradas heridas, y qué maná de celestiales consuelos sacaba de ellas? Verdaderamente fué excesivo aquel gozo, que no

podria sostenerle el corazon, si con especial milagro no hubiera sido confortado de Dios.

No se contentó el amor de Jesus con haber una vez consolado tan presto á la santisima Virgen; quiso tambien, antes que á los Apóstoles, favorecer con su presencia feliz á la pecadora Magdalena, que habia sido tan fiel amante al pie de la cruz, y despues con tanta copia de lágrimas lloraba junto al sepulcro. Ay, ¡cómo las culpas pasadas no embarazan los favores y gracias divinas, cuando con verdadera contricion se borran, y con nuevos obsequios de ardiente caridad se recompensan! Tambien con las almas penitentes es el Señor liberalisimo de sus gozos, cuando han participado algo de sus penas. Este es el estilo de la divina Bondad, (dice san Francisco de Sales) remunerar, aun en esta vida, con dulces consolaciones de espíritu á cualquiera que bebe una gota de su amarga hiel, á quien acepta una sola espina de su corona, á quien participa un ligero golpe de sus azotes, una pequeña astilla de su cruz. Si, pues, el Salvador tambien comunica sus gozos á quien participa de sus dolores: dichosas son aquellas almas, que saben padecer algun poco con Jesus crucificado, y estar con la Magdalena al pie de la cruz á llorar sus culpas, y sacar de las fuentes de las sacratisimas Llagas el agua de las consolaciones del cielo: *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris.* Por eso el mismo san Francisco de Sales no deseaba otra cosa que cruces; no suspiraba sino por espinas, y decia: si yo supiese que habia en mi corazon una fibra, una pequeñisima parte, que no estuviese señalada con la cruz de Cristo, al instante la procuraria arrojar de mí, como indigna

de un corazon cristiano. Con este afecto se mereció tal impasibilidad y alegria de alma y cuerpo, que parecia gozar el dote de los bienaventurados. Igualmente el V. P. Baltasar Alvarez, de la Compañia de Jesus, (VIDA. CAP. 28.) era ansiosisimo de padecer, y decia: *Arboris Sanctae Crucis, nec folium permittere debemus in terram decidere:* No debemos jamás permitir, que caiga en vano á tierra, ni una hoja muy pequeña del árbol de la santa cruz, porque es fértil de frutos celestiales. Por eso procuraba siempre el V. P. copiar en sus miembros las penas de la pasion, para gozar despues las glorias de la Resurreccion; lo que consiguió tan dichosamente, que aun viviendo fué visto cercado de resplandores, á manera de cuerpo glorioso.

Pero es dignisima de no pasar sin advertencia y sin provecho, la reflexion del Apóstol, acerca de la Resurreccion: *Christus resurgens ex mortuis jam non moritur:* El Salvador resucitado á la vida, no volvió mas á morir. ¡Oh, pluguiese á Dios que nuestra resurreccion á la vida de la gracia, no recayese jamás otra vez en la muerte del pecado! La eficacia de las consideraciones pasadas nos habrá sin duda sacado algunas lágrimas de los ojos, y puesto en el corazon algun buen propósito. No permitamos, que la luz del Espíritu Santo se apague ya en nosotros, ni que el ardor de la caridad venga á menos, ó se entibie. Fortifiquemonos en el bien: *Aspicientes in Authorem Fidei, et consummationem Jesum,* mirando á nuestro capitan Jesus, que cumplió y llenó hasta el fin la empresa de la Redencion. Si él, cuando los pérfidos judios le burlaban, convidandole á bajar de la cruz: *Si Filius Dei es, descende de Cruce,* hu-

biera interrumpido el curso de la pasion, no hubiera conseguido el triunfo de la Resurreccion. La mayor gloria suya fué haber perseverado: *In laboribus à juventute sua usque ad consummationem Crucis.* (LYRIO, LIB. 7. DOCUM. 21.) La V. Magdalena Ursina se dolia una vez, que la cruz de ciertas tribulaciones era para ella muy larga. Aparecióse Jesucristo á consolarla y confortarla, para que perseverase con él en la cruz. Respondió Magdalena con inocente queja: Señor, vuestra cruz duró solas tres horas; y la mia dura años y años. Añadió el Salvador; ¿Qué dices, ingrata? ¿No sabes que mi cruz empezó desde el primer instante de mi concepcion, y perseveró hasta el último de mi vida? Con esto ella mejor instruida y generosa; *In Cruce sua ad finem usque constantissimè perseveravit.*

No al que empieza bien, sino á quien bien acaba, se promete el premio. En el fin de la escala misteriosa vió Jacob á Dios Remunerador, no en el principio, ni en el medio. Nada nos aprovechará el haber conocido esta bella verdad, y haber conseguido la divina gracia, si de nuevo miserablemente le perdemos. Antes nos será de perjuicio, porque tanto serán mas graves las ofensas de Dios, cuanto mayores habian sido los beneficios recibidos de su mano. Pregunta santo Tomás, si es mayor culpa la que comete un inocente, perdiendo la gracia recibida en el bautismo, ó la que comete un penitente, perdiendo la que habia recibido en la confesion? Y resuelve el santo Doctor: (3. QUAEST. 88. ART. 1.) que es mas grave la nueva culpa del penitente, ya justificado, por cuanto esta contiene una mayor ingratitud: *Multo, magis contemnitur Dei Bonitas,*

si post remissionem prioris peccati secundò peccatum iteretur. Por eso advierte san Bernardo: *Time pro accepta gratia, amplius pro amissa, longè plus pro recuperata.* Gran temor debe haber, cuando se vive en gracia, por el peligro de perderla, mayor cuando se ha recuperado; porque si de nuevo se pierde, nos hacemos indignisimos de la Misericordia de Dios, y provocamos su Justicia para no concedernos mas el perdon. Es así, que se lee en el Evangelio, que el Salvador resucitó á los que una vez habian muerto; pero no se lee que restituyese á la vida á quien segunda vez murió. Así tambien se lee que perdonó la primera vez los pecados, y dió su gracia á pecadores; pero no se lee que perdonase segunda vez, ni usase indulgencia con quien despues del primer perdon hubiese recaido en nuevos pecados. Antes gravemente les avisaba, que se guardasen de la recaida: *Noli ampliùs peccare, ne deterius tibi aliquid contingat.* No es esto porque la divina Clemencia no sea inclinada á perdonar siempre las nuevas culpas, sino porque la humana ingratitud tema mas las recaidas, viendo cuanto mas dificil es alcanzar nuevas gracias.

Formidables son á este propósito las sentencias de los dos príncipes de los Apóstoles. San Pedro, claramente protesta á los pecadores: *Melius erat illis non cognoscere viam justitiae, quam post agnitionem retrorsum converti.* (2. PETR. 2.) Que les seria mejor no haber conocido el camino de la virtud, que despues de haberle empezado, volver atrás, y dejarle. San Pablo, con mas terror: *Impossibili est, eos, qui participes facti sunt, Spiritus Sancti, et prolapsi sunt, rursus renovari ad poenitentiam.* (HEBR. 6.)

Usa san Pablo de la palabra imposible, para significar la gran dificultad de nueva conversion, que incurren aquellos, que despues de haber experimentado las gracias del Espíritu Santo, y haberse restituido al camino de la salvacion con la penitencia, se vuelven otra vez á los antiguos pecados. Gran dificultad, respecto de Dios, que viendo al pecador infiel en los propósitos, inconstante en las promesas, ingrato á los beneficios, detendrá y negará sus eficaces gracias y socorros. Gran dificultad, respecto del demonio, que viendo que una vez que se le ha escapado de las manos, si vuelve á caer en ellas, dobla los artificios, multiplica las cadenas para tenerle en su esclavitud; pero grandisima dificultad, respecto de la naturaleza, que habituandose en el vicio, y echando nuevas raices, no sabrá despues apartarse de las malas costumbres.

Por tanto, ahora que estais libres debeis usar de toda industria, y todo esfuerzo para no recaer. Los peces, que una vez escaparon del anzuelo, y los ciervos que se soltaron del lazo, son cuidadosisimos de no volver á caer en él. Pues ¿por qué no seremos nosotros, dotados de razon, otro tanto solícitos en huir de aquellas ocasiones, que nos pueden atraer otra vez al vicio? Acordémonos de lo que sucedió á Enrique II. rey de Francia, que despues de haber sido vencedor de muchas lanzas en la Justa, queriendo de nuevo jugarla, respondió á la reina su muger, y á los principes de la Sangre, que instantemente le persuadian, que no lo hiciese: *Adhùc semel, et non amplius.* Dejadme una vez, y no mas. Dijo la verdad, porque en aquella vez, herido mortalmente de un ojo, perdió entre agudisimos dolores la vida. No volvamos, pues, á pecar, porque el primer pecado quizá será el último, sin remedio. Hagamos frente con brio á los primeros asaltos de las tentaciones, que así conseguiremos mas felizmente la victoria. Declaremos abiertamente y en tiempo, de alistarnos en las vanderas del Salvador, y morir en su servicio. Reparemos bien en ciertos pecados, que parecen ligeros, y son origen de otros mayores: *Judam in baratrum nequitiae praecipitavit neglacta minimorum cautio.* De culpas pequeñas de avaricia, fué poco á poco creciendo, hasta vender á su propio Maestro.

De ciertas reliquias del vicio despreciadas, sucede lo que suele acontecer en los contagios, en los cuales tal vez el descuido de quemar un poco de lienzo ó paño, despues de algun tiempo, hace que vuelva á brotar y encenderse de improviso una gran peste. El pecado admitido una sola vez, es una calentura efímera; ¿pero quien ignora, que la efímera ó diaria muchas veces degenera en una hectica horrible è irremediable? Y Dios os guarde, que el demonio llegue á soplar sobre wos: no hay fuego que de este soplo no pueda encenderse: *Si sufflaverit in scintillam, quasi ignis exardebit.* Estén, pues, muy lejos de nosotros aquellas sendas, que nos guian á la vida ancha, donde sabemos que ya hemos caido. Afiancemos bien el ser totalmente de Dios, y digamos con el fidelisimo Job: *Justificationem, quam coepi tenere, non deseram.* ¡O Señor mio! Yo he resuelto ser vuestro: vuestro soy, y vuestro seré, teniendo siempre firmes y estables aquellos sentimientos, con que habeis sido servido de favorecerme. Quitadme primero del mundo, si veis que ha de llegar algun dia, en que yo no sea

vuestro, y me aparte de vuestra santa Ley. Haced, ó benignisimo Redentor, que mi resurreccion de la culpa sea semejante á la vuestra, que fué á la vida inmortal; y no á la de Lázaro, que volvió á morir.

§. II.

DE LA GLORIA ETERNA.

Volvamos al Salvador resucitado, que despues de haber con varias apariciones consolado á sus discípulos, se fué con ellos al Monte Olivete, donde les dijo aquellas amorosisimas palabras; Yo voy á prepararos lugar en el cielo; vendré de nuevo á veros y llevaros conmigo, para que esteis vosotros donde yo estoy; y habiendoles dado á besar las sagradas Llagas, y despidiendose de su santisima Madre, dándoles con su benéfica mano la bendicion: *Videntibus illis elevatus est;* poco á poco, á vista de todos, se fué levantando y subiendo al cielo.

Tenian los discípulos fijos y llenos de lágrimas tiernisimas sus ojos en aquel maravilloso objeto, hasta que una nube, resplandeciente como el sol, se les quitó de la vista; pero no de los corazones, que quedaron siempre amantes y deseosos con ansia de aquella felicisima gloria; de suerte, que ni sabian hablar de otra cosa, que acabar presto la vida, por gozar de la gloriosa presencia del Salvador. ¿Mas qué entendimiento podrá comprehender la fiesta y triunfo con que fué recibido el Redentor en el cielo? ¿Cómo toda la corte celestial le salió al encuentro para acompañar á su Señor, que volvia de la guerra vic-

torioso y teñido de gloriosisima sangre? ¿Cómo miraban extáticos de asombro aquellas Llagas, causa y objeto de una nueva bienaventuranza? ¿Con qué júbilos y aplausos le acompañaron, hasta que subiendo sobre todas las angélicas gerarquias, se sentó la segunda Humanidad á la diestra del Padre en el mas elevado trono de la gloria? ¡O inefable dignidad! ¡O incomprensible excelencia de la naturaleza humana! Ser ensalzada sobre los querubines y serafines con real diadema y cetro Omnipotente en cielo y tierra: *Data est mihi omnis potestas in Coelo, et in terra.* (MATTH. 28.)

De la Ascension de Cristo tomaron tal brio y corazon los Apóstoles, que no hacian caudal de cosa alguna del mundo, y vivian mas en el cielo, que en la tierra. Deseaban los tormentos, desafiaban la muerte, que los sacase de esta vida, y los colocase donde estaba el blanco de todos sus deseos. Tambien nosotros de la Ascension del Salvador hemos de sacar heroicos y magnánimos pensamientos, para obrar y padecer grandes cosas por Dios. ¡Cuánto se debe avivar y fortalecer nuestra esperanza, sabiendo que él mismo prometió que iba á disponernos lugar en el cielo, adonde subia, no solamente para sí, sino para nosotros! Y como cabeza, tomaba la posesion de aquella gloria para los otros miembros suyos, que son sus fieles. Rompió los cerrojos con que estaban cerradas las puertas del paraiso por el pecado de Adán. Nos allanó el camino, yendo delante, para que siguiendo nosotros sus pisadas, pudiesemos llegar á la celestial pátria, de que estabamos desterrados. Llevó consigo, como por prenda y señal, las almas de los santos padres, que habia sacado del limbo, para que empezasen á go-

vuestro, y me aparte de vuestra santa Ley. Haced, ó benignisimo Redentor, que mi resurreccion de la culpa sea semejante á la vuestra, que fué á la vida inmortal; y no á la de Lázaro, que volvió á morir.

§. II.

DE LA GLORIA ETERNA.

Volvamos al Salvador resucitado, que despues de haber con varias apariciones consolado á sus discípulos, se fué con ellos al Monte Olivete, donde les dijo aquellas amorosisimas palabras; Yo voy á prepararos lugar en el cielo; vendré de nuevo á veros y llevaros conmigo, para que esteis vosotros donde yo estoy; y habiendoles dado á besar las sagradas Llagas, y despidiendose de su santisima Madre, dándoles con su benéfica mano la bendicion: *Videntibus illis elevatus est;* poco á poco, á vista de todos, se fué levantando y subiendo al cielo.

Tenian los discípulos fijos y llenos de lágrimas tiernisimas sus ojos en aquel maravilloso objeto, hasta que una nube, resplandeciente como el sol, se les quitó de la vista; pero no de los corazones, que quedaron siempre amantes y deseosos con ansia de aquella felicisima gloria; de suerte, que ni sabian hablar de otra cosa, que acabar presto la vida, por gozar de la gloriosa presencia del Salvador. ¿Mas qué entendimiento podrá comprehender la fiesta y triunfo con que fué recibido el Redentor en el cielo? ¿Cómo toda la corte celestial le salió al encuentro para acompañar á su Señor, que volvia de la guerra vic-

torioso y teñido de gloriosisima sangre? ¿Cómo miraban extáticos de asombro aquellas Llagas, causa y objeto de una nueva bienaventuranza? ¿Con qué júbilos y aplausos le acompañaron, hasta que subiendo sobre todas las angélicas gerarquias, se sentó la segunda Humanidad á la diestra del Padre en el mas elevado trono de la gloria? ¡O inefable dignidad! ¡O incomprensible excelencia de la naturaleza humana! Ser ensalzada sobre los querubines y serafines con real diadema y cetro Omnipotente en cielo y tierra: *Data est mihi omnis potestas in Coelo, et in terra.* (MATTH. 28.)

De la Ascension de Cristo tomaron tal brio y corazon los Apóstoles, que no hacian caudal de cosa alguna del mundo, y vivian mas en el cielo, que en la tierra. Deseaban los tormentos, desafiaban la muerte, que los sacase de esta vida, y los colocase donde estaba el blanco de todos sus deseos. Tambien nosotros de la Ascension del Salvador hemos de sacar heroicos y magnánimos pensamientos, para obrar y padecer grandes cosas por Dios. ¡Cuánto se debe avivar y fortalecer nuestra esperanza, sabiendo que él mismo prometió que iba á disponernos lugar en el cielo, adonde subia, no solamente para sí, sino para nosotros! Y como cabeza, tomaba la posesion de aquella gloria para los otros miembros suyos, que son sus fieles. Rompió los cerrojos con que estaban cerradas las puertas del paraiso por el pecado de Adán. Nos allanó el camino, yendo delante, para que siguiendo nosotros sus pisadas, pudiesemos llegar á la celestial pátria, de que estabamos desterrados. Llevó consigo, como por prenda y señal, las almas de los santos padres, que habia sacado del limbo, para que empezasen á go-

zar el fruto de su victoria, y ocupar las sillas, de que habian caido tantos ángeles.

Además de esto, ¡qué encendida é inflamada queda la caridad con la subida del Señor al cielo! Porque si donde está nuestro tesoro, allí está nuestro corazon, hallandose Jesus, nuestro único tesoro en el cielo, ninguna razon permite que nuestro corazon y amor esté en la tierra: *Ibi nostra fixa sint corda, ubi vera sunt gaudia.* (SERM. DE ASCENS.) Por eso dijo gravemente el Pontífice san Leon: „La Ascension de Cristo es exal„tacion del cristiano; porque donde ha precedido „la gloria de la cabeza, allá espera llegar todo „el cuerpo. Ya hemos entrado, no solamente en „la posesion del paraiso, sino tambien con la Hu„manidad de Cristo, hemos subido á la mas ex„celsa parte del cielo. Alegrémonos, pues, con go„zo espiritual, y con accion de gracias celebre„mos gran fiesta, levantando los ojos bien limpios „á aquella altura de gloria, en que está coloca„do el Salvador.” No abatan deseos terrenos aquellos corazones, que Dios eleva y convida á los celestiales bienes. No ocupen los bienes de la tierra, caducos y transitorios, aquellos espíritus, que están escogidos para los eternos. Pasen los fieles por las cosas temporales, de modo, que conozcan ser peregrinos en este valle de lágrimas, y se acuerden siempre, que caminan á la amada patria, país de toda la felicidad. Sean nuestros corazones como otras tantas esferas ó círculos perfectos, que con un solo punto toquen lo bajo de la tierra, y con todo el resto se levanten en lo alto ácia el cielo.

¡O si frecuentemente levantasemos los ojos al cielo, cuánto se encenderian nuestros corazones

en el amor de las santas virtudes! ¡Qué sueltas y prontas quedarian nuestras manos para empresas grandes y fuertes! *Objectum oculis Coelum manus armat ad fortia,* dice el Crisóstomo. Aquellos misteriosos animales, que vió Ezequiel tirar el Carro de la gloria de Dios, por eso corrian con una velocidad, como de rayos: *In similitudinem fulguris coruscantis:* (EZECH. 2.) porque sobre sus cabezas tenian un retrato del cielo: *Similitudo super capita animalium firmamenti.* ¡Qué velozmente correremos nosotros tambien por el camino de los Mandamientos de Dios, si tuvieremos impresa ó esculpida en nuestra cabeza una viva imágen del paraiso! Si hicieremos muchas veces refleccion sobre la celestial Jerusalén, ciudad de eterna paz, teatro de las soberanas magnificencias, jardin de las delicias divinas, donde no hay espina de trabajo, donde están siempre unidas las flores de todo placer en una perpetua primavera! Gozar la felicisima compañia de tantos mártires, vestidos de viva luz, con palmas en las manos, y con las insignias de sus gloriosos triunfos; el coro purisimo de tantas vírgenes, bordadas sus ropas de cándidas azucenas, que con dulcisima melodia cantan alabanzas á su Esposo divino; el ejército innumerable de tantos ángeles, dividido en tantas gerarquias con orden perfectisimo. Si la hermosura de un solo espíritu, el mínimo de los bienaventurados, se aventaja, (segun siente santo Tomás) á la beldad junta de todas las criaturas visibles, ¿qué será ver un número casi infinito de tantos querubines y serafines?

Sobre los coros angélicos se vé otra mayor gloria, que maravillosamente alegra aquella corte soberana, y es la Reyna del cielo, Madre de Dios

Hombre, coronada de estrellas, vestida del sol, cercada de suavisimos resplandores, de cuya gloria se asombran los ángeles, de cuya felicidad se glorían los bienaventurados. Mucho mas excelente y ventajosa será la gloria de ver la santisima Humanidad del Salvador, que está sentado superior á todos aquellos dichosos ciudadanos, como Rey soberano de gloria, y como Sol entre las estrechas, comunicandoles inexplicables rayos de caridad, é imperceptibles influjos de gozo. Esta sola felicidad es tan excesiva, que llegó á decir san Agustin: *Si tormenta gehennae tolerare oporteret, ut Christum in gloria sua videre possemus; nonne dignum esset, pati, quod triste est, ut tanti boni participes haberemus?*

Pero estos son accidentes de la gloria, respecto de lo esencial, que es ver á Dios, como él nos promete: *Ego ero merces tua magnanimis.* (GEN. 15.) ¿Y qué quiere decir ver á Dios? Gozar de la misma felicidad que goza Dios: *Similis ei erimus, quia videbimus eum, sicuti est.* Beber de aquel torrente de delicias divinas, con que Dios es bienaventurado en sí mismo: *Torrente voluptatis tuae potabis eos.*

¡Qué vida tan dichosa! Contemplar cara á cara, y sin velos ni cortinas, la Omnipotencia del Padre, que crió el cielo y la tierra; la Sabiduria del Hijo, gobernadora con altisima providencia del uninerso, la Bondad y Amor del Espíritu Santo, fuente inagotable de todos los bienes! ¡Qué felicidad, ver á Dios en un abismo de resplandores, en un teatro de magestad, en un centro de gloria! Y ver en Dios lo que alegra en el sol, lo que recrea en las estrellas, lo que deleita en las flores, lo que divierte en las fuentes,

lo que conorta en los aires frescos, lo que alimenta en los manjares, lo que deleita en las armoniosas músicas. Todas son palabras de S. Agustin; el cual añade, que si una gota de aquel eterno placer, de que gozan los bienaventurados en el cielo, cayese en el infierno, al instante sosegaria todos los dolores, apagaria todas sus llamas, endulzaria todas sus penas, enjugaria todas sus lágrimas, y trocaria en objeto de los deseos aquel infelicisimo alvergue, reino de la desesperacion: *Tanta est dulcedo futurae gloriae, ut si una gutta in Infernum de flueret, totam damnatorum amaritudinem dulzoraret.*

Con el pensamiento y con la esperanza de la gloria alegraba todos sus trabajos el Seráfico P. S. Francisco, y se animaba á padecer grandes cosas por Dios. Era gusto oír los coloquios, que tenia con sus afligidos miembros: Padeced con alegria, (decia) ó cuerpo mio, porque presto vendrá algun dia, que estareis impasible á toda pena, lleno de todo placer, y mas lucido que el sol. Mortificaos, ojos mios, y no mireis vanidades terrenas, porque presto mirareis las bellezas gloriosas del paraiso, y al Rey de la gloria en su amable Magestad: *Regem in decore videbunt, oculi mei.* (ISAI. 33.) O paladar mio, llevad con dulzura los ayunos; sean, orejas mias, amables á vosotras las injurias; sean deleitables, ó sentidos mios, las mortificaciones, porque antes de mucho tiempo lograreis el gustar de aquel Maná celestial, que encierra todas las delicias de los sabores; os alegrarán aquellas músicas angélicas, que una de ellas sola basta á anegar y embriagar en dulzuras los corazones; sereis recreados con aquella suavisima fragrancia que respiran los

collados eternos: *Sicut odor agri pleni, cui benedixit Dominus.* ¿Qué sentirá entonces el bienaventurado, cuando por la breve abnegacion de los sentidos, se verá anegado en aquel abismo de gozos? ¡O felices trabajos! ¡O servicios bien remunerados! ¡O dicha, no para discurrir, sino para desearla, y buscarla á costa de mil vidas, si tantas tuviesemos que emplear en ello! Con semejantes afectos se consolaba, y confortaba su corazon el glorioso santo, y alegraba su penosa vida, y jubilando decia:

Tanto es el bien que me espera,
Que me endulza toda pena.

Y á la verdad, aquellos miembros y aquellos sentidos, que particularmente hubieren obrado ó padecido por Dios, tendrán, (como dice santo Tomás) (3. QUAEST. 54. ART. 4.) su propio deleite y su gloria especial: *In illis quidam specialis decor apparebit.* Porque ¡qué hará Dios en aquel reino de la felicidad, si en este valle de miserias se ha dignado glorificar con singulares gracias los miembros de sus siervos fieles, empleados con especial aplicacion á su servicio? Los ojos de san Luis, Obispo de Tolosa, que jamás miraron muger alguna al rostro, quedaron en el sepulcro incorruptos y resplandecientes, que parecian diamantes. La mano de san Estevan, rey de Ungria, que distribuyó larguisimas limosnas á los pobres, se conservó siempre entera, fresca y olorosa. La lengua de san Antonio de Padua, que con tantas alabanzas supo bendecir á Dios, y predicar el Evangelio, no estuvo sujeta á corrupcion, antes se mantuvo como viva, y de color hermo-

so entre las cenizas. La cabeza de santa Catalina de Sena, que estuvo coronada de espinas, despues de su muerte se vió resplandecer con tantos rayos, cuantas heridas habia padecido. Hagamos de aquí el argumento: Si en este destierro, que no es el lugar propio de los premios, sino de los méritos y trabajos, Dios manifestó tan especiales favores en los miembros de sus siervos, ¿cuál será la gloria que les tiene preparada para honrarlos y remunerarlos en la patria? Y si en este dia de lágrimas y penas, es tan liberal en hacer gracias, ¿qué será en aquel eterno dia, y alegrisimo de las bodas, para premiar sus servicios? Todas las delicias de la tierra no son otra cosa, que una pequeña muestra, por donde discurramos los inestimables tesoros y riquezas del cielo, y digamos despues, que todo lo hermoso, bueno y alegre de acá abajo es una gota de aquel mar de dulzuras, una florecita de aquel paraiso de deleites, un rayo ó una sombra de aquel sol de belleza, que es la bienaventuranza.

¡O si revolviesemos frecuentemente en el pensamiento aquellos grandes bienes, qué fáciles y suaves nos parecerian los males de esta vida! ¡Cómo diriamos con el Apóstol: *Non sunt condignae passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quae revelabitur in nobis.* Vengan, pues, trabajos sobre mí: aflijanme enfermedades, tribulaciones y desprecios: acabese entre dolores mi vida; y mis años en gemidos, como yo una vez llegue á esta santa ciudad, corte de eternos bienes. ¡Oh, con cuánta razon decia el fortisimo soldado de Cristo S. Agapito, cuando el tirano le amenazaba, que le pondria en la cabeza una celada ardiente: *Parva res est, si caput coronandum in Coelis combu-*

ratur in terris; ligerisima pena es, que la cabeza, que se debe coronar con diadema de gloria en el cielo, sea ahora ceñida breve tiempo de un yelmo de fuego. Por el paraiso, que tanta sangre costó á los mártires, yo tambien deberé padecer algo de trabajo, y negarme á algun deleite de la tierra. Debo desear una vida mortificada, si el mismo Salvador no subió desde el Olivete á la felicidad, sin haber primero subido desde el calvario á la cruz; antes padeció los clavos, y despues tuvo en la mano el cetro: antes la desnudéz, y luego el manto real de luz; antes las espinas, y despues el Iris por corona; antes la cruz, y despues el trono de gloria, en que reina. Y si gustó resucitado el panal de miel, (dice Tertuliano) antes habia bebido la amargura de la hiel: *Favos post fella gustavit.* Por este camino subió al cielo, y por el mismo nos enseña a seguirle. Sí, sí, desde ahora renuncio los bienes engañosos de la tierra, por aspirar á los verdaderos bienes del cielo. Adios, vanos placeres del mundo, allá os goce quien no conoce otros mejores, mas durables y eternos. A tí, ó glorioso y feliz paraiso, consagro todos mis pensamientos; en tí deposito mi corazon y mis deseos: á tí dedico para siempre mis afectos, y mi espíritu.

§. III.

EJEMPLO.

Mandó Dios á Noé, que en la fábrica del arca hiciese una ventana: *Fenestram in Arca facies,* (DREXEL. NOE. CAP. 10.) la cual (segun Oleastro)

estaba colocada en la parte superior por donde se pudiese ver el cielo: *Haec fenestra fuit in summitate Coelum versus, quod per eam potuerit spectari.* Y esto con prudentisimo consejo, para que el santo patriarca en aquel universal diluvio del mundo, en aquella penosa cárcel de tanto tiempo, tuviese con que consolar sus fatigas: por ser la vista del cielo un suavisimo confortativo, que enjuga todas las lágrimas de los atribulados, y un maná celestial, que endulza todas las amarguras, como lo manifiesta la historia siguiente.

Dos caballeros, gentiles hombres de un gran príncipe de Italia, cansados, y hartos de las inquietudes de la corte, obtenida licencia por algunos dias para divertirse y recrearse en el campo, se recojieron á un Convento de Religiosos. Fueron recibidos con los brazos abiertos, con mucho amor, y llevados á dár un paseo por el jardín, donde al ver la amenidad del sitio, la fragancia de los olores, la quietud y silencio de la soledad, no se hartaban de respirar aquel dulce y suavisimo aire, y de mirar con santa embidia la serena alegria, que brotaba el semblante de aquellos santos Monges, y decian entre sí: ¡O qué gran diferencia hay en la Babilonia de la corte, á esta Jerusalén de paz! Allá todo es fingimiento, inquietudes y sospechas: aquí todo es verdad, sinceridad, sosiego, amor. Dichosos vosotros, ó siervos de Dios, que anticipadamente gozais en la tierra las delicias del cielo!

Convidados despues á subir á lo alto de los claustros, quedaron mas admirados, al ver cuán contentos vivian en gran pobreza; y al oir al Abad, que les referia las virtudes de sus Monges: la ma-

yor parte de ellos eran de noble é ilustre sangre y parentela, grandes en el mundo, ya por riqueza, ya por dignidades, y habian trocado los vanos alhagos de la tierra, por las seguras esperanzas del cielo. Discurriendo de esta suerte, proseguian su paseo de celda en celda, hasta que al fin del claustro llegaron á la de un santo viejo, blanco como un cisne, y alegre como un bienaventurado, con un aire de semblante el mas sereno, que podia explicar la mayor alegria. Este era gran maestro de espíritu, de que hablaba con tanto fervor y suavidad, que era sumo gusto el oírle. Entrando, pues, en su celda, le indujeron á hablar alguna cosa de Dios, lo que hizo con tanta gracia, que los caballeros, estando ya cogidos y presos por los ojos al ver tanta serenidad de rostro, quedaron mas cautivos por los oidos al escuchar y sentir la dulzura de sus razones y discurso, y de ahí tomaron aliento para preguntarle, ¿cómo podia mantener tanto contento de corazon, y alegria de espíritu en tanto rigor y aspereza de vida? ¡Si acaso alguna vez habia padecido tribulaciones, melancolias, congojas de alma ó de cuerpo? A que él cándidamente respondió con un dulce suspiro: ¡óh, cuáles y cuántas aflicciones han oprimido mi pobre corazon en el largo discurso de mi vida! Ni sabré decir bien, si han sido mas los trabajos interiores del alma, ó las enfermedades del cuerpo; pero, gracias á Dios, supe hallar un remedio universal, fácil y suave, para convertir en gozo todo trabajo. Bástame abrir esta pequeña ventana, y dar una ojeada, cuando veo un no sé qué, que me llena el corazon de extraordinaria alegria. Apenas oyeron esto, cuando los caballeros abrieron

la ventana, con curiosidad de ver cuál fuese aquel objeto, que tanto recreaba al venerable anciano; pero quedaron atónitos, viendo que frente de la ventana estaba un murallon viejo, que embarazaba la vista, no solo del jardin, mas aun del cielo; y así maravillados, le dijeron: Nada se descubre desde aquí, que pueda consolaros. ¿Nada? (replicó el monge.) ¡O cómo se descubre muy bien un objeto de sumo consuelo, si con ojos mas despiertos lo mirais! Entonces, asomandose de nuevo uno de ellos, vió por un agujero de la misma muralla un poco de cielo, y dijo: Yo no alcanzo á ver otra cosa, que por la rotura del muro un palmo de cielo. ¡Oh, (añadió el monge) aquel palmo de cielo solo me basta á mí para llenarme de consolacion: cuando la abundancia de las penas viene de golpe á ahogarme el corazon, con solo fijar la vista en aquel poco de cielo, se alegra indeciblemente mi alma, y las lágrimas de tristeza se cambian en lágrimas de gozo. ¿Y cómo podia ya no alegrarme, viendo que me crió Dios para aquella pátria de las delicias? Yo os aseguro, que tal vez, al ver y considerar la gloria de los bienaventurados, y la soberana hermosura del paraiso, apenas puedo, con fatiga, retener mi alma y oprimirla, para que no se salga y vuele del cuerpo. ¡Ay, que quien mira al cielo, no puede ya ver en esta tierra cosa, que sea digna de ser vista ni amada! Mientras esto decia, se levantó un dulce torbellino en su corazon, á quien succedió una lluvia de lágrimas, que ahogó y embarazó el resto de su discurso. Los caballeros, que con ojos blandos de llanto, y fijos en él le escuchaban, se le arrojaron al punto á los pies, pidiendole su bendicion, resueltos á pasar el res-

to de su vida en aquel convento. No se saciaban de mirar yá el uno, yá el otro por aquel agujero de la muralla al cielo; y al mirarle, repetian: *Adios, corte: adios, esperanzas del mundo;* y con estas palabras, se les caian de las manos todas las cosas, y se les desaparecian de los ojos, como jardines encantados.

Veis aquí ¡cuánto puede una sola vista atenta del cielo, qué conorte dá en los trabajos, qué dulce violencia hace á los corazones, para desasirlos de la tierra! Si nosotros tambien levantasemos los ojos al cielo, ¿qué esperanza, qué brio no consebiriamos para ganarle? Hagamos lo que aquellos peregrinos, que mirando de lejos la tierra santa, y no permitiendoles pasar adelante, á lo menos la saludan. Digamos con el V. P. Fr. Luis de Granada: ¡O dulcisima patria! ¡O tierra de los vivientes! Dios te salve, puerto seguro de las tempestades, refugio de las almas trabajadas, paraiso de deleites, corte de inmensa magestad, jardin de flores eternas, premio de todos los justos, término de nuestros deseos. Dios te salve, esperanza nuestra, y nuestra felicidad, por quien suspiramos, gemimos y peleamos. ¡O cuando será aquel dia, en que saliendo de las olas tempestuosas del siglo, fijemos el áncora de nuestra vida en aquel puerto dichoso de toda felicidad, para gozar los bienes eternos de la soberana gloria, y las alegrias durables de la celestial Jerusalén.

Lease á Tomás de Kempis lib. 3. cap. 49. Del deseo de la vida eterna.

LECCION XVI.

DEL AMOR DE DIOS.

El epílogo de estas lecciones, el sello de nuestros corazones sea el amor de Dios. Sean inútiles todos los motivos hasta aquí atraidos para convencernos: el amor de Dios ha de conseguir la victoria, porque los afectos de su caridad harian, sin duda, mas fuerte y suave violencia al corazon, si miráramos los grandes beneficios, con que ha probado claramente cuanto nos ama. Mira, hombre, el beneficio de la creacion y conservacion, que contiene cuanto hay, y cuanto eres: un cuerpo sano, dotado de cinco bellos sentidos; un alma perfecta, enriquecida de tan nobles potencias, que se te concedieron sin algun mérito tuyo, y conservadas por mera gracia, ¿no son estos favores, que testifican que Dios te ama? Mira como dió el ser á los elementos, vida á las plantas, sentir á los brutos, el entender á los ángeles, y en tí solo unió todas estas prerrogativas: como produjo la muchedumbre, la variedad y la hermosura de las criaturas, para que te sirvan, no solo á la necesidad, sino á las delicias. Todas, todas están predicando lo que Dios te ama. Con razon decia san Agustin: *Coelum, et terra clamat, Domine, ut te ament.* Si entro en un jardin, y veo la belleza de las flores, siento la fragrancia de los olores, gusto de la suavidad de los frutos, todas me dicen: *Ama amantem Creatorem.* Si levanto los ojos al cielo, y miro la cara del sol, que con tanto orden reparte su luz;

to de su vida en aquel convento. No se saciaban de mirar yá el uno, yá el otro por aquel agujero de la muralla al cielo; y al mirarle, repetian: *Adios, corte: adios, esperanzas del mundo;* y con estas palabras, se les caian de las manos todas las cosas, y se les desaparecian de los ojos, como jardines encantados.

Veis aquí ¡cuánto puede una sola vista atenta del cielo, qué conorte dá en los trabajos, qué dulce violencia hace á los corazones, para desasirlos de la tierra! Si nosotros tambien levantasemos los ojos al cielo, ¿qué esperanza, qué brio no consebiriamos para ganarle? Hagamos lo que aquellos peregrinos, que mirando de lejos la tierra santa, y no permitiendoles pasar adelante, á lo menos la saludan. Digamos con el V. P. Fr. Luis de Granada: ¡O dulcisima patria! ¡O tierra de los vivientes! Dios te salve, puerto seguro de las tempestades, refugio de las almas trabajadas, paraiso de deleites, corte de inmensa magestad, jardin de flores eternas, premio de todos los justos, término de nuestros deseos. Dios te salve, esperanza nuestra, y nuestra felicidad, por quien suspiramos, gemimos y peleamos. ¡O cuando será aquel dia, en que saliendo de las olas tempestuosas del siglo, fijemos el áncora de nuestra vida en aquel puerto dichoso de toda felicidad, para gozar los bienes eternos de la soberana gloria, y las alegrias durables de la celestial Jerusalén.

Lease á Tomás de Kempis lib. 3. cap. 49. Del deseo de la vida eterna.

LECCION XVI.

DEL AMOR DE DIOS.

El epílogo de estas lecciones, el sello de nuestros corazones sea el amor de Dios. Sean inútiles todos los motivos hasta aquí atraidos para convencernos: el amor de Dios ha de conseguir la victoria, porque los afectos de su caridad harian, sin duda, mas fuerte y suave violencia al corazon, si miráramos los grandes beneficios, con que ha probado claramente cuanto nos ama. Mira, hombre, el beneficio de la creacion y conservacion, que contiene cuanto hay, y cuanto eres: un cuerpo sano, dotado de cinco bellos sentidos; un alma perfecta, enriquecida de tan nobles potencias, que se te concedieron sin algun mérito tuyo, y conservadas por mera gracia, ¿no son estos favores, que testifican que Dios te ama? Mira como dió el ser á los elementos, vida á las plantas, sentir á los brutos, el entender á los ángeles, y en tí solo unió todas estas prerrogativas: como produjo la muchedumbre, la variedad y la hermosura de las criaturas, para que te sirvan, no solo á la necesidad, sino á las delicias. Todas, todas están predicando lo que Dios te ama. Con razon decia san Agustin: *Coelum, et terra clamat, Domine, ut te ament.* Si entro en un jardin, y veo la belleza de las flores, siento la fragrancia de los olores, gusto de la suavidad de los frutos, todas me dicen: *Ama amantem Creatorem.* Si levanto los ojos al cielo, y miro la cara del sol, que con tanto orden reparte su luz;

si registro la multitud de las estrellas, que embian tantos benéficos influjos, todas me convidan, *Ama Creatorem;* ama al amante Criador, que para tu necesidad y regalo ha creado un mundo de delicias. Con semejantes consideraciones san Francisco de Paula se inflamaba tanto en el amor de Dios, que tal vez, despues de la oracion, metiendo la mano en un vaso de agua fria, la hacia herbir, y con un dedo encendia las lámparas apagadas.

Ni solamente una vez nos ha dado tantos bienes, sino continuamente nos los conserva, y siempre está obrando á nuestro beneficio. El hace voltear de continuo los cielos, el sol, la luna y estrellas por nuestro obsequio. El está labrando en las vides el licor, en las plantas los frutos, en las espigas el grano, en las flores la fragrancia, que nos han de servir, yá de alimento, yá de deleite. El mueve la respiracion de nuestros pechos, rige con espíritus vitales nuestros sentidos; de tal suerte, que mas depende de su mano nuestro ser y nuestro obrar, que del sol los rayos, los arroyos de la fuente. En suma, como dice el Salvador: *Pater meus, usque modo operatur, et ego operor.* La Omnipotencia del Et rno Padre, la Sabiduria del Hijo, la Bondad deleEspíritu Santo, están siempre empleadas y puestas en obra por nuestro amor; ¿y con tantas finezas de beneficios no conquistarán nuestros corazones? ¿Y con tantos incentivos de amor se podrá dejar de amar? ¿Qué digo dejar de amar? ¿Se podrá disgustar y ofender á un Dios tan bienhechor? Cuando el casto José fué solicitado por la torpe dama á hacer injuria á su Señor, haciendo reflecion á los favores, que de él habia recibido, res-

pondió: *Ecce Dominus meus omnia haec mihi tradidit: quomodo ergo possum hoc malum facere, et peccare in Deum meum?* (GENES. 39.) Mi Señor me ha hecho dueño de tantos tesoros; ¿cómo, pues, podré yo jamás volverle mal por bien, y corresponder con ofensas á los beneficios? Lo mismo debemos decir nosotros, cuando nos asalta alguna tentacion: Mi Dios está conservando sano mi cuerpo, enteros mis sentidos; ¿y yo podré valerme de ellos para ofenderle? *Quomodo possum peccare in Deum meum?* Mi Señor me ha dado excelencia de ingenio, nobleza de nacimiento, abundancia de riquezas, y copia de otros bienes; ¿y yo podré servirme de ellos como de armas para hacer guerra á Dios? *Quomodo possum hoc malum facere?*

Pero no debemos contentarnos con no ofenderle; mas debemos *in omni virtute tua dilige eum qui fecit te.* (ECCL. 7.) Hemos de amarle de buen corazon, con un afecto, no solo tierno y delicado, sino fuerte y varonil, que tenga brio para sostener cualquier peso, y vencer cualquier incomodidad, antes que apartarnos de la ley de la verdadera caridad. El amor no consiste en palabras, consiste en obras; y se conoce en las obras, así como en el pulso se conoce la vida: *Amor non est otiosus: operatur magna, si est: si autem operari renuit, amor non est.* (HOM. 30. IN EZECH.) Dice S. Gregorio: No sabe estar ocioso el amor, emprende grandes cosas; y si deja de obrar, no es amor. ¿Dios no ha probado su benevolencia con innumerables beneficios de su liberalisima mano? Démosle, pues, nosotros alguna prueba de nuestro afecto, con el testimonio de muchos obsequios. Una leona presentó á san Macario en el desierto, un leonci-

to, hijo suyo, ciego, á quien el santo, con sola una saliva que le arrojó en la frente, le dió vista. En reconocimiento del beneficio la leona se le aficionó tanto, que le hacia frecuentes obsequios, y le trahia regalos; y entre otros le trajo una finisima piel de un gran animal, que S. Macario dió á san Atanasio, y este á santa Melania: y á todos estos santos servia aquella piel de memorable ejemplo, para excitar en nosotros el agradecimiento á Dios. Aprendamos tambien nosotros de las fieras la correspondencia de amor al Sumo Benefactor, que no solo nos dá la luz de los ojos, sino todos los instantes nos conserva el uso de todos los sentidos, el espíritu de la vida, y una vida dotada de tantas delicias. No tengamos pereza, ni nos cause fatiga el obrar por un Dios, que tanto obra por nosotros. Obremos por amor, que él aligerará y endulzará á toda molestia: *Ubi amor est, labor non est, sed sapor.* dice san Bernardo.

Y si Dios mostró gran fineza de amor en darnos los dones naturales, mayor sin duda la descubre en darnos las gracias sobrenaturales. Aun solo el don de la fe es tan excelente, que se aventaja á todos los dones de la naturaleza. ¿Qué nos servirá haber nacido señores de un gran reino, si hubiesemos nacido, ó en las tinieblas del gentilismo, ó en los errores de la heregia, pues despues de una breve vida, habriamos de pasar á una eterna muerte? Bien reconocia la grandeza de tanto beneficio san Luis, rey de Francia, que á ciertos embajadores, que le daban los parabienes de haber nacido señor de un floridisimo reino, respondió: De eso no me precio yo, sino de haber renacido siervo de Jesucristo en el

agua del Bautismo: Dios sabe si alguna vez le hemos dado gracias por haber nacido en el gremio de la santa iglesia, alimentados con los santos Sacramentos, instruidos con la doctrina Evangélica.

¿Qué dirémos del don de la esperanza, que tanto nos consuela en las miserias de la vida? La esperanza en la promesa Omnipotente de Dios, que nos ha de asistir con su gracia, y nos ha de premiar con su gloria, es un conorte, que dá valor al ánimo para grandes empresas; es un lenitivo, que mitiga lo áspero de las tribulaciones; un gozo anticipado de la bienaventuranza, que esperamos: *Spes est quaedam praelibatio aeternae Beatitudinis;* pero mucho mayor don es el de la caridad y gracia, que todos los tesoros de la naturaleza juntos; porque esta admirable calidad y don, hace al alma tan amable, tanto la hermosea y ensalza, que Dios la ama con amor de Padre, y viene á estar con ella, como á un templo vivo del Espíritu Santo. Pondere un poco el cristiano los excesos del divino Amor en haberle dado el preciosisimo tesoro de su gracia; don, que contiene y encierra en sí tantos dones. El levantar á uno á esfera superior á su naturaleza, es gran favor; purificar una alma de las manchas de los pecados cometidos, es suma misericordia; dar valor á las obras de una criatura, para merecer la gloria eterna, es excesiva beneficencia; enriquecerla con los dones del Espíritu Santo, es suma bondad; adoptarla por verdadero hijo de Dios, soberana benevolencia; constituirla heredera del reino celestial, incomparable liberalidad: y todas estas finezas de amor obra Dios con el hombre cuando le infunde su gracia; fi-

nezas tales, que si cada una de por sí estuviesen repartidas entre los ángeles, los habria tambien elevado á grado superior al angélico, y á participar el divino. ¿Qué será unirlas todas en un hombre solo, sin mérito suyo, por puro exceso de liberalisimo amor?

Si Dios hubiese dado un solo grado de gracia á san Clemente de Ancira en premio de veinte y ocho años de martirios, que padeció con tantas diferencias de tormentos, cuantas sufrieron los otros mártires; si hubiese premiado con solo un don del Espíritu Santo á la virgen santa Clara por los cincuenta años de cilicios y ayunos que toleró; si hubiera concedido una sola gota ó grado de caridad á san Romualdo por los cien años de austerisima penitencia que pasó en el desierto, es cierto, que estos heroes de santidad se tendrian por bien pagados y premiados, aun sobre los méritos. ¿Cuál, pues, es el extremo de bondad en Dios, que dá junta la abundancia de tan grandes tesoros á cualquier hombre que se vuelve á su Magestad con un poco de amor? ¡Qué entrañas de misericordia divina, admitir á su amistad, y favorecer con su filiacion á sus enemigos y rebeldes, no ya por los mayores obsequios, sino aun solo por decir con verdadera contricion un *pequé, Señor, tened misericordia de mí! Peccavi, Domine, miserere mei!*

Pero si acaso los beneficios comunes á otros no os hacen estimar tanto el amor de Dios para con vos, volved la consideracion sobre el discurso de vuestra vida, y sin duda se os pondrán delante de los ojos gran número de especialisimos favores, que os harán confesar: *Fecit mihi magna, qui potens est.* Yo no puedo adivinarlos, pero bien

sabrá seguirlos y traerlos á la memoria vuestro corazon y conciencia, que sabe los favores recibidos. ¿Cuántas bellas luces ha infundido en vuestro entendimiento para despertaros y llamaros al camino de vuestra salvacion? ¿Cuántas dulces inspiraciones ha arrojado á vuestro espíritu para atraeros suavemente á su servicio? Y quizá os ha levantado en su iglesia á mas sublime grado, admitiendoos entre sus mas íntimos amigos, dotandoos de sagradas prerrogativas, poniendoos sobre el candelero á resplandecer con especial luz. Mas: ¿de cuántos particulares peligros te ha librado su próvida mano, cuando, sin advertirlo, corrias riesgo de perderte? ¡Cuántas veces, ya perdido mortalmente por las culpas, su misericordia te ha dado nuevamente la vida de la gracia? ¿Cuántos medios ocultos te ha suministrado en su lugar y tiempo oportuno, para que te saliese con felicidad aquella empresa, ó la otra pretension? Qué aguda y sábiamente san Eucherio: *Multa nec scientibus donat Deus; nec minor in occulto, quam in aperto benignitas est.* Son casi innumerables los favores, que Dios continuamente te está haciendo ocultamente, que ni aun tú los conoces al recibirlos; lo cual es otra fineza grande de amor, que gusta de hacer beneficios á la persona amada, sin querer ni aun la gloria de haber hecho el beneficio.

Ahora: á tantas gracias de un Dios amantisimo, ¿qué correspondencia de amor has tenido? ¡O espantosa ingratitud, no amar á un tan gran bienhechor! Este es un encanto del demonio, que con prodigio nunca oido, quita de los entendimientos humanos la memoria, y de los corazones el afecto tan natural del amoroso agradecimiento. No-

tólo así Guillermo Parisiense: *Hominem, tot in se per bonitatem Dei in gestis carbonibus, miraculo diabolico, non ardere.* Si tuvieramos mil corazones, ¿no debiamos consagrarlos todos y enteros al amor de Dios? ¿Y será posible que teniendo uno solo queramos dividirle, dando parte á las criaturas y parte á Dios? *Fieri ne potest, ut homo credens in Deum possit, aliud amare, quam Deum?* (decia san Felipe Neri.) Y volviendose á Dios amorosamente se quejaba: *Deus, cum tàm amabilis sis, et ita velis à nobis amari, cur dedisti nobis tantum unum cor, et hoc tàm parvum?* Señor, siendo vos tan amable, y mandandonos que os amemos, ¿por qué nos disteis un corazon solo, y ese tan pequeño? ¿Qué? Si merece gran castigo quien divide injustamente el corazon, y reserva para Dios sola una parte del suyo, ¿qué merecerá aquel impio, que lo dá todo á las criaturas, y vive totalmente privado del amor del Criador? Estos son semejantes á los demonios del infierno, perdiendo la naturaleza humana, y como transformandose en la diabólica. Y así, conjurando un demonio, que poseia el cuerpo de una pobrecilla, y forzandole el Sacerdote con los exorcismos á manifestar su nombre, dijo con voz lastimera y llorosa: *Ego sum ille nequam privatus amore Dei.* Yo soy aquel malvado, que estoy privado del amor de Dios. A las cuales palabras la B. Catalina de Génova, que estaba presente, se llenó tanto de horror, que como herida de un rayo, esclamó: ¡O horrible miseria, estar privado del amor de Dios! ¡O infierno de los infiernos, estár privado del amor de Dios!

§. II.

OTRAS FINEZAS DEL AMOR DE DIOS.

No se contentó el Amor divino con habernos dado tantos bienes naturales y sobrenaturales: pasó mas adelante, hasta dar al mismo Dios: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum Unigenitum daret.* El amor movió al Padre Eterno á embiar del cielo á la tierra à su unigénito Hijo: el Hijo vino á ofrecerse á sí mismo en holocausto perfecto por nuestra salud; el Padre y el Hijo nos dieron al Espíritu Santo para consolador de nuestra vida; y el Espíritu Santo viene él mismo a habitar con especial union de amor en el corazon de los justos, como en su templo. ¿Se pudo concebir mayor bondad? ¡Que un Dios, felicisimo en sí mismo, y gloriosisimo en las gerarquias angélicas, se digne de venir á las viles miserias de la criatura humana! Una visita cortesana, que hizo el emperador Carlos V. á un soldado herido, robó los corazones de todo el ejército, de suerte, que darian por él mil vidas. Y una dignacion tan grande de la divina Magestad, que no solo nos visitó enfermos, sino tomó en sí nuestras enfermedades; no solo nos dió una benigna ojeada, sino vive, y mora siempre con nosotros en el divinisimo Sacramento, todo amor, todo beneficencia, ¿no tendrá fuerza para arrebatarnos á amarle? El angélico Doctor santo Tomás vá ponderando aquella enfática sílaba: *Sic assi,* que pone san Juan: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum Unigenitum daret.* Dios tuvo tal amor al mundo, como si el hombre fue-

tólo así Guillermo Parisiense: *Hominem, tot in se per bonitatem Dei in gestis carbonibus, miraculo diabolico, non ardere.* Si tuvieramos mil corazones, ¿no debiamos consagrarlos todos y enteros al amor de Dios? ¿Y será posible que teniendo uno solo queramos dividirle, dando parte á las criaturas y parte á Dios? *Fleri ne potest, ut homo credens in Deum possit, aliud amare, quam Deum?* (decia san Felipe Neri.) Y volviendose á Dios amorosamente se quejaba: *Deus, cum tàm amabilis sis, et ita velis à nobis amari, cur dedisti nobis tantum unum cor, et hoc tàm parvum?* Señor, siendo vos tan amable, y mandandonos que os amemos, ¿por qué nos disteis un corazon solo, y ese tan pequeño? ¿Qué? Si merece gran castigo quien divide injustamente el corazon, y reserva para Dios sola una parte del suyo, ¿qué merecerá aquel impio, que lo dá todo á las criaturas, y vive totalmente privado del amor del Criador? Estos son semejantes á los demonios del infierno, perdiendo la naturaleza humana, y como transformandose en la diabólica. Y así, conjurando un demonio, que poseia el cuerpo de una pobrecilla, y forzandole el Sacerdote con los exorcismos á manifestar su nombre, dijo con voz lastimera y llorosa: *Ego sum ille nequam privatus amore Dei.* Yo soy aquel malvado, que estoy privado del amor de Dios. A las cuales palabras la B. Catalina de Génova, que estaba presente, se llenó tanto de horror, que como herida de un rayo, esclamó: ¡O horrible miseria, estar privado del amor de Dios! ¡O infierno de los infiernos, estár privado del amor de Dios!

§. II.

OTRAS FINEZAS DEL AMOR DE DIOS.

No se contentó el Amor divino con habernos dado tantos bienes naturales y sobrenaturales: pasó mas adelante, hasta dar al mismo Dios: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum Unigenitum daret.* El amor movió al Padre Eterno á embiar del cielo á la tierra à su unigénito Hijo: el Hijo vino á ofrecerse á sí mismo en holocausto perfecto por nuestra salud; el Padre y el Hijo nos dieron al Espíritu Santo para consolador de nuestra vida; y el Espíritu Santo viene él mismo a habitar con especial union de amor en el corazon de los justos, como en su templo. ¿Se pudo concebir mayor bondad? ¡Que un Dios, felicisimo en sí mismo, y gloriosisimo en las gerarquias angélicas, se digne de venir á las viles miserias de la criatura humana! Una visita cortesana, que hizo el emperador Carlos V. á un soldado herido, robó los corazones de todo el ejército, de suerte, que darian por él mil vidas. Y una dignacion tan grande de la divina Magestad, que no solo nos visitó enfermos, sino tomó en sí nuestras enfermedades; no solo nos dió una benigna ojeada, sino vive, y mora siempre con nosotros en el divinisimo Sacramento, todo amor, todo beneficencia, ¿no tendrá fuerza para arrebatarnos á amarle? El angélico Doctor santo Tomás vá ponderando aquella enfática sílaba: *Sic assi,* que pone san Juan: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum Unigenitum daret.* Dios tuvo tal amor al mundo, como si el hombre fue-

se Dios del mismo Dios: *Sic dilexit* (añade san Buenaventura) *ut se odisse quodammodo videatur*. Amó en tal grado, que en cierto modo pareció, que el Hijo de Dios aborrecia su propia vida, en comparacion del amor que tenia al hombre, por quien daba la vida.

Y á la verdad, si el Padre hubiese embiado á su Hijo á que fuese Rey glorioso en la tierra, y en ella fuese honrado con los mayores obsequios, y gozase suavisimas delicias, todavia seria beneficio inmenso, y una gran muestra de amor. ¿Qué será haberle embiado á nacer en una extrema pobreza, á vivir en sumos trabajos, á morir en una cruz por amor del hombre? Si el divino Hijo hubiese venido con comodidades, gloria y magestad, digna de su Real persona, á buscar al hombre perdido, con solo la costa de una palabra, quedariamos en eterna obligacion á su amorosisima bondad. ¿Qué amor, pues, no le deberemos, habiendo venido á redimirnos con tantos gastos, y á costa de su Sangre? A esta consideracion se deshacia en tiernisimas lágrimas S. Bernardo: (DE PASS. CAP. 3.) *Super omnia te amabilem mihi reddit, ò bone Jesu! Calix Passionis. Quis illud cor tam vulneratum non diligat? Quis tam amantem non redamet?* Sobre todos los beneficios, ¡ó buen Jesus! os hace amable vuestra pasion; porque, ¿quién no amará aquel corazon herido de amor? ¿Quién no corresponderá amando á un tan fino amante? Añade el mismo santo Dr. otro motivo: Que el Salvador empleó todos sus miembros y todos sus sentidos, en empresas y trabajos, para que todos fuesen testigos de su amor, y nos obligasen á reamarlo con todos nuestros afectos y todas nuestras fuerzas; *Toto se totum me*

comparavit; ni se pudiese mirar Jesus crucificado, sin que las heridas de todo su cuerpo nos provocaran á amarle: *Omnes provocarent ad amorem.* Seleuco, rey de la Grecia, habia puesto ley, que quien cometiese no sé qué delito, debiese perder los ojos en pena. Cayó en el delito su mismo hijo: ¿qué haria el padre? ¿Perdonarle? No lo permitia la justicia. ¿Castigarle? Mas no lo consentia el amor paterno. ¿Qué hizo, pues, el rey? Dividió la pena: hizo que le sacasen á él un ojo, y otro á su hijo, el cual quedó tan obligado y aficionado amante de su padre, que no se saciaba de mirarle al rostro, para ver en aquella cicatriz vacia del ojo, una señal y prenda vivisima de amor.

Ahora, pues, ¿que debemos hacer nosotros al mirar á nuestro Dios crucificado: que no dividió el castigo que debiamos padecer nosotros, quebrantadores de la Ley; ni tomó para sí parte de la pena, dejandonos á nosotros la otra parte, sino escogió para sí, todo y entero, el suplicio gravisimo que mereciamos nosotros? El solo quiso llevar la cruz: *Torcular calcavi solus*; solo satisfacer con las mas atroces penas á la Justicia divina. ¡Y tendrémos ojos nosotros para mirar el Corazon abierto de Jesus crucificado, sin sentir que se arrebate el nuestro? ¡Y viéndole gastarse todo, y dar la vida por caridad, no concebiremos llamas de amor? Bien decia san Ignacio: Ningun leño hace mas, y mas hermoso fuego, que el leño de la santa cruz, que enciende en los corazones llamas de amor divino. Encienda, pues, en nuestros pechos un afecto generoso y eficaz, para vencer cualquier asalto que nos pretenda apartar de nuestro Dios. Arda tan fuerte nuestra llama, que el ímpetu y torrente de las tribulaciones, como ligera gota ó rocio de agua

en un horno encendido, sirva solamente para avivarla, mas no pueda extinguirla; y que podamos decir con el Apostol: *Quis nos separabit à charitate Christi?*

Finalmente, si se considera con el mismo san Bernardo de cuántas maneras el Hijo de Dios se ha dado al hombre, se verá, que en todas mostró, que nació y vivió solo para este fin de ser amado: *Factus est, ut ametur: se dedit in meritum, se apponit in refectionem, se servat in praemium.* Todo convida á amor, porque en su vida se dió por precio y mérito de nuestro rescate: en su Sacramento se nos ha dado por alimento, refeccion y conorte en nuestros trabajos: en su gloria se ofrece por premio y corona de nuestras fatigas; ¿se puede imaginar, ni mas inmenso, ni mas ardiente, ni mas incomparable amor que éste, con que Dios se nos comunica en tantos y tan amorosos modos, cuanto es y cuánto tiene? *Eja igitur, ò anima mea, dilige eum, à quo tàm dilecta es: ama amantem te,* (MANUAL. CAP. 4.) dice san Agustin. Ea, pues, alma mia, ama á aquel Señor, de quien eres tan amada: ama al que te amó, y te ama tanto: ofrece todo tu corazon á el que se te dió todo: ama sinceramente á quien tantas veces te ha amado. ¿Para quién quieres guardar tu amor, si no lo empleas en aquel Dios, que te puede hacer de presente feliz, y eternamente dichoso? Aparta tu afecto de las riquezas de la tierra, que no pueden hacer otra cosa, sino inquietarte el corazon. Renuncia los vanos honores y los falsos placeres, que te tendrán siempre en congojas y afanes. Un corazon dividido en muchos afectos, nunca puede tener paz. Quien quisiere vivir contento, debe ofrecer *unum uni, unum cor uni Deo* (decia el B. Fr.

Gil.) Dios es tan zeloso de poseer solo y únicamente tu corazon, que tambien para esto, (si creemos á san Anselmo) quiso él en persona redimirte, para que tú no dividieses tu umor, dando parte á quien te crió, y parte á quien te redimió; *Ne amorem divideres, idem tibi factus est Creator, et Redemptor.* Todo tu corazon pide el padre Eterno, como Criador, *jure Creationis;* todo lo pide el divino Hijo, como Redentor, *jure Redemptionis:* todo lo pide el Espíritu Santo, como Santificador, *titulo Sanctificationis;* todo lo debes á un Dios solo, distinto en tres Personas. ¡O que bien entendió esta verdad la B. Miquelina, nobilisima matrona, la cual teniendo un solo hijo, á quien amaba como las niñas de sus ojos, para poder emplear todo su afecto entera y puramente en Dios, le suplicó, que si fuese de su agrado, se le llevase; lo cual alcanzó, juntamente con la gracia, de no tener en adelante mas amor á criatura alguna, sino solamente á su Dios.

Por último, aunque Dios no nos hiciese ningun beneficio, ni tuviese aun una centella de amor; si se considera que es infinitamente bueno, infinitamente hermoso, y sumamente amable en si mismo, por ser el mar de toda bondad, primer principio y último fin de todos los bienes, debia ser amado con infinito amor; y aun cuando la capacidad de nuestro corazon fuese inmensa, toda se debia emplear en amar á un Dios tan perfecto. Ahora, siendo á la verdad nuestro corazon tan limitado y estrecho, ¿cómo podemos quitarle alguna parte para emplearla en cosa de este mundo? La amabilidad de Dios es tan excesiva, que para amarle mas, ni aun habiamos de acordarnos de amarnos á nosotros mismos; y su exce-

lente perfeccion tiene en sí tanta virtud atractiva de amor, que ni aun debiamos dejarnos mover á amarla por la esperanza de un paraiso de gloria, ni por el temor de un infierno de pena. Por eso aquella gran virgen, amante de Dios, despues de la contemplacion de la bondad y belleza del mismo Dios, salió en público con una vela encendida en la mano derecha, y un vaso de agua en la siniestra; (DIOS SOLO, CAP. 1.) y preguntandole ¿adónde, y para qué llevaba aquellas dos cosas? Respondió: Con esta llama quiero abrasar el paraiso, y con esta agua apagar el infierno, porque Dios debe ser amado y servido por sola su infinita bondad. Ingeniosa invencion de una alma verdaderamente amante, para mostrar, que las infinitas perfecciones de Dios, nos deben mover á amarle sumamente, aun sin mirar al inmenso premio que nos promete, ni á la eterna pena con que nos amenaza.

Pero quizá un amor tan puro sea solo de almas perfectas, como una Teresa y un Xavier, no para nosotros, miserables pecadores. A lo menos convénzanos á amarle los innumerables beneficios, con que nos ha prevenido, y los eternos premios que nos promete. *Si non amas Deum propter se, ama propter te.* Digámosle, al fin, con aquella grande alma, enamorada de Dios, san Agustin: *Muy tarde os he conocido, ¡ó Bondad infinita, siempre antigua y siempre nueva! ¡O qué infeliz tiempo en que no os amé, antes os ofendí! Haced que de aquí adelante os ame tanto, cuanto os he ofendido en lo pasado. Trocadme estos mis sentidos, muy inclinados á los bienes sensibles. Ilustradme los ojos con un rayo de vuestra luz, para que no sepan mirar otra cosa, que vuestra belleza. Dadme tanto hastío y aborrecimiento de las criaturas, que yo me vea amorosamente forzado á acudir á vos, Criador mio. O amor únicamente amable, llenad mi corazon de amargura, respecto de los bienes mundanos. Haz que aborrezca las apariencias y errores, que me causan todas las cosas terrenas, así mi corazon, mi alma y todos mis afectos serán vuestros: en voz solo hallaré reposo y contento: con vos solo viviré feliz y moriré dichoso, Dios mio, esperanza mia, alegria mia y Dios de mi corazon.*

Finalmente, cierre y ponga fin á estas lecciones, y selle nuestros corazones aquella grande oferta, que hacia san Ignacio á Dios al fin de sus ejercicios.

Suscipe, Domine, universam meam libertatem. Accipe memoriam, intellectum, atque voluntatem omnem. Quod habeo, vel possideo, mihi largitus es. Id tibi totum restituo, as tuae prorsus voluntati trado gubernandum. Amorem tui solum cum gratia tua mihi dones, et vides sum satis, nec aliud quidquam ultra posco.

§. III.

EJEMPLO.

No podré yo proponeros metamórfosi mas noble de un amor profano, transformado en caridad divina, que en Raimundo Lulio, sugeto de ilustre virtud. Jamás se vió hombre mas inclinado ni mas entregado á los amores, que él. Entre otros casos, se enamoró tan fuertemente de una dama de excelentes prendas, que el furor amoroso llegó á ser locura, saliendo verdad en él aquel celebre dicho: *Furor amantis, furor amentis:* el furor del amante, es furor de loco. Un dia paseando á caballo, vestido muy de gala, vió el objeto de su aficion, que entraba en una iglesia; y arrebatado de su ciego amor, sin respeto á los sagrados altares ni á los divinos Sacramentos, dando espuelas al caballo, entró en la misma iglesia, para manejarle en ella con su acostumbrada galanteria. Mas al instante se levantó un gran grito en el pueblo, que le echó fuera, como loco. Afligiose muy mucho de esta accion la dama, y se resolvió á curar con un prudente consejo el furor de esto loco amante; y pedida primero licencia á quien la debia dar, le hizo llamar aparte, y con rostro entre enojado y compasivo, le descubrió su pecho, y le hizo ver su seno todo despedazado, y roido de un horroroso cancer, que exhalaba un olor pestilencial, lleno de viva podre; y por dar mas alma á la accion, fulminó de la boca estas razones: Mirad bien esta hedionda postema, en que empleais vuestros amores: ved la fealdad de esta podrida llaga, y oled el hedor de esta ma-

teria insufrible. ¿Cómo podeis andar tan frenetico de afecto ácia tan abominable objeto? ¿Y el amor que se debe á Dios, darle á una criatura, que es de él tan indigna?

A esta vista y razonamiento quedó atónito Raimundo, llenose de horror, helóse mirando, sin poder articular palabra, aquella hedionda llaga. Al punto se sintió todo transformado en otro, sirviendo el cancer del cuerpo ageno de remedio para sanar su alma. Al salir del corazon el amor profano, entró y lo ocupó el divino; de modo, que empezó á llorar las locuras pasadas, y á protestar, que ya no queria amar mas, que á Dios. Con magnánima resolucion repartió toda su hacienda á los pobres; y saliendo de la casa de sus padres, se retiró á un desierto. Allí, empleado en oraciones, sustentandose de ayunos y lágrimas, se encendió en tal fuego de amor divino, que se veia obligado á romper el vestido delante del pecho, por dar un poco de desahogo al ardor del corazon. Al mirar las yerbas y flores del campo, le parecia ver otros tantos espejos, que le representaba la hermosura, la sabiduria y la bondad de Dios. Si iba algun amigo á verle, y le decia ¿cómo podia vivir allí tan solo? respondia al punto: Antes yo me entretenia y recreaba con una gustosa compañia; mas despues que habeis venido, estoy solo. Cuando era necesario dar algun poco de reposo á la flaca naturaleza, le dolia, porque oprimido del sueño, habia de pasar alguna hora sin la memoria de su Criador amado; y cuando despertaba, encendia por recompensar esa pérdida, tanto los amorosos afectos, que á veces padecia desmayos. Entraba tal vez en la ciudad cantando loores á su amorosísimo Jesus; y pregun-

tandole ¿de dónde venia? respondia: *Del Amor.* ¿Adónde iba? *Al Amor* ¿A quién servia? *Al Amor.* En suma, ninguna otra cosa tenia en la lengua, ninguna otra en el corazon, sino el Amor de Dios; y así, se encendió en un ardentisimo deseo de morir presto, por ver á cara descubierta, amar y gozar á su infinito Bien. Llamaba por eso frecuentemente á la muerte, que viniese y desatase aquel débil hilo y ligadura, que le tenia el alma atada al cuerpo, como en una prision. Penetró una vez mas adentro en el desierto, por dar mas libre campo á sus gemidos, doliendose que se tardaba mucho la muerte, y se dilataba el gozar la presencia de su amado Dios. Cuando vió un ermitaño á la margen de una fuente, y acercandose, con dolorosos afectos, le preguntó: Amigo, ¿qué remedio habrá para romper las cadenas, y salir de prision? El ermitaño, que tambien estaba profundamente herido del Amor Divino, entendió luego que hablaba de las cadenas y prision del cuerpo, y respondió: Yo tambien gimo, por verme detenido con las mismas cadenas, y en la misma cárcel. Pero viva el Amor, que esta es una cárcel de caridad, y no de temor, donde las cadenas son gozos y delicias, porque son conforme es la voluntad y gusto de nuestro amado Bien. Con esto, entrandose en afectuosos razonamientos, tanto se encendieron en el corazon y en el semblante, que parecian dos de aquellas nubes, embestidas del sol, que al mismo tiempo se deshacen en lluvia y relampaguean, como si fuesen de fuego.

Pero el amor de Raimundo no paró en dulces consuelos, pasó á empresas arduas y heroicas; porque sabiendo que el Salvador al exami-

nar á Pedro en el amor; *Amas me?* tres veces le habia dicho: *Pasce Oves meas,* se redujo á procurar la salud de las almas por todos medios. Las conversiones que obró en todas esferas de personas, fueron muchas y grandes: predicando de la instabilidad de las cosas humanas, de la venidad de los honores, de la brevedad de los placeres, de las miserias de esta vída, de los premios y penas de la otra; y esto con tanta copia y eficacia de razones, que á manera de llama voráz, andaba transformando en sí cuantos se le ponian delante. Y mas considerando, que su Amado estaba crucificado, no se puede decir con cuántas ansias deseaba y buscaba las cruces. Solia decir, que el arbol del amor, era el árbol de la cruz, que producia frutos agridulces; y que las enfermedades y tribulaciones eran sus flores; y así, nunca tenia mayor contento, que cuando estaba mas afligido y atribulado, padeciendo calumnias, achaques, prisiones y trabajos; pero endulzados con tantas consolaciones de espiritu, que mas era aquello gozar, que padecer.

Habia comprado un esclavo turco, para que le enseñase la lengua arábiga. Mas cuando este pérfido entendió, que el fin no era otro, que para ir á hacer guerra á la secta mahometana, tanto se enfureció, que con un cuchillo le atravesó el pecho, si bien la herida no fué mortal. Corrió toda la casa al ruido, resuelta á hacer pedazos á aquel traidor; mas Raimundo se interpuso para librarle, diciendo: que el amor de Dios mandaba perdonar á los enemigos. Ni mostró otra señal de dolor, sino que le dolia no haber muerto por tan bella causa.

Seria muy largo referir uno por uno los pro-

digios que el Amor Divino obró en este grande hombre hasta su muerte, que le dió la impiedad de los moros, glorificada de Dios con una pirámide de fuego, que se vió salir de su cadaver, como en señal de su ardentisimo amor. Bastára con algunos sentimientos generosos suyos, que quisiera yo entrasen tambien en nuestros corazones. Veislos aquí.

¡Oh, Santo Amor, cuánto siento haber aprendido tarde tus dulces finezas! Si yo te pospuse antes tan vilmente al amor profano, no fué porque tú lo merecerias, sino solo porque yo no te conocia. Mas ¡quién habrá que pueda apartarme de tí? *Quis me separabit à charitate Christi? Tribulatio?* ¿Tribulaciones? No, porque tú, ó Santo Amor, me las cambias en suavisimos contentos? *An angustia?* ¿Congojas? No, porque tú me las mudarás en tranquila paz. *An fames?* ¿La hambre? No, porque tú me alimentarás y hartarás con un nectar del paraiso. *An periculum?* Tampoco los peligros, porque asistiendome tú, se convertirán en seguridad imperturbable. *An persecutio?* Ni las persecuciones, porque al fin se me han de recompensar con gloriosos triunfos. *An gladius?* No, no podrán las espadas apartarme de tí, ó Divino Amor; porque no deseo otra cosa, que morir por mi Amor crucificado. Las heridas y la muerte, me serán premio y felicidad: *Quis ergo me sperabit à charitate Christi?*

He aquí las Verdades Eternas, que he podido explicarte, lector cristiano y deseoso de tu salvacion, si han engendrado en tu corazon algun buen sentimiento, procura mantenerle vivo con la frecuente consideracion de ellas. ¡Cuán breve es la vida! ¡Qué cierta la muerte! ¡Qué incierta su ho-

ra! ¡Cuán grande el premio, que Dios tiene preparado para los que le aman y guardan su Ley! Sobre todo, ten bien impreso en el corazon: *Quam bonus est Deus. bis qui recto sunt corde!* ¡Cuán bueno y benigno es Dios para los que sencillamente le buscan! ¡Cuál fiel para los que le sirven con verdad y de buen corazon! Señor tan amoroso, Señor tan bienhechor, Señor tan liberal, que tendrá notadas y escritas, sin que puedan borrarse, todas tus obras, todos tus pasos, todas tus oraciones, tus penitencias, que por su amor hicieres, todos tus pensamientos, y aun los mas delgados cabellos de tu cabeza: *Capilli capitis vestri omnes numerati sunt;* esto es, aun los mas minimos deseos, para premiarlos con eterno galardon en el cielo.

Lease á Tomás de Kempis lib. 3. *cap.* 5. De los admirables afectos del Amor Divino.

digios que el Amor Divino obró en este grande hombre hasta su muerte, que le dió la impiedad de los moros, glorificada de Dios con una pirámide de fuego, que se vió salir de su cadaver, como en señal de su ardentisimo amor. Bastára con algunos sentimientos generosos suyos, que quisiera yo entrasen tambien en nuestros corazones. Veislos aquí.

¡Oh, Santo Amor, cuánto siento haber aprendido tarde tus dulces finezas! Si yo te pospuse antes tan vilmente al amor profano, no fué porque tú lo merecerias, sino solo porque yo no te conocia. Mas ¿quién habrá que pueda apartarme de tí? *Quis me separabit à charitate Christi? Tribulatio?* ¿Tribulaciones? No, porque tú, ó Santo Amor, me las cambias en suavisimos contentos? *An angustia?* ¿Congojas? No, porque tú me las mudarás en tranquila paz. *An fames?* ¿La hambre? No, porque tú me alimentarás y hartarás con un nectar del paraiso. *An periculum?* Tampoco los peligros, porque asistiendome tú, se convertirán en seguridad imperturbable. *An persecutio?* Ni las persecuciones, porque al fin se me han de recompensar con gloriosos triunfos. *An gladius?* No, no podrán las espadas apartarme de tí, ó Divino Amor; porque no deseo otra cosa, que morir por mi Amor crucificado. Las heridas y la muerte, me serán premio y felicidad: *Quis ergo me sperabit à charitate Christi?*

He aquí las Verdades Eternas, que he podido explicarte, lector cristiano y deseoso de tu salvacion, si han engendrado en tu corazon algun buen sentimiento, procura mantenerle vivo con la frecuente consideracion de ellas. ¡Cuán breve es la vida! ¡Qué cierta la muerte! ¡Qué incierta su hora! ¡Cuán grande el premio, que Dios tiene preparado para los que le aman y guardan su Ley! Sobre todo, ten bien impreso en el corazon: *Quam bonus est Deus. bis qui recto sunt corde!* ¡Cuán bueno y benigno es Dios para los que sencillamente le buscan! ¡Cuál fiel para los que le sirven con verdad y de buen corazon! Señor tan amoroso, Señor tan bienhechor, Señor tan liberal, que tendrá notadas y escritas, sin que puedan borrarse, todas tus obras, todos tus pasos, todas tus oraciones, tus penitencias, que por su amor hicieres, todos tus pensamientos, y aun los mas delgados cabellos de tu cabeza: *Capilli capitis vestri omnes numerati sunt;* esto es, aun los mas minimos deseos, para premiarlos con eterno galardon en el cielo.

Lease á Tomás de Kempis lib. 3. *cap.* 5. De los admirables afectos del Amor Divino.

PROTESTA DEL AUTOR.

En ejecucion de los decretos de la santa memoria del Sr. Urbano VIII. y de la santa Inquisicion Romana, protesto y quiero, que no se dé mas fé á cuanto he escrito en esta obra, que la que se funda en autoridad humana, sujetandolo todo enteramente, al juicio de la santa Sede Apostólica, de quien me profeso en todo y por todo obedientisimo hijo.

Ad majorem Dei Gloriam,

BREVES

MEDITACIONES SOBRE LOS CUATRO NOVISIMOS,

repartidas por los dias del mes, con la regla para vivir bien en todo tiempo, por el padre Juan Pedro Pinamont, de la Compañia de Jesus: traducidas del idioma Toscano al Castellano, por un deseoso del bien de las almas.

Llevan añadidas el modo de comenzar, finalizar y examinar la oracion mental, y la correspondiente jaculatoria para cada dia.

INTRODUCCION.

Toda la causa del poco aprovechamiento espiritual en una alma, consiste en la falta de meditacion; y así, quien deberas desea adelantar el sumo negocio de su salvacion eterna, conviene, que todos los dias se ejercite en la oracion mental ó meditacion. Y para hacerlo con facilidad, os ofrezco esta instruccion breve.

Primeramente: poneos en la presencia de Dios con un acto de fé viva. 2.° Adoradle como presente con toda humildad. 3.° Ofreceos con todo afecto, y consagradle cuanto sois y podeis. Pedidle que ilumine vuestro entendimiento, para penetrar la verdad que habeis de meditar; y que inflame vuestra voluntad para abrazarla. Esta se llama oracion preparatoria.

En segundo lugar, debeis con el entendimiento, 1.° Ponderar atentamente las palabras de cada punto, considerando muy por menudo todo lo que en él se encierra. 2.° Examinar si el modo de vivir que habeis tenido hasta ahora, ha sido conforme á aquella verdad, ó à aquella máxima que meditais, procurando imprimirla altamente en vuestro entendimiento, y persuadiros de su verdad é importancia. 3.° Hacer reflexion sobre vuestra vida presente, y ver si faltais frecuentemente, y por qué ocasiones, hasta llegar á encontrar la raiz de vuestras faltas, para arrancarla. En estas operaciones del entendimiento, que son aprender, juzgar y discurrir, consiste propiamente la meditacion.

En tercer lugar, pasad á los afectos de la voluntad. 1.° Detestando con verdadero dolor vuestra pasada vida. 2.° Proponiendo firmisimamente practicar en lo por venir lo que habeis conocido y aprendido en la meditacion presente. 3.° Acabad con un coloquio afectuosisimo, hablando con la santisima Trinidad, ó con Jesucristo, ó con la purisima Virgen, ó con el ángel de la guarda, ó con los santos vuestros abogados; repitiendo actos de amor de Dios, de humildad, de resignacion, de propósitos y de peticiones de aquellas gracias, de que mas necesitais. Estos coloquios son la última parte de la oracion mental.

AL QUE LEYERE.

Para facilitar la práctica de esta meditacion, te presento la materia sacada de los novisimos, como tan importante para no pecar: pues como enseña el Espíritu Santo, el que los tuviere pre-

sentes, jamás pecará: *Memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis.* (ECCL. 7.) Cada meditacion se divide en algunos puntos, para instruir el entendimiento con las noticias, que le ayuden á emplear cada dia, por lo menos un cuarto de hora, en la consideracion de tan importantes verdades, á fin de que quede convencido y desengañado, y la voluntad resuelta á procurar con eficacia la salvacion del alma.

Por las entrañas de Cristo te supilco. lector mio muy amado, ponderes atentamente, que de una de estas verdades, ó bien, ó mal considerada, puede ser penda tu eternidad. ó dichosa ó infeliz.

Si alguna de estas consideraciones hiciere mayor impresion y fuerza á tu alma, detente en ella mas de espacio, y repítela el dia siguiente: porque esto te servirá de grande provecho y adelantamiento. Así manda que se ejecute aquel grande Maestro de la oracion san Ignacio.

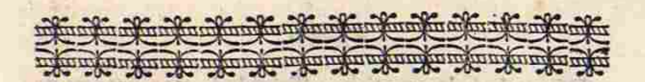
Por ningun caso se debe emplear todo el tiempo en discursos del entendimiento: lo principal ha de ser ejercitar fervorosos afectos de la voluntad, ya de aborrecimiento de los pecados, ya de accion de gracias á Dios por los beneficios recibidos, ya de desprecio de los bienes de la tierra, ya de propósitos firmisimos de mudar de vida, y emprender una totalmente contraria á las engañosas máximas del mundo, al gusto de los sentidos, y á las sugestiones del demonio.

Bepite continuas súplicas y oraciones á Dios, á la santisima Virgen, al ángel de tu guarda, y á los santos tus patronos, para sacar de este ejercicio mucho provecho para tu alma.

El fruto que se señala para practicarse cada dia, es siempre diferente: pero cuando experimen-

tares que alguno te ayuda mas para vencer algun vicio, ó para adquirir alguna virtud, continúa en ejercitarle, no solo el dia siguiente, sino todo el mes, si así lo juzgares conveniente, para la mayor gloria de Dios, y bien de tu alma.

Si algun dia no tuvieres tiempo para la meditacion, por lo menos lee dos ó tres veces los puntos de aquel dia; y generalmente para desechar con mas facilidad las distracciones, tén este librito en las manos, y al mismo tiempo que meditas vuelve á él los ojos, y repite atentamente la leccion de la materia que se propone, para tener mas fija la atencion. El Espíritu Santo te asista, y ruega por quien deberas desea tu salvacion.



MEDITACIONES

PARA CADA DIA DEL MES.

DIA PRIMERO.

Importancia de la salvacion.

1. Mi salvacion es un negocio todo mio: si yo no pienso en él, ¿quién pensará por mí?

2. De tal suerte es negocio mio, que en él se interesa cuanto soy; mi alma y mi cuerpo; si yo no lo aseguro, ¿quién le asegurará por mí?

3. Es negocio mio, de que pende toda mi eternidad: si yo no lo efectúo, ¿quién le efectuará por mí?

Pues ¿qué hago? ¿Por qué no me aplico todo á salvar mi alma? No tengo cosa que mas deba amar, que esta alma sola: no tengo cosa mas preciosa que esta alma inmortal: si una vez la pierdo, todo lo he perdido para siempre.

FRUTO.

Ofreced á la santisima Trinidad, por manos de la purisima Virgen, del ángel custodio, y del santo de aquel dia, todas vuestras acciones, para que se dirijan á la mayor gloria de Dios y salvacion del alma. *Tres Gloria Patri.*

JACULATORIA.

¿Quid prodest homini, si universum mundum lucretur. animae veró suae detrimentum patiatur? (MATT. 16.)

¿Que te podrá aprovechar,
alma, cuanto el mundo tiene,
si tu último fin no logras,
si te pierdes para siempre?

DIA DOS.

Incertidumbre de la muerte.

La sentencia ya está dada: he de morir.

1. Pero no sé el tiempo: puedo morir en esta hora.

2. Pero no sé el lugar: puedo morir en aquella ocasion.

3. Pero no sé el modo: puedo morir en aquel pecado. ¡Y peco tan alegremente? ¡Y recaigo con tanta facilidad? ¡Y no huyo toda ocasion de pecar? ¡Que fé es la mia!

FRUTO.

Estableced una distribucion del tiempo, señalando lo que debeis hacer en cada hora del dia. Aquella hora que perdiereis, puede ser la última de vuestra vida; y esa misma hora bien empleada, puede aseguraros la salvacion.

JACULATORIA.

Qua hora non putatis, Filius hominis veniet. (LUC. 12. 40.)

Si en la hora que menos piense
tienes de venir, Señor,
¿cómo siempre vigilante
y prevenido no estoy?

DIA TRES.

Aviso de la muerte.

Si no muero de una muerte repentina, llegará el dia en que me avisen que me disponga á bien morir. Entonces.

1. ¿Tendré tiempo de confesarme? Si apenas podré hablar por lo grave de la enfermedad.

2. ¿Tendré tiempo de examinarme? Si apenas estaré en mí de susto y temor.

3. ¿Tendré corazon para arrepentirme? Si estará mi conciencia enredada con tantas culpas! ¡O Dios mio! ¿Y qué haré entonces?

FRUTO.

Haced una confesion general de toda vuestra vida, si no la habeis hecho jamás: y si la habeis hecho, sea desde la última, ajustando las partidas de vuestra alma, y serenad por medio de este Sacramento, todos los remordimientos de vuestra conciencia. Elegid un buen confesor, y aprovechaos de este tiempo que el Señor os concede, para resolveros eficazmente á enmendar vuestra mala vida.

JACULATORIA.

Dispone domui tuae, quia morieris. (ISAI. 38. 1.)

¡O muerte! si meditada
solo, tanto me sorprendes,
¿qué será cuando me intimen
que ya acelerada vienes?

DIA CUATRO.

Prevencion para la muerte.

¿Qué será bien que haga para disponerme á una santa muerte?

1. Aquello que ciertamente querré hacer en aquella hora.

2. Aquello que probablemente no podré hacer en aquella hora.

3. Aquello que precisamente deberé hacer en aquella hora para salvarme. Penitencia de mis pecados: actos fervorosos de contricion: propósitos firmisimos de huir las ocasiones.

FRUTO.

Procuraré portarme en todas las ocasiones de este dia, como si fuese el último de mi vida. Repetiré actos de contricion de tantos pecados como he cometido, y renovaré los propósitos de enmendarme. *Siete Gloria Patri á Sr. S. José.*

JACULATORIA.

Statutum est hominibus semel mori. (AD HEBR. 9. 27.)

Si es estatuto que muera,
y tan solo el cuando ignoro,
¿cómo no ando preparado?
¿cómo bien no me dispongo?

DIA CINCO.

Estado de un moribundo.

1. Lo pasado le aflige: tantos pecados de que no ha hecho penitencia.

2. Lo presente le entristece: tantos peligros de condenarse, y no ve el modo de librarse de ellos.

3. Lo futuro le estremece: tiene á la vista la eternidad, y no sabe cual: si de gloria ó de pena. Temblarán los justos: ¿Qué haré yo, miserable pecador?

FRUTO.

Confesaos luego este mismo dia, si estais cierto, ó dudais prudentemente, que estais en peca-

do mortal. Y si os pareciere estar en gracia, agradeced este beneficio, y suplicad al Señor y á la Virgen Maria que os mantengais asi hasta la muerte. *La Letania de la Virgen.*

JACULATORIA.

Circundederunt me dolores mortis: et torrentes iniquitatis conturbaverunt me. (PSALM. 17. 5.)

¡O Dios! Mucho los dolores
de la muerte me atribulan;
pero mucho mas, Señor,
el torrente de mis culpas.

DIA SEIS.

Ultimo momento de la vida.

1. En aquel instante se apartará el alma del cuerpo, y de todos los gustos de los sentidos.
2. En aquel instante se acabarán las honras, se acabarán las riquezas, se acabarán los amigos.
3. Puedo en aquel solo momento condenarme. Si este en que vivo fuera el último, ¿qué seria de mí? ¡O momento de que pende la eternidad!

FRUTO.

Examinaos cada hora del dia como habeis empleado la antecedente: así lo hacia san Ignacio. Y tomad la santa costumbre, siempre que oyereis el relox, de acudir á la santisima Virgen con una *Ave Maria.*

JACULATORIA.

Timenti Dominum bene erit in extremis. (ECCL. 1.)

¿Cómo quieres ser feliz,
alma, en el postrer momento,
si el temor santo de Dios
no es de tu vida el arreglo?

DIA SIETE.

Preséntase el alma en juicio.

En el punto de mi muerte, será presentada mi alma en el Tribunal divino. Me imaginaré que veo.
1. Al pie de la cama á Jesucristo, como juez indignado contra mí, y que ha venido á darme la sentencia final.
2. A la mano izquierda el demonio muy alegre, y que me pone delante los ojos un grande libro, para que lea en él escritos menudamente, uno por uno, todos los pecados de mi vida.
3. A la diestra al ángel de mi guarda, que está leyendo en un pequeño escrito las pocas buenas obras que he hecho, y con semblante triste me lo presenta delante de los ojos. ¡O qué representacion! ¡O qué vista! ¡O qué espanto!

FRUTO.

Cuando estuviereis en la cama esta noche, poneos en postura de moribundo, imaginando que teneis en una mano el crucifijo y en la otra una vela encendida. Renovad la memoria de estos pun-

tos, y decios á vos mismo: ¿Qué quisiera yo haber hecho, si fuera esta la última hora de mi vida?

JACULATORIA.

¿Quis mihi hoc tribuat, ut in inferno protegas me, ... donec pertranseat furor tuus? (JOB. 14. 13.)

¿Quién en el infierno mismo
me escondiera, ó Dios, en tanto
que pasa de tu furor
el espantoso nublado?

DIA OCHO.

Juicio particular del alma.

1. El exámen será rigorosisimo de todos los pensamientos, de todas las palabras, de todas las acciones muy por menudo: me acusarán los demonios que me tentaron: los compañeros que yo escandalicé: y mi misma conciencia, que tantas veces me avisó con sus remordimientos.

2. El juez será justisimo y sin misericordia: á su vista cometí los pecados, y así él mismo lo vió todo, lo oyó todo y lo supo todo.

3. La sentencia será irrevocable: no habrá escusa, no habrá súplica, no habrá apelacion. O eterna vida, ó eterna muerte.

FRUTO.

Conservad todo este dia muy viva en vuestra imaginacion, la presencia de Cristo juez. Y an-

tes de comenzar cualquiera obra, decios á vos mismo: ¿De esta accion que voy á hacer, qué sentencia se me dará? Antes de iros á la cama, repetid tres veces la oracion: *Maria, Mater gratiae, Mater misericordiae, tu nos ab hoste protege, et mortis hora suscipe:* y besad la tierra.

JACULATORIA.

¿Ante faciem indignationis ejus qui estabis? ¿et quis resistet in ira furoris ejus? (NAH. 1. 6.)

¿Peco creyendo me vé
un Omnipotente Dios?
¿Cómo no temo sus iras,
su enojo y su indignacion?

DIA NUEVE.

Estado del alma despues de la muerte.

1. Dada la sentencia, si fuere de gloria, luego el alma rica de dones y de virtudes, irá con grande fiesta acompañada de los santos ángeles. ¿Quién podrá comprender qué alegria será esta?

2. Si la sentencia fuere de pena eterna, despojada el alma en todos dones y virtudes, será luego arrebatada de los demonios al infierno. ¡O qué horrorosa pena á la primer experiencia de aquellas llamas!

3. Una de estas dos sentencias debe infaliblemente darse á cada uno. ¿Cuál de las dos me tocará á mí?

FRUTO.

Esta tarde, despues del exámen de la conciencia, haced reflección sobre vuestra vida pasada, y considerad, ¿qué sentencia habeis merecido hasta ahora, y cuál mereceriais si se os hubiese de dar antes de acostaros? *Un Pater noster y tres Gloria Patri* á la santisima Trinidad, con la frente en tierra.

JACULATORIA.

Non est pax impis. (ISAI. 48. 22.)

¿De qué me podrá servir
que en paz digan que descanse,
si soy impio, y con el impio
no hace la paz maridage?

DIA DIEZ.

Estado del cuerpo despues de la muerte.

1. Despues de la muerte imagínate ver á tu cuerpo: ¿cómo queda? Un cadaver pálido, disforme y espantoso. No vé, no siente, no se mueve; solo y desamparado de todos.

2. ¿De qué se viste? O de un andrajo el mas despreciable, ó de un pobre hábito; y el horror natural hace retirar á todos, de suerte, que apenas se encuentra quien vaya á cubrirle.

3. ¿Dónde es llevado? A la iglesia, acompañado de Sacerdotes, los cuales despues de las breves oraciones, le dejan para que le echen en el sepulcro, cubierto de tierra, donde todos le pisen, y allí se podrezca y consuma con los gusanos. ¿Y este es el cuerpo que yo trato con tanto regalo y delicadeza?

FRUTO.

Id á una iglesia, y despues de haber adorado al Santisimo, poneos de rodillas sobre una sepultura, y decid cinco veces: Esta es la casa donde algun dia será llevado este mi cuerpo á podrecerse y consumirse entre gusanos. Un *Deprofundis* por las almas del Purgatorio.

JACULATORIA.

Detracta est ad inferos superbia tua, concidit cadaver tuum: subter te sternetur tinea, et operimentum tuum erunt vermes. (ISAI. 14. 11.)

Si la polilla y gusanos,
cuerpo, tu lecho han de ser,
¿por qué tanto fomentar
el orgullo y la altivéz?

DIA ONCE.

Proceso de la vida.

Mientras vivo, cada instante se está formando el proceso, y llegará el dia en que se lea.

1. Se leerá todo lo malo que no debia ejecutar; y sin embargo lo ejecuté.

2. Se leerá todo lo bueno que debia hacer, y no lo hice.

3. De todo se me dará la sentencia final. Pe-

ro ¿qué sentencia? La que yo me voy disponiendo con las acciones de mi vida.

FRUTO.

Dad una vista á vuestra pasada vida, y considerad los pecados de omision, cuantas buenas obras dejasteis de hacer, ó por respetos humanos, ó por otros motivos; cuantas abominaciones habeis cometido: arrepentios de uno y otro, resolveos á comenzar una vida perfecta. *Pater noster.*

JACULATORIA.

¿Nonne ipse considerat vias meas, et cunctos gressus meos dinumeral? (JOB. 31. 4.)

¡O Señor! mis pasos todos
sé muy bien que vas contando;
pues ó acortarmelos luego,
ó haz sepa rectificarlos.

DIA DOCE.

Estímulos para la penitencia.

Si he pecado, obligado estoy á hacer penitencia. ¿No es así? Pero ¿cuándo la haré?

1. Despues de la muerte es imposible, porque ya no hay tiempo.

2. En la muerte es dificultosisimo, porque hay poco tiempo.

3. Ningun otro tiempo está en mi mano, sino el presente: luego, ó hacer penitencia de presente, ó temer desde ahora que nunca la haré.

FRUTO.

Procurad dar buen ejemplo á todos con vuestras acciones, y edificarles con vuestros enojos, solicitando con ellos y con vuestras oraciones la salvacion de los prójimos. *La tercera parte del Rosario,* por aquellos á quienes habeis inducido a pecar, rogando fervorosamente á la Virgen santisima, que ninguno se condene por vuestra causa.

JACULATORIA.

Nisi poenitentiam habueristis, omnes similitèr peribitis. (LUC. 13. 3.)

Que el que no haga penitencia
perecerá, dice Cristo:
¿Me exceptúa esta regla? No:
Pues bien, ¿en qué me confio?

DIA TRECE.

Señales del juicio universal.

Las señales que precederán al juicio son de fé, porque las predijo nuestro Redentor.

1. Serán muchisimas. El sol obscurecido y envuelto en densas tinieblas; la luna eclipsada y manchada de negra sangre; las estrellas caerán; el mar bramará; la tierra se abrirá en profundisimos hoquerones; terremotos, guerras, pestilencias, discordias, &c.

2. Serán repentinas y no esperadas; cuando menos lo pensará el mundo; cuando mas se pecará en el mundo; cuando el mundo ya no tendrá tiempo de enmendarse.

3. Serán terribles: Lloverá del cielo un fuego devorador, que sepultará en sus llamas hombres, animales, plantas, ciudades, fortalezas, palacios y jardines, en una palabra, todo el mundo. ¡Ah, qué incendio! Si temblarán de asombro las criaturas insensibles, ¿qué harán entonces los pecadores?

FRUTO.

En este dia ejecutareis tres actos. 1. De temor de la divina Justicia. 2. De contricion de vuestros pecados. 3. De un reverente y filial recurso á la divina Misericordia. Concluireis con tres *Pater noster y Ave Marias.*

JACULATORIA.

Tunc parebit signum Filii hominis in coelo: et tunc plangent omnes tribus terrae. (MATTH. 24. 30.)

Si para aterrar al hombre
bastan, Señor, las señales
de tu juicio, ¿qué será
cuando ya el golpe descrgues?

DIA CATORCE.

Resurreccion de los cuerpos.

Al espantoso sonido de las trompetas angélicas.

1. Resucitará infaliblemente este mi cuerpo, de aquel mismo lugar donde estará sepultado.

2. Para volverse á unir á este mi cuerpo, vendrá el alma, ó del cielo ó del infierno.

3. Unida el alma, quedará tambien inmortal el cuerpo. ¿Pero con qué inmortalidad? Malditos en aquella hora todos los placeres y gustos de esta vida; bendita para siempre la penitencia.

FRUTO.

Haced en este dia alguna mortificacion, como ayuno, cilicio, &c., privaos de algun gusto, y refrenad los sentidos, singularmente los ojos, apartandolos de toda vana curiosidad: *Tres cruces con la lengua en tierra,* en penitencia de las malas palabras.

JACULATORIA.

Ego sum resurrectio, et vita. (JOANN. 11. 25.)

¿Qué este cuerpo miserable
podrá no serlo algun dia?
Bendito sea aquel Señor
que es resurreccion y vida.

DIA QUINCE.

Venida del Juez.

Triunfante con su corte, obsequiado de los ángeles, á un lado Maria santisima, acompañado de los Apóstoles, magestuoso sobre las nubes aparecerá con representacion de Juez Cristo Jesus.

1. Como Creador, me pedirá cuenta de tantos dones y medios que me concedió para salvarme; y yo ingrato usé mal de ellos.

2. Como Padre, me pedirá cuenta de tanto amor que empleó en mí; y yo desconocido correspondí tan mal.

3. Como Redentor, me pedirá cuenta de tanta sangre que derramó por mí; y yo mas fiero que las bestias la pisé muchas veces.

FRUTO.

Llevad en este dia algun instrumento de penitencia, cruz, cadenillas, cilicio, &c. por dos horas, en memoria de la pasion de Jesus. Procurad tener un Crucifijo, para recurrir á él frecuentemente, como á Padre amorosisimo, adorando sus santisimas Llagas, y á cada una un *Gloria Patri.*

JACULATORIA.

Domine, ne in furore tuo arguas me, neque in ira tua corripias me. (PSALM. 37. 1.)

Señor, grandes son mis culpas,
y grandes penas merecen;
mas suspended el castigo
hasta que la ira se temple.

DIA DIEZ Y SEIS.

Descubrimiento de las conciencias.

1. Ni un solo pecado de cuantos he cometido, quedará oculto. Todos se leerán, de todos serán oidos. ¿Qué confusion será entonces la mia?

2. ¿Cuántos pecados ocultos se descubrirán entonces, de que yo jamás me hice cargo? ¿Cuántos pecados interiores, en que yo por mi culpa no reparé? ¿Que escusa podré dar entonces?

3. A todos los pecados que contra Dios he cometido, pondrá Dios enfrente todos los beneficios y gracias que me ha hecho, dándome en rostro con haber pisado su Sangre, abusado de sus Sacramentos, resistido y despreciado sus inspiraciones. ¿Qué desesperacion será entonces la mia?

FRUTO.

Retiraos hoy á lo menos por un cuarto de hora, ó á una iglesía solo, ó delante de un Crucifijo, y examinad bien vuestra conciencia, así respecto de los pecados cometidos, especialmente interiores, de deseos, afectos y complacencias, como respecto de las confesiones pasadas. Direis el *Veni Creator,* al Espíritu Santo, para que os ilumine.

JACULATORIA.

Si justus vix salvabitur, impius, et peccator ubi, parebunt? (1. PET. 4. 18.)

Si el justo apenas se salva,
¡ó Señor! entrando á juicio;
¿qué será de mí, marcado
con tantas señales de impio?

DIA DIEZ Y SIETE.

Separacion de los escogidos.

En esta vida todos viven juntos buenos y malos, y aun despues de la muerte son sepultados

juntos. Pero llegando el dia del juicio no será así: saldrán los ángeles, apartarán á los malos de medio de los justos.

1. A la mano derecha estarán los escogidos; y por ventura, veré entre ellos á aquellos, de quienes yo me burlaba en esta vida?

2. A la mano izquierda estarán los condenadss, y por ventura, aquellos con quienes yo pequé.

3. ¿Qué mano me cabrá en aquel dia?

FRUTO.

Emprended una tierna devocion con los santos ángeles, singularmente con el de vuestra guarda, para que en aquel tremendo dia os lleve á la mano derecha, apartandoos de los condenados. Para conseguir tan importante gracia, proponed desde luego obedecer y seguir sus inspiraciones. Nueve *Gloria Patri* á los nueve coros de los ángeles.

JACULATORIA.

Et separabunt malos de medio justorum. (MATTH. 13. 49.)

Separarán ¡ó qué horror!
á los malos de los buenos:
¡ay de mí, si es que me cabe
la suerte de los primeros!

DIA DIEZ Y OCHO.

Sentencia final.

Apartados los pecadores de los justos, dará Cristo la sentencia.

1. Sentencia que nunca se revocará.

2. Sentencia que al instante se ejecutará.

3. Sentencia que se intimará una vez para toda la eternidad, eterna maldicion al que pecó y nunca quiso arrepentirse. Eterna bendicion al que ó jamás pecó, ó si pecó, hizo con tiempo verdadera penitencia.

FRUTO.

Rezad con los brazos en cruz el *Miserere*, y repetid tres veces con la frente en tierra, aquellas palabras: *Ne projicias me à facie tua;* haciendo tres actos: 1.° De humillacion. 2.° De arrepentimiento. 3.° De fervorosa súplica á Cristo crucificado por el perdon.

JACULATORIA.

Venite benedicti.... Dicedite à me, maledicti. (MATTH. 25. 34. &c. 41.) *Contendite intrare per angustam portam.* (LUC. 13. 24.)

¡A quién, alma, acompañar
quieres en el dia postrero?
¡A los benditos? Pues ahora,
contiende para ser de ellos.

juntos. Pero llegando el dia del juicio no será así: saldrán los ángeles, apartarán á los malos de medio de los justos.

1. A la mano derecha estarán los escogidos; y por ventura, veré entre ellos á aquellos, de quienes yo me burlaba en esta vida?

2. A la mano izquierda estarán los condenadss, y por ventura, aquellos con quienes yo pequé.

3. ¿Qué mano me cabrá en aquel dia?

FRUTO.

Emprended una tierna devocion con los santos ángeles, singularmente con el de vuestra guarda, para que en aquel tremendo dia os lleve á la mano derecha, apartandoos de los condenados. Para conseguir tan importante gracia, proponed desde luego obedecer y seguir sus inspiraciones. Nueve *Gloria Patri* á los nueve coros de los ángeles.

JACULATORIA.

Et separabunt malos de medio justorum. (MATTH. 13. 49.)

Separarán ¡ó qué horror!
á los malos de los buenos:
¡ay de mí, si es que me cabe
la suerte de los primeros!

DIA DIEZ Y OCHO.

Sentencia final.

Apartados los pecadores de los justos, dará Cristo la sentencia.

1. Sentencia que nunca se revocará.

2. Sentencia que al instante se ejecutará.

3. Sentencia que se intimará una vez para toda la eternidad, eterna maldicion al que pecó y nunca quiso arrepentirse. Eterna bendicion al que ó jamás pecó, ó si pecó, hizo con tiempo verdadera penitencia.

FRUTO.

Rezad con los brazos en cruz el *Miserere*, y repetid tres veces con la frente en tierra, aquellas palabras: *Ne projicias me à facie tua;* haciendo tres actos: 1. ° De humillacion. 2. ° De arrepentimiento. 3. ° De fervorosa súplica á Cristo crucificado por el perdon.

JACULATORIA.

Venite benedicti.... Dicedite à me, maledicti. (MATTH. 25. 34. &c. 41.) *Contendite intrare per angustam portam.* (LUC. 13. 24.)

¡A quién, alma, acompañar
quieres en el dia postrero?
¿A los benditos? Pues ahora,
contiende para ser de ellos.

DIA DIEZ Y NUEVE.

Estima del tiempo.

El tiempo es un caudal de sumo aprecio: vale tanto un momento, que en solo él puede recobrar á Dios el alma que por el pecado le perdió. Considerad.

1. Cuanto bien puedo hacer en este dia, y no le hago.
2. Que este dia pasa, y jamás volverá.
3. Que de este dia he de dar estrechisima cuenta, y no pienso en ello. Y lo mismo será de todos los momentos de mi vida. ¡Ay de mí, si los hubiere empleado mal!

FRUTO.

Procurad este dia emplearle con una santa codicia de aumentar merecimientos con obras virtuosas, ejecutandolas por todos los motivos santos de que fuere capaz cada accion vuestra. Por ejemplo: en la Misa, ejercitad actos de adoracion, de fé, de agradecimiento, oidla por motivo de religion, de caridad, de obediencia &c. *La tercera parte del Rosario*, en gloria de la santisima Virgen, pidiendola muchas mercedes.

JACULATORIA.

Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis. (2. AD COR. 6. 2.)

¡El tiempo acepto, alma mia,
ahora pródiga desprecias?
Pues tiempo llegará en que
una hora comprar no puedas.

DIA VEINTE.

Del infierno.

¿Qué cosa es infierno?

1. Es una cárcel de tinieblas, donde se vive siempre en rigorosa prision y cadenas, sin un momento de libertad.
2. Es una casa toda de fuego, donde siempre se arde, pero nunca se muere.
3. Es un lugar de todos los tormentos, donde se padecen todas las penas; pero sin tener jamás algun alivio.

FRUTO.

Aplicad una mano al fuego, ó poned un dedo sobre la llama de una vela, deteniendoos, si pudiereis, por espacio de una Ave Maria; y sacando de aquí, cuál será el fuego del infierno, en cuya comparacion este de acá es como pintado. *El Ave Maris Stella.*

JACULATORIA.

Descendant in infernum viventes. (PSALM. 54. 16.)

Bajemos, alma, al infierno
con la consideracion;
que ahora se puede salir,
despues de la muerte no.

DIA VEINTE Y UNO.

Estado de los condenados.

¿Que se hace en el infierno?

1. Se comprende cuan gran mal es el pecado, lo que ahora se conoce tan poco.

2. Se padece la pena del pecado, que ahora nos dá tan poca pena.

3. Se maldice la ocasion del pecado, que ahora no se quita. ¡O vida infeliz de un pecador, y mas si aquí fué dichoso!

FRUTO.

Apartad al instante aquella ocasion, ó del compañero, ó del libro, ó del juego, &c., que mas frecuentemente os hace caer en pecado. Ofreceos á Dios á padecer en esta vida cualquiera pena, por evitar la eterna. Rogad á Dios y á la santisima Virgen por los que están en pecado mortal. *La Letania de nuestra Señora.*

JACULATORIA.

Vermis eorum non morietur. (ISAI. 66. 24.)

¿Pecas alma, y sin cesar
la conciencia no te muerde?
Pues ella será un gusano
que te aflija eternamente.

DIA VEINTE Y DOS.

Incertidumbre de la salvacion.

1. He merecido el infierno, si he pecado, y no sé ciertamente si Dios me ha perdonado.

2. Puedo condenarme, pues puedo pecar de nuevo, y no sé ciertamente si puesto en la ocasion, resistiré sin caer en ella.

3. Probablemente me condenaré, si no mudo de costumbres, y no sé ciertamente si mudaré de vida antes de la muerte. ¿Qué será de mí, si en aquel momento, aun despues de recibidos los Sacramentos, consintiese en algun mal pensamiento ó deleite, en aquel pecado que tantas veces he cometido, por la costumbre que he tenido en vida? ¿Qué será de mí?

FRUTO.

Haced una resolucion eficaz de confesaros luego, si os hallareis en pecado. Aplicad particular cuidado en enmendaros de aquel pecado en que caeis con mas frecuencia, porque este hace mas incierta vuestra salvacion. Visitad un altar de la

Virgen, y rezadle tres *Ave Marias*, en honra de su Inmaculada Concepcion.

JACULATORIA.

Multi enim sunt vocati, pauci verò electi. (MAT. 22. 14.)

¿Cómo quiero ser electo
para la gloria, Señor,
habiendo correspondido
tan mal á mi vocacion?

DIA VEINTE Y TRES.

Número de los condenados.

1. Es facil condenarse, porque el camino del infierno es muy ancho, y muchos van por él: así lo dice Cristo.

2. Es dificultoso el salvarse, porque la puerta del cielo es muy estrecha, y son pocos los que entran por ella: Cristo lo dice.

3. Desde el principio del mundo, hasta el tiempo presente, la mayor parte de los hombres se han condenado, y como enseñan los santos, la mayor parte se condenarà. ¿Qué juzgo yo de mi?

FRUTO.

1. Privaos en la mesa de aquel manjar que mas os gusta.

2. Negaos á algunas de las recreaciones que tomais, aun suponiendo que es lícita.

3. Rezad de rodillas los *siete Salmos penitenciales*.

JACULATORIA.

Spatiosa via est, quae ducit ad perditionem, et multi sunt qui intrant per eam. (MATTH. 7 13.)

No sigas, alma, esa senda
por donde tantos transitan;
pues aunque aparenta flores,
al precipicio encamina.

DIA VEINTE Y CUATRO.

Confesion de un condenado.

1. Dios ha hecho muchisimo para salvarme. ¡Cuántos beneficios de naturaleza y de gracia para obligarme á amarle! ¡Cuántas inspiraciones; cuantos avisos; cuantos Sacramentos, para guiarme por el camino del cielo! Me ha acariciado con promesas; me ha amedrentado con amenazas; me ha incitado al arrepentimiento; pero todo lo ha frustrado mi obstinacion.

2. Yo pude con poquisima costa salvarme: ¡ah, si hubiera cortado al principio aquella ocasion! ¡Si me hubiera aprovechado de aquel aviso! ¡Si hubiera perseverado constante en aquel propósito! Una resolucion generosa, un corte resuelto, una confesion á su tiempo me ponia en el cielo.

3. ¿Yo he querido condenarme por nada? Sí: por un deleite de un momento estoy aquí sentenciado á una eternidad de tormentos. Sí: á ojos abiertos me he precipitado en un abismo de llamas, á despecho del consejo de los confesores, de los remordimientos de la conciencia, de la misericordia de Dios.

FRUTO.

1. Dad muchas gracias á Dios de haberos criado en tierra de católicos, y de haberos ilustrado con tantas inspiraciones: haced ahora memoria de ellas para vuestro arrepentimiento, especialmente de aquellas que pertenecian á la eleccion de estado, ó mudanza de costumbres.

2. Haced oracion á Dios por los que se hallan en peligro de condenarse. Rezad el himno *Veni Creator Spiritus.*

JACULATORIA.

Ego sum via, et veritas, et vita. (JOANN. 14. 6.)
Ergo erravimus à via veritatis. (SAP. 5. 6.)

Si á Jesus, alma, no sigues
que es la senda verdadera:
tiempo vendrá en que confieses,
que erraste en no ir por ella.

DIA VEINTE Y CINCO.

Condenacion eterna.

¿Qué cosa es condenarse?

1. Es perder á Dios, y perderle para siempre.
2. Es arder en vivas llamas, y arder para siempre.
3. Es desesperarse sin fruto, y desesperarse para siempre. ¡O siempre! ¡O jamás! ¡O eternidad!

FRUTO.

En este dia discurrid algun modo de mortificar vuestro cuerpo, como será no arrimaros cuando estais sentado; tener un pie en alto cuando estais de rodillas: poner los brazos en cruz cuando se hace oracion retirada; los ojos en tierra cuando se anda por las calles, y cosas semejantes, que facilmente se ofrecerán á quien desea mortificarse. Esta noche escribid con la lengua en tierra el nombre de Maria.

JACULATORIA.

¿Quis poterit habitare de vobis cum igne devorante? ¿quis habitabit ex vobis cum ardoribus sempiternis? (ISAI. 33. 14.)

¡Ay Dios! Si aquí insoportable
es tener un dedo al fuego;
¿quién por una eternidad
sufrir podrá el del infierno?

DIA VEINTE Y SEIS.

No dilatar la penitencia.

He pecado, luego ya está hecho el decreto. O infierno, ó penitencia. Vuelvo á pecar, y vivo contento bajo la esperanza de convertirme; pero ¿quién me asegurará tres cosas?

1. Que tendre tiempo de hacerlo.
2. Que teniendole, estaré para hacerlo.
3. Que haciendolo, no volveré ya á caer, y me condenaré.

FRUTO.

Dad hoy tres vistas á vuestras manos, y en cada una decios á vos mismo: estas manos han de llegar á secarse y podrecerse: y acostumbraos á hacer esta reflecion cada mañana. Por este medio convirtió santo Domingo á una pecadora. Cinco *Pater noster, Ave Maria y Gloria Patri,* con los brazos en cruz.

JACULATORIA.

Vocabi, et renuistis:.... Ego quoque in interitu vestro ridebo. (PROVERB. 1. 24. &c. 26.)

Si á Dios no respondes pronta,
alma, la hora llegará
en que, aunque clames, se ria,
y no te quiera escuchar.

DIA VEINTE Y SIETE.

La gloria.

A la primera entrada en el cielo, ¿qué experimentaré?

1. Una repentina inundacion y posesion de todos los bienes, sin mezcla de mal alguno. Gozaré todos los contentos sin la menor pena. ¡O qué consuelo tan grande será el mio!

2. Todas estas sumas felicidades las gozaré en compañia de Jesus, de la Virgen Madre, y de todos los ángeles y santos del cielo. ¡O qué comunicacion tan gustosa y tan feliz!

3. Las gozaré todas, y por toda la eternidad, sin susto ni contingencia de perderlas jamás. ¡O inefable bienaventuranza!

FRUTO.

En qualquier pena que me moleste, o en cualquier deleite que me tiente, diréme á mi mismo: cielo, cielo, gloria, bienaventuranza eterna, como dixo S. Felipe Neri, quando le ofrecieron la púrpura. A la consideracion de los bienes del cielo, aprenderé á despreciar todos los de la tierra, como lo hacia S. Ignacio: *¡Heu. quam sorda est terra, dum coelum aspicio!* Decid con devocion el Salmo *Laetatus sum.*

JACULATORIA.

Momentaneum, et leve tribulationis nostrae quae aeternum gloriae pendus operatur in nobis. (2. COR. 4. 17.)

Aliento, aliento, alma mia,
con gusto aquí padezcamos,
pues á una gota de mirra
sigue de gloria un oceano.

DIA VEINTE Y OCHO.

Camino del cielo.

No hay mas que dos caminos para llegar á la gloria, la inocencia, y la penitencia.

1. ¿Conservo hasta ahora la inocencia y gracia bautismal? ¡Ah, pobre de mi, cuántas veces

la he perdido, y he hecho perder á otros con graves y enormes pecados contra la pureza!

2. ¿Pero de estos y otros pecados he hecho la penitencia conveniente? ¿Qué penitencia? Siempre he huido de toda mortificacion, buscando mi gusto y conveniencia en todo.

3. Siendo esto así, ¿pienso y deseo salvarme? Sí. Pero ¿por qué camino? Debo entrar por una de estas dos puertas. La inocencia la perdi, la penitencia no la admito; pues ¿cómo me salvaré?

FRUTO.

Fijad los ojos en el cielo, y considerad aquella patria dichosisima, creyendo que en ella vivireis eternamente, si con resolucion seguis uno de los dos caminos propuestos. El *Te Deum laudamus.*

JACULATORIA.

Arcta via est, quae ducit ad vitam: et pauci sunt, qui inveniunt eam. (MATTH. 7. 14.)

Estrecha es, alma, la senda,
que para el cielo dirije:
seamos pues de aquellos pocos
que dar con ella consiguen.

DIA VEINTE Y NUEVE.

Conquista del cielo.

1. Poco me pide Dios para salvarme, solo que observe su santa Ley, Ley bellisima, Ley justisima, Ley suavisima.

2. Y para esto poco, me ayuda Dios poniendo lo principal de su parte con la gracia de sus inspiraciones, el valor de sus méritos, con la eficacia de sus ejemplos.

3. Esto poco me lo remunera Dios con premio eterno: las tribulaciones momentaneas y leves con un eterno gozo; los trabajos breves con galardon eterno; pocas penas con eterna gloria.

FRUTO.

Sirvaos de estímulo la consideracion del premio, para hacer y padecer cosas grandes por conseguirle, y decid tres veces el *Pater noster y Ave Maria con Gloria Patri* á la beatisima Trinidad, para que altamente os imprima en el corazon este conocimiento.

JACULATORIA.

Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tolat crucem suam, et sequatur me. (MATTH. 16. 24.)

Alma, á conquistar el cielo,
Cristo es nuestro capitan:
nuestra cruz tomemos, que él
abriendo la brecha vá.

DIA TREINTA.

La eternidad.

1 Irá todo hombre á la casa de su eternidad: luego yo tambien iré. Esta casa cada uno se la fabrica en la vida.

2. El demonio con un breve placer, me convida á fabricarme la eternidad en el infierno, ¡y yo consiento?

3. Dios con poca penitencia me llama á ¡fabricarme la eternidad en el cielo: ¡y yo repugno? ¡O insensato de mí, qué loco soy!

FRUTO.

Cuando estuviereis en la cama, probaos á estar desvelado é inmoble de un lado por espacio de media hora á lo menos, ó recostada la cabeza sobre una tabla por otro tanto tiempo, y si esto os dará tanta pena y fatiga, decios á vos mismo: Pues ¡qué será padecer por toda la eternidad los tormentos del infierno? Repetid esto mismo en todas las ocasiones que se os ofreciere alguna penalidad ó mortificacion, rezad siete versos del *Stabat Mater Dolorosa*, o siete *Ave Marias*, en reverencia de los siete dolores de la Virgen, besando siete veces la tierra.

JACULATORIA.

Ibit homo in domum aeternitatis suae. (Eccl. 12. 5.)

¡Qué casa en la eternidad
me cabrá? ¡Duda terrible!
Mas será seguramente
la que yo aquí me fabrique.

DIA TREINTA Y UNO.

Respuestas de la conciencia.

Pregunto á mi conciencia, y deseo que me responda.

1. ¡Para qué fin me ha puesto Dios en el mundo? Unicamente para que me salve.

2. ¡Cuántos medios me ha dado para salvarme? Innumerables en el orden de la naturaleza, y en el orden de la gracia.

3. ¿Qué he hecho yo hasta ahora para salvarme? Lo peor que he podido, y como si estuviese en el mundo solo para condenarme.

FRUTO.

1. Haced la confesion general del mes pasado, y examinad el estado de vuestra alma sobre el progreso en los vicios, ó adelantamiento en las virtudes.

2. Doleos de lo mal hecho, y proponed eficazmente emplear mejor el mes siguiente, considerando que puede ser el último de vuestra vi-

da. Ofrecedle á Dios todo vuestro ser, alma y cuerpo, potencias y sentidos, palabras, obras y pensamientos, y aprended aquella devota oracion de S. Ignacio, para repetirla todas las mañanas luego que os levanteis.

Recibid, Señor, toda mi libertad: recibid mi memoria, entendimiento y voluntad, con todo su ejercicio. Cuanto tengo y poseo, vos me lo habeis dado, y así todo os lo restituyo sin diminucion alguna: y os lo entrego para ser gobernado enteramente por vuestra providencia. Solo os suplico me concedais vuestro amor y gracia, que con eso me doy por bastantemente rico: ni os pido ni deseo otra cosa alguna.

JACULATORIA.

Quid est quod debui ultrà facere vinae meae, et non fecici. (ISAI. 5. 4.)

¡Alma, para que te salves,
Dios omitió cosa alguna?
Nada. Luego si te pierdes
tu sola tendrás la culpa.

FRUTO

DE ESTAS MEDITACIONES,

que debe practicarse todos los dias, y en todas las acciones.

1. Proponeos una máxima de las que se han meditado, para gobernar por ella todas vuestras operaciones, como será, ó la muerte, ó el juicio, ó la presencia de Dios, ó la conformidad con su voluntad santisima, ó la eternidad. &c. escogiendo particularmente aquella que ha hecho mayor impresion en vuestra alma.

2. Luego que os levanteis por la mañana, traed á la memoria esta máxima, y en el discurso del dia, aplicadla á todas las acciones particulares. Pongo por ejemplo: Si la máxima fuere la muerte, decios á vos mismo: ¿cómo quisiera yo haber ejecutado esta accion en la hora última de mi muerte? Si fuere el juicio, haceos presente: De esta conversacion, de este trato, de este negocio, he de dar estrechisima cuenta á Dios. En este punto, y en este mismo lugar me está mirando Dios, que me ha de juzgar. Suplicad frecuentemente al Señor y á la santisima Virgen, que quede firmemente impresa en vuestro corazon aquella máxima.

3. Emprended á ejercitar en todas vuestras acciones una virtud, como la humildad, el amor de Dios, la confianza, la pureza, la mortificacion &c., y escoged aquella, de la cual conoceis tener mayor necesidad para vencer vuestra mala inclinacion, para resistir á las tentaciones que mas os con-

vaten, ó para desarraigar el vicio que mas os domine: ejercitad frecuentes y fervorosos actos de esta virtud entre dia, de suerte, que adquirais un buen hábito y costumbre, que os dure hasta la muerte.

4. Esta misma práctica tomareis para desarraigar los vicios: reparad en aquellos en que faltais con mayor frecuencia, y dirigid toda la eficacia de vuestros propósitos para vencerlos: desde la mañana tomareis esta resolucion de no cometer aquel dia tal falta ó pecado, huyendo todas las ocasiones que os puedan hacer caer en él, y aun esforzandoos á ejercitar los actos contrarios.

5. Pero si cayereis, haced luego un acto fervorosisimo de arrepentimiento, y con disimulo alguna accion exterior, como un golpe en el pecho, levantar los ojos al cielo, ó fijarlos en la tierra, humillandoos por vuestra flaqueza é inconstancia, y manifestando cuánto lo sentís. Notareis á la noche en un cuadernillo cuantas veces habeis caido aquel dia en tal falta, comparando un dia con otro, y una semana con otra, para conocer la pérdida ó ganancia espiritual. Así lo hacia y aconsejaba aquel gran maestro de la perfeccion S. Ignacio, con mucho adelantamiento de los que lo practicaban.

REGLAS

PARA VIVIR SANTAMENTE.

Hay muchisimos á quienes toda la vida se les pasa en propósitos, y llegando la hora de la muerte se encuentran muy llenos de buenos deseos,

y muy vacios de buenas obras, cuando ya no hay tiempo de enmendarlo. Para que tú, devoto lector, no incurras en este tan perjudicial engaño, suponiendo, que la meditacion de las máximas que te he puesto en este mes, ha excitado en tu alma algunos impulsos de devocion, y deseos de componer una vida muy ajustada, que te asegure la salvacion, quiero proponerte un modo facil de reducir á la práctica esos deseos, y un método de acciones virtuosas para cada año, mes, semana, y aun para cada dia.

CADA AÑO.

1. Señalar un dia para emplearle únicamente en el cuidado de tu alma, y en este tiempo hacer confesion general á lo menos del año pasado, ó desde la última, escogiendo para este efecto un confesor docto, santo, y de quien tengas una entera satisfaccion para continuar en adelante en confesarte con él, y consultarle todas tus cosas, lo que importa sumamente para caminar con acierto, debiendo persuadirte, que Dios le asistirá, mas que á ningun otro, para que te dirija con su consejo.

2. Prepararse y disponerse para las festividades mas solemnes con particulares ejercicios de piedad, como ayunos, penitencias, novenas, mas oracion y leccion de aquella fiesta ó misterio.

3. Celebrar con particular devocion las fiestas del Señor y de la Virgen santisima, visitando alguna iglesia ó altar de su advocacion, y confesando y comulgando aquel dia.

vaten, ó para desarraigar el vicio que mas os domine: ejercitad frecuentes y fervorosos actos de esta virtud entre dia, de suerte, que adquirais un buen hábito y costumbre, que os dure hasta la muerte.

4. Esta misma práctica tomareis para desarraigar los vicios: reparad en aquellos en que faltais con mayor frecuencia, y dirigid toda la eficacia de vuestros propósitos para vencerlos: desde la mañana tomareis esta resolucion de no cometer aquel dia tal falta ó pecado, huyendo todas las ocasiones que os puedan hacer caer en él, y aun esforzandoos á ejercitar los actos contrarios.

5. Pero si cayereis, haced luego un acto fervorosisimo de arrepentimiento, y con disimulo alguna accion exterior, como un golpe en el pecho, levantar los ojos al cielo, ó fijarlos en la tierra, humillandoos por vuestra flaqueza é inconstancia, y manifestando cuánto lo sentís. Notareis á la noche en un cuadernillo cuantas veces habeis caido aquel dia en tal falta, comparando un dia con otro, y una semana con otra, para conocer la pérdida ó ganancia espiritual. Así lo hacia y aconsejaba aquel gran maestro de la perfeccion S. Ignacio, con mucho adelantamiento de los que lo practicaban.

REGLAS

PARA VIVIR SANTAMENTE.

Hay muchisimos á quienes toda la vida se les pasa en propósitos, y llegando la hora de la muerte se encuentran muy llenos de buenos deseos,

y muy vacios de buenas obras, cuando ya no hay tiempo de enmendarlo. Para que tú, devoto lector, no incurras en este tan perjudicial engaño, suponiendo, que la meditacion de las máximas que te he puesto en este mes, ha excitado en tu alma algunos impulsos de devocion, y deseos de componer una vida muy ajustada, que te asegure la salvacion, quiero proponerte un modo facil de reducir á la práctica esos deseos, y un método de acciones virtuosas para cada año, mes, semana, y aun para cada dia.

CADA AÑO.

1. Señalar un dia para emplearle únicamente en el cuidado de tu alma, y en este tiempo hacer confesion general á lo menos del año pasado, ó desde la última, escogiendo para este efecto un confesor docto, santo, y de quien tengas una entera satisfaccion para continuar en adelante en confesarte con él, y consultarle todas tus cosas, lo que importa sumamente para caminar con acierto, debiendo persuadirte, que Dios le asistirá, mas que á ningun otro, para que te dirija con su consejo.

2. Prepararse y disponerse para las festividades mas solemnes con particulares ejercicios de piedad, como ayunos, penitencias, novenas, mas oracion y leccion de aquella fiesta ó misterio.

3. Celebrar con particular devocion las fiestas del Señor y de la Virgen santisima, visitando alguna iglesia ó altar de su advocacion, y confesando y comulgando aquel dia.

CADA MES.

1. Tomad por particular patron de todo el mes algun santo, celebrando su dia con ejercicios de mayor piedad y devocion.

2. Determinad un dia del mes, en el cual, por espacio á lo menos de media hora, os tomareis cuenta del adelantamiento ó atraso que hubiereis hecho en el aprovechamiento de vuestra alma, y lo manifestareis sinceramente á vuestro director.

3. Comulgareis en el mes las mas veces, que vuestro padre espiritual os ordenare, renovando en ese tiempo los buenos propósitos que habeis hecho; y si aun no hubiereis determinado el estado que debeis tomar, este es el tiempo de pedirle á Dios luz para no errar una eleccion de tanta consecuencia, de cuyo acierto las mas veces depende la salvacion: pues teniendo á Dios dentro de vos mismo, oireis mas de cerca su voz.

CADA SEMANA.

1. Santificareis las fiestas, á mas de oir devotamente la Misa, acudiendo á alguna Congregacion, asistiendo al Sermon y otros ejercicios santos, visitando alguna iglesia donde haya indulgencia, ó esté expuesto el santisimo Sacramento.

2. No dejeis en todo caso de acudir á donde se enseña la doctrina cristiana; y si os hallais en estado de instruir á otros, hacedlo con mucha paciencia y caridad, entendiendo que este es oficio de Apostol, y de mucho mérito para con Dios.

2. Asistid siquiera un dia á la semana á al-

guna iglesia donde se tiene oracion, y se hace algun ejercicio de penitencia corporal; y tanto así en la oracion como en las mortificaciones, seguireis el consejo de vuestro padre espiritual.

CADA DIA.

1. Dejad la cama á buena hora, y sea lo primero levantar vuestro corazon á Dios, ofreciendole todos las acciones de aquel dia: pedidle, que no permita caigais en algun pecado, especialmente en aquellos á que mas os inclinan vuestras pasiones: proponed la enmienda de todo corazon: tened intencion de ganar todas las indulgencias que podais aquel dia: encomendaos muy de veras á la Virgen santisima, al ángel custodio, al santo de vuestro nombre, y á los que tuviereis por especiales abogados, y á las santas almas del purgatorio. Para ejercitar todos estos actos por la mañana, hay varias prácticas impresas; y así os podreis valer de alguna de ellas para proceder con mejor método.

2. Emplead por lo menos un cuarto de hora en oracion mental: oid todos los dias Misa con devocion: leed algun libro espiritual: y procurad no perder el fruto, leyendo despues libros profanos y dañosos. A la noche examinareis todas las acciones, pensamientos y palabras de aquel dia: si hallareis algo bueno, dareis gracias á Dios, á quien debeis atribuirlo: de lo malo le pedireis perdon, imponiendoos alguna penitencia, y proponiendo la enmienda.

3. Procurad con muy particular cuidado huir de las malas compañias, de las conversaciones inmodestas, de los juegos inmoderados, y en general vi-

vir con una suma cautela, para no caer en los lazos que cautelosamente os arma el demonio, ocultando el peligro de las ocasiones.

4. Entre dia, y con la mayor frecuencia, podeis acordaros, que Dios os mira; y particularmente en las tentaciones de que fuereis combatidos, acudid á su Magestad con algunas oraciones jaculatorias. Ofrecedle vuestras acciones indiferentes; el estudio; los negocios de vuestro estado; la recreacion honesta, dando gloria al Señor en todas las cosas, y procurando en todas aumentar vuestros merecimientos. Huid el ócio, origen de muchos y graves pecados; atended seriamente al estudio ó al cuidado de vuestra casa y familia, segun fuere vuestro estado; porque esto es lo que Dios quiere de nosotros. Finalmente, tened entendido, que cual fuere vuestra vida, así lo hallareis á la hora de la muerte. *A vita mors, à morte aeternitas.*

MODO DE PREPARARSE,

COMENZAR Y FINALIZAR LA ORACION MENTAL.

Advierte, alma mia, que estás en la presencia de Dios, mas íntimamente presente á su Magestad, que á tí misma. Está mirando el Señor todos tus pensamientos, afectos y movimientos interior y exteriormente. Lo que eres delante de Dios, eso eres, y nada mas, pobre, miserable é inmunda con la abominable lepra de todos los pecados con que has ofendido hasta aquí su infinita bondad. Pero el Señor, obligado del peso de su misma infinita misericordia, desea mas que tú misma darte el perdon general de todas tus culpas, y el logro

de esta meditacion. ¿Qué hicieras, si supieras que era la última de tu vida? Puede ser que no tengas otra de tiempo tan oportuno. Ahora puedes conseguir con un pequé de corazon, lo que no conseguirán con eterno llanto los condenados en el infierno, que es el perdon de tus pecados. Alerta, pues, no pierdas tiempo tan precioso, por amor de Dios.

Creo, Señor, que estais intimamente presente á mi corazon. Os doy las gracias por los innumerables beneficios que he recibido y recibo en cada instante de vuestra infinita liberalidad y misericordia: especialmente porque me habeis conservado hasta aquí la vida, habiendo yo merecido tantas veces las penas del infierno por mis pecados. Concededme, Padre amorosisimo, un corazon agradecido á vuestras grandes misericordias, y el logro de esta meditacion, á mayor honra y gloria vuestra, y bien de mi alma. Esté yo en vuestra divina presencia con la humildad, atencion y reverencia de alma y cuerpo, que corresponde en una vilisima criatura, cual yo soy, que tantas veces os ha despreciado con ofenderos en vuestra misma presencia. Detesto de todo mi corazon mis pasadas ingratitudes: las aborrezco por ser ofensas de vuestra infinita bondad: me pesa en el alma de haberos ofendido por ser quien sois. Quisiera deshacer todos mis pecados, por ser desprecios de un Dios infinitamente bueno. Dadme, Criador y dueño mio amabilisimo, verdadera contricion de todos mis pecados, y propósito firmisimo de la enmienda.

Bien conozco que no hay en mí otra cosa que la nada, y sobre la nada el pecado. No soy en vuestra divina presencia mas que un condenado,

y condenado tan innumerables veces, cuantas he repetido las ofensas de vuestra infinita bondad. Compadeceos, Dios mio, de mis tinieblas, no permitais que pierda tiempo tan oportuno. Enseñadme á tener oracion: regid mi memoria, alumbrad mi entendimiento, moved mi voluntad. Obligaos de vuestra misma bondad, y de los méritos infinitos de vuestra santisima vida, pasion y muerte, y de los méritos é intercesion de vuestra santisima Madre. Poned, Señora, en mi corazon aquellos pensamientos, afectos y determinaciones que son del agrado de vuestro santisimo Hijo.

COLOQUIO

AL FIN DE LA MEDITACION.

Clementisimo Dios y Señor de mi corazon, dulcisimo Jesus mio, Sacramentado dueño de mi alma: os doy las gracias con todo el afecto de mi pobre corazon, porque me habeis concedido este tiempo para que medite: perdonad, Señor, las distracciones, negligencias, flojedad, y todos los demás defectos en que he incurrido en esta meditacion. Quedo en ella convencido.... Y resuelto.... Conozco que todos mis pecados, aunque tan enormes, no pueden extinguir vuestra infinita bondad. En ella espero firmemente, que me habeis de ayudar con vuestra gracia, para que eternamente os ame, os sirva, conozca y ponga en todo por obra vuestra santisima voluntad. Asi lo espero de vuestra infinita piedad y misericordia, y de los méritos y poderosisima intercesion de vuestra santisima Madre.

Ave Maria.

EXAMEN PARA LA ORACION.

¿Si previne los puntos antes de acostarme?
¿Si procuré dormirme pensando en ellos?
¿Si al despertar procuré traerlos á la memoria?
¿Si previne el fruto que habia de sacar?
¿Si previne la composicion del lugar, y la peticion?
¿Si consideré con quién iba á hablar?
¿Si hice el acto de humildad y resignacion?
¿Si el de conformidad y reverencia?
¿Si actué la presencia de Dios?
¿Si ofrecí la oracion?
¿Si ejercité las tres potencias por su orden?
¿Si estando bien en un punto pasé á otro, ó á la contra?
¿Si tuve distracciones y no las resistí?
¿Si me dejé llevar de sequedad y pereza?
¿Si de desconsuelos y tibieza?
¿Si me procuré avivar?
¿Si tuve consuelos, y como me huve en ellos?
¿Si procuré sacar lo que llevaba, y qué fruto saqué?
¿Si me dejé vencer del sueño?
¿Si hice el coloquio?
¿Si me enmendé de las faltas pasadas?
¿Si me conformé con Dios en lo adverso?
¿Si tuve deseos de salir presto?
¿Si tuve deseos de aprovecharme?
¿Si descendí á casos particulares?
¿Si hice propósitos, y cuales?
Buscar el medio de cumplirlos.

AD MAJOREM DEI GLORIAM.

Para la santa Casa de Ejercicios de México, dispuso

DON MANUEL ANTONIO VALDES,

los siguientes

SONETO 1.º

MUERTE.

¿Te asustas, hombre, de que llegue el dia
 Ultimo de tu vida, el dia en que mueras?
 Luego mal vives, pues si bien vivieras,
 Esta memoria no te asustaria:
La fiel correspondencia y armonia
 Que guardan vida y muerte consideras;
 Por eso intimidado muerte esperas
 Que éco sea triste de tu vida impía:
El que bien vive, vive con confianza
 De pasar de una vida transitoria
 A otra en que siempre ser feliz afianza:
¿Y cómo ha de asustarle esa memoria?
 Sentirá de la muerte la tardanza,
 Pues cuanto vive mas, pierde de gloria.

SONETO 2.°

JUICIO.

Dia llegará, mortal, en que abrazada
Será toda la tierra, y reducido
Cuanto hoy sobre ella alhaga tu sentido,
A humo, ceniza, polvo, viento, nada.
Funesta trompeta, entonces, la llamada
Hará mas general, y á su sonido
Recobrando la vida, conducido
Serás á Josafat: ¡ó qué jornada!
Allí, si fuiste pecador, del justo
Serás en el momento separado:
¡Oh qué dolor! ¡oh qué afliccion! ¡qué susto!
Vendrá el supremo Juez: serás juzgado,
Y oirás el trueno de su lábio augusto:
Maldito, al fuego eterno id condenado.

SONETO 3.°

INFIERNO.

Hé aquí el lugar en donde congregado
Está cuanto horrible hay, donde encendido
Un fuego se halla tan enardecido
Como que por su Autor es atizado:
Aquí cada Prescito es castigado
Con el tormento á su maldad medido:
No hay potencia sin pena, no hay sentido
Que no sea vivamente atormentado.
Mas annque este penar sea tan horrible,
Sin variacion, continuo, interminable,
Hay tormento mayor, aun mas terrible:
Aborrecer á Dios un miserable
En aquel mismo tiempo en que visible
Se hace á su comprension cuanto es amable.

SONETO 4.º

GLORIA.

Batallaste, alma, firme contendiste
Por entrar á la gloria, y aunque estrecha
Viste su puerta, cual ligera flecha
Por ella al fin feliz te introdujiste:
Dinos ahora, ¿qué luego en ella viste
Que tan harta te tiene y satisfecha?
¿De qué sus muros son? ¿Si de oro es hecha?
¿De qué piedras preciosas se reviste?
Pero si viste á Dios, ya viste cuanto
Se puede apetecer: ¡ó qué hermosura!
¡De ángeles y hombres ella es el encanto!
¡Ella es de todos la divina hartura!
¡Mortales! enjugad ya vuestro llanto,
Que, si quereis, es vuestra esta ventura.

INDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTA OBRA.

TOM. PRIMERO.

LECCION I. Del último fin del hombre......... 13.
§. *II. Fin de las otras criaturas*................ 22.
§. *III. Ejemplo*.............................. 28.
LECCION II. De los castigos de los pecados, y primeramente en los ángeles.................. 33.
§. *II. Castigos de Adan y su posteridad*........ 40.
§. *III. Ejemplo*.............................. 46.
LECCION III. Proceso de los pecados propios... 51.
§. *II. Daños de los pecados*................... 58.
§. *III. Ejemplo*.............................. 66.
LECCION IV. Del punto inevitable de la muerte. 70.
§. *II. Incertidumbre de la muerte*............. 78.
§. *III. Ejemplo*.............................. 85.
LECCION V. De el juicio..................... 90.
§. *II. Exámen y sentencia del juicio*........... 97.
§. *III. Ejemplo*.............................. 103.
LECCION VI. De las penas del infierno, y primero de la pena de sentido................... 108.
§. *II. Penas de las potencias del alma*.......... 119.
§. *III. Vision de santa Francisca Romana*....... 127.
§. *IV. Ejemplo*............................... 137.
LECCION VII. Del hijo pródigo............... 142.
§. *II. Acogida que le hizo el padre*............ 149.
§. *III. Ejemplo*.............................. 157.
LECCION VIII. Del reino de Cristo........... 162.
§. *II. Convite á seguir este Rey*............... 168.
§. *III. Ejemplo*.............................. 176.

SONETO 4.º

GLORIA.

Batallaste, alma, firme contendiste
Por entrar á la gloria, y aunque estrecha
Viste su puerta, cual ligera flecha
Por ella al fin feliz te introdujiste:
Dinos ahora, ¿qué luego en ella viste
Que tan harta te tiene y satisfecha?
¿De qué sus muros son? ¡Si de oro es hecha?
¿De qué piedras preciosas se reviste?
Pero si viste á Dios, ya viste cuanto
Se puede apetecer: ¡ó qué hermosura!
¡De ángeles y hombres ella es el encanto!
¡Ella es de todos la divina hartura!
¡Mortales! enjugad ya vuestro llanto,
Que, si quereis, es vuestra esta ventura.

INDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTA OBRA.

TOM. PRIMERO.

LECCION I. Del último fin del hombre......... 13.
§. *II. Fin de las otras criaturas*................ 22.
§. *III. Ejemplo*................................ 28.
LECCION II. De los castigos de los pecados, y primeramente en los ángeles................ 33.
§. *II. Castigos de Adan y su posteridad*......... 40.
§. *III. Ejemplo*................................ 46.
LECCION III. Proceso de los pecados propios... 51.
§. *II. Daños de los pecados*.................... 58.
§. *III. Ejemplo*................................ 66.
LECCION IV. Del punto inevitable de la muerte. 70.
§. *II. Incertidumbre de la muerte*............. 78.
§. *III. Ejemplo*................................ 85.
LECCION V. De el juicio.................... 90.
§. *II. Exámen y sentencia del juicio*........... 97.
§. *III. Ejemplo*................................ 103.
LECCION VI. De las penas del infierno, y primero de la pena de sentido.................... 108.
§. *II. Penas de las potencias del alma*.......... 119.
§. *III. Vision de santa Francisca Romana*....... 127.
§. *IV. Ejemplo*................................ 137.
LECCION VII. Del hijo pródigo............. 142.
§. *II. Acogida que le hizo el padre*............. 149.
§. *III. Ejemplo*................................ 157.
LECCION VIII. Del reino de Cristo.......... 162.
§. *II. Convite á seguir este Rey*................ 168.
§. *III. Ejemplo*................................ 176.

TOM. SEGUNDO.

LECCION IX. De la Encarnacion y Nacimiento de Jesucristo........................... 181.
§. *II. Admirable nacimiento de Jesucristo*........ 188.
§. *III. Ejemplo*.............................. 190.
LECCION X. De la vida y doctrina de Jesucristo. 201.
§. *II. Excelencias de la doctrina de Cristo*....... 210.
§. *III. Ejemplo*.............................. 216.
LECCION XI. De las dos vanderas de Cristo y de Lucifer.............................. 220.
§. *II. Vandera de Cristo*.................... 228.
§. *III. Ejemplo*.............................. 237.
LECCION XII. De la Institucion del santísimo Sacramento.............................. 241.
§. *II. Motivos de correspondencia á tan gran beneficio*................................ 248.
§. *III. Ejemplo*.............................. 257.
LECCION XIII. De la pasion de Jesucristo.... 262.
§. *II. Azotes y Coronacion*.................. 270.
§. *III. Ejemplo*.............................. 279.
LECCION XIV. De la Crucificcion de Jesucristo. 283.
§. *II. Muerte de Cristo*..................... 290.
§. *III. Ejemplo*.............................. 299.
LECCION XV. De la Resurreccion de Cristo y gloria del cielo.............................. 304.
§. *II. De la gloria eterna*.................. 313.
§. *III. Ejemplo*.............................. 321.
LECCION XVI. Del amor de Dios............ 326.
§. *II. Otras finezas del amor de Dios*........... 334.
§. *III. Ejemplo*.............................. 341.
Breves Meditaciones sobre los cuatro Novisimos.... 348.
Reglas para vivir santamente................ 387.
Modo de prepararse, comenzar y finalizar la oracion mental.............................. 391.
Exámen para la oracion...................... 394.
Sonetos de los cuatro Novisimos.............. 393.



